SABIÑE SUSAETA



DIOSES de EUSKADI

Nuestra noche negra

montena

SABIÑE SUSAETA

DIOSES de EUSKADI

Nuestra Noche Negra

MONTENA

«A la hora que todo el mundo duerme suceden
las cosas más maravillosas y más terribles del mundo».

SILVINA OCAMPO, *Las Invitadas*

Para Félix.

Algún día me bajaré del tren y nos encontraremos.

Advertencia de contenido

Esta novela tiene contenido para **mayores de 18años**. Contiene escenas de sexo explícito, de violencia explícita y consumo de sustancias (drogas y alcohol).

La historia está inspirada en la mitología vasca, pero no se apega a la realidad del mito ni pretende ser educativa.

Antes de empezar

La mitología euskalduna (vasca) es matriarcal. La única diosa propiamente tal es Mari. Los seres mitológicos que aquí se hacen llamar dioses (Gaueko, Sugaar, Akerbeltz, etc.) en realidad son espíritus o genios que, en ausencia de Mari, se han adjudicado el título de dioses para sí mismos. Nadie sabe dónde está Mari ni cómo fue que ellos usurparon su lugar.

Prefacio

No os confundáis. Esta es una historia de magia y de dioses, pero no es una historia épica y noble. Lo contrario. Es rastrera, vil, obscena. Es la historia de cómo una bruja me robó a mi novio. De cómo él me traiciona con otra mientras yo lo observo.

Desde el más allá.

PRIMERA PARTE

BAT

Semidioses

UNO

Sofía



—Si te tragas el semen de un semidiós, obtienes poderes sobrenaturales.

Las dos se ríen. Qué asquerosas son mis amigas. ¿Quién pensaría que las heroínas pueden ser tan vulgares? No es que yo sea una santa, pero no ha nacido el hombre por el que haría eso. ¿Tragármelo? No. Qué asco.

—¡Empecemos! —Amaia es la primera en meterse en el círculo de velas—. Antes de que se ponga a llover.

Bilbao resplandece bajo los rayos escarlatas del sol, pero el viento sopla cada vez más fuerte y unas nubes negras se acercan desde el mar, por encima de la ría. Se ve maravilloso desde esta azotea en las alturas. Abajo, las calles estallan en fiesta y el rugido de gente disfrazada se alza por toda la ciudad mientras nosotras hacemos este ritual ridículo.

—¿En serio me necesitan para esto?

Dejan de reírse con mi pregunta.

—¡Sofi! —Amaia me mira frustrada—. ¡No puedes arrepentirte ahora!

El viento ruge furioso, las nubes oscuras amenazan la ciudad y me cubro mejor con mi gabardina blanca. Mi pelo celeste me azota las mejillas. Trato de sujetarlo, pero también se enredan a mi alrededor los lazos del vestido de tul que me he puesto.

—¿Se sabe al menos qué dioses van a participar? —Intento sonar indiferente, que no se note que me importa demasiado.

Pero el corazón se me ha vuelto loco de solo imaginarlo.

—Akerbeltz guía la ceremonia. —El viento agita las trenzas color miel de Amaia. Sopla tan fuerte que está a punto de apagar el círculo de velas que nos rodea—. Dicen que estará Mikelatz. Y quizá Herio.

Mierda. Va a estar Herio. ¡Creí que estaba de viaje en otro país! Al menos eso parecía por sus historias de Instagram.

No, no. No quiero que esté él.

—¿No hay tiempo de que encuentren a otra para reemplazarme?

—¡Sofi! —gritan las dos.

—¡Lo prometiste! —Olatz me mira traicionada.

—¡Pero no sabía que iba a estar ese weón! ¡No lo soporto!

—Ni siquiera lo conoces.

Lo conozco de Instagram. Eso cuenta.

—Es un arrogante. Y un raro. ¿De verdad quieren participar en un rito sexual con un raro que graba vídeos bailando en los cementerios?

—No seas hipócrita. —Amaia se aparta el flequillo que enloquece con el viento—. Tú te quitas la ropa por dinero en OnlyFans.

¿En serio me echa eso en cara? ¡Vaya con mis amigas!

—No quiero ir a una orgía con ese raro. —Dios, por qué, ¿por qué tiene que estar él? ¡Ni siquiera es un dios completo!

—¿Orgía? ¡Es un ritual sagrado! —Amaia aprieta los puños—. Llevamos años intentando salvar…

—No me interesa salvar el mundo.

—No se trata del mundo —murmura Amaia furiosa y juraría que el fuego de las velas a nuestro alrededor crece con su furia—. Se trata de Euskal Herria. Tienes sangre vasca. Esto debería importarte.

A mí no me importa nada. Hace mucho que no me importa absolutamente nada. Y sí, intento ser positiva, no volver a lo que era antes de venir a Euskadi, pero de ahí a ser una heroína hay un tramo enorme.

No se lo digo. Me volveré a Latam en una semana. No quiero que me odien los últimos días que voy a estar aquí.

Ellas sí me importan. Un poco.

Además la culpa me carcome. A mi hermana le hubiera importado. Ella habría ido hasta el fin del mundo con Amaia para salvar a la diosa Mari, a Euskal Herria, al planeta entero.

¿Por qué no puedo ser como ella?

—Tú ni siquiera vas a participar del rito sexual —insiste Amaia.

Ya, por eso quieren que vaya. Para que una de nosotras se resista a la tentación, no participe en el rito y eso debilite el poder de Akerbeltz. Y me halaga que confíen en mí para algo así, en serio. Me hace sentir necesaria. Ellas han hecho mucho por mí y yo nada por ellas.

—Vale. Pero solo lo haré por ustedes.

Y porque es lo que mi hermana hubiera hecho.

Amaia me mira dudosa, pero Olatz sonríe y se mete contenta de un salto en el círculo de velas.

—Eres importante para esta misión, Sofi. Yo también intentaré no participar —dice Olatz mientras el viento revuelve su pelo negro—. Y sé lo que estás pensando, no me mires así. No lo entiendes, no has visto de lo que son capaces esas criaturas. Aunque no me gusten los hombres, son dioses y no…

—No existe humano que se haya resistido a un dios jamás —digo, terminando la frase que han repetido toda la semana para decirme que soy la indicada y convencerme de ser parte de esto—. Y al parecer —añado mirando a Olatz—, eso incluye a las lesbianas.

—¡Dicen que algunos cambian de cuerpo! —Olatz parece ofendida —. Podrían engañarme.

—Ya, ya. Tranquilas. Ni de coña me acostaré con nadie. ¿Basta con que una de nosotras se mantenga firme y no participe del rito sexual? —Lo han explicado, pero cada vez tengo más dudas—. ¿Eso que implica? ¿Besos?

—Idealmente, ni siquiera besos, pero con que mantengas tu valioso y millonario himen intacto, creo que será suficiente. —Olatz sonríe con sarcasmo.

Para ellas la virginidad es una tontería. Para mí también es una tontería. Pero esa tontería me da rango de Ángel de Plata en OnlyFans. Miles de dólares por mis fotos y vídeos solo porque me mantengo virgen. Por primera vez mi abstinencia va a ser útil para algo más altruista que ganar dinero en redes sociales.

Lástima que eso implique tener que toparme con ese semidiós arrogante. Ojalá no vaya.

En realidad, ¿qué me importa? Han pasado dos años desde que me humilló. Tengo que superarlo.

—De todas formas, no nos confiemos. —Olatz agarra a Amaia del brazo mientras el viento pareciera que quiere tirarnos de la azotea. Las velas a nuestro alrededor chispean—. Tratemos de que ninguna caiga.

—Va a ser difícil. —Amaia mira hacia abajo, hacia las calles de Bilbao donde las masas de gente confluyen hacia distintas zonas donde se celebra Gau Beltza[1]—. Si Herio llegara a elegirme… ufff.

Me giro hacia Amaia.

—¿No decías que esto es tan importante? ¿Y piensas arruinarlo porque él te parece atractivo?

—¡Por eso te necesito! ¿Ves? —Amaia se pasa una mano por la frente, apartándose el flequillo—. ¡Soy humana! Soy débil. Él es un semidiós, es tan guapo y…

—*Creepy* —digo, complementando la información que claramente se ha dejado en alguna parte muy oculta de su cerebro.

—En eso estoy con Sofi. El tío es bien *creepy*. —Olatz hace una mueca de repulsión—. Dicen los rumores que tiene a su exnovia muerta embalsamada.

—¡No jodas! ¡Gezurra da hori![2] —Amaia tuerce los labios—. Eso es un mito urbano.

Pero yo no sé si será un mito. Es el semidiós de la muerte y dicen que viene de una familia de nigromantes. Sé mucho sobre él. No pienso admitirlo jamás delante de mis amigas, pero le escribí por Instagram para hacer una colaboración. ¿Por qué no aceptó? Él y yo teníamos todo el sentido del mundo. Él, oscuro. Yo, la pureza personificada. Hubiéramos sido *superaesthetic* juntos. Y yo podría haberle preguntado… cosas que solo un semidiós de la muerte podría saber.

Y no solo no me respondió. No.

Me bloqueó.

¡Qué rabia! ¡Si yo tengo mucho más seguidores que él!

Ni siquiera es tan guapo. Bueno, en realidad sí. Pero yo también. Supongo. Eso dicen todos. Y todas.

—¡Chicas! —Olatz aplaude fuerte y Amaia y yo nos sobresaltamos —. ¿Empezamos el ritual? Se nos va a ir el sol.

Es cierto. Los rayos rojos golpean Bilbao como si quisieran volverlo sangriento. No tengo que pensar en esas cosas. ¿Qué mierda me pasa? No puedo sentirme insegura porque me entero de que va a estar un semidiós arrogante. Ya no soy esa chica.

—¿Prest?[3] —Amaia me toma de la mano.

—Bai[4] —respondo con el poco euskera que sé.

Mi amiga sonríe. Mis dudas se disipan. ¡Soy un Ángel de Plata en OnlyFans! Si está Herio, quizá sea mejor. Ojalá me elija a mí para el ritual. Me reiré en su cara y le diré que no. Quizá hasta haga un *live* para grabar el momento de su humillación.

Además, igual me pica la curiosidad. Euskal Herria es de las pocas tierras en que los dioses han despertado. Solo algunas personas los han visto directamente, salvo a Herio que es influencer y todos lo conocen. Pero él es un semidiós. No cuenta. Yo quiero ver a un dios de verdad.

—¡Prest! —confirma también Olatz.

Amaia cierra los ojos y empieza a recitar las palabras.

El euskera fluye como un poema de su boca y las palabras nos envuelven, nos rodean, bailando como hojas al viento. No tengo ni idea de qué mierda está diciendo, pero el ritual deja de parecerme

ridículo cuando las llamas de las velas se alzan y el viento nos habla. Murmura cosas.

Mierda.

Agarro las manos que me ofrecen mis amigas. Olatz también cierra los ojos. Me cuesta hacerlo, no puedo dejar de mirar maravillada sus cabellos revueltos por el viento, sus rostros iluminados por el atardecer. Pero finalmente los cierro, porque debo tomarme esto en serio. Ellas dependen de mí. Confían en mí.

¿Dónde más iban a encontrar a una chica virgen con veintidós años? Y mucho menos a alguien de cuya virginidad dependa su trabajo. Saben que no voy a renunciar a eso ni por el hombre ni por la mujer más sensuales del planeta.

Ni siquiera por un puto dios.

BI
Cacería
DOS

«No puedo responder a esa pregunta. Si bien es la segunda entrevista con Herio, mis recuerdos son confusos. Tenéis que leer el artículo. Luego lo olvidaréis. Así lograron ocultarse durante tantos siglos».

Fuente: Entrevistas, Izaro.
Amaia Ibarra.
ddd. Fecha desconocida.
Traducción al castellano

Herio

♀

Hoy seré libre. Estaré un paso más cerca de ser un dios. Y aunque la cacería se ha vuelto difícil con las calles de Bilbo petadas de gente, atraparé a ese perro sea como sea.

Pero antes, necesito energía. Saco varias gominolas rojas con forma de ositos, guardo el paquete en el bolsillo de mis vaqueros negros y me las echo a la boca. Acomodo el antifaz blanco de calavera que me cubre la parte superior de la cara. Solo la nariz y los ojos. Paseo la mirada por la calle principal de Alde Zaharra, mientras

me oculto en las sombras de uno de los callejones más angostos y ruego para que nadie me reconozca.

Sería un desastre.

Cientos de personas caminan disfrazadas bajo el atardecer, la mayoría de ellas ya bastante borrachas. Nadie repara en mí, ondo.[5] Parezco un disfrazado más. Muchos de mis vídeos de TikTok los hago con este antifaz blanco y dibujos negros que simulan la parte superior de una calavera, pero esta noche hay muchos que usan un antifaz similar, por lo que nadie debería saber que soy yo. No si no me miran de cerca a los ojos. También ayuda la enorme capa negra para la lluvia que aletea a mi alrededor. Hace mucho viento, joder. Y aunque el viento es normal en Euskadi, la velocidad con la que esa enorme nube negra está cubriendo la mitad de la ciudad no es nada normal.

Puto Sugaar.[6] Si ese dios de mierda cree que enviando un poco de lluvia y relámpagos va a impedir que yo gane la cacería es porque está volviéndose senil.

El móvil me vibra en el bolsillo y me escondo un poco más en las sombras, para que no me vea un grupo de chicas que va pasando, disfrazadas de cantantes de K-pop. Más allá, hay muchos disfrazados de zombis. Creo que este año también están de moda las hadas. ¿De qué se habría disfrazado Eguzki? De lo que decidiera su cuadrilla,[7] supongo.

Brum. Brum. El móvil insiste vibrando en mi bolsillo, así que lo cojo porque debe ser Gorka. Me lo pego al oído y contesto mientras mastico las gominolas, sin dejar de buscar entre la gente cualquier señal de mis competidores.

—¿Has visto a las tías disfrazadas de hadas que acaban de pasar a tu izquierda? —La voz de Gorka en el móvil suena un poco opacada por el ruido de las fiestas—. ¡Están buenísimas!

—Hostia, cabrón. Creí que llamabas para algo importante.

—Ligar debería ser prioridad en Euskadi. Viene bien para el frío.

—Tengo novia.

—No sé, bro. Considerando que lleva muerta dos años quizá deberías empezar a considerar lo de llamarla exnovia.

Corto la llamada. Gilipollas. Cojo un puñado de gominolas para calmar mi ansiedad y las guardo en el bolsillo. Puto Gorka, ya me ha puesto de mal humor en la noche más importante de mi vida.

El móvil vibra otra vez, pero no pienso cogerlo. Al ver que no lo hago, Gorka me envía mensajes y los abro porque veo en la pantalla de bloqueo que menciona algo del perro. Pego el móvil a mi oreja y escucho el audio.

—Acabo de verlos. —Su voz suena agitada—. No tienen al perro todavía, van bajando por calle del Correo. Le siguen la pista, mejor que nosotros.

Lo suponía.

Gorka envía otro audio.

—Ten cuidado, Herio. Sugaar les ha dado algo que les permite saber dónde está el perro. Una especie de rastreador.

Malditos tramposos. Yo no tengo nada de eso. Pero bueno, es comprensible, supongo que era la única forma de que pudieran competir con alguien como yo.

—Estoy cerca de ellos. Si ves al perro deja todo y síguelo. —Envío el audio.

De inmediato, llega otro.

—No creo que sea buena idea enfrentarte con ellos habiendo tanta peña —dice Gorka—. Intenta llevártelos a la catedral.

La catedral, que desde que los dioses despertamos es *mi* catedral. Una catedral que siempre ha consagrado la muerte y que el dios cristiano ha tenido que aprender a compartir conmigo otra vez. Los sacerdotes y monjas me cubrirían, podría deshacerme de esos perdedores que ha enviado Sugaar y nadie encontraría jamás sus cuerpos.

Pero también es la catedral donde conocí a Eguzki. La catedral donde por primera vez la besé. No soporto la idea de pisar ese sitio.

¿Qué es el amor, Herio?

Sus palabras todavía me torturan.

—Buscaré otra manera, no pienso ir allí. —Envío el audio a Gorka.

Estoy a punto de moverme para buscar otro sitio con mejor ángulo de visión, pero me quedo rígido porque otra cuadrilla de chicas pasa cantando una canción en euskera, vestidas de hadas. Creo. Deben ser las que ha dicho Gorka. Me pongo tenso y un sudor frío me cae por la espalda, pero no porque estén buenas. Mi novia era una diosa, no me vuelvo loco solo por unas chavalas con buen cuerpo.

Sin embargo… Estas tienen pelos de colores. Una de ellas, lo tiene celeste, joder.

Si ves una chica de pelo celeste, aléjate de ella. Arruinará tus planes.

La voz de mi amuma[8] suena tenebrosa en mi cabeza al recordar sus palabras.

Me pego mucho a la pared, para que las jóvenes risueñas y borrachas no me vean cuando pasen frente al callejón. Sus vestidos

con brillantes reflejan las luces y me pongo supertenso, pero la de pelo celeste ni siquiera mira hacia aquí. Cuando ya solo veo sus espaldas, me relajo un poco. No la conozco, pero da igual si la conozco o no. Mi amuma la ha visto. A una chica de pelo celeste.

En. Una. Puta. Visión.

Joder. Es la profecía más absurda que ha hecho mi amuma, pero es mi amuma. Si dice una profecía, yo la escucho. Y si la dice en la noche más importante de mi vida, le hago caso. No tiene ningún puto sentido, porque jamás arruinaría algo tan importante como lo de hoy por una chavala, mucho menos por una de pelo celeste. La única chica viva que me ha interesado alguna vez lo tiene rosa y la única otra mujer que me importa está muerta.

Y también lo tenía rosa.

Sí, ya lo sé. Tengo una debilidad.

¡Hostia! ¡Ahí está! Una pequeña sombra negra pasa corriendo entre la gente.

¡Es el perro!

Salgo disparado del callejón y corro siguiendo la sombra que se escabulle entre piernas, zapatos de tacón y disfraces. ¡Casi lo pierdo por estar pensando tonterías! Me abro paso a empujones, derribo a dos chavales disfrazados de Teletubbies y alguien me insulta cuando cambio de dirección demasiado brusco, siguiendo la sombra del perro. No me importa. No me importa nada. Lo único que hay en mi cabeza es atrapar a ese jodido perro, ganar esta cacería ridícula y entregárselo a Akerbeltz para que me dé mi libertad.

Y poder hacer el rito de ascensión.

—¡Ahí! —gritan voces masculinas justo cuando el perro se cuela en un callejón y yo me cuelo también, siguiendo su rastro a toda

velocidad—. ¡Atrápalo! ¡No, por el otro lado!

Mi competencia. No miro hacia atrás, sé que son los madrileños que ha enviado Sugaar y no necesito mirarlos para saber que no me alcanzarán ni de coña. ¡Ja, ja, jaaa! ¡Mortales ilusos! Se cansarán mucho antes que yo. Oigo sus pasos detrás de mí y sé que van armados, pero dudo que vayan a dispararme habiendo tanta gente en las calles principales. Doblo en una esquina y me meto rápido en otro callejón. Derrapo sobre el suelo resbaladizo y casi me caigo, pero me agarro a la pared de piedra y en un instante ya estoy siguiendo al perro de nuevo lo más rápido que puedo.

Es pequeño. Creí que sería grande al ser un perro de Gaueko, pero es solo un cachorro. Y aun así, es rapidísimo el hijo de puta; corre como alma que se lleva el diablo entre las intrincadas calles del casco antiguo. Izquierda, derecha, doblo justo para verlo bajar a toda velocidad por una calle descendente y doblar otra esquina. Los madrileños gritan algo detrás de mí y se me escapa una risa. Conozco el casco antiguo como la palma de mi mano. De mí no te vas a escapar, txakurre.[9]

Lo encuentro otra vez, corre sin detenerse ni un instante, salta un charco de agua y estoy casi por llegar hasta él cuando un trueno brutal retumba sobre toda la ciudad, incluso por encima de la música y el bullicio de la gente.

El perro enloquece. El miedo le da fuerzas renovadas y se aleja de mí otra vez. ¡Joder! ¡Va a tomar la calle de la Ribera!

Abandono el callejón y me detengo, los coches pasan a toda hostia por la enorme avenida. Semáforo peatonal en rojo, el perro cruza. No le importa. En cambio, yo estoy a punto de hacer mi rito de ascensión y ser un dios, no pienso morir atropellado unas horas

antes. El viento ruge, revuelve mi capa negra y veo con horror como casi atropellan al perro. ¡Si lo matan no podré hacer el ritual! Otro trueno retumba y al perro se la suda, pasa entre los coches que pitan las bocinas y tratan de esquivarlo. Se salva por los pelos y jadeo del estrés mientras veo con impotencia como va directo hacia la ría. ¡Hostia! El semáforo se pone verde. Cruzo la calle con la capa negra aleteando a mi espalda. Alguien grita mi nombre, quizá algún fan, quizá alguno de mis enemigos. Ignoro todo y corro tras el perro que está llegando a la pequeña baranda de metal que separa la calle de la ría.

¡Casi lo tengo! Estiro mi mano hacia él y… Salta.

El cabrón salta al agua lanzando un aullido de terror.

¡Puto perro! Miro la superficie turbulenta de la ría, el oleaje que refleja la luz sangrienta del atardecer, el agua cada vez más furiosa y más oscura a causa de la tormenta que se acerca desde el mar. La cabeza del perro asoma un momento y la corriente lo arrastra lejos de mí.

Ni rastro de los madrileños. ¡Hostia! Bajo corriendo los peldaños de piedra que llevan hacia el agua. Me detengo en el saliente de piedra, mirando desesperado como el perro intenta nadar, pero la corriente se lo lleva. ¿Qué hago? Nadie en su sano juicio se lanzaría a la ría hoy. Es Gau Beltza, joder. Seguro que habrá más de alguna criatura esperando para devorar a algún que otro borracho que esta noche caiga a la ría.

Observo con impotencia como mi pase a la divinidad se aleja ahogándose en el agua.

El móvil vibra. Cojo la llamada de Gorka.

—¡Se ahoga! ¡Ha caído a la ría! —grito por el teléfono, sin quitar los ojos del perro que se ve cada vez más pequeño desde aquí.

—¡Lo he visto! Hay un bote en la siguiente bajada de la ría.

—Dime que con bote te refieres a una moto de agua. —Subo a saltos los peldaños, vuelvo a la calle y corro hacia la siguiente bajada que me indica Gorka.

—No, me refiero a un bote.

Hostia puta. Corro por el borde de la ría, ahí está el perro. No, era un tronco flotando. ¡¿Dónde está el jodido perro?! El atardecer es cada vez más rojo y los reflejos en el agua se vuelven confusos. De un salto sorteo la baranda que impide el paso a los peatones hacia la segunda escalera que baja a la ría. Desciendo rápido, intentando no resbalar con la escalera mojada y sí, ahí está el bote. Es un maldito bote con remos y todo.

¡Y ahí está el perro! Justo más allá del bote, asoma su cabeza pequeña y negra mientras trata de nadar hacia algún costado de la ría.

—Espérame en el refugio de la ría —le grito a Gorka por el móvil, tirando con una mano de la soga para acercar el bote—. Si el perro se ahoga vamos a tener que reanimarlo.

Haré lo que sea. No dejaré que ese perro se muera. No todavía.

HIRU

El Rito

TRES

Sofía

La voz de Amaia se convierte en el susurro del viento. En el susurro de la tormenta que se cierne sobre el horizonte, en el susurro de las estrellas.

Y ya no estoy en una azotea sobre un edificio en Bilbao. Solo hay oscuridad, frío y silencio. Un silencio profundo que me recuerda mis pecados. Es imposible no pensar en ellos. La oscuridad se me mete por los ojos, se me mete en el alma. No. No. Siempre ha estado ahí. Dentro de mí.

Salta.

¿Por qué? Dejé eso atrás. Crucé la mitad del planeta para dejar eso atrás. Ya no soy esa persona.

Salta.

Salta.

¡No!

—¡Sofi!

Abro los ojos e inspiro hondo. El viento me golpea con fuerza, las manos me tiemblan. Mis amigas me miran nerviosas. Las capuchas

han caído hacia atrás y sus cabellos se revuelven enloquecidos con la tormenta incipiente.

—¿Estás bien? —Amaia me aprieta la mano. Seguimos sentadas en la azotea. Las velas siguen destellando y las nubes oscuras ya casi han cubierto todo Bilbao—. Si quieres podemos dejar…

—Estoy bien. Terminemos.

No sé qué fue eso. Estaba en otro lugar y ahora estoy aquí otra vez. Aquí hace frío, pero no tanto como en esa oscuridad abismal. ¿Tendrá realmente Amaia los poderes de una bruja? Siempre dice que su abuela era una sorgina.[10] Por eso hace esto. De verdad cree en el legado de su familia.

Me suelta la mano y se inclina hacia Olatz. Se besan, lento, como si apenas se atrevieran. Luego se separan y Olatz me mira. Yo me inclino hacia ella y el beso es rápido, el sentir de sus labios y ya está. Pretendo hacer lo mismo con Amaia, pero ella se ríe y me agarra la cara, obligándome a prolongar el beso.

Cuando me suelta me río también. Es tonta. Las tres nos agarramos de las manos, sonreímos cómplices y Amaia vuelve a pronunciar las palabras. Palabras en un idioma hermoso que no entiendo. Solo capto algunas, fragmentos. Viento, Mari, Amalur, y algo sobre la vida y la muerte. Los detalles se me escapan. El corazón me late acelerado, como si la furia del viento ahora la tuviera metida en las venas. No vuelvo a cerrar los ojos, no quiero ir a ese lugar otra vez.

A veces siento que si voy a ese lugar otra vez, no voy a salir de ahí jamás.[11]

—Eginda.[12] —Amaia nos suelta las manos y sonríe—. Ya estamos vinculadas, neskak.[13] No me falléis.

Sofía



—¿No te pone nerviosa? —Olatz me mira con curiosidad desde el reflejo en el espejo—. Tener que cubrirte la cara para que no te reconozcan.

Amaia nos grita desde algún lado de la casa. Que nos demos prisa, que tenemos que llegar antes del anochecer o nos dejarán tiradas.

—Estoy acostumbrada. —Me pongo el antifaz, blanco cremoso, con detalles al estilo veneciano, cristales que parecen diamantes.

Olatz me ayuda a amarrarlo y también me ajusta algunos lazos del vestido. En realidad, la gente no suele reconocerme demasiado por la calle, pero ahora habrá tal multitud que prefiero evitarlo. Además, es probable que destaque. La mayoría en Gau Beltza van de negro y yo he decidido ir con colores pastel. Blanco, lazos rosas y cremosos que contrastan con mi pelo celeste.

Esta noche voy a enfrentarme a la muerte. En todos los sentidos.

Es superimportante que nos mantengamos firmes. Repito mentalmente las explicaciones de Amaia. *Basta con que una lo logre, que una se abstenga de tener relaciones sexuales en el ritual, para que el plan funcione y debilitemos el akelarre. Pero tenemos que intentar ser las tres, no sabemos cuál va a fallar. Todos fallan, siempre. Nadie recuerda las palabras de Akelbertz. Nadie sabe qué clase de ofrendas hace para mantener atrapado el poder de Mari, porque nadie logra resistir. Si tenemos sexo, perderemos la memoria*

y será otro año que Akerbeltz someta a la verdadera diosa de Euskal Herria.

Amaia confía en mí. No le voy a fallar. Y si está Herio, si está ese semidiós arrogante, lo voy a ignorar. Ya no quiero saber. Si mi hermana está viva o no…

Basta. Eso es el pasado. Tengo que superarlo.

Solo asisto por mis amigas. Ya está.

—Qué curioso, pensaba que no te ibas a disfrazar. —Se burla Olatz, vestida de bruja, mientras arregla los últimos lazos de mi vestido blanco.

—Ja, ja. Muy gra, cio, sa —digo, marcando la ce a la manera española, de forma sarcástica. Tal vez mi ropa parezca un disfraz para ella, pero es la que uso normalmente. A mí no me da vergüenza como me visto, siempre ha sido mi sello como influencer y no lo pienso cambiar.

Ella se ríe, nos hacemos una selfi de recuerdo y toma su bolso, gritándole a Amaia que ya bajamos.

—¿No sientes que alguien nos observa? —Olatz se pone la chamarra y tiembla un poco—. Quizá porque es Gau Beltza, pero no dejo de sentirlo desde que hicimos el ritual.

—No. Quizá me falta sangre vasca para ver fantasmas esta noche —digo y le saco la lengua.

Ella pone los ojos en blanco, riéndose y se va a buscar a Amaia. Antes de seguirlas, me aseguro de que el antifaz está firme y que mi vestido blanco, con sus encajes y vuelos, se mantenga en su lugar. Me reviso desde algunos ángulos, es lo bastante largo como para que no se me vea el culo, cubre al menos hasta varios dedos sobre las rodillas. También me pongo a revisar mis botines de plataformas

enormes y me subo las medias hasta los muslos. Y… A medida que busco cualquier pretexto para seguir retrasándome, el agujero que siento en el pecho crece más y más. Más. Mucho más.

Tal vez no estoy sintiendo fantasmas como Olatz, pero no es necesario. A mí los fantasmas me persiguen siempre. Siempre. Aunque últimamente los mantenía a raya. ¿Por qué el recuerdo de mi hermana vuelve ahora?

Tal vez por la fecha. Tal vez porque si está muerta realmente, hoy sería una fecha en la que *debería* pensar en ella.

Y ella me diría que no esté triste, que viva mi vida.

Es lo que intento hacer, mierda.

—¡Sofía! —La voz de Amaia suena furiosa.

Inspiro hondo, cierro los ojos un momento y suelto el aire, lento, muy lento. Cuando los abro, observo mi reflejo enmascarado en el espejo y aprieto los puños.

Esta noche todo quedará atrás. Empezaré de nuevo. Aunque…

¿Cuántas veces he dicho eso?

—¡HOSTIA, SOFÍA!

—¡Ya voy! —Me giro hacia el pasillo, tomo mi teléfono, un bolso pequeño que parece de mentira y salgo detrás de ellas.

Cuando dejo el piso, mis amigas ya van corriendo por las calles descendientes de Abando, mezclándose entre la multitud. La ría brilla a lo lejos, reflejando el atardecer. Me llegan notas de música tradicional vasca que deben estar tocando en alguna calle cercana.

—¡Espérenme, zorraaas!

Corro por la calle y en pocos segundos la zona de bares queda atrás, ya puedo ver la cuesta que baja hacia la ría, hacia el ayuntamiento. Mi gabardina larga y blanca aletea con el viento.

¡Siento que tengo alas! Chillo con los brazos abiertos. ¡Amo el clima de este lugar! Cuando el viento ruge contra mis oídos, cuando el olor a sal y mar de la ría se me mete hasta los pulmones, me olvido de todo. De todo. De la pena, de la incertidumbre. No pienso en lo que me espera cuando vuelva a mi país y bajo las calles riendo como una loca. Las malditas de mis amigas son rápidas y no las alcanzo, o tal vez es por las plataformas de los botines. Tampoco es fácil correr agarrándome el vestido para que no se levante con el viento. ¡No dejaré que nadie me vea las bragas gratis!

Bum. Bum. Suenan tambores en las calles aledañas. Las notas agudas y silbantes de una txirula[14] vuelan por el aire y la música vasca se eleva entre el festejo de la multitud. Hace hervir mi sangre. ¡Dios! Cada vez hay más gente a nuestro alrededor, todos de fiesta. La mayoría disfrazados, a la gente le encanta Gau Beltza. Respiro agitada y se empieza a hacer difícil no perderles el rastro a mis amigas. Ellas van de brujas y hay muchas otras brujas entre la masa de bilbaínos. Yo soy de las pocas vestidas de blanco. Aunque podría hacer grupo con los fantasmas y los esqueletos que andan por ahí.

¿Dónde se han metido mis amig…?

—¡¡¡¡¡¡Buaaa!!!!!!

Chillo y me giro con el corazón enloquecido cuando una sombra sale de no sé dónde y se abalanza sobre mí.

—¡Hija de puta! —Le grito a Amaia que se parte de la risa, pasándome el brazo por encima de los hombros y agarra con la otra mano su gorro de bruja para que no se le caiga.

Y yo también me río, todavía temblando por el susto que me dio.

—¡Vamos, vamos! —Olatz nos mete prisa, empujándonos para que sigamos corriendo entre la multitud.

Les sigo el paso, esta vez más rápido por la adrenalina del susto. No debería ser divertido. No me debería ir riendo cuando me arriesgo a hacerme un esguince por perseguir con botines de plataforma a dos borrachas por medio Bilbao.

Por supuesto que se tomaron un kalimotxo cada una antes de salir.

Yo solo me tomé uno, quizá no debí hacerlo. Mientras más corro y me muevo, más me pega el alcohol.

—¡Por aquí! ¡Sofi, que te quedas atrás!

Olatz me hace señas desde las escaleras del puente. El Zubizuri, metálico e inclinado sobre la ría, perfecto para que unas borrachas se caigan por cruzarlo corriendo. Genial. Subo los escalones agitada y cuando llego arriba me sujeto a la baranda. Aquí el viento sopla peor que en la azotea. Mis amigas son dos putas locas que atraviesan el puente a toda velocidad, con las gabardinas aleteando en sus espaldas. Me detengo un momento y me agarro a la barandilla. Jadeando, cierro los ojos un momento y cuando los abro…

Mierda, es hermoso. No puedo evitarlo, necesito grabar esto. La ciudad es oro por un lado y oscuridad por el otro. Saco el móvil de mi bolsillo y hago un vídeo del cielo rojo, de la ría que refleja los rayos dorados del atardecer y de cómo una densa masa de nubes negras se acerca desde la costa, amenazante, para cubrir la ciudad.

—¡Sofi! ¡Date prisa que va a llover!

La voz de Amaia me llega amortiguada por el sonido del viento, ella ya casi está del otro lado del puente. El día se vuelve más y más oscuro y las farolas de la ciudad se encienden. Parecen canicas anaranjadas repartidas entre las calles y la gente.

—¡Ya voy! —grito con fuerza—. ¡Quiero hacer un tiktok!

Me giro hacia el otro lado, para grabar la parte de la ciudad donde la muchedumbre camina hacia la zona del ayuntamiento y hacia el arenal. Miles de personas, sombras iluminadas por las farolas, disfrazadas para celebrar Gau Beltza. Desde que los dioses de Euskal Herria despertaron, nadie se pierde esta fiesta. Tampoco se pierden Gau zuria, ni San Juan, pero esta es la más popular.

La fiesta de la muerte. A los vascos siempre les ha fascinado la muerte.

Genial, capturo toda la masa de personas convertidas en seres de la noche. Este tiktok seguro que se hace viral, somos las únicas locas encima del puente con este viento y… mierda. Esta lluvia.

Me giro otra vez hacia el norte y la cara se me empieza a mojar con suaves gotas de lluvia. No sé cómo es posible, pero la nube negra que parecía lejana está ahora encima de nosotras como un monstruo enorme que se quiere comer Bilbao. El día escarlata empieza a volverse oscuro y el puente tiembla con el viento más y más fuerte.

—¡Soooooofííííííaaaaaa!

—¡Ya voy, ya voy!

No voy. Grabo fascinada cómo la nube devora la ciudad. Como las aguas calmadas de la ría se vuelven oscuras y el oleaje furioso. El lazo rojo del pelo se me cae y vuela sobre la ría. Los mechones celestes de mi melena me azotan la cara tan fuerte que me duele. Y me encanta, me encanta. Me encanta como el puente vibra bajos mis pies, el vértigo que siento cuando me olvido del móvil. Dejo de grabar y simplemente observo las aguas turbulentas, llamándome.

Salta.

Salta.

Sería una caída enorme. Volaría como las hojas de los árboles que ahora revolotean por todas partes. Como el lazo que acabo de perder y que todavía vuela al viento frente a mí. Ya no oigo a mis amigas, solo el viento en mis oídos, el metal del puente crujiendo y esa voz que siempre me llama.

Salta.

El sol se pone del todo. Las nubes ganan la batalla, la ciudad sucumbe a la oscuridad.

¿Habrá mi hermana oído lo mismo? A veces me he tentado a saltar, pero ya no soy esa persona. No voy a saltar. Ahora soy más fuerte. Tampoco sé si ella saltó. ¿Se habrá rendido? ¿Habrá escapado? Ignoro el dolor de los recuerdos. El viento me da fuerzas, la lluvia me empapa y por eso amo esta ciudad. La lluvia, el viento demente me hacen sentir viva. Las farolas iluminan de naranja las calles y resisten los embistes del viento furioso.

Elegí estar viva.

Entonces ¿por qué? Aferro la baranda con fuerza y los ojos se me llenan de lágrimas. ¿Por qué me siento tan sola y tan vacía? El agua refleja los últimos rayos del sol y miro el adorno de plata que cuelga de mi teléfono. Brilla con reflejos escarlatas. Lo aprieto entre mis dedos y… No debí tomarme ese kalimotxo. Estoy borracha. Solo eso explica que de estar riéndome con mis amigas pasara a estar llorando como una tonta, aferrándome a la baranda de un maldito puente que se agita como si quisiera arrojarme al agua.

Más y más viento. Más y más lluvia.

Quiero soltar la baranda y correr hacia Amaia y Olatz que todavía me llaman desde el otro lado del puente. Pero al mismo tiempo no

quiero, no quiero. Soy una cínica. ¿Quiero hacer feliz a mis amigas? ¿Eso quiero? ¿O solo he aceptado ir para cumplir sus expectativas? ¿Para sentirme parte de algo?

¿Por qué no me importa de verdad? ¿Por qué no me importa el destino, salvar a su diosa o lo que sea que les importa a ellas?

La lluvia cae furiosa y ya no oigo a mis amigas. Ya casi no hay luz del sol. Quizá nunca seré parte de este lugar. Quizá merezco volver a Chile y… ¿Eh? ¿Qué es eso?

Me inclino un poco, apoyándome en la baranda y miro el agua. En medio de la penumbra de la ría hay un bote. La farola más cercana, en la calle de arriba, alcanza a iluminarlo. El bote se zarandea de lado a lado y sobre él, equilibrándose sobre la ligera y frágil embarcación, hay una persona encapuchada con los brazos abiertos hacia el cielo.

¿Qué mierda?

El encapuchado se balancea sobre el bote, pero parece ajeno a la tormenta, ajeno al hecho de que el bote está a punto de volcar. Sus hombros se agitan con violencia mientras estira los brazos hacia el cielo negro como si lo quisiera alcanzar. ¿Está llorando? Grita algo pero no lo oigo. ¿Necesitará ayuda? Si se cae podría ahogarse. Su figura alta y encapuchada se perfila contra la luz de la farola mientras el viento azota su capa de lluvia larga y negra. Parecen las alas de un cuervo, es una imagen asombrosa.

Me olvido de mi pena. Me la trago como me la trago siempre. Algo más profundo se apodera de mí: la necesidad de capturar este momento. Levanto de nuevo mi iPhone y apunto a la silueta oscura, la capa negra volando y recortándose contra el agua que refleja los rosas y violetas del ocaso.

Debería usar el teléfono para llamar a la policía o alguien que lo saque de ahí, pero… bueno. Eso haré si se cae.

Empiezo a grabar. No sé si es un hombre o una mujer, pero parece el fantasma de la muerte en Gau Beltza.

Esto seguro que va a ser viral.

LAU

La chica, el perro y el chico

CUATRO

«Son inmortales. Hasta ahora el único que porta un arma capaz de matarlos es Aideko. Eso todos lo saben».
Fuente: Amaia Ibarra
Entrevista para Izaro.
ddd. Fecha desconocida.
Traducción al castellano. Puede que parte del mensaje se interpretara diferente

Herio

♀

—¡¿Me oyes, Sugaar?! ¡Mírame, cabrón! —Alzo la cara hacia la tormenta y suelto una carcajada al ver el primer trueno. Me está oyendo, lo sé—. ¡Hoy seré libre! ¡Mírame desde tu trono de nubes, dios de mierda! ¡Espérame sentado que iré a por ti!

¿En serio Sugaar pensó que unos madrileños enclenques iban a ganar esta cacería? No hay ni rastro de ellos. Son unos cobardes. O no son tan gilipollas como para meterse a la ría, sabiendo que apenas se oculte el sol podrían ser presa de las lamiak.[15]

Me río con fuerza y la luz cegadora de un rayo me deslumbra. El viento intenta derribarme, pero sonrío y me equilibro con facilidad. Si Sugaar cree que un poco de viento y lluvia van a detenerme está muy equivocado. Otro rayo cae en algún lugar, lejos de aquí. Quizá el dios de la tormenta debería mejorar su jodida puntería.

Y ahora… ¿dónde se ha metido ese pequeño desgraciado? Estaba cerca de la escalera… ¡Ahí! Una pequeña bola de pelo negra lucha contra la marea, contra el caos de agua y viento que los dioses han desatado contra mí.

Me siento otra vez y empujo con fuerza los remos para llegar a la orilla. ¿Hummm? ¿Qué es eso? Sobre la cubierta de madera del bote descansa un lazo rojo. Siento el impulso de agarrarlo, pero si suelto los remos el perro se me va a escapar. No es fácil mover el bote en contra de esta masa de agua. Un simple humano no podría. Pero no solo soy más fuerte, sino que la emoción de saber que al fin dejaré de trabajar para el desgraciado de Akerbeltz[16] es suficiente para despertar todas mis fuerzas. Estoy harto de hacer sus trabajos sucios, de ser su mascota. Así que me olvido del lazo rojo y clavo los ojos en el cachorro que nada y nada, con la misma energía con que yo muevo los remos.

No pasa nada, pequeño, tu sufrimiento acabará pronto.

Joder, de solo imaginar lo cerca que estoy de mi libertad me dan ganas de gritar de felicidad.

Sofía



El hombre rema con fuerza hacia la orilla. No estaba llorando, como creí al inicio, sino riéndose como un puto loco. No he dejado de grabar ni un instante, algo me dice que estoy presenciando un momento increíble, lo suficientemente raro como para petarlo en TikTok. Y ya, lo que normalmente peta mis vídeos son mis tetas, pero debo entregarle variedad a mi comunidad. ¿Un demente en medio de un bote en la tormenta? Seguro que les va a gustar. Con una mano me agarro bien a la baranda y con la otra sigo sus movimientos con la cámara. Gracias a la farola de la calle, que proyecta la luz sobre la ría, se ve lo suficiente. Aunque, incluso con esa luz, es poco más que una sombra encapuchada luchando contra las aguas tormentosas.

¡Mierda! Un trueno retumba sobre nuestras cabezas y chillo cuando el siguiente rayo cae muy cerca, en el parque del lado de la ría. El sonido me deja los oídos pitando. Mierda, mierda. Y yo mojada en esta enorme estructura de metal. Esto es pésima idea, debería irme pero… ¡es que este *reel* seguro que va a ser superviral!

Es lo malo de ser influencer. Puedes estar a punto de morir, pero cuando crees tener un gran vídeo, no puedes soltarlo. Es algo que te quema la sangre.

Especialmente, cuando tu apego por la vida no es tan grande.

¡Pum! Otro trueno. La mano se me resbala de la baranda por el agua, pierdo al encapuchado por un momento mientras recupero el equilibrio y lo capturo de nuevo. Ahí está y… ¿Ahora qué hace?

Se pone de pie cuando está por llegar a la orilla, lanza un cordel hacia la plataforma de piedra y el lazo cae con puntería perfecta en uno de los postes de madera para amarrar botes. ¿Qué pretende? En la plataforma hay una escalera de piedra para subir a la calle,

pero todavía le queda un gran tramo de agua furiosa desde el bote hasta ahí. Lo sigo con la cámara, olvidándome del viento, olvidándome de la lluvia, mientras asegura la soga, retrocede un paso, toma impulso y… ¡Salta! ¡En serio acaba de saltar! ¡Como un ave negra, vuela desde el bote hasta el borde de piedra de la orilla! A pesar de la distancia, cae sin problema con la capa de lluvia aleteando sobre su espalda y echa a correr con agilidad por los escalones. No sé cómo no se resbala con esta lluvia. Parece mágico, una sombra, un espectro parte de la tormenta.

¿Está persiguiendo algo? Va por la mitad de la escalera y se abalanza sobre una sombra más pequeña que yo no había visto. Forcejea con ella y mi estómago se aprieta de los nervios. ¿Qué carajo es eso? Hago zoom y me da un vuelco el corazón. Es un perro. Apenas un cachorro. ¿Será suyo? ¿Se le habrá escapado con los truenos? Pero el encapuchado saca una bolsa de debajo de la capa y mete al perro dentro con violencia. El cachorro patalea intentando salir.

No parece para nada el rescate de un dueño feliz al recuperar a su perro.

—¡Ey! —Hago el móvil a un lado y le grito, apoyándome en la baranda en medio del puente—. ¡Ey, tú! ¡¿Qué estás haciendo?!

No sé si no oye mis gritos o simplemente le da igual, pero me da la espalda y empieza a caminar de regreso hacia el bote con la bolsa echada al hombro.

¡No! ¡No puedo ver cómo se rapta un perro así sin más!

Lo apunto con el iPhone.

—¡Oye! ¡Hijo de puta! ¡Déjalo! ¡Te estoy grabando!

No sé si el viento lleva mi voz hasta él, pero al fin me oye. Se detiene. La lluvia cae con fuerza, el puente tiembla y el hombre se gira. Levanta el rostro y… Grito del miedo. Mi grito cruza la lluvia, cruza la tormenta. No es un rostro. Debajo de la capucha hay una calavera. Es un antifaz, idiota, es un antifaz. Pero me quedo sin aire, porque no es humano. Esos ojos no pueden ser humanos. Detrás del antifaz brillan plateados, como los de un animal nocturno en la oscuridad.

Las manos me tiemblan, el teléfono se me cae de las manos.

Son los ojos del demonio.[17]

Herio

Joder, hay una chavala grabándome. O bueno, me estaba grabando. El móvil se le ha caído a la ría. ¡Menuda idiota! ¡La fortuna está conmigo esta noche! Seguro que era una fan haciéndome una foto y no sería bueno que capturen este momento. Los animalistas podrían *funarme*. Sonrío en la oscuridad y le doy la espalda otra vez, mientras agarro bien al perro que hace esfuerzos inútiles para escaparse. ¿Qué más da si ella me ha visto? Ascenderé pronto y cuando eso suceda, se olvidará de mi existencia como cualquier mortal. Si me acusa de algo, nadie le creerá.

Llego a la base de las escaleras y, con una sola mano para no soltar al perro, tiro de la cuerda para traer el bote hacia mí. Es difícil, el agua de la ría está furiosa con la tormenta y azota el bote desde todos lados.

—¡Mi iPhone, mi iPhone! —La voz chillona de la chavala llega hasta mí, esta vez más cerca.

Me vuelvo otra vez hacia la escalera y… ¿es una puta broma? Viene bajando a toda prisa los escalones, a pesar de la lluvia. Es ridícula, ¿quién cojones baja a un lugar como este vestida así? No le veo la cara del todo porque también lleva antifaz. Uno al estilo veneciano, blanco con encajes y florituras brillantes a juego con el vaporoso vestido blanco. Vestido tan corto que se eleva con el viento y se le ven las bragas. La gabardina blanca aletea a su espalda como las alas de un ángel. Un puto ángel con bragas rosas.

Y pelo celeste. Un celeste pastel que se agita con locura, igual que los lazos de su vestido.

Hossstiaaa puta.

Si ves a una chica de pelo celeste, aléjate de ella. Arruinará tus planes.

¡Maldita vieja bruja! Odio que mi amuma siempre acierte con sus putas profecías.[18] Joder, ¿qué hago? Todo mi cuerpo se tensa. ¿La habrá enviado Sugaar? Quizá también esté cazando al perro. Hostia, quizá es alguna criatura sobrenatural. Ningún humano podría bajar sin resbalar con esos botines de plataforma de diez centímetros.

Pongo la bolsa con el perro en el suelo a mis pies y me preparo para enfrentarme a ella. Le doy un puntapié al perro que no deja de moverse dentro de la bolsa.

—Quieto, joder.

Meto la mano debajo de mi capa para tomar la pistola porque la chica está demasiado cerca. Camino hacia ella, afirmando la pistola entre mis dedos, pero sin sacarla todavía. La chica baja la escalera a toda velocidad y cuando pasa por debajo del aura de luz de la farola

que está más arriba… Dudo. Dudo y me detengo, porque aunque su rostro está cubierto por el antifaz… Me recuerda a alguien. No lo sé, es algo quizá en su manera de moverse, en ese pelo de fantasía.

¿A quién, a quién me recuerda? Lo tengo ahí, a punto de saberlo y se escapa.

Se queda de pie en la escalera, debajo de la luz de la farola, mirándome y respirando agitada. El tiempo se detiene y ella también, jadeando, los ojos clavados en los míos. Brillan ligeramente, ocultos por el antifaz.

No hay tormenta. No hay viento. Es como si no hubiera nada más que nosotros dos mirándonos en medio de las penumbras de la noche negra.

Quién. Cojones. Es.

Basta, estoy paranoico. No puede ser una enviada de Sugaar, joder, si apenas debe tener veinte años. ¿Y quién saldría a cazar al perro con ese puto vestido de muñeca? Se aparta el flequillo de la frente, todavía respirando con dificultad y vuelve a correr hacia aquí.

Y yo no consigo quitarme de encima la sensación de que la he visto antes en algún lado.

La lluvia arremete con fuerza, sin piedad.

A ella se la suda.

—¡¡¡¿Dónde?!!! ¡¿Dónde cayó?! —Se detiene a unos pasos, mirando las aguas oscuras e ignorando la cascada de lluvia que cae sobre ella.

Está empapada. El agua le marca las tetas.

—¡Qué miras, idiota![19] —Se gira hacia mí y percibo su odio a través de los ojitos que brillan tras el antifaz—. ¡Vas a pagármelo!

—¿Qué? ¿Estás de coña?

No es una fan, evidentemente. Supongo que no me ha reconocido por el antifaz. Y empiezo a ponerme nervioso. A mí no debería ponerme nervioso una simple mortal, pero…

Aléjate de ella. Arruinará tus planes.

Así que, eso hago. Le doy la espalda y la oigo chillar furiosa mientras camino hacia el saco con el perro para cogerlo.

—¡Por tu culpa se me cayó! —Habla con acento de algún sitio de Latam.

Me giro para mirarla y… tiene un cuerpazo. Se ve debajo del vestido blanco que se trasluce empapado. Pero no es una chica de tamaño grande, no la imagino poniéndomelo muy difícil si tenemos que luchar, así que descarto del todo que la haya enviado Sugaar. Jamás enviaría a una extranjera.

Un trueno retumba con fuerza y la hace dar un brinco. Pfff. No tengo tiempo para esta mierda.

—Vale, lasai, neska.[20] —Me agacho, recojo la bolsa con el perro dentro y me la cuelgo al hombro de nuevo—. Luego te hago un Bizum.

Me giro y tiro de la cuerda con todas mis fuerzas. Consigo traer el bote y la proa golpea contra la escalera de piedra, mientras el perro patalea intentando escaparse. La chavala se acerca y me agarra del brazo.

—¡Deja ese perro! ¡Qué haces con él!

Joder, joder, me ha tocado. ¡La vieja dijo que me alejara y ahora una chica de pelo celeste me ha tocado! Espero que no baste para arruinar mi suerte esta noche.

—Hostia, no te metas —digo, empujándola para quitármela de encima.

Se tambalea y consigue agarrarse de la pared de piedra. Se golpea el brazo y gime, frotándoselo. Joder, hasta sus gemidos me resultan familiares. ¿Me la habré follado alguna vez? No, no. Imposible. Si hubiera follado con alguna latina lo recordaría. Creo. Tal vez estaba borracho. Llevo dos putos años sin follar. Y antes de eso un año de novio con Egu.[21] Quizá si fue antes de eso lo he olvidado.

—¡Lo estás raptando! —Su voz es tan chillona que se sobrepone al rugido del viento.

—Chica, es mi perro, lárgate.

Respira agitada y… No. No he follado con ella. Me acordaría de esas tetas.

—¡No es verdad! ¡Weón mentiroso! ¡Te vi pegarle recién! —Se abalanza contra mí y trata de sujetar la bolsa—. ¡Suéltalo! ¡Mis amigas vienen! ¡Te están grabando! ¡Soy famosa! ¡Vamos a *funarte*!

¿Famosa? Tal vez por eso me resulta conocida, pero no debe ser tan famosa si no la recuerdo. Miro hacia arriba para ver si están sus amigas en la calle, porque no quiero que me *funen* por maltrato animal. Arruinaría mi popularidad para siempre. Pero… Sonrío. No hay un alma arriba de la escalera. Debe ser mentira. Sus amigas sí son inteligentes y se han pirado. No tiene ninguna prueba contra mí.

—¡Lo vas a ahogar! —Intenta agarrar el saco—. ¡Sácalo de ahí, que lo vas a ahogar!

—¡Que no! Hossstiiia. —De mala gana, abro la bolsa y cojo al perro bien sujeto del pelo para que no se me escape de nuevo. El cachorro patalea confundido, pero cuando sus ojos se cruzan con los míos se queda quieto, estira su hocico y me da un lametazo en la cara—. ¿Lo ves? ¡Es mi perro!

Qué puto asco. Perro de mierda. Pero lo agarro bien firme y simulo una sonrisa. El perro mueve la cola contento en mis brazos y la chavala deja de chillar. No veo sus rasgos bien por el antifaz, pero por el temblor en sus labios parece a punto de echarse a llorar. Está empapada. Mira el agua, abrazándose a sí misma, temblando, y me mira de nuevo a mí y al perro. Su melena corta de pelo celeste se revuelve caótica con el viento. No parece convencida.

Me la suda. Doy un último tirón a la cuerda para acercar de nuevo el bote. Subo de un salto y me equilibro en la cubierta con facilidad. Dejo al perro sobre las tablas y lo ato a uno de los seguros del bote. Se pone a forcejear, no le ha gustado que lo atara, pero da igual. Ya es mío y al fin podré hacer el ritual.

Mi ascensión está cada vez más cerca.

—¡Qué haces! ¡Regresa! —La chavala sigue gritando—. ¡Se van a ahogar con esta tormenta!

Sonrío, sin responderle. Si, neska, me ahogaría si fuera un humano de mierda.

Ella da un paso hacia nosotros, pero quito la soga del bote, asomo mi zapatilla hacia el muro de piedra, empujo bien fuerte y el bote se desliza por el agua, alejándonos de la plataforma de piedra. Ella nos mira con impotencia mientras el oleaje nos zarandea. Hay al menos dos metros, no llegaría con un salto.

—¡No te vayas! ¡Págame mi celular!

Se frota los brazos, muerta de frío. Ahora que lo pienso, no parece un ángel. Con ese vestidito y lazos de color pastel, parece más bien una muñeca. Una muñeca que alguien ha abandonado y ahora se estropea bajo la lluvia.

Qué lástima.

—¡Agur![22] —grito y me siento para coger los remos.

Con el rugido del viento no logro oír los insultos que suelta, agitando las manos. Pero al ver que me alejo, se rinde y empieza a subir por la escalera. Da dos pasos y… joder. Se detiene. Mira hacia el agua y empieza a chillar.

—¡Mi iPhone! ¡Ahí está!

Menuda loca. Es imposible que el iPhone haya sobrevivido. Ya debe estar en el fondo bien muerto y… ¿Qué coño hace? Se está quitando la gabardina. Se quita también los botines de plataforma y los deja sobre los peldaños de piedra. ¿Está loca? Sigo su mirada y… hostia. ¿Cómo es posible? Algo brilla debajo de la superficie turbulenta. ¡El puto móvil! Debe haber quedado enredado en alguna basura arrastrada por la corriente, porque está bajo el agua aunque no demasiado profundo. Pero, venga, es un móvil. Nadie sería tan imbécil para intentar nadar con esta tormenta por un simple mov…

Se lanza al agua. Así, sin más.

El oleaje rompe con fuerza contra el muro de piedra, contra el bote y se traga a la chavala en cuestión de segundos. Se me escapa una carcajada, no puedo evitarlo. ¿En qué estaba pensando? Me sigo riendo cuando su cabeza asoma entre las olas e intenta nadar, acercarse a su móvil. ¡Qué gilipollas! Esta va a ser una de las muertes más ridículas del año. Debería grabarla para hacer un vídeo viral.

Aunque supongo que si grabo a una chavala ahogándose me van a *funar* por eso también.[23] Así que, simplemente, me siento en el bote, saco el paquete de gominolas del bolsillo de mis pantalones y me como una mientras veo sus esfuerzos inútiles.

Un trueno estalla sobre nuestras cabezas, el perro ladra y el fogonazo de luz me permite verla un momento antes de que vuelva a hundirse.

Si alguien es tan imbécil para arriesgarse así por un móvil, merece morir. Yo me largo.

No puedo perder un segundo más con esta tontería.

Me trago una gominola más, guardo el resto en el bolsillo y empiezo a remar. Un, dos, tres remadas. No hay más sonido que la lluvia, el viento y el agua golpeando la madera del bote. Y los jodidos ladridos del perro que no se calla, sigue mirando el punto donde se ha sumergido la chica. Su pelaje está erizado a pesar del agua. Apoya las patas en el borde de la embarcación, como si se pensara saltar.

—¡Geldi![24] ¡Ya basta, chucho!

El perro obedece y no salta, aunque sigue ladrando con insistencia. Está empapado y su olor empieza a molestarme. Qué cosa más horrible que el olor a perro mojado.

—Joder, ya cállate. No es nuestro problema.

Nos hemos alejado unos tres metros, probablemente no la veo por la oscuridad. O por la niebla, cada vez más densa, que se retuerce sobre el agua. Aunque sigo viendo la luz del móvil, como el brillo de un fantasma bajo la superficie del agua. No sé cómo sigue funcionando el puto móvil si parece sumergido más de un metro.

La chica no lo ha cogido.

¿Se habrá ahogado? Se me retuerce el estómago, pero no. Me niego a sentirme culpable. Voy a ser un dios. Estoy por encima de estas cosas.[25]

Pero el perro no para de ladrar y algo me inquieta. Dejo de remar, me subo un poco la capa de lluvia y trato de ver mi reloj. Todavía me queda bastante tiempo para el encuentro con Gorka y muchas horas para el akelarre. A pesar de la oscuridad, no son ni las nueve. Genial. No tengo por qué estresarme. Mientras llegue con el perro a tiempo para el ritual, todo bien.

Cojo los remos otra vez, para continuar mi camino. Porque eso debería bastarme. Ya tengo al condenado perro. ¿Qué cojones me importa si se ahoga o no una chavala que ni siquiera conozco? Un muerto más en mi historial ni va a notarse. Además, seguro que ha salido por el otro lado. Con esta cascada de lluvia, imposible saberlo. No volveré para averiguarlo. Ni de coña me sumerjo en la ría en Gau Beltza. No por miedo, claro. Es que esta noche es importante para mí. Si me encuentro con alguna criatura podría arriesgarme a gastar la energía que necesito para el ritual. Rescatar a Eguzki es más importante.[26]

En realidad no sé por qué me doy excusas a mí mismo. No quiero volver y nadar solo porque no me apetece. Ya está. Mucho menos por una simple humana.

—Guau, guau, guau, guau.

Pero cada remada me cuesta más. El buen humor que tenía porque al fin podré hacer el ritual se disipa. Hostia. El rostro de la chica se cruza en mi mente, su pelo celeste agitado por el viento. Ese pelo de fantasía, como el que usaba Egu. Aunque el de mi exnovia era rosa.

Y Egu nunca habría hecho algo tan estúpido como arrojarse a la ría para convertirse en la cena de las lamiak.[27]

—¡Guau, guau! —Qué perro más pesado.

¿Por qué me siento mal de pronto? Joder, es por esa mierda de sensación, de que la conocía de antes. Pero no entiendo por qué, ni siquiera es de aquí.

Soy famosa, voy a funarte.

Famosa, famosa. Doy otro par de remadas. Famosa, ¿de Latam? Quién…

—¡Guau, guau, guau!

¿Será una cantante de reguetón? Yo no escucho esa mierda.

—No me interesa, txakurre.[28] Es una chavala cualquiera.

Cada segundo que pasa, mientras el viento me golpea la cara y la lluvia nos moja, estoy más seguro de que la he visto antes en algún lugar. Pero no hay ninguna famosa con el pelo celeste que yo… Hummm.

Pelo celeste, piel morena y ropa mojada. Ropa casi absurda para una chica de veinte años. Con lacitos, encajes, ropa de muñeca.

Miro el lazo rojo que antes llegó volando y sigue en el suelo del bote. Se le cayó a ella.

Hostia puta. Detengo los remos.

Ropa de muñeca, un lazo rojo en el pelo… Los recuerdos me golpean. Los tenía enterrados. Profundos, muy profundos. No, no. No puede ser. La reconocería. Es imposible que haya estado frente a ella y no la haya reconocido.

Me mato.

Pero lo único que he visto de su cara era su boca.

—¡Guau, guauuu!

Joder. Suelto los remos y me pongo de pie en medio de la tormenta. Recojo el lazo y lo aprieto en mi mano. El agua se escurre

entre mis dedos. El puto pelo celeste me ha confundido, antes lo tenía rosa. Pero es ella. Esa boca… Esos encajes, esos lazos.

Esas tetas mojadas.

Me he hecho cientos de pajas viendo vídeos de esas tetas. He imaginado esa boca alrededor de mi polla hasta quedarme dormido. [29]

—¡Guau, guau! —El perro intenta liberarse de la cuerda, totalmente enloquecido.

—¡Lasai! ¡Cállate! ¡Tú ganas! —Empiezo a quitarme la capa de lluvia y las zapatillas.

Joder, ¿cómo no la he reconocido antes? El pulso se me acelera, el corazón se me vuelve loco golpeándome el pecho.

Soy un imbécil. Soy gilipollas. Guardo el lazo mojado en el bolsillo de mis vaqueros. Me agacho y las manos me tiemblan mientras me desato los cordones de las zapatillas.

¿Cómo cojones no he reconocido a Sofía Ochoa? Y sí, soy un semidiós, no deberían importarme ya los mortales.

Pero… es ella. Sofía. La puta Sofía Ochoa.

Y se está ahogando por mi culpa.

No importa las advertencias de mi amuma. No me importa su profecía. Ni de coña dejo que Sofía Ochoa se ahogue en la ría de Bilbao.

Cojo la soga del bote, me la ato con fuerza al tobillo mientras el agua resbala por mis manos y miro al perro.

—Ruega para que regrese, txakurre,[30] o tú te ahogas conmigo.

Y me zambullo en el agua.

BOST

Los imbéciles merecen morir

CINCO

Herio

♀

He nadado mil veces en la ría. Con lluvia, con vendaval. Y aunque tenga más resistencia que un humano normal,[31] no va a ser suficiente si me cruzo con alguna criatura nocturna. Son más poderosas en Gau Beltza.[32] Entre brazadas desesperadas, entre agua turbulenta que nubla mi visión, contengo la respiración debajo del agua e intento encontrar a Sofía.

Si se muere por mi culpa, voy a volverme loco.

Y debo darme prisa. Si no llego para el ritual, Akerbeltz va a rebanarme el cuello. O peor aún, seguiré siendo su esclavo de por vida.[33] Pero me cuesta nadar con tanta corriente. Las burbujas escapan de mi boca y hago lo posible por acercarme a la luz fantasmal del móvil. Ella debe estar cerca. ¿Cómo es que el puto iPhone sigue encendido? Al parecer está estancado entre unos escombros debajo del agua. Y Sofía… dónde, dónde. ¿Dónde está ella?[34]

¡Joder! Si no la encuentro…

Ahí. La veo, su silueta negra recortándose contra la corriente gris. Nado con fuerza, empezando a sentir la presión en el pecho. Ella

mueve los brazos, patalea, su melena se alza en mechones hacia arriba como una mancha de oscuridad. El vestido flota y se revuelve a su alrededor.

Ya casi llego, ya casi.

La cuerda da un tirón y provoca un dolor agudo en mi tobillo. Joder, me quedo atrapado a casi un metro de ella. Estiro el brazo, pero no la alcanzo. La corriente juega con nosotros, se lleva lejos el antifaz de Sofía.

Definitivamente es ella.

Con un gran esfuerzo, logro aferrarme a un escombro a mi derecha. Hostia, ¡cómo me duele el pecho! La luz del móvil ilumina el rostro de Sofía y mi corazón se detiene. Sus ojos, muy abiertos, se clavan en los míos.

Y lo sé, como un pálpito en mi interior. Se está muriendo.

Y es hermosa. Como un espectro, los ojos negros y el pelo celeste, la piel también azulada por la luz del móvil y por el agua. Nunca creí que la visión de alguien muriendo pudiera ser tan bella.

Algo profundo y horrible se retuerce dentro de mí. Me revelo contra mi propia naturaleza. Soy el semidiós de la muerte.

Pero no la quiero muerta *a ella.*

Estiro el brazo. La puta cuerda del bote se ha atascado, no me deja. No me deja llegar hasta ella. La boca de Sofía se mueve y salen burbujas. Sus brazos dejan de luchar y justo ahora me doy cuenta de que su pierna está atrapada con algo.

Y a mí ya no me queda aliento para seguir.

Me doy impulso con los pies, apoyándome en los escombros y salgo a la superficie. Rompo contra el agua, el viento y la lluvia azotan mi rostro e inspiro con fuerza. Recupero el aire, agitado y tiro

de la cuerda del bote, pero no da más, se debe haber enredado con algo. Qué puta mala suerte.

Empiezo a desesperarme. No puedo vivir esta mierda otra vez. La imagen de Sofía empieza a mezclarse con la de Egu, con los recuerdos de mi novia muerta en mis brazos.

No.

¡No otra vez!

Sofía sigue viva. O lo seguía hace un instante cuando me ha mirado.

Doy otro tirón y el bote cede un poco, solo un poco. Inspiro hondo, me sumerjo y suelto el aire de golpe para hundirme rápido. Cuando la cortina de burbujas que he causado se disipa, Sofía aparece frente a mí, todavía iluminada por el iPhone. Estiro la mano hacia ella y no alcanzo. Todavía tiene los ojos abiertos, pero ya no me miran, no miran nada. No se mueve nada. ¡Hostia puta! Ahora soy yo el que bracea desesperado, intentando cogerla, pero no lo logro, el bote me tira del pie y duele.

¡Joder, joder!

Los oídos me pitan, empieza a dolerme el pecho de nuevo. Estiro el brazo con todas mis fuerzas y algo se rompe dentro de mí. No sé si es mi cuerpo o mi alma. Todo se nubla, se oscurece y lo único que hay en medio de esa oscuridad es el rostro fantasmal de la chavala que acosó mis sueños por años.

Y la alcanzo.

Su piel, suave y resbalosa entre mis dedos. La aferro con fuerza de la muñeca. Tiro de ella, y aunque debiera ser fácil arrastrarla en el agua, algo lo impide. Algo la tiene atrapada. Creo que es su pie. Está enredado con algo.

No, enredado no. Apresado. Por alguien. Una cosa deforme y oscura, como una especie de alga marina de forma humanoide, ojos luminosos bajo el agua. Nunca había visto una de tan cerca y, mierda, esta vez no tengo nada para darle. Nada que ofrecer.

Calma. Calma. Ahora soy un semidiós. No necesito ofrecerle nada a este bicho. Mantengo firme mi agarre en la muñeca de la chica, que flota inconsciente y miro a los ojos a la criatura que se la quiere llevar de cena.

—Itzi[35] —ordeno, con las últimas fuerzas que me quedan.

La cría de lamia se mueve como una planta, acercándose, como si la corriente de agua la empujara. Empieza a faltarme el aliento, pero me mantengo quieto, me dejo flotar frente a ella. La luz del móvil se apaga y lo único que brilla ahora son los ojos de la criatura ancestral.[36]

—¿Ella…? —Su voz es como un murmullo de la corriente. Un euskera tan arcaico que apenas logro entender—. ¿Es tuya?

¿Qué? ¿A qué se refiere? Empieza a dolerme el pecho otra vez. No tengo tiempo ni fuerzas para comprender la lógica de una criatura de mierda.

—Bai. —Las palabras me roban el último aliento—. Nirea da.[37]

Burbujas de aire escurren desde mi boca. La criatura me observa un instante más. Y yo no aguanto más. La presión del agua, la fuerza de la corriente, empiezan a nublarme la vista. Se me van las fuerzas.

Tal vez no sea un humano normal, pero todavía soy mortal. Quizá yo también voy a morir esta noche. Y por salvar a una chavala estúpida.

Pero esa humana estúpida era mi amor platónico.

¿En serio vamos a morir juntos?

No. La cría retrae los brazos de algas y la libera, sin más. Sus ojos de lamia se apagan y se diluye en el agua como si fuera parte de las tinieblas.

Casi no me lo creo. Apenas me quedan energías para regresar a la superficie.

Abrazo con fuerza a Sofía, al fin libre de la criatura y alzo el rostro, lucho contra la corriente. Logro ver la sombra del bote en la superficie y dos ojos brillantes más allá del agua. Me observan. Me llaman. Juraría que puedo oír sus ladridos incluso desde aquí.

Puto perro.

Agarro la cuerda del bote que todavía tengo atada en el tobillo y me impulso con todas las fuerzas que me quedan.

SEI

La muerte

SEIS

Herio

♀

Hostia puta. Está muerta.

La mujer más bella del planeta yace muerta a mis pies en un refugio de piedra a un lado de la ría.[38] Un agujero cavernoso, sostenido por pilares antiguos de piedra, debajo de la calle. Tiembla con el paso de los coches sobre nosotros. Un refugio mugriento, indigno. Un refugio de criminales.

El perro tiembla a mi lado y yo jadeo, arrodillado junto a ella, chorreando agua sobre su cuerpo inerte. El agua salpica sobre la roca del refugio y el sonido de las gotas que caen desde mi pelo hasta la piedra es como un mantra nefasto. También golpea la madera del bote contra la pared del refugio. No hay más sonidos, la tormenta parece haberse calmado como si la muerte de esta chavala hubiera sido ofrenda suficiente.

No. No una chavala. Sofía Ochoa. Si la hubiera reconocido antes habría evitado esta mierda, joder.

—¡Gorka! —Mi grito resuena en la caverna en penumbras—. ¡Gorka, joder! ¡Etorri hona![39]

Las manos me tiemblan, hostia. Me aparto los mechones de pelo mojado que me caen sobre los ojos. No puede morirse. No. Sería un desperdicio para la humanidad. Solo por eso me importa, nada más, ni siquiera la conozco de verdad. Es simplemente que una tía que está tan buena no puede morirse de forma tan imbécil, en este zulo de mierda.

Así que, mientras sigo llamando a Gorka, estiro el cuerpo de Sofía y la preparo para intentar reanimarla. Aunque no puedo solo, necesito ayuda.

—¡¡¡GORKA!!!

Me arde la garganta de tanto llamarlo. El perro se sacude el pelo, arrojando agua para todos lados y ladra, como si llamara a Gorka él también.

Retiro con dedos temblorosos el pelo mojado del rostro de Sofía. Su piel se ha vuelto más pálida y, joder, qué fría está. Es una lástima verla así. Pero al mismo tiempo… ¿cómo puede ser tan bella una persona muerta? Ahora sí que parece una muñeca de porcelana arrojada al río, olvidada entre los escombros. La ropa se le pega al cuerpo. Es casi obsceno cómo el vestido blanco y corto se adhiere a sus muslos. Esta tía me ponía a mil cuando estaba viva. Y ahora, también.[40]

Ya, basta. No debería tener estos pensamientos sobre una tía muerta. Aunque tan muerta no está. O quizá simplemente no lo asimilo. No acepto la verdad. ¿Cuánto lleva así? Abrió los ojos un momento bajo el agua. No habrán pasado más de cinco minutos desde que se ha desmayado y he podido rescatarla.

El perro hace ademán de acercarse, quiere olfatearla, pero yo lo espanto.

—Ni se te ocurra.

Hace caso y se queda temblando, una bola de pelo empapada. Parece asustado, ni siquiera intenta escapar. Se acurruca, observándonos, en una sombra entre la pared y la escalera de piedra.

—¿Herio? —La voz de Gorka—. ¡Casi me he ido porque no llegabas! —Se oye el chirrido de la puerta de metal cuando abre el pasaje oculto y la luz de una linterna me da en la cara—. ¡Hostia! ¡¿Qué has hecho ahora?!

Baja corriendo la escalera de piedra y se ahorra de un salto los últimos dos peldaños. Ni siquiera comenta nada sobre el perro. Se agacha junto a mí, iluminando el cadáver.

No, no. Me niego a pensar en ella como un cadáver, ¡joder!

—Date prisa —digo haciéndole señas—, ayúdame a…

—¡Hostia puta! ¡No puede ser! ¡Noooooo!

El grito de Gorka retumba en el refugio.

—¡Cállate, hossstiaaa! —Le doy un empujón—. ¿Qué cojones te pasa? ¿Quieres que nos encuentren aquí o qué?

Los otros cabrones que participan en la cacería todavía deben estar buscando al perro. Además, ¿por qué Gorka se altera tanto? No es que no haya visto un cadáver nunca. De hecho, ayer nos deshicimos de tres. Y aunque estamos en un refugio en las paredes ocultas de la ría, si alguien pasa demasiado cerca en la calle sobre nosotros, podría oírnos.

—¡Es la puta Sofia Ochoa! —La mira desesperado—. ¿Qué mierda has hecho, tío?

Ah, vale, la ha reconocido más rápido que yo.

—Intentar salvarla, he tardado en reconocerla porque ahora lleva el pelo celeste y antes, rosa.

—¡Lo llevaba azul desde hace meses! ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Un Ángel de Plata muerta!

—Mierda.

¿Todavía tenía rango Ángel de Plata? Joder. Una virgen muerta la noche de mi ritual. Me cago en todo.

—¿Está muerta? —La voz de Gorka se quiebra, como si la que estuviera muerta fuera su propia madre.

—No tanto.

Gorka se gira hacia mí y los ojos desorbitados parecen todavía más desproporcionados a la luz de la linterna.

—¡¿Cómo que no tanto?!

—¡No tan muerta! Han pasado minutos. Pocos. —Me quito el pelo de la frente y empiezo a ponerme nervioso—. ¿En serio seguía siendo virgen?

—¡Qué dices, tío! ¡Claro que sí! Es más, ¡su último examen médico de virginidad fue hace tan solo dos meses! ¿Y ahora está muerta?

La cara de mi amigo se descompone. Si Gorka vio su examen de virginidad es porque sigue pagando su OnlyFans. Yo hace meses que no me metía en sus redes.

Si necesitaba sus vídeos, acudía a los antiguos que tengo descargados. No es que me aburriera de verle las tetas una y otra vez.

No puede estar muerta. No.

—Vamos a reanimarla. —Le hago señas a Gorka—. Agárrale la cabeza.

Incluso si no fuera Sofía Ocha, no pretendo ni de coña cargarme mi noche ritual con la muerte de una virgen. Me daría mala suerte para siempre.

Gorka no reacciona.

—¡Ayúdame, joder! Se ha caído al agua, pero la he sacado a tiempo. Creo. Tenemos una oportunidad.

—Hostia. Hostia.

Gorka espabila y se sienta a mi lado. Las manos le tiemblan.

—Vamos, tío, esto no es nada comparado con lo de ayer —digo, como si yo no estuviera poniéndome histérico también—. Solo hazle respiración mientras yo empujo su pecho.

—¿Hay alguna forma de que uses tus poderes o algo? En plan, zelan, neska,[41] soy Herio el señor de la muerte y te ordeno que despiertes.

—No.

Si supiera cómo cojones usar mis poderes, ya habría revivido a mi novia. Exnovia.

—¿Y si le das tu sangre divina? Dicen que Euria curó así a Haize[42] cuando Sugaar casi lo mató.

—Tú lo has dicho. Casi. No sirve si ya está muerta. ¡Y se nos acaba el tiempo! ¿Vas a ayudar o qué?

—Dios, no puedo. —Gorka se pone tan pálido como la chica—. No puedo besar un cadáver. ¿Cuenta como necrofilia si lleva menos de diez minutos muerta?

Ayer me ayudó a enterrar tres cadáveres, ¿y hoy no se atreve a reanimar a una chavala inconsciente?

—Joder, cabrón. —Lo empujo y me pongo en su lugar—. Hazle masaje cardiaco tú, yo le daré aire.

Gorka asiente, moviendo la cabeza con energía.

—¿Prest?[43] —Inspira profundo, nervioso.

Apoya las manos en el pecho de Sofía. Yo la agarro del mentón y le inclino la cabeza hacia atrás.

—¡Prest![44]

Gorka empieza a empujar su pecho, uno, dos, tres veces, bien fuerte.

—¡Aire!

Obedezco y pego mi boca a la suya. Me esfuerzo mucho para que el aire de mis pulmones llegue hasta los de ella. Gorka vuelve a empujar su pecho, una y otra vez. Otra, y otra y otra. Yo cojo aire y me inclino para entregárselo de nuevo.

Tal vez no pude salvar a Eguzki,[45] pero voy a salvar a esta chica.

Voy a salvar a Sofía.

ZAZPI

Hermanas

SIETE

Sofía



Una muchacha solloza en la oscuridad, en el frío de una azotea. Todos le dicen que es hermosa, pero ella no se lo cree. Ve los *likes*, ve los comentarios y se siente vacía, una impostora.

Como una muñeca.

No puede ser hermosa si es tan sucia por dentro. A veces la oscuridad que la rodea es tan grande que siente la tentación de rendirse, de saltar.

—¡Nunca vuelvas a hacerlo! —Su hermana jadea, con los ojos enrojecidos por el llanto y le aprieta las muñecas tan fuerte que le duele—. ¡Júramelo, Sofía, júrame que no vas a volver a hacerlo!

Pero la muchacha guarda silencio. En el frío de la noche, de rodillas sobre las baldosas, se traga los sollozos. Ve la desesperación en los ojos de su hermana, el horror de haber llegado apenas unos segundos antes de que ella se arrojara por la baranda y cayera desde veintidós pisos de altura.

—¿Por qué te importa? —Las palabras de la muchacha salen duras, rencorosas, como si las pronunciara otra persona.

Su hermana abre la boca, pero no emite ningún sonido. El viento revuelve su melena marrón y la muchacha ve la verdad en esos ojos redondos y abiertos que la miran como si estuviera diciendo la tontería más grande del mundo. Le importa. No necesita decirlo, ahora la muchacha lo comprende. Lo comprende por la desesperación que hay en las pupilas de su hermana.

A pesar de todo, le importa. A su hermana, a la que todos adoran. Su hermana que sonríe y que podría con esa sonrisa reunir un ejército, podría llevar a miles de personas a una guerra. Su hermana que apenas tiene tiempo para ella porque está demasiado ocupada salvando el mundo.

Y aun así tiene tiempo para venir y salvar a Sofía.

—Perdona —murmura la muchacha.

No sabe por qué se disculpa en realidad. Es su vida. Pero algo en la forma en que la mira su hermana la hace sentir horrible. Ama a su hermana. No soporta ver ese sufrimiento.

Y al mismo tiempo le produce una satisfacción profunda. Sucia. Está muy sucia por dentro.

—No te perdono. —Las lágrimas vuelven a caer torrentosas por las mejillas de su hermana—. ¡No te perdono y no voy a perdonarte nunca si vuelves a hacerlo!

Se cuelga de su cuello y se echa a llorar como una niña. Como si no fuera la hermana mayor. El perfume de flores de su hermana se le graba para siempre. Huele a jazmín.

—¡Si te mueres, yo me muero, Sofía! —Su hermana la aprieta contra sí, su melena revuelta en su cara no la deja respirar—. ¡Y si nos morimos las dos se va a morir la mamá y todos los demás!

Entonces Sofía se larga a llorar. El amanecer debería estar cerca pero no llega nunca. El tiempo se hace eterno mientras su hermana la aprieta contra sí en esa noche tan fría.

—No volveré a hacerlo. —Solloza, abrazando a su hermana—. Te lo prometo.

—Júralo.

—Lo juro.

Y ahora me doy cuenta de lo mentirosa que era. Sabía que era importante. Sabía que le haría daño a su hermana con eso. Por eso lo hice.

Quería tenerla cerca de nuevo.

Y ahora viene el tren y ella ve luz en la oscuridad. Busca a su hermana en esa oscuridad profunda, terrible, pero no la encuentra. Ya no huele a jazmín, huele a manzanas dulces.

¿La muerte huele a manzana?

El tren se acerca y sé que debería subirme. Podría seguir buscando a mi hermana en las tinieblas, pero el tren se detiene, las puertas se abren y alguien me llama.

Doy un paso hacia las puertas, pero una voz habla a mi espalda.

—¿Segura que quieres subir?

Es una muchacha hermosa, creo que nunca había visto a alguien así. Se apoya aburrida con los brazos en las barandas de la plataforma de la estación, con la mitad de arriba del cuerpo visible, pero la mitad de abajo perdida en la oscuridad. Detrás de ella solo existe eso, oscuridad. Su pelo largo y rosa flota alrededor de su rostro, a pesar de que no siento el viento.

—Podrías quedarte aquí. —La muchacha me sonríe—. Me siento sola.

ZORTZI

Etorri nirekin

OCHO

Herio

♀

—¡Más aire, Herio! —Gorka no deja de presionarle el pecho—. ¡No te detengas!

El cuerpo de Sofía se sacude violentamente por la fuerza que usa mi amigo. Verla como una muñeca de trapo, sacudiéndose con cada empujón, es más repulsivo de lo que esperaba. Joder, pareciera que alguien se la estuviera follando. Aun así, me inclino y le meto aire otra vez. Fuerte. Hasta adentro.

Gorka espera a que yo termine y vuelve a empujarle el pecho. Jadeo, a pesar de mi resistencia sobrenatural, esto empieza a cansarme. Es cansador ver que no reacciona.

—¡Aire! ¡Herio! ¡No te rindas, tío!

Sujeto el rostro empapado de Sofía de nuevo y me inclino una vez más. Qué fríos están sus labios. Suelto el aire con fuerza y me alejo otra vez.

Nada. No reacciona. Hostia, ¡no reacciona! El corazón de Sofía está muertísimo y el mío a mil, desesperado porque sus párpados siguen cerrados y sus manos lánguidas.

Gorka sigue con los masajes cardiacos.

—¡Aire!

Ahí voy de nuevo. Otra vez los labios fríos contra los míos. Gorka sigue gritando ¡aire! y yo sigo empujando mi aliento a través de sus labios. Después de varios intentos, estoy agotado. En parte porque no da resultado y la desesperación me roba las energías. Ni idea de cuántos minutos llevamos, pero es frustrante. Frustrante que flipas. Y no sé por qué es tan frustrante si la muy necia se ha lanzado porque quiso, si he visto más muertos de los que puedo contar en mi vida. Si no debería importarme esta mierda. Aunque fuera la chavala con la que soñaba follar cuando era un adolescente. La superé cuando conocí a Egu, una diosa. En cambio, Sofía… Sofía es mortal.

Una. Simple. Mortal.

Intento convencerme de eso. Respiro con dificultad mirando su rostro inerte, el pelo celeste desparramado, los ojos cerrados, como dormida. El vestido de vuelos y lazos estropeado, mojado. Se ve tan joven. Antes de reconocerla pensé que no tendría ni veinte, pero, hasta donde sé, Sofía tiene un poco menos que yo. ¿Veintidós? Se ha muerto con veintidós años.

Gorka ya no lo intenta.

—No puede ser. —Se lleva el brazo a la cara, cubriendo su boca y ahoga un sollozo—. No me lo creo, tío. Ella no.

Un escalofrío me recorre. Ver a un tío duro como Gorka quebrarse es rarísimo. Y me siento inútil. Me enfrenté a una cría de lamia por esta chavala. Le dije que era mía. ¿Y la voy a dejar ir?

¿Por qué ella? De todas, de todas las tías, ¿por qué la única que…?

Joder, algo horrible, siniestro, pesado se remueve dentro de mí. El recuerdo de la muerte de Egu es demasiado reciente. Y ahora, Sofía.

Siento que pierdo el control. Mi mente empieza a bullir, inundada por una desesperación terrible. Soy el semidiós de la muerte. Soy el semidiós de la muerte.

—Herio… —La voz de Gorka me llega como desde muy lejos.

Soy el semidiós de la muerte.

El perro empieza a ladrar y yo me inclino sobre ella una vez más. La cojo del pelo de la nuca y tiro con fuerza. La cabeza se le inclina hacia atrás, separando sus labios y suelto el aire fuerte contra su boca. El cuerpo de Sofía se arquea, quizá por la violencia con que le he tirado del pelo. Los labios siguen como témpanos. Me aparto un momento, observo las gotas de agua de mi pelo que escurren sobre su cara y apoyo mis labios otra vez en los de ella.

La beso. Un beso suave.

Venga, joder. Despierta.

Un beso con una chavala muerta.

Aferro su pelo entre mis dedos. Con los ojos cerrados, ruego con todas mis fuerzas, apretando mis labios contra los de ella, como témpanos.

¡No te vayas, joder!

No quiero que me importe. Creí que después de Egu, después de ser el novio de una puta diosa, mi obsesión con Sofía Ochoa había quedado en el pasado. Una obsesión juvenil.

Todo eso fue cuando yo era un estúpido mortal.

—Herio, no sigas —murmura Gorka.

O, quizá, simplemente detesto ser portador de una magia increíble y no saber usarla. Y sí, vale, lo he intentado porque en las historias

las chicas regresan a la vida con el beso de un príncipe.

Pero, aunque yo sea un semidiós, soy un criminal.

No debería volver a intentarlo.

E igual lo hago. La beso otra vez, aunque esté mal. Aunque no debería desafiar a la muerte así.

Y es que yo soy la muerte.

Regresa, regresa. Le separo los labios usando los míos y le entrego todo lo que tengo. Mi culpa, mi dolor, mi frustración.

—Mi aliento es tuyo, tómalo —murmuro, contra su boca—, mesedez, etorri nirekin.[46] Toma mi fuerza.

Y no sé si he caído rendido al cansancio o la desesperación, pero solo siento frío. Solo… Todo se vuelve negro.

BEDERATZI

En el más allá

NUEVE

Herio

♀

—Me encanta tu risa.

Me siento como un tonto después de haberlo dicho, pero no pasa nada. Soy un tonto cuando estoy con ella, ya debería asumirlo.

Ella se contiene. Quiere reír, pero no quiere darme en el gusto.

—Creí que odiabas las risas —dice y se muerde el labio para no reír.

La luz de la mañana ilumina el brillo de sus ojos. Tengo que contenerme mucho para no inclinarme y ser yo quien muerda ese labio. Si nos vieran, me expulsarían de la academia.

Aunque me inclino de todas formas, aunque sea solo para susurrarle al oído.

—Ya, pero es que odio las risas de los tontos. ¿Eres una tonta, panpina?[47]

No se aparta. Levanta el rostro, su nariz casi roza la mía, no le importan nuestros compañeros alrededor. No le importa lo peligroso que es que estemos tan cerca.

—A veces —dice, mirando mi boca— soy una tonta.

Su aroma me está enloqueciendo.

—¡Herio! —La voz de la profesora me hace saltar sobre mi asiento —. Vuelve con tu compañera, ahora.

Sé que se refiere a mi compañera asignada. Ojalá pudiera decirle que mi compañera, mi única compañera, es…

El ronroneo del tren nos interrumpe. Está a punto de ponerse en marcha. Ya no estamos en la clase; yo estoy en un vagón y la chica de pelo celeste, fuera, en el andén, de espaldas a mí, casi consumida por la oscuridad.

Corro hacia las puertas y golpeo, desesperado porque se abra.

—¡Sofía! ¡SOFÍA! —El grito me desgarra la garganta y me vuelvo loco creyendo que la voy a perder, mientras golpeo con fuerza el cristal de la puerta.

Las puertas se abren, joder.

Doy un paso, pero solo uno. No puedo bajar. Si bajo, ambos estamos condenados.

Ella se gira hacia mí y abre mucho los ojos, mirándome impresionada.

No sabe quién soy.

HAMAR

El dios

DIEZ

Herio

☥

—¡Herio!

La voz de Gorka me despierta y me siento sobre el suelo de piedra, respirando con dificultad y temblando. Sigo empapado. ¿Dónde…? La realidad me golpea, con un maldito puñetazo en el estómago.

Sofía, la ría, el agua furiosa, la tormenta. Los recuerdos se me clavan como agujas en el pecho. Bajo la mirada y la realidad es demasiado angustiante. Sigue muerta. Está muerta.

—Hostia puta, tío. —Gorka me agarra de los hombros y me obliga a mirarlo—. Te has desmayado cabrón, ¡menudo susto me has dado!

Bajo la vista hacia… el cadáver. Eso es. El cadáver de Sofía. Y tengo la estúpida sensación de que es un error. Estaba con ella justo ahora, ¿o no? Había una clase. ¿O estábamos en un tren? Me llevo una mano temblorosa a la cabeza, me duele. Soy gilipollas, habrá sido un puto sueño. Estábamos… en algún sitio como si nos conociéramos. Y ella y yo nunca hemos estado en ningún sitio.

Está muerta y no he podido hacer nada.

Qué chavala más tonta. Cómo te mueres por un puto iPhone.

El perro ya no ladra.

—Suéltala, tío. —La voz de Gorka suena rasposa, afectada—. No hay nada que hacer.

No me había dado cuenta, todavía la aferro del pelo, con una mano. Su cara está ligeramente inclinada hacia un lado, como dormida. Sigue sin parecer muerta del todo.

Me aparto, intentando respirar, alejándome del agua, hemos dejado en una poza alrededor del cuerpo de ella.

El perro gimotea y tiembla, alejándose, ocultándose contra las sombras de la pared de piedra.

Qué oscuro y frío es este sitio. Más que nunca.

—¿Ondo zaude?[48] —Gorka me mira preocupado.

—Bai, no ha sido nada.

—¡Casi la palmas también!

—Que no, joder. —Me paso una mano por el pelo mojado, echándolo hacia atrás—. Ha sido difícil, sacarla de la ría y darle aire. Me he desmayado.

Pero no ha sido un desmayo normal. Lo sé. Pero tampoco sé qué cojones ha sucedido y, lo que sea que ha pasado, no ha servido de nada.

—Para ser un semidiós —dice Gorka, torciendo los labios—, eres un debilucho.

Gilipollas.

—Vaya desperdicio de chica. —Gorka se pone de pie. Inspira hondo y se sacude la ropa—. Ya está, cómo dice mi amuma, ¡egindakoa, eginda dau![49]

Me entran ganas de golpearlo, aunque en realidad, él tiene razón. Todavía nos hace falta terminar la misión de esta noche y Gorka no

comprende cómo me afecta lo de Sofía, no sabe lo obsesionado que estuve con ella hace años.

¿Por qué no puedo dejar de mirarla? Sus pestañas mojadas, esa boca delicada y hermosa que tiene. Joder. Ni siquiera la he conocido nunca en realidad.

—Akerbeltz no puede enterarse. —Gorka se muerde una uña, nervioso—. Si se entera de que se nos ha muerto una virgen la noche del akelarre, es capaz de sacrificarnos a nosotros en vez de al perro.

No respondo. Joder. Es verdad que se ha muerto.[50]

—¿Crees que podemos preservar su cuerpo? —Gorka observa a Sofía un momento—. ¿Así como has hecho con Eguzki?

—Ni de coña. —Con una chica muerta y preservada en mi casa me basta—. Deberíamos tirarla a la ría antes de que Akerbeltz se entere de que se nos ha muerto una virgen.

Aunque de solo imaginar el tirar a Sofía Ochoa a la ría me entran ganas de potar. Y Aker no puede enterarse, va a colgarme si sabe que la he dejado morir.

Yo mismo quiero colgarme por haberla dejado morir.

¿Pero qué voy a hacer? Mi amuma ya gasta muchas energías en preservar el cuerpo de mi ex. Si le llevo otra chica… No sé qué haría si le llevo otra chica. Tal vez me enviaría a terapia.

De nuevo.

—¡No me jodas! —Gorka me mira molesto—. ¡No voy a lanzar a Sofía Ochoa a la puta ría!

Me pongo de pie, aparentando indiferencia. Me alegro de que sea él quien rechace la idea.

—Bueno, ya que insistes, cuida su cuerpo durante la noche y mañana veremos qué hacer. —Aunque le hablo a Gorka, no dejo de mirar a Sofía—. Yo tengo que llevar el puto perro para el ritual. Si no llego con él, estamos jodidos. Además, si no asciendo esta noche tendré que esperar otro año más.

—¿Tanto?

—Bai.[51]

El perro tiembla, acurrucado contra la pared, ajeno al destino que le espera. Ni siquiera ha intentado escapar.

Y Sofía… No se mueve. En serio se ha muerto. Una parte de mí espera a que mueva un dedo, quizá las pestañas. Pero no. El pecho me duele de angustia y trato de que no se me note. Aprieto las manos, tengo que hacer el rito. Ya viví la muerte de Egu. Puedo superar esto.

—Pero, tío, me es imposible quedarme cuidándola. —Gorka empieza a caminar de un lado a otro, poniéndome más nervioso—. Akerbeltz me ha encargado que recoja a las chavalas que se han ofrecido para el rito, tengo que irme. Voy más que retrasado. Tú eres un semidiós y a ti te perdonará. A mí va a colgarme de los huevos.

Hostia. Tendremos que dejarla aquí y la idea me parece terrible. Es un sitio asqueroso; frío, oscuro y húmedo. Es un cadáver pero… da igual. Sigue siendo un cadáver demasiado hermoso para este sitio.

La alegría y euforia que hoy me inundaban por mi ascensión se han ido a tomar por culo. Ya no me apetece nada. Pero es cierto, llevo años esperando esta noche, no puedo amargarme y arruinarlo todo.

Si ves a una chica de pelo celeste, aléjate de ella. Arruinará tus planes.

Joder, ni siquiera me afectaría solo a mí. Tengo que hacer esto por Egu.[52]

—Bueno, ve a buscar a las chicas del rito. Pero, cabrón, no vayas a decirle a Akerbeltz lo que ha ocurrido.

—¿Eres tonto? Lo que faltaba. —Se seca las manos mojadas en los vaqueros—. Está furioso por lo del otro día. A ti va a perdonarte ese error, a mí no.

—El que miró mal las fichas fuiste tú. No me jodas, ya bastante te ahorras solo mirando mientras yo me los cargo.

—Ya, ¿y la sangre por todos lados? ¿Sabes cuánto tardé en limpiar ese desastre? Akerbeltz estaba furioso porque ensuciamos su almacén. Tú no viste cómo se puso.

—¿Desastre? ¡Pero si te encanta ver como los hago gritar!

Y le gusta todavía más el dinero que gana subiendo las torturas a la *dark web*.

—¡No me encanta pasarme horas limpiando la sangre y los vómitos! Estoy hasta los huevos de tus fetiches.

—¿Fetiches? —Apunto a la chavala muerta—. Eres tú el que paga por ver el OnlyFans de una chica virgen.

—¡Tú también lo pagabas!

—Ya no.

Bueno, puede que hace unos meses me haya hecho unas pajas con sus vídeos, después de la muerte de Egu. Pero usé los vídeos que tenía guardados.

Parpadeo, mirando otra vez el cuerpo de Sofía. Por un segundo, un efímero segundo, me he olvidado de que el cadáver a nuestros

pies es el de ella.

Se me cierra la garganta.

—No me juzgues. —Gorka da un paso hacia mí—. No tú. ¡Tienes a tu ex embalsamada porque no eres capaz de superarla!

¿En serio? Este imbécil acaba de bajar de la categoría de mejor amigo. No puedo creer que me eche eso en cara sabiendo lo que Egu y yo pasamos juntos, lo dura que fue su muerte para mí.

—No está embalsamada. Está preservada. —Lo apunto con el dedo—. Es diferente. Y acabas de sugerir que preservemos también a Sofía.

No responde. Por supuesto que no admito que me estoy pensando la sugerencia de preservarla también[53] y nos quedamos así, mirándonos en un silencio siniestro. Se oye mi propia respiración, todavía acelerada y el ruido de los golpes del bote, que sigue amarrado a la saliente del refugio y se mueve con la marea. Las celebraciones de Gau Beltza deben haber empezado, el zumbido de la ciudad es como una música de fondo, un enjambre humano que emborrona el silencio.

Ya no llueve.

Y en este momento odio a Gorka.

—Vale, vale. —Gorka suspira y me sonríe—. No me mires así. Ha sido un arrebato, joder. Esto me ha afectado.

Suelto el aire despacio.

—Si esto te afecta, piensa como me afectó perder al amor de mi vida antes de soltarme esa mierda otra vez.

Y ahora he perdido al amor platónico de mi juventud.

La vida me odia. Menuda ironía.

No puedo evitar reírme. Empiezo a reírme sin parar, desesperado.

—Vale, vale, Herio, lasai.[54] —Gorka levanta las manos pero apenas lo veo. Se ha vuelto borroso por las lágrimas. Lágrimas de risa. No puedo dejar de reír—. ¡Joder! ¡Que das miedo cuando te pones así!

Mi risa retumba en la caverna, retumba en la oscuridad de este zulo de mierda y… Me callo. Me callo porque el perro está de pie junto al cadáver de Sofía. ¿En qué momento? ¡No lo he oído acercarse a ella!

Se inclina y le da un lametazo en la cara.

—¡Ey! —Doy un paso y aparto a Gorka de un empujón para llegar hasta el perro—. ¡Qué cojones haces!

Estoy a punto de agacharme para coger al perro, pero me quedo quieto, helado. Sofía ha movido la mano. Estoy seguro. Sus dedos se han movido un poco, han rasguñado la gravilla del suelo de piedra.

El corazón se me dispara.

—Gorka… —Agarro a mi amigo del brazo—. ¡Hostia!

Sofía se levanta bruscamente, la espalda muy recta, como un puto zombi despertando. Nos mira conmocionada, respira con dificultad todavía sentada en el charco de agua. Como si nunca hubiera estado muerta.

Hossstiiia puta.

El pelo celeste le cae alborotado alrededor de la cara. Gorka grita como un histérico. Me cago en dios, en todos los dioses. Los ojos de Sofía se abren horrorizados y empieza a toser, encorvándose. Se pone de rodillas y escupe agua. No soy capaz de moverme. ¿Qué cojones? Tose con violencia, casi convulsionando. El agua le cae de la boca y se estrella contra la piedra. Las luces de las linternas titilan. Se encienden y se apagan.

El perro ladra, más y más. Cada ladrido es un eco furioso en la penumbra y un escalofrío me recorre mientras ella jadea y alza los ojos hacia nosotros, irritados, enrojecidos.

Los clava en mí.

HAMAIKA

Tratos con la muerte

ONCE

Sofía



Duele. Duele demasiado. Mierda, el agua que escupo es infinita, sale más y más de mi boca y cae al suelo, violenta. Cada espasmo, cada arcada, me entierra cuchillas en los pulmones. Pero no estoy sola. Alguien me sujeta de la cintura y logro mantenerme más o menos erguida mientras sigo escupiendo agua.

—Hostia puta, es imposible —dice alguien.

Un perro ladra. Dos hombres discuten mientras me aferro a la piedra fría bajo mis manos, tosiendo agua a cuatro patas sobre el suelo. Todo me duele, el frío me hace temblar, creo que incluso mi alma está helada.

—Neska,[55] reacciona. —La voz de uno de los hombres se abre paso entre el dolor. La conozco. Es la misma voz que se abrió paso hasta mí en la muerte—. Eh, neska. —Unos brazos cálidos me sujetan—. ¿Estás bien?

No estoy bien. Me arden la garganta, los ojos. Inspiro, intentando reconciliarme con el aire, alzo la mirada y… Vaya. Un chico con el pelo mojado me observa confundido. Transmite calor a pesar de que está sin camiseta y su piel, por completo mojada. Sus brazos

calentitos me rodean. Me muero de frío y eso me calma, me pierdo en sus ojos grises. Es como si las nubes de un día tormentoso se arremolinaran dentro de ellos. Como si no decidieran si ser grises del todo o celestes o plateados.

Un relámpago destella en alguna parte y el trueno hace retumbar las paredes, el perro sigue ladrando y yo no puedo dejar de mirar al hombre que me tiene en sus brazos.[56]

—¿Me oyes? —Su voz es profunda, hace retumbar mi pecho y el corazón me vuelve a latir.

Huele a manzana. La muerte huele a manzana.

—¿Sigo muerta?

—No pareces tan muerta.

El pelo marrón se le revuelve húmedo alrededor de los ojos y cuando habla… Esos labios indecentes parecen perfectos para su mandíbula firme. ¿Seguiré divagando en el más allá? No. Es más, su rostro se me hace familiar.

Qué aturdida estoy. Me suena de algo… Esos ojos.

Mierda. ¡No, no puede ser él! En persona se ve… diferente. Mejor.

—¡Estás viva! —Otro hombre se asoma sobre el hombro del dios —. ¡La hemos salvado!

El otro es un joven rapado. Intento levantarme, alejarme, pero una cosa peluda y pequeña se me lanza encima y me tumba otra vez sobre los brazos del chico guapo. ¿Un perro? Me da un lengüetazo en la cara y ¡mierda! Un shock de corriente me atraviesa el cuerpo… Me levanto de golpe, me alejo de los dos hombres a trompicones. ¡Lo recuerdo todo! El hombre con máscara de la muerte persiguiendo a un perro, la caída de mi teléfono, el agua metiéndose por mis ojos, por mi boca.

¿Era él? ¿Siempre fue él?

—¿Tú estabas secuestrando al perro?

Jadeo, confundida y retrocedo pero me golpeo con una pared. ¿Cómo llegué aquí? Intenté recuperar mi teléfono y me enredé con algo en el agua… Y él… El recuerdo de sus ojos en la oscuridad es lo único que tengo claro de esos momentos confusos. Es imposible no reconocerlos, son únicos. Son populares. Mis amigas deliran por esos ojos.

Yo deliré también alguna vez por ellos.

—Herio, el semidiós. El *creepy* de TikTok.

En serio, de los trescientos cincuenta mil habitantes de Bilbao… ¿tenía que ser él?

El destino se está burlando de mí.

—*Creepy?* —Él arquea una ceja y se levanta.

Es alto, mucho. Su compañero le llega con suerte a la nariz y eso que tampoco él es bajo. Inspiro hondo y trato de calmarme. Tengo frío, me duele el cuerpo y estoy desorientada. Salvo por la linterna del suelo no hay más luz. ¿Estamos debajo de la calle? Siento como si el techo vibrara y ese sonido… Camino un poco y me doy cuenta de que la pared de un lado está abierta, rota y que veo el agua de la ría. Un bote amarrado azota contra la piedra.

Estamos en un refugio debajo de la ría. Había oído que en estos sitios se reúnen criminales, narcos.

Me giro hacia los dos chicos.

—¿Me secuestraron a mí también, como al perro?

Quizá Herio es influencer para tener una tapadera, igual que yo. Quizá en realidad trabaja para la mafia.

Aunque él se ríe como si yo hubiera contado un chiste. El otro da un paso hacia mí.

—¡Qué dices! ¡No! ¡Te hemos salvado la vida! —El chico rapado se detiene cuando ve que retrocedo nerviosa—. Sofía, casi te ahogas y Herio se ha lanzado al agua para salvarte.

—Ah, ¿sí?

Me abrazo a mí misma, intentando que mi cuerpo deje de temblar. Me cuesta creer que ese se lanzara al agua para salvarme. Se burló de mí cuando intenté detenerlo de secuestrar al perro y ahora me mira como si todo esto le causara gracia. Como si fuera un chiste que no comprendo.

Ven conmigo. No saltes.

Un escalofrío me recorre al recordar esas palabras. Esos ojos de plata.

—Bueno, gracias por salvarme.

Él no responde, solo me observa atentamente, con el asomo de una sonrisa en los labios.

Ufff, lo sabía. Sabía que era un arrogante. Que me haya rescatado no hará que me olvide de la humillación que me hizo en el pasado.

—Sofía, creo que deberías ir a la osakidetza[57] —dice el rapado —. Te ves débil y podría darte hipotermia si sigues aquí.

Es la segunda vez que dice mi nombre.

—¿Me conoces? ¿De TikTok?

—Claro, eeeh… —Titubea un momento y se pasa una mano por la cabeza rapada, desviando la mirada—. Te sigo en tus redes.

—Básicamente, lo que Gorka quiere decir, es que paga por verte las tetas. —Herio ladea el rostro y sonríe más, hasta que se le forman hoyuelos en las mejillas—. Ahora se te ven gratis.

Me cruzo los brazos sobre el pecho. Ni siquiera me había parado a pensar que con el vestido blanco mojado se me ve todo debajo.

—No seas capullo —dice Gorka.

—¿Qué pasa? —digo increpando a Herio, que sigue mirándome de una forma rara—. Mira, gracias por rescatarme, pero en parte me caí por tu culpa.

—¿Por mi culpa? ¿En serio? Pero si tú me estabas grabando como una *stalker*.

—¡Te estabas raptando al perro!

—No lo raptaba. Es más… —Se mete una mano en el bolsillo y tira de un colgante de plata al que está enganchado mi iPhone—. Hasta he recogido esto para ti.

¡Mi teléfono! El colgante de plata cuelga de la parte inferior de la carcasa y tintinea con la poca luz que hay. Corro para tomar el teléfono, pero Herio lo levanta. Cuando trato de quitárselo, lo esconde detrás de la espalda.

Al menos no se ha perdido. El regalo de mi hermana sigue ahí.

Herio se ríe con mis intentos patéticos de quitarle el teléfono.

—No tan rápido, neska.

—¿Qué haces, tío? —Gorka lo mira molesto—. Dáselo.

Pero Herio empieza a caminar lentamente a mi alrededor, analizándome.

—¿No te parece raro? ¿Por qué una chavala que gana miles de euros al mes en OnlyFans se tiraría al agua por un iPhone? Seguro que gana lo que vale ese móvil en una semana, o más.

Bueno, sí. Pero… Mierda. No puedo explicarles mi lío con el grupo Villalobos. Si abro la boca, enviarán a alguien a matarme aunque esté al otro lado del planeta. Aprieto los puños y la rabia que

empiezo a sentir mitiga el frío que me invadía. Luego recuerdo que sigo mojada y me tapo el pecho de nuevo.

—No te sigo —dice Gorka y parece muy incómodo con la situación.

—Mi amuma antes de salir me advirtió: No te acerques a ninguna chica de pelo celeste esta noche.

—¡Hostia! —Gorka me mira preocupado—. ¿Así de específico?

—Así de específico. —Herio se detiene a mi lado—. No la veo tan mal para haber estado muerta. —Esconde el teléfono detrás de su espalda y da pasos lentos, como un depredador, rodeándome, acosándome con sus ojos grises—. Es casi absurdo que se arrojara por un iPhone.

—Herio, déjala ya y vamos a…

—¿Sabes qué pienso? —Herio estira la mano y yo retrocedo cuando toma un mechón de mi pelo celeste entre los dedos y lo extiende, mirándolo—. Que a esta la ha enviado Sugaar para impedir que yo haga mi ritual. O quizá para espiarnos. O tal vez, como sus cazadores son unos inútiles, la ha enviado a ella para quitarnos al perro.

—¿Sugaar? —Los miro sorprendida—. ¿El dios? ¿El culebro?

—No creo que Sugaar —dice Gorka— enviara a Sofía Ochoa para detenerte a ti. Te entrenó Haize, joder. ¿Qué haría Sofía contra un hombre como tú?

—Ah, noski,[58] no podría conmigo. —Herio sonríe con suficiencia —. Pero Sugaar es inteligente y sabe que tú, el único mortal que me importa un poco, eres su fan y no me perdonarías si me deshago de ella.

Gorka frunce el ceño y me mira, como si considerara las cosas absurdas que está diciendo su amigo.

—¡No vine para espiar a nadie! —Empiezo a angustiarme con esta situación—. Es más, ¡quiero irme! —Suelto furiosa y me alejo de ellos—. Dime dónde está la salida y me largo.

—Venga, tío, ¿cómo nos va a estar espiando? —Gorka resopla mientras Herio se acerca y se detiene a unos dos pasos de mí—. Antes de que despertara todo lo hemos hablado en euskera y seguro que no ha entendido una mierda.

—Ah, vaya, qué gilipollas soy. —Herio levanta las manos—. Nada de lo que estoy sugiriendo tiene sentido porque no habla euskera.

Lo miro insegura. Percibo el sarcasmo en su voz, pero… es cierto. No hablo euskera. No vine para espiarlo ni para impedir ningún ritual del que está hablando.

Aunque ahora que lo pienso… Los planes de Amaia sí eran para sabotear el ritual. ¡Aunque no nos envía ningún Sugaar! Salvo que Amaia no me haya compartido toda la información.

Me siento traicionada.

—¿Puedo irme? —Pongo mi mejor cara lastimosa. Sigo respirando con dificultad y ni siquiera necesito fingir lo débil que me siento—. Por favor.

—Claro, barkatu.[59] —Herio se pone serio—. Solo he estado hablando tonterías. ¿Ves esa reja? —Apunta con el pulgar a una puerta de rejas de acero que hay arriba de una escalerilla detrás de él—. Por ahí llegarás a la calle, por la zona de Abando. Que te vaya bien.

—Mírala como está, bro. Voy a acompañarla a la…

Herio agarra a su compañero del brazo, sin dejar de mirarme.

—Puede sola. ¿No has dicho que tienes que ir por las otras chicas para el ritual? Akerbeltz ya está lo suficientemente cabreado con nosotros como para liarla todavía más. Tus palabras, no mías.

Gorka tuerce los labios y no discute. No me importa, puedo irme sola. Miro al perro que corretea por el lugar, olfateando todo y también miro la salida.

—¿Puedo llevarme al perro?

—Ez,[60] ni de coña. Es mío —dice Herio.

Bueno, al menos es cierto que el perro no parece asustado. Quizá todo fue un error y asumí cosas sin saber. Podría ser suyo. Inspiro hondo, sin dejar de taparme el pecho y voy hacia ellos para llegar a la puerta. Ambos me observan mientras camino. El espacio no es muy grande, pero intento no rozar el brazo de Herio cuando paso por su lado.

—Un momento, neska. —Su voz retumba en el silencio del refugio y me detengo—. Te olvidas de esto.

Me ofrece el iPhone, sin dejar de mirarme a los ojos. No sé por qué, no tengo idea por qué, pero siento que todo es una trampa. No me dejará ir.

Tomo el iPhone. Lo retiene un momento mientras sus ojos grises me penetran y, cuando creo que ha estado jugando conmigo, lo suelta. El alivio me recorre y aparto la mirada de él. Sigo caminando hacia la salida.

—Vamos, Gorka —dice Herio a mi espalda—. Hemos cometido demasiados errores estos días. Ez bagara garaiz heltzen eta Akerbeltzek txakurre ezin badeu hil, hiltzat jo al dogu gure burue.[61]

—¡¿Qué?! —Me giro hacia ellos—. ¡Cómo que vas a matarlo! ¡Puto psicópata!

Herio se gira y en un instante está sobre mí. Grito y lo empujo, pero él me atrapa, me da la vuelta y me retiene contra su cuerpo. Con el brazo tatuado me agarra por la cintura y con el otro me quita el iPhone.

—Te lo he dicho, sabe euskera y está mintiendo. —Le arroja mi iPhone a Gorka.

—¡Suéltame! —chillo y trato de zafarme, pero él me agarra fuerte y mierda. Es enorme. Es imposible soltarme.

Gorka me mira desilusionado. Como si los hubiera traicionado.

—¡No hablo…! —Pero me callo. Porque es cierto que hablaron en euskera ¡y no sé por qué mierda entendí!

—Lamento que tu angelito plateado sea una mentirosa, Gorka, pero tendré que llevarla con Aker. Tráeme la cuerda.

—¡No! ¡No! ¡Por favor! —Forcejeo, pero no hay caso—. ¡Te juro que no sé nada!

El perro empieza a ladrar. ¿Es que nadie oye este escándalo allá arriba en la calle? No. Lo dudo. No tengo esperanza. Arriba están de fiesta, seguro que la mitad de la gente de Bilbao ya está borracha y nadie se imagina que me están secuestrando en un puto refugio bajo tierra.

¡No puedo creer que huya de los narcos en Latam y termine secuestrada igual! Sollozo. Me cuesta respirar. Mi suerte es una mierda.

—Tranquila, neska. Si lo que dices es cierto, no pasará nada. Akerbeltz lo decidirá. Además… —Herio me sujeta mientras Gorka

empieza a pasarme una cuerda por alrededor del cuerpo—. Serás el regalo perfecto.

—¿Regalo? —Respiro desesperada.

No, no, debo calmarme. Luchar por la fuerza no tiene sentido.

—Lo siento, Sofía —murmura Gorka mientras intenta tocarme lo menos posible al enrollarme con la cuerda. Cuando termina, se aleja un paso y mira a Herio—. ¿En serio se la vas a entregar? Si es virgen la va a querer para…

—Sé para qué la va a querer —termina de decir Herio. Me gira hacia su propio cuerpo y empieza a ajustar los nudos de la cuerda—. ¿Sabes hace cuántos años Akerbeltz no consigue una virgen para el akelarre? —Le dedica una sonrisa maliciosa a su compañero—. Va a perdonarnos todo. El desastre de la semana pasada, el de ayer. Incluso el retraso. Puede que hasta te ascienda, tío.

Herio me suelta y el perro sigue ladrando.

—Ya está, lasai, txakurre,[62] mira. —Me pone en pie a la fuerza y yo reprimo un gemido de dolor—. Solo la he atado para que no se pierda, viene conmigo.

El perro deja de ladrar y mueve la cola, observándonos. Pobrecillo, no es más que un cachorro. ¿En serio lo van a sacrificar? ¿Son parte de alguna de esas sectas de psicópatas que sacrifican animalitos para el Sabbat?

Los ojos se me llenan de lágrimas. Me arden.

—No llores, mesedez.[63] —Gorka hace ademán de tocarme pero, al ver que me tenso y contengo el aliento, se arrepiente y baja las manos—. Si lo que dices es verdad y no te ha enviado Sugaar, Akerbeltz te dejará libre. Además, es cierto que una virgen le da poder al ritual, pero no puede obligarte. Debe ser voluntario.

—¿Son imbéciles? —Los miro como si estuvieran locos. Están locos —. ¡No me voy a entregar voluntariamente!

—Bueno, la verdad… —Gorka sonríe—. Akerbeltz suele ser muy convincente. La mayoría de chicos y chicas se pelean por acostarse con él en el akelarre.

—Tiene cuernos —dice Herio—, eso les mola.

—¡Por favor! —Sollozo y entre la visión borrosa por las lágrimas noto que Gorka se pone nervioso—. Haré lo que sea, pero no quiero que me violen. ¡Prefiero morir!

—Nadie va a violarte, neska. ¿No has oído lo que te acabamos de decir?

—¡¿Para qué me salvaste si ibas a hacerme esto?! —Intento darle una patada pero él se aleja a tiempo.

Empiezo a llorar, el perro empieza a ladrar otra vez y caigo de rodillas al suelo.

HAMABI

Mentiras

DOCE

«La forma de vincular a una sorgina depende de la naturaleza de cada dios. Sí, también hay hombres, pero son pocos».
Amaia.
Traducción al castellano

Herio

☥

Joder. Quisiera dar brinquitos de felicidad porque Sofía está viva. ¡La ha revivido! ¡Yo! ¡Con mis poderes! ¡JA, JA, JA! Pero no doy brinquitos. Y solo me río en mi mente porque soy un semidiós, tengo que comportarme como tal. Me cruzo de brazos y observo como llora desolada en el suelo.

Tengo que morderme la lengua para no reír de felicidad.

Está viva. Viva.

—¡Por favor! —ruega sollozando y pasándose las manos por las mejillas—. ¡Déjame ir!

El perro ladra y se mueve de un lado a otro enfadado. Le ponen nervioso los llantos de Sofía. Y la verdad, me ponen nervioso a mí

también, pero estoy demasiado feliz porque está viva.

Además, esta chavala sabe que la mayoría de los hombres medianamente heterosexuales caen rendidos a sus pies. No voy a caer en sus manipulaciones emocionales.

—Herio, mira, quiero que Akerbeltz nos perdone —dice Gorka mirando a Sofía y luego a mí—. Pero esto es demasiado. No soporto verla así.

Y por supuesto que Gorka sí ha caído. Pero yo no soy un humano miserable como él. Yo puedo soportarlo.

Además, joder, la he revivido. ¡Mis habilidades han funcionado!

—No quiero que se la entreguemos a Akerbeltz —insiste Gorka—. Ya no.

—Lo haremos y asunto zanjado —digo, dedicándole una de esas miradas semidivinas que he practicado mucho tiempo para intimidar a la gente.

Al menos Gorka se ha tragado mi actuación. Y por los llantos de Sofía, ella también. Ni de coña se la entrego a Akerbeltz. ¿Darle a ese dios depravado a la mujer de mis sueños? Antes muerto.

Pero es la única excusa que se me ha ocurrido para llevármela.

El destino me ha puesto a Sofía Ochoa al frente, sería un imbécil si la dejo ir.

—Herio, piénsalo bien. —Gorka parece desesperado por los llantos y temblores de Sofía—. Tu amuma, que jamás falla con una de sus profecías, te ha dicho que te alejes de las chicas de pelo celeste y estás haciendo todo lo contrario.

Puto Gorka. Tiene razón.

—Por eso mismo la llevaré conmigo. —Me paso la mano por el pelo y luego recuerdo que no debo mostrarme exasperado, así que

las meto en los bolsillos, guardando también el móvil de Sofía—. Ya me he acercado a ella. Lo mejor será llevármela y asegurarme de que no ocurra nada desastroso.

—Eso no tiene sentido —insiste Gorka.

No. No lo tiene. Pero tampoco tiene sentido que el amor platónico de mi juventud apareciera la noche del ritual ahogándose en la ría de Bilbo. Y a mí tampoco me hace gracia verla llorar de esta forma. Pero ¿qué puedo hacer? ¿Dejarla ir? Podría hacerle pensar que soy un buen chico, decirle, toma Sofía, anota mi número de móvil y quedemos otro día.

Pero es que no soy buen chico. Además… eso es justamente lo que haría siguiendo la lógica razonable del asunto. La profecía dice que me aleje. Sugaar la puso en mi camino para joderme. Lo esperable sería que la alejara de mí.

¡Eso es lo que ese puto dios pretende que haga! Él conoce a mi amuma. Sabía perfectamente que ella vería a Sofía cruzarse en mi camino y me recomendaría apartarme.

Así que haré lo contrario. Me la llevo, ya está.

—¡Qué no soy una espía! —lloriquea Sofía.

—¿Segura? —Arqueo las cejas—. ¿Niegas también que quieres quitarnos al perro?

—¡Porque quieren sacrificarlo!

Le doy la espalda, me acerco al perro y le paso una cuerda a él también por el cuello. Hasta este momento el cachorro se había comportado bien, pero ahora intenta soltarse y me gruñe, enseñando unos dientes demasiado filosos para ser de un perro cualquiera.

Creo que no le gusta que esté haciendo llorar a la chica. O tal vez… ¿entiende lo que hablamos?

—Vale, vale. —Me levanto, suspiro y me giro hacia Sofía—. Deja de llorar y lleguemos a un acuerdo.

Al principio no reacciona, pero parece que mis palabras se abren paso en su ataque de histeria y levanta la mirada con los ojos enrojecidos. El estómago se me contrae. Soy un hijo de puta, no voy a negarlo. Soy un cabrón que hace el trabajo sucio de Akerbeltz y me he cargado a más personas de las que puedo recordar. Pero los ojos vidriosos e irritados de esta chavala me retuercen las tripas.

—¿Vas… vas a soltarme? —murmura entre sollozos.

Me acerco y me agacho apoyando una rodilla en el suelo para quedar a su nivel. Hostia, ¿todas las chavalas empapadas y a punto de sufrir hipotermia huelen así de bien? Sofía se estremece bajo mi mirada, como si quisiera ocultarse entre las sombras del refugio.

Incluso llorosa y con el maquillaje corrido, esta tía es guapa. Cuando se hizo popular yo tenía diecinueve. Soñaba con ella, veía todo el contenido que subía. Pagaba cualquier cosa que subiera a OnlyFans. Estaba tan obsesionado con ella que pensé que nunca aparecería una mujer que en la realidad me hiciera sentir lo que ella me causaba solo con un vídeo.

Hasta que conocí a Egu. Una diosa. Necesité conocer a una diosa para olvidar mi obsesión con Sofía Ochoa.

Parcialmente.

—Neska —digo, intentando mostrarme tranquilo, como si su aroma delicioso no me pusiera en absoluto—, no sé por qué has mentido, pero no puedo arriesgarme a qué…

—¡No he mentido! ¡Yo no…!

—Escúchame. —La agarro de los hombros para que me mire—. No voy a arriesgar la noche más importante de mi vida. Pero te daré una oportunidad.

Guarda silencio y me observa. Sus hombros se agitan ligeramente entre mis manos, pero no vuelve a gritarme ni a llorar.

Aléjate de ella.

Los cojones.

—Vendrás conmigo y mi amuma decidirá si eres o no una espía, o si te enviaron para impedir que haga lo que tengo que hacer con el perro. —Omito la palabra sacrificio, por si el cachorro entiende algo —. Tengo que pasar por mi casa a buscar mis cosas antes del ritual. Es un viaje de unos cuarenta minutos, no más. Ni siquiera saldremos de Bizkaia. Si mi amuma decide que eres inocente, te soltaré.

—¿Tu amuma? —Sofía suspira, limpiándose una lágrima—. ¿Por qué?

Porque es una bruja retorcida que sabrá si te ha enviado Sugaar solo con mirarte.

—Herio… —Gorka se acerca—. ¿Y si la soltamos, sin más?

Gorka no comprende porque no sabe la verdad. Si supiera que la única chica por la que alguna vez deliré es ella… se daría cuenta de que es realmente sospechoso que haya aparecido esta noche. Estas casualidades no existen. Alguna fuerza oscura está detrás de esto y no puedo soltarla porque me dé lástima. Seguramente eso es lo que Sugaar quiere que haga. No puedo tomar decisiones de blandducho solo porque ella suspire.

Ni por su pelo de ángel ni su carita de muñeca, o esos ojos brillantes que me miran con súplica y…

No. No seas imbécil. Te quiere manipular. Tiene miles de seguidores en OnlyFans a los que controla con un par de gemidos. Sabe cómo convencer a un hombre y no voy a caer en eso. Yo no soy un hombre.

Soy un puto semidiós.

—No, Gorka, no la soltaré. —Vuelvo a mirar a Sofía—. Tómalo o déjalo, neska.

—¿Por qué tu abuela? —pregunta otra vez.

—Yo preferiría enfrentarme a Akerbeltz —susurra Gorka.

Lo ignoro y me concentro en Sofía.

—¿Sabes que soy un semidiós, verdad?

Ella asiente.

—Un semidiós arrogante que se cree influencer —dice con la voz cargada de rabia.

Me mira con desprecio, pero hace tiempo me envió una solicitud en Instagram.

—¿Qué pasa? —Sonrío—. ¿Ya no te mola eso de hacer una colaboración conmigo?

Se pone roja, pero controla la rabia que chispea en sus ojos y me devuelve una sonrisa fría. Va dejando de lado su fachada de víctima. Ajá, eso es. Muéstrame tu verdadera naturaleza, neska.

—No. Ya no me mola —murmura—. Pasó tu oportunidad.

Suelto una carcajada. Normalmente las chicas y chicos se mueren por algo tan miserable como hacerse una foto conmigo. Pero no me extraña que ella diga esto. Es mucho más popular que yo, especialmente en Latam.

Y a pesar de eso se ha arrojado al agua por un iPhone. ¿Tendrá problemas de dinero? ¿A pesar de todo lo que gana en OnlyFans? En

alguna movida debe estar metida.

—Es esto o dejarte atada aquí y que te mueras de hipotermia. Tú eliges. —Me pongo de pie y la miro desde arriba, con arrogancia. Como si no quisiera arrojarme a sus pies—. Mi amuma no es una viejita cualquiera. No. Es una sorgina.[64] Fue una de las sorginak más poderosas de Mari antes de que… —Hummm, esa información no es necesaria—. En su juventud. Ella sabrá, con solo echarte un vistazo, si lo que dices es verdad.

Sofía me mira dudosa. No confía para nada en mí. Sus ojos bonitos y oscuros son como los de un corzo desconfiado.

—Si ella dice que no estoy mintiendo, ¿en verdad vas a soltarme?

Asiento en silencio y Gorka también. El perro al fin se queda tranquilo y se sienta, observándonos desde las sombras.

—Te doy mi palabra de semidiós —extiendo la mano hacia ella.

Tiene los brazos atados, pero consigue doblar uno lo suficiente para levantar la mano. Me mira a los ojos y yo cierro mis dedos alrededor de los suyos.

Un escalofrío me recorre. La piel de Sofía Ochoa está muy fría.

HAMA HIRU

Desnúdate

TRECE

Herio

♀

Joder, no puedo creer que vaya caminando por esta caverna de mierda, que he usado tantas veces en mis trabajos sucios, con Sofía Ochoa. Una tía como ella no debería estar en un lugar así.

Pero no tengo muchas opciones. Para empezar, los dos somos populares. Aunque vayamos disfrazados podrían reconocernos y sería un follón vernos rodeados de fans. Además, la otra pareja de cazadores debe seguir buscando al perro allí fuera. Si nos encontramos con ellos, tendremos que luchar. Quizá yo podría encargarme de dos, pero no si tengo que estar preocupado del perro y de Sofía.

—¿En serio tenemos que ir por este camino? —Se queja ella, atada a una cuerda de su cintura a la mía. También le he atado las manos.

—Bai.[65] Es más seguro, créeme.

Salvo por el perro, vamos solos. Me pone tenso pensar que voy solo con ella. Gorka se ha ido por la superficie para ir a por las chicas. Espero que las lleve al ritual a tiempo, si los dos llegamos con retraso, Akerbeltz va a cabrearse mucho.

—Tengo mucho frío —murmura Sofía.

Me sigue unos pasos por detrás, todo lo que da la cuerda, mientras ilumino con el móvil las antiguas paredes rocosas y trato de evitar los charcos de agua. La humedad se filtra con facilidad, la piedra desgastada durante cientos de años ya no aguanta bien las furiosas mareas de la ría.

Al menos Sofía se ha tragado mis excusas. Se ha creído que la llevo porque creo que nos está espiando. Tampoco lo descarto del todo. Tal vez Sugaar conocía mi debilidad por ella y pensó que me convencería de entregar al perro. ¿Podría ser el dios de las tormentas tan gilipollas? Que me hiciera unas pajas con vídeos de Sofía no significa que tenga sentimientos reales por ella. Mi exnovia es una diosa, joder. Ninguna chica está al nivel de Eguzki.[66]

No voy a entregarle al perro solo porque me gusten sus tetas.[67]

Solo la llevo conmigo por… emmm, por precaución.

—¿Podemos ir más lento? Por favor —se queja Sofía otra vez.

—Es el perro el que tiene prisa.

El cachorro tira de la cuerda, emocionado por ir más rápido. Creí que era un perro avispado, pero no. Es idiota. Cree que estamos dando un paseo o algo así.

Joder, era una noche perfecta y ahora estoy nervioso con este asunto. Saco la bolsa de gominolas de mi bolsillo y aunque está mojada por fuera, creo que no les ha entrado agua.

—¿Nahi dozu?[68] —Estiro la bolsa hacia Sofía.

Me lanza una mirada llena de rabia. Camina lento, descalza y con la cuerda dando varias vueltas alrededor de su vestido blanco que sigue mojado. En otro contexto, esa mirada cargada de odio hubiera

sido una mirada sexy. En este contexto… bueno, también es sexy. Tal vez debería hacerle una foto y luego cobrarle a Gorka por ella.

¿Sofía Ochoa atada y con la ropa mojada? Eso podría costar varios cientos de euros en algún foro.

Y a mi podría costarme la cordura.

—¡No quiero una puta gomita! Quiero que me sueltes.

Me meto una gominola naranja en la boca. Creo que dejaré las rojas para más tarde.

—Todavía no me fío de ti. —En realidad, no me fío de mí.

¿Qué haré si trata de quitarme al perro? ¿Golpearla? ¿Y si se quita la ropa y me convence?

Hostia, estoy delirando. Esas cosas no pasan en la vida real. De solo imaginarlo se me retuerce el estómago por la culpa. Mi novia está muerta y esta noche debo ascender para ir por ella al mundo de los muertos.

No puedo estar pensando en otra chica sin ropa.

—¿Fiarte de mí? ¡Eres tú el que me tiene secuestrada! —Resopla y el aire hace volar un mechón de pelo celeste que tenía frente a la cara—. Como si pudiera huir a algún lugar en esta puta cueva.

—No te veo tan asustada para haber sido secuestrada.

Suelta una carcajada sarcástica. Vaya. Es curioso ver esta faceta de Sofía. En sus redes sociales y en OnlyFans aparenta ser una chica risueña e incluso tímida. En plan: muestro las tetas, pero me sonrojo por hacerlo.

No soy gilipollas, sé que la gente que vive de eso crea un personaje para sus fans. Yo mismo exagero mi personaje en TikTok… No, a decir verdad, soy exactamente como me muestro.

Pero es diferente porque soy un semidiós. No esperaba que ella, en la vida real, pudiera ser tan directa. No la imaginaba sarcástica.

Tampoco me interesaba su personalidad. A mí me molaba su rollo de muñeca, sus pelos de colores y los vestidos vaporosos con lazos, en distintas tonalidades de colores pastel.

Cuando supe que era un semidiós, entendí por qué me gustaba tanto una chica así. Era mi opuesto, mi complemento. Inocencia y luz, en contraste conmigo, alguien oscuro y destinado a las tinieblas. Supongo que por eso me enamoré también de Eguzki. ¿La diosa del sol con el dios de la muerte y la oscuridad? Poético.

Aunque, al final, salió poéticamente mal. Catastrófico.

—¿Crees que es primera vez que me secuestran? —dice con frialdad—. Soy latina, idiota. Y me ha secuestrado gente mucho más cabrona que tú.

Lo dudo, pero no digo nada. Contengo una risilla y disfruto del sabor dulce de la gominola, aunque no es tan dulce como las rojas.

Mientras caminamos, ignoro los siguientes insultos que me dedica Sofía e ilumino las paredes en busca de las señales. Nunca he hecho esta ruta subterránea con dos cargas: una chavala y un perro. Espero no pasarme de la salida, me queda poca batería en el móvil.

—¿Puedes ir un poco más rápido? —Me giro hacia Sofía, que es un lastre tirando de la cuerda atada mi cintura—. La noche no es eterna, neska.

Tengo que llegar a mi casa y decidir qué hacer con ella antes de ir al akelarre.

¿Sería muy cabrón de mi parte si la ato en mi cuarto hasta mañana, para entonces decidir qué hacer?

Ya, sí. En estándares humanos sería un cabrón. Pero soy un semidiós. Haize siempre dice que la moral humana es para los humanos.

—Me duelen los pies. —Sofía me mira con ojos llorosos. Su piel morena parece azulada a la luz del móvil. Como un espectro de pelo celeste—. Y tengo mucho frío. Creo que me voy a desmayar.

Está temblando, quizá es verdad. Una punzada de malestar me atraviesa cuando veo temblar sus labios delicados. Muchas veces los imaginé alrededor de mi polla. Me corrí imaginando que…

Basta. Joder. Le doy la espalda y sigo caminando.

—No te creo. Eso no te va a funcionar conmigo. Es Gorka el que paga tu OnlyFans, no yo.

—¿Eres gay?

Suelto otra carcajada.

—Qué va, prefiero a las chicas. Casi siempre.

Me detengo. Al fin reconozco en la pared una de las marcas que indican la ruta. Nos acercamos a la parte más peligrosa, pero es mejor que no se lo diga a Sofía. El miedo de los humanos, en una noche como esta, es como cebo para las criaturas.

—Si no eres gay, ¿las prefieres rubias?

La pregunta me sorprende. Me giro hacia ella y me mira con recelo.

Hummm, creo que entiendo lo que le pasa. Está acostumbrada a que los hombres cedan cuando les hace pucheros como los que hacía hace unos minutos. Sabe que está buenísima y los puede manipular así.

Pero no a mí, neska.

—Tengo novia. —Le sonrío—. Bueno, exnovia. Supongo que eso de que esté muerta ha afectado un poco nuestra relación. Y es una diosa. Así que olvídalo, no tienes ninguna oportunidad conmigo.

Ella frunce el ceño, me mira confundida en la oscuridad.

—¿La que murió y dicen los rumores que tienes embalsamada debajo de tu cama?

—No está embalsamada. Está preservada. Y no está debajo de mi cama. —Le doy la espalda otra vez—. En fin, la muerte es un pequeño detalle que se interpone entre nosotros.

Un detalle que pronto, después de esta noche, al fin voy a solucionar.

Aunque ahora lo que pienso… ¿Por qué quiero retener cerca a Sofía si se supone que lo primero que haré después de iniciar mi ascensión es revivir a Egu? No había pensado en eso.

Es evidente que a Egu la idea no le gustaría nada.

Sofía



—Me duelen los pies. Y en serio tengo mucho frío. —Forcejeo intentando liberarme de la cuerda pero es peor, me hace daño en la piel—. ¿Podemos hacer una pausa?

Tengo que calmarme, tengo que pensar.

El camino es una caverna oscura, la gravilla del suelo se me clava en la piel descalza. Herio sigue caminando, ignorándome. Estoy amarrada a él de mi cintura hasta sus caderas. ¿Cómo voy a escapar de esto? No hay salida en este sitio que parece la garganta de una criatura gigante que va a tragarnos. La garganta de una serpiente.

El cachorro camina delante de él, atado por una cuerda, pero a diferencia de mí, va muy contento como si lo llevaran de paseo. Da saltitos de felicidad moviendo la colita.

Mis amigas van a odiarme. Llevan mucho tiempo preparando esta noche y yo me he metido en este problema. ¿Ellas sabían que sacrificarían un perro en el ritual? No creo. Amaia no haría algo así. Ni siquiera por salvar Euskadi. Supongo.

Y Herio… creo que el estúpido semidiós psicópata que tengo delante se enfadó porque hablé de su novia muerta. Desde ese momento, no ha vuelto a responder mis preguntas. Le pregunté por qué vamos bajo tierra, no respondió. Le pregunté qué signo zodiacal es, para saber con qué clase de psicópata estoy lidiando y tampoco respondió. Debe ser escorpio. O géminis. No, solo un escorpio podría ir tarareando canciones, paseando un perro que va a sacrificar y con una mujer secuestrada y amarrada a su espalda mientras come putas gomitas de ositos de colores.

Vamos, Sofía, tú puedes. No desesperes, puedes salir de esto. Inspiro hondo. Di algo inteligente, todo se soluciona mediante el diálogo.

—Eres un hijo de puta. —Me gana la rabia—. ¡Cómo vas a matar un perro por un ritual de mierda!

Herio se gira y me mira escandalizado.

—¡Sssh! —Se lleva el dedo índice a los labios—. ¿Quieres traumatizarlo?

¿Es una puta broma?

—¡Tú quieres mata…! —Me callo porque el perro se gira hacia nosotros y mueve sus orejas como si intentara entender lo que estamos hablando.

—No es un perro cualquiera, no lo subestimes —dice Herio.

Vuelve a caminar y yo me desespero, siguiéndolo con la cuerda tirante entre nosotros.

—No vuelvas a gritar, neska. No quería asustarte, pero si sigues hablando así empeorarás las cosas. Más adelante hay un cruce peligroso. Un cruce que durante miles de años ha sido usado por criaturas del bajo mundo para merodear por la ciudad sin ser vistas por los humanos. —Lo dice como advirtiendo de un peligro, pero por el tinte de su voz, parece más que emocionado con la idea—. En una noche como hoy, están muy presentes. Es mejor no llamar su atención. —Se gira por encima del hombro para mirarme sin dejar de caminar—. ¿O quieres volver a tener una experiencia como con la cría de lamia que te quería llevar bajo el agua?

¿Eso era? ¿Una cría de lamia? Me recorre un escalofrío y se me revuelve el estómago. Una cosa es conocer a un semidiós. Todos saben que al menos fueron humanos gran parte de su vida. Pero ¿las lamias? Ni siquiera son humanas.

—Si es una ruta que usan las criaturas peligrosas, ¡¿por qué me traes por aquí?!

No le tengo especial miedo a la muerte, pero no me interesa ser comida y devorada de a poco.

Se me acelera el corazón, miro las sombras que nos rodean, pero él va como si nada. Se gira otra vez y me sonríe con una sonrisa diabólica. Un mechón de pelo marrón se desliza sobre sus ojos grises y se lo aparta.

—¿Con quién crees que estás dando un paseo, neska?

Suelta una carcajada y sigue caminando.

¡Dios! ¡Este weón está loco! Me tiembla el cuerpo, me arden los pies y empiezo a colapsar. No logro seguir su ritmo, estuve a punto de morir hace poco. No. ¡Estuve muerta hace poco! Y todavía tengo la ropa y el pelo mojados. No como él, que se cambió a una ropa seca que tenía en una mochila en el refugio. Él tiene zapatillas, mientras mis pies casi sangran por caminar en este túnel lleno de gravilla y guijarros.

Miro a todos lados, nerviosa de que pueda salir otra criatura terrible. ¿Será verdad? Este túnel parece milenario y cada tanto es posible ver unos enormes huecos en la pared, como pasadizos ocultos. Espacios por los que podría aparecer cualquier cosa.

Y el frío, el puto frío que no se me pasa. Tener las manos atadas me desespera. Sabía que Herio era un imbécil, lo odiaba sin conocerlo en realidad, pero ahora oficialmente lo detesto. Lo detesto.

¡Lo odio!

Respiro agitada y empiezo a perder el control. Lo sé. Reconozco cuándo me va a dar una crisis. Me pongo temblorosa, trato de no pensar en que mi cuerpo no me hace caso, trato de no pensar en cómo se me cierra el pecho. No puedo, estoy pensando en eso. Estoy…

Las piernas me fallan y caigo de rodillas al suelo.

Herio

♀

No me jodas. Sofía tiembla en el suelo, tirada sobre la piedra del túnel. El perro se acerca corriendo y gimotea cerca de ella.

—Ey, neska, arriba. —Intento levantarla pero parece débil y, hostia, está muy fría.

Creí que estaba fingiendo para que la soltara. Me mira con ojos vidriosos, puede que sea a causa del frío. Yo soy un semidiós, es raro que sienta realmente la temperatura y siempre estoy cálido. Supongo que ha sido demasiado para ella porque tiene el vestido todavía mojado y el pelo muy húmedo.

Miro el móvil y al menos vamos bien de hora, no son todavía ni las diez.

—Déjame aquí —murmura mientras intento acomodarla sobre mi regazo.

—Ni hablar. Si te dejo, morirás de hipotermia.

A pesar de estar casi desmayada, se ríe. Creo que está un poco loca. El eco de su risa retumba en las paredes cavernosas de la ruta subterránea y me remueve el estómago.

—Prefiero morir. Otra vez.

No le hago caso, separo sus labios con los dedos y, aprovechando que está demasiado débil para resistirse, le meto una gominola en la boca. Una de las rojas.

Soy muy generoso.

—¿Qué…? —Intenta incorporarse, pero la sujeto, obligándola a mantenerse recostada contra mi cuerpo.

—Geldi, neska.[69] Trágate eso, te dará energía.

Pareciera que se va a resistir, pero finalmente se la traga. Le ofrezco dos más y se las come con ansia.

—¿Son mágicas? —Me observa delirante entre sus pestañas largas.

—Bai.[70] ¿O crees que las voy comiendo porque están buenas?

En realidad, solo las voy comiendo porque están buenas.

Pero supongo que el efecto psicológico es suficiente, o el azúcar de las gominolas, porque recobra algo de color en las mejillas.

—Ahora —digo, levantándola un poco— voy a quitarte la ropa.

Se sienta de golpe y se aparta de mí, medio arrastrándose por el suelo y empujándome con las piernas.

—¡Vaya! —Le sonrío—. Eso te ha dado fuerzas renovadas.

—¡Sobre mi cadáver!

—La verdad, tu cadáver me ha puesto bastante.

Abre mucho los ojos y me mira espantada. Sus ojos son curiosos, muy expresivos. Se agrandan redondos cuando se sorprende, pero se transforman rápidamente en dos finas líneas cuando se enfada.

—¡Estás demente!

Me incorporo un poco de rodillas frente a ella y me quito la sudadera. No tengo camiseta debajo, pero da igual, yo no tendría frío ni aunque estuviera nevando. En general uso ropa solo para aparentar.

Y porque mi sudadera mola muchísimo.

—Quítate el vestido y ponte esto. Entrarás más en calor con ropa seca. Y tiene capucha. Pronto vamos a salir a la superficie y sería un follón si la gente te reconoce.

Mira la sudadera, insegura. El perro se sienta a nuestro lado y mueve la cola observando cada uno de nuestros movimientos.

—Venga, póntela —insisto—. Mi ropa tiene propiedades mágicas. Abrigan mejor que la de un humano.

—¿En serio?

—Por supuesto.

Por supuesto que no.

Pero ella se lo cree, igual como antes se creyó lo de las gominolas. Y una chispa de curiosidad brilla en sus ojos oscuros.

Hummm, interesante.

Hay dos clases de personas mortales; las que se asustan de la magia y las que se sienten atraídas por ella. Al parecer, ya sabemos a qué clase pertenece Sofía.

—Bueno. —Me mira todavía con desconfianza—. Pero tendrías que soltarme. ¿Crees que te voy a dejar a ti quitarme el vestido?

No puedo evitar que una sonrisa se forme en mis labios. La verdad, había pensado esa opción.

Apoyo el móvil en un saliente de la roca de la pared para que ilumine y me acerco a Sofía. Se pone tensa como un gato asustado. El silencio de la caverna es tan absoluto que cuando agarro la cuerda de sus manos y empiezo a deshacer el nudo, se oye el ruido de la soga al frotarse entre mis dedos. Se oye la respiración de Sofía.

Por suerte, no se oyen mis pensamientos lascivos mirando como el vestido húmedo se le pega a la piel.

—Auch. —Se queja y su quejido retumba en las penumbras.

Ufff, ese sonido trae recuerdos de sus vídeos y me hacen sentir infiel. No me sentía así cuando la veía por una pantalla. Joder, Gorka tiene razón, no debería considerarme infiel si mi novia está muerta.

Además, Sofía me odia. Percibo la tensión en todo su cuerpo, el aire parece chispear entre los dos.

—No voy a quitarte la cuerda de la cintura —aclaro, por si se ha hecho ilusiones.

Sus ojos brillan furiosos. Es cierto lo que he dicho antes, su cadáver me parecía hermoso. Aunque debo admitir que sus ojos

vivos y con esa chispa que dejan ver cuando se enfada me gustan todavía más.

—Si me tocas…

—¿Zer?[71] —Suelto una risa y me pongo de pie—. No tienes muchas opciones, neska, más que confiar en mí. No te preocupes. Quizá se te ha olvidado la parte en que te he dicho que mi exnovia era una diosa. Paso de liarme con mortales, no me interesa tu cuerpo.

Uh, de verdad se lo cree. Hasta parece ofendida.

—Vale —dice, con el ceño bien fruncido— pero gírate.

—Nahi zulez.[72]

Sostengo la sudadera en una mano, cojo el móvil con la otra para iluminar el suelo y me giro.

Sofía

Odio esta situación. No solo por el frío y el dolor en los pies, sino porque… Dios, está destruyendo mi orgullo. Una de mis motivaciones para ir a ese estúpido akelarre era ver a este desgraciado a los ojos y rechazarlo, decirle que ni muerta participaría en un ritual sexual con él. Y aquí estoy, atada a él, sacándome la ropa.

Y encima *gratis.*

Inspiro profundo y desato los lazos de mi vestido blanco.

—Podrías soltar a Charlie mientras me desvisto.

—¿Charlie? —Herio se gira y yo chillo.

—¡Que no mires!

Me cubro el cuerpo, aunque todavía no empezaba a sacarme la ropa. Herio se gira otra vez.

—El perro —digo— se llama Charlie.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo sabes?

—Tiene cara de Charlie —digo, viendo como el cachorro mueve su colita mirándome.

Herio pone los ojos en blanco. No veo su cara en realidad, pero sé que lo hizo por cómo levantó la cabeza hacia el techo. ¿No tiene frío? No llevaba camiseta debajo de la sudadera y aun así me la pasó. Mantiene el móvil en una mano, iluminando hacia el suelo, pero la luz que proyecta es suficiente para crear sombras que acentúan los músculos de sus brazos y espalda. El tatuaje grande de la espalda es un símbolo que no conozco y las alas de un cuervo se enroscan en su brazo izquierdo. Parecen vivas bajo las sombras.

En realidad, me da igual si tiene frío, yo me voy a morir si sigo con este vestido mojado.

Así que le doy la espalda, por si vuelve a mirar hacia acá. Prefiero que me vea el culo gratis antes que las tetas. Y aunque está oscuro, sigo amarrada a él por una cuerda, solo nos separa un metro de distancia.

—No tenemos toda la noche, neska.

—Ya, ya, un momento.

Odio cómo me tiembla la voz a causa del frío. Empiezo a subirme el vestido, pero esto me pone muy nerviosa, mierda. Sé que estaré mejor con la sudadera, pero odio exponerme así ante él. Una cosa es hacer esto detrás de una pantalla y en un contexto de seguridad y otra frente a un puto dios psicótico que me ha raptado.

Pero no puedo negar que la tela es muy suave. Y está bien caliente. Debe ser por la magia que dijo y pensarlo me emociona un poco. Solo un poco.

Tal vez si la vendo le saque mucho dinero y disminuya mi deuda con Villalobos. Este riesgo vale la pena.

Inspiro hondo y me saco el vestido por encima de la cabeza.

—Si te giras, voy a *fu*…

—*Funarme* en redes sociales, ya, badakit.[73] Date prisa. No me interesan tus tetas.

Me dan rabia sus palabras. Mi aspecto siempre ha sido mi principal arma contra los hombres. Me siento débil cuando no logro ejercer ese poder sobre ellos.

¿Por qué no le gustan mis pechos? ¿Son muy grandes?

En el suelo, la sombra de Herio se mueve un poco y me cubro.

—¡No te voltees!

—¡Que no!

—Pásame la sudadera sin girarte.

Veo por el movimiento de su sombra que estira el brazo hacia acá y me giro un poco para intentar tomar la sudadera, pero justo cuando voy a alcanzarla, se oye un ruido detrás de mí en el túnel. En la dirección por la que veníamos.

En la dirección donde se suponía que no había nadie más.

Mierda, mierda, ¿qué…?

No alcanzo ni siquiera a girarme y ver qué es. En un instante, Herio se abalanza sobre mí, me rodea el cuerpo con la sudadera y me mete de un empujón en un espacio que hay entre la pared del túnel. ¡Uno de esos espacios siniestros!

¿Habrá arañas? ¿Monstruos? ¿Arañas, arañas? Intento gritar, voy a volverme loca, pero me tapa la boca, tira de la cuerda del perro y lo arroja al fondo de este espacio siniestro. Trata de meterse él también, pero el hueco es demasiado estrecho.

—¡Qué haces! —susurro—. ¡No cabes!

—Joder. —Mira hacia la oscuridad, desde donde viene el ruido de pasos sonando cada vez más fuerte—. Pues tendré que caber.

Me agarra de los hombros, me abraza y se mete conmigo. Mi pecho desnudo queda del todo pegado a su cuerpo. Estoy a punto de gritar de histeria pero él se inclina y susurra:

—Sssh, cállate, neska, si no quieres morir.

HAMA LAU

Mutuals

CATORCE

«También han despertado en Japón y Argentina.
Hay más países, pero Catalina no los sabe todos.
Si no hay un vínculo, te olvidas».
Amaia

Sofía



Herio apaga la luz del móvil mientras las pisadas se acercan por el túnel. Contengo el aire, las ganas de chillar. El corazón se me acelera tanto que me duele el pecho. No sé si porque siento su piel caliente en mis pezones o porque no veo nada, la oscuridad es absoluta. No sé si me vuelve loca estar desnuda con este tipo o la idea de que se me suba una maldita araña encima. Solo se oyen las pisadas y unas goteras que se filtran en alguna parte de la roca del túnel. Ni siquiera Charlie hace ruido. Siento su cuerpo peludo en mi pierna izquierda, pero debe ser más inteligente que yo porque está callado. Claramente, no le tiene miedo a las arañas. En cambio, yo estaría chillando si no fuera porque las pisadas ya no son lo único que se oye, sino también voces. Voces de hombres.

Y dudo que hombres decentes usen este túnel.

Inspiro hondo para tratar de calmarme, pero solo consigo respirar el intenso olor dulce de este puto loco. El aroma a manzana me marea de lo fuerte que es, al punto que relaja un pocos mis latidos, calma mi respiración acelerada. Levanto las manos, porque el lugar es tan estrecho que no sé dónde apoyarlas y al hacerlo me doy cuenta de que lo único que hay para apoyarme es su cuerpo.

Conchasumadre. ¿Cómo puedo estar en una situación tan imbécil?

—Geldi[74] —susurra hablando, tan bajo, que apenas lo pude oír. Un zumbido abruma mis oídos de lo enloquecido que tengo el pulso.

—Si me tocas voy a matarte —susurro yo de regreso.

Él se ríe y quiero matarlo en serio. ¿Esto le parece gracioso? Los brazos se me empiezan a cansar en mi intento por no tocarlo con las manos.

Me rindo.

Apoyo las manos en su pecho y… la verdad está bien. Está calentito. Ahora que lo pienso, estoy calentita con su sudadera en la espalda y su cuerpo pegado al mío. Me siento mejor. ¡Dios! ¡No debería sentirme mejor! Él me secuestró. La hipotermia debe haberme dejado las neuronas medio muertas.

O quizá la sudadera de semidiós tiene efectos secundarios.

Intento no pensar en mis pezones rozando su piel, pero es difícil. Estoy supertensa y él también. Aunque se haga el chulo, percibo la tensión en los músculos de sus brazos, en la forma en que respira. Su aliento me hace cosquillas en la cabeza.

Y los pasos están cada vez más cerca. Mierda. Una luz rompe la oscuridad y Herio me abraza más fuerte e intenta meternos un poco más adentro en el hueco de la pared. Creo que son dos hombres, o

al menos solo son dos los que hablan. No podemos ver hacia el túnel, pero deben llevar una linterna por la forma en que un haz de luz redondo se proyecta en el suelo y las paredes que alcanzo a ver en el ángulo de visión. El corazón me late como loco, pero al menos la luz no entra en el espacio en que estamos ocultos.

—No creo que una pistola te sirva si nos encontramos con él —dice una voz masculina—. Baja esa mierda, me pone nervioso, joder.

—Yo creo que un balazo en la cabeza lo dejará tumbao, sea dios o no.

¿Hablan de Herio? ¿Quieren matarlo? Deben ser narcos. Seguro que son narcos. De solo imaginarme que se agarran a balazos aquí me pongo nerviosa. Me entran ganas de llorar otra vez, pero Herio levanta una mano y apoya el dorso de sus dedos tibios en mi mejilla.

—Lasai[75] —susurra, tan despacio, que casi parece un suspiro.

Me muerdo los labios y cierro los ojos. Apoyo la frente en su pecho tibio y me quedo muy quieta entre sus brazos. Lo odio. Por su culpa estoy en esta situación. Detesto que sea tan hijo de puta que me haya arrastrado a mí y al pobre Charlie con él.

Quizá debería gritar, hacer que esos dos nos encuentren y apostar a tener mejor suerte con ellos que con él.

Pero no lo hago. Las voces se oyen cada vez más cerca y la luz ilumina más, lo suficiente para que se vea mejor aquí dentro y pueda ver los tatuajes que cubren parte de los pectorales perfectos de este semidiós desgraciado, aunque no nos estén iluminando directamente. Y no grito. No me muevo. Porque aunque sea un hijo de puta, los otros también deben serlo y Herio al menos ya me salvó una vez esta noche. Además, una sombra alargada se proyecta en el suelo del túnel que alcanzo a ver y una pistola se dibuja claramente

en la mano de la sombra. El otro hombre no se ve, tal vez porque es quien lleva la linterna.

—Quizá ya ha salido del túnel —dice uno.

—No creo, ¿no hueles su olor? Ese olor es inconfundible —responde el otro—. Un olor a champú barato para niñas. Ándate con cuidado.

¿Champú barato? Yo solo siento que huele a manzanas deliciosas. Tan delicioso, que cada vez que respiro mi sangre se calma a pesar de esta situación y…

Contengo el aliento. Los hombres están demasiado cerca de nuestra posición.

—No sé si esto vale la pena, tío. Es un semidiós, va a hacernos pedazos.

Tienen acento de Madrid.

—Claro que vale la pena, no sé tú, pero yo quiero mi libertad. Además, no son tan poderosos. Incluso dicen que hay formas de anular su magia. Da igual, Herio no sabe usar la suya. Confía en mí, no acepté esta cacería sin informarme bien, joder.

¿Cacería?

Los hombres pasan frente a nosotros. Aguanto todo lo que puedo la respiración y los brazos de Herio se tensan un poco a mi alrededor. Charlie está tan callado que hasta pensaría que ni siquiera sigue aquí, pero lo percibo ahí abajo.

Las pisadas se alejan, los hombres hablan en voz baja cosas que ya no entiendo y la luz se desvanece de a poco. Y cuando al fin creo que se han ido, los pasos regresan.

—¡Lo he sentido! ¡Hostia, te lo juro! ¡He sentido su olor por aquí!

—¡Estás alucinando con eso del puto olor!

—¡Qué va! ¿Es que no lo hueles?

Mierda. Mierda. ¿Qué nos van a hacer si nos encuentran? Debería calmarme, estoy con un semidiós. Él podrá defenderse, ¿o no? ¡Pero estoy desnuda!

¡Por la mierda! Mierda, mierda. No quiero morir enseñando las tetas.

Herio me estrecha contra él con un brazo, pero desliza el otro hacia abajo. Al hacerlo, estamos tan apretados, que pasa a rozar uno de mis pechos y doy un respingo.

—Barkatu[76] —susurra.

Levanto el rostro, asustada, nerviosa, enojada. La luz de los narcos ilumina lo suficiente para ver la sonrisa maliciosa que se forma en los labios del hijo de puta de Herio. Sus ojos destellan un momento, casi plateados en la oscuridad. Pero me quedo como una estatua mientras sigue deslizando la mano, la mete en el bolsillo de sus vaqueros negros y saca una navaja. Con un pequeño movimiento fluido, la abre y el filo destella en las penumbras, demasiado cerca de mi cintura para mi gusto.

Todo se fue a la mierda. Voy a morir en bolas.

Los pasos llegan hasta aquí, intento hundirme en este espacio pequeño, en el refugio de los brazos de Herio. Ya no me importa si me toca, me pego tanto a él que podríamos fundirnos en cualquier momento.

Los hombres están casi encima.

Van a asomarse al hueco y… Un gruñido.

Un gruñido lo inunda todo.

Es gutural, tenebroso, hace retumbar las piedras que nos rodean. Los pasos se detienen, los hombres maldicen en susurros y el

corazón se me congela cuando veo que en el suelo se proyecta una sombra enorme, bestial. Es inconfundible. El hocico alargado, las orejas puntiagudas y el pelo erizado: un lobo. La sombra de un puto lobo enorme en el suelo. Y sale proyectada directamente desde donde estamos nosotros.

¡Mierda! Busco, mirando como loca en la oscuridad de este agujero. El rugido es cada vez más terrible, se respira como un temor primigenio, inunda todo, me eriza la piel. Herio me sostiene entre sus brazos, pero todo mi cuerpo ruega por huir de ese rugido gutural.

Calma, calma. No hay nada, no hay nada. Debe ser algún truco de Herio o de… Bajo la mirada hacia Charlie. Los hombres salen corriendo. Charlie no está haciendo nada, solo está quieto, pero la sombra sale de él, directamente proyectada desde su cuerpo. Y aunque ahora sepa que viene de él, el terror del rugido hace temblar hasta la gravilla del suelo y se me mete, calándome hasta los huesos. Me tiemblan las piernas.

La luz desaparece del todo.

El rugido disminuye poco a poco. El aire en el hueco en el que estamos pesa y me cuesta respirarlo. La sangre me pita en los oídos y las manos me tiemblan mientras me agarro de los hombros de Herio. Cuando el rugido se apaga, cuando las pisadas de los hombres ya no se oyen, el corazón me vuelve a latir.

Logro mantenerme de pie, aunque sigo muy quieta.

—¿Ese fue…?

—Sssh. —Herio guarda la navaja y me rodea con ambos brazos otra vez—. Espera un poco —susurra.

Inspiro profundo y trato de no pensar en que el supuesto perro a mis pies, al parecer no es un simple perro. Lo que sea que es, me ha dado incluso más miedo que morir. Ha sido…

—No te muevas tanto, me rozas —murmura Herio y siento su aliento en la coronilla de mi cabeza.

Sus palabras me recuerdan que tengo las tetas pegadas a su cuerpo. De tanto miedo me había olvidado hasta de eso. Estoy a punto de decirle que no me he movido tanto cuando siento…

No. No me jodas, ¿en serio? Estoy segura de que lo que siento duro contra mi vientre no es la navaja que se guardó en el bolsillo de los vaqueros.

—Eres un asqueroso.

—Sssh, ¿quieres que vuelvan? —pregunta suave.

—Déjame salir —susurro de regreso.

Aunque en realidad no sé si me atrevo a salir todavía. ¿En serio quiero encontrarme a dos tíos medio desnuda? Creo que prefiero sentirle la polla a este a través del pantalón.

—Espera un poco para que se alejen —sugiere Herio.

—¡No puedes ponerte cachondo con esto! —Le doy un golpe en el pecho con el puño y su cuerpo se agita, intentando contener la risa.

—¿Contigo desnuda en mis brazos, muerta de miedo y al borde del colapso? —Deja escapar una risilla contenida, casi susurrada—. Verte temblar así me ha puesto a mil.

—Eres un puto enfermo.

—Egun on.[77]

Aguanto las ganas de gritarle, porque no quiero que vuelvan los narcos. Inspiro, exhalo, inspiro, exhalo. Trato de calmar mi respiración, de ignorar que todavía siento su piel tibia contra mis

pezones. Qué puta vergüenza tengo. Casi prefiero que no haya luz, para que no vea mi humillación. La situación ya es humillante de por sí, pero que sea con él…

Charlie se mueve un poco a nuestros pies y me tenso.

—Lasai,[78] no te hará nada —murmura Herio.

Los pasos de los madrileños ya no se oyen, no se ve ni pizca de luz y solo se oyen las goteras y un ligero zumbido que creo que es el ruido de la ciudad sobre nosotros.

—¿Él…? ¿No es un perro, entonces?

—Sí lo es. Uste dot.[79] Pero es un perro de Gaueko, ya me parecía que alguna habilidad debía tener.

—Nos salvó —susurro.

—Qué va. Los ha salvado a ellos.

—Ah, ¿sí? —Levanto el rostro y juraría que percibo en la oscuridad el brillo de sus ojos grises. Hablo lo más despacio que puedo—. ¿Si eres tan chulo por qué no los enfrentaste antes de esconderte?

—¿Y perderme la oportunidad de tocarte las tetas gratis?

El poco calor que sentía hasta ahora se me sube a la cara. Me arden las mejillas y empujo su pecho para apartarme, pero es imposible, con suerte tenemos espacio para respirar aquí dentro.

—¿No dijiste antes que no te interesaban mis tetas de simple mortal?

El corazón me da un vuelco porque él se inclina. Su mentón áspero por la barba incipiente me roza la mejilla y, cuando habla, sus labios hacen cosquillear mi piel.

—Tal vez te he mentido, neska.

No sé qué me molesta más, que esté jugando con esta situación de mierda o que mi cuerpo se vuelva loquito, reaccionando al

contacto de su boca, al roce tibio de su aliento en mi mejilla.

Debe ser porque es un semidiós.

Nadie humano puede resistirse a ellos.

Tal vez lo que dijo Amaia sea cierto. Debe tener alguna especie de energía sexual atractiva. Así como los vampiros. Si lo sé, si lo tengo presente, mi cabeza puede controlar la situación.

Estoy a punto de decirle que se vaya a la mierda, que me suelte porque ya se fueron los narcos, cuando su voz rompe el silencio y la oscuridad:

—¿Por qué desapareciste?

¿Ah? Levanto la mirada otra vez, por puro instinto, pero no veo nada. Salvo… sus ojos. Sí. No es mi imaginación. Sus ojos resplandecen ligeramente en la penumbra.

Y están muy cerca, justo encima de los míos.

—¿Desaparecer?

Sin dejar de estrecharme con un brazo, levanta la otra mano y apoya sus dedos en mi mentón. El estómago se me aprieta.

—Bai[80] —murmura—. Desapareciste más de dos años de las redes.

HAMA BOST

Secretos

QUINCE

Sofía

El corazón se me acelera. Dijo que no pagaba mi OnlyFans, dijo que no era mi seguidor. Pensé que yo no le interesaba.

Quizá te he mentido.

Pero no aceptó mi solicitud cuando se la mandé. Debería parecerme una tontería ahora, pero de solo acordarme me da rabia. ¡Me sentí tan insultada! Nunca un hombre había rechazado mi solicitud de colaboración. Si solo me hubiera dejado en visto, pero ¿qué me bloqueara?

—No desaparecí —susurro.

—Sí lo hiciste. Tenías el pelo más largo y rosa. Cuando regresaste… —deja la frase sin terminar y desliza despacio los dedos por los mechones de mi melena, ahora celeste, y que solo me llegan hasta los hombros.

—¿Qué? ¿Ya no te gusta? —Aparto su mano, pero él me vuelve a levantar el rostro y me clava su mirada de ojos plateados.

—Sí me gusta.

Me cuesta respirar. Hace unos minutos creí que iba a desmayarme de miedo y ahora creo que voy a desmayarme solo porque este

cabrón me ha susurrado tres palabras, con una voz tan grave como el rugido que antes hizo temblar las paredes.

¿Por qué mi cuerpo reacciona así? ¿Por qué tiemblo ante su contacto? ¿Por qué el pulso se desliza furioso por mis venas?

No debí ponerme la sudadera mágica.

Trato de abrir la boca para decirle que me suelte, pero no sale nada. El cuerpo me traiciona. Me arde la cara del calor, de ser tan consciente del roce de su piel de semidiós en mis pezones. ¿Soy imbécil? Me secuestró. Se raptó un perro inocente —quizá no tan inocente— y… Me secuestró, con eso es suficiente para que lo odie.

Debería odiarlo.

Debería decirle que me suelte en este instante.

—¿Por qué no aceptaste mi colaboración?

Arggg, ya está. Se lo pregunté. Siento tanta vergüenza, que tal vez sí debí morir ahogada en la ría. Habría sido mejor.

—Tenía novia.

Ah.

—¿La diosa que ahora está observándote desde el más allá?

Me suelta el mentón. Como si mencionarla hiciera que quiera dejar de tocarme.[81]

Algo se remueve dentro de mí.

—Bai[82] —murmura—. Ella.

—Solo era una colaboración.

—Hummm, ya. —Desliza los dedos por mi cuello hacia abajo y yo me tenso, un escalofrío terrible me recorre. Le agarro la muñeca, aunque se detiene por su cuenta antes de llegar a mis pechos—. ¿Tú crees que hubiera sido solo eso?

—¡Obvio que sí!

—Humm. Si tú lo dices.

¿Es idea mía o está sonriendo? Su pulso se acelera, la emoción que siente fluye desde su piel hacia mí. Es como si a través de mis manos pudiera percibir sus emociones, sus sentimientos. Estoy volviéndome loca, imaginando cosas.

No creo que tenga sentimientos si quiere matar a Charlie.

—Yo creo que esos narcos ya se fueron —susurro.

Trato de apartarme, pero no consigo moverme.

—Se fueron hace rato —dice riendo. No hace ningún intento por salir de aquí.

Levanto el rostro molesta y él se ríe más. Lo empujo de nuevo, haciendo fuerza hacia fuera, hacia el túnel y esta vez me suelta. Casi me caigo por el impulso y él me agarra de la cintura por detrás, todavía riéndose. Recupero el equilibrio y me alejo de él, cerrándome la sudadera sobre el pecho antes de darme la vuelta.

Herio sale del espacio entre las sombras, iluminando otra vez con el teléfono, arreglándose el pantalón y mirándome divertido.

Es un enfermo.

Charlie sale detrás de él todavía amarrado con la correa. Dios, con esa conversación de mierda hasta me olvidé por un momento que lo teníamos a nuestros pies.

Debería estar asustada. Debería aterrarme ese rugido horroroso que casi hace que me desmaye, pero ¡awww! Me mira con sus orejitas juguetonas y moviendo la colita. ¡Es tan tierno!

Quizá eso de la sombra de lobo no es su verdadero yo.

—¿Vas a amarrarme las manos de nuevo? —Las levanto, mostrando mis muñecas a Herio.

Sigo atada a él por la cintura, pero ya tener las manos libres me hace sentir mejor.

—Por ahora no.

Qué alivio.

—¡Ven aquí, Charlie!

Quiero probar una cosa.

—Charlie, ¡sentado! —ordeno.

Él mueve la colita, mirándome emocionado. No me hace caso.

—¡Arriba! —digo, pero él solo mueve la colita.

—Gora[83] —ordena Herio y Charlie se levanta en dos patas y se gira, ahora atento a él—. Hummm vaya, prueba a darle la instrucción en euskera.

—¡Eseri![84] —digo, una de las pocas palabras que conozco.

¡Y Charlie se sienta! Me emociono porque nunca he tenido un perro y eso que los adoro. Y la verdad, después de lo que hizo, que nos haga caso me tranquiliza.

Si luego se convierte en un lobo enorme, tal vez recuerde hacer el sentado.

Quizá.

—¡Etzan![85] —digo otra palabra fácil, haciendo un gesto horizontal con mi mano y asombrosamente él se arroja al suelo, acostado sobre sus patas y me mira alegre—. ¡Es superobediente! —Eso provoca que una punzada de pena me atraviese las tripas—. Mierda, debe tener dueño. Alguien lo estará echando de menos.

Herio no dice nada, aunque no se me escapa que mira a Charlie con curiosidad. Curiosidad maligna. Sus ojos ligeramente rasgados siempre parecen estar tramando algo.

—Oye. —Muevo la mano para llamar la atención de Herio—. ¿No te preocupa lo que acaba de hacer Charlie con la sombra?

Desvía sus ojos siniestros hacia mí.

—No. Kume bat da.[86] Seguro que ha sido algún truco barato. —Pasea la mirada por el lugar. Me doy cuenta de que mantiene la luz del móvil hacia el suelo, no en las paredes como antes. No quiere llamar la atención—. Deberíamos esperar unos diez minutos para que esos tíos se vayan.

—¿Quiénes eran?

—Trabajan para Sugaar. Están buscando a Char… al perro, igual que yo.

—¿Por qué?

Herio duda un momento, supongo que cree que no tiene por qué explicarme nada y no va a…

—Los dioses organizaron una cacería. —Apenas oigo su voz de lo bajo que habla, así que me acerco un poco más a él—. Si los esbirros de Sugaar atrapaban al perro, serían libres. Si los atrapábamos nosotros, los de Akerbeltz…

—Los libraría a ustedes.

—Algo así.

—Y tú aceptaste participar en algo tan idiota.

Herio ladea el rostro.

—Me gusta cazar. Aunque esta ha sido la primera vez —dice, mientras una sonrisa sucia se forma en sus labios— que lo que cazo es un animal.

Sus palabras deberían sonarme amenazantes, quizá nefastas. Pero lo único que consigue con esa mirada perversa es que el corazón me enloquezca. Como si estuviera insinuando que…

Sofía, basta. Es un semidiós psicópata. Probablemente lo que está insinuando es que caza humanos y se los come en la sopa.

Herio se ríe y me da la espalda.

—Ven, neska. —Tira de la correa de Charlie y yo lo sigo. Estoy amarrada a él, no es que tenga otra opción—. Vamos a esperar en un lugar más seguro.

Camina en dirección contraria a donde veníamos.

Me gusta cazar.

Quizá debí pedir ayuda a esos hombres. Quizá él que está frente a mí es peor que ellos.

Pero Herio me salvó. Aunque me caiga mal, aunque insinúe cosas terribles, si no fuera por él estaría muerta. Y esos hombres tenían una pistola. Hombres buenos e inocentes no eran.

Quizá Herio solo quiere asustarme, parecer peor de lo que realmente es.

—Aquí estará bien —dice, deteniéndose junto a otro hueco entre las paredes, pero esta vez más grande.

—¿Puedes ver si hay arañas?[87] —digo, todavía agarrándome la sudadera contra el pecho para que no se abra.

Él resopla, pero ilumina hacia dentro. Mientras revisa, le doy la espalda y me cierro bien la sudadera con la cremallera.

—¿No hay? —Me inclino a su lado para mirar.

—Nada de arañas.

Solo un espacio cuadrado de piedra y un poco de moho. Algo de luz se cuela por el techo, casi imperceptible. Lo suficiente para que pueda distinguir forma en la penumbra.

—Primero tú —dice—, por si regresan.

Observo sus ojos grises y él arquea una ceja.

—¿Qué? —dice, apuntándome con la luz del móvil.

—¿Ahora te preocupas por mí?[88] —Le empujo la mano para apartar la luz, me encandila.

—Tú dices que te he revivido, pero yo no apostaría a que logre hacerlo dos veces, neska. Y prefiero… que el regalo de Akerbeltz llegue en una pieza.

Me sonríe con sarcasmo.

—Pfff —resoplo, pero me meto dentro.

Herio me sigue y se sienta de piernas cruzadas en el suelo. Todo es penumbra, el teléfono sigue siendo la única fuente de luz y dudo que le quede mucha batería. Miro un momento el lugar mugriento, pero estoy cansada y me duelen los pies, así que al final me siento a su lado.

Al menos aquí no tenemos que estar pegados el uno al otro.

—Puedo abrazarte de nuevo si tienes frío —sugiere la voz arrogante de Herio a mi espalda.

Levanto la mirada y le devuelvo la sonrisa sarcástica.

—No volverás a abrazarme gratis en tu puta vida. Hazte la idea.

Él se ríe y Charlie se mete en el espacio con nosotros. Se acurruca entre Herio y yo, y apoya su cabeza en mis pies. Lo acaricio detrás de las orejas y se me cierra el pecho al pensar en lo que este weón le quiere hacer.

Tal vez si consigo retenerlo acá un tiempo, se atrase y no alcance a llegar el ritual. Pero ¿cómo? Antes, cuando le hablé de su novia se quedó mucho rato callado. Si le pregunto por algo relacionado con Charlie o el ritual, dudo que me quiera decir nada. Entonces ¿de qué puedo hablar con alguien como él? Podría intentar seducirlo, pero… Dios, el rechazo que sentí cuando me bloqueó en Instagram bulle

como lava en mi interior. De solo imaginar que me rechaza de nuevo… No. No me pondré en esa posición.

La oscuridad regresa.

—Tengo que ahorrar batería —dice Herio, guardando su teléfono en el bolsillo.

Me pongo tensa y me apego un poco a él. No me da miedo la oscuridad, pero sí las arañas. U otras cosas peores.

Aunque no está del todo oscuro como antes. Cuando mis ojos se acostumbran, me doy cuenta de que veo lo suficiente para distinguir los rasgos hermosos pero malignos del semidiós a mi lado. Miro hacia el techo y se ven unas líneas de luz azuladas y tenues, como si en algún lado más arriba, quizá en el alcantarillado, hubiera una fuente de luz.

Herio mueve el brazo y oigo el ruido de la bolsa de gomitas. Bueno, si quiero alargar esto, tengo que hablarle de algo.

Y hay algo que tenemos en común los dos.

HAMA SEI

Panpina[89]

DIECISÉIS

«No, no sé nada del proceso de ascensión.
Ni siquiera ellos la entienden.
No, no todos los ascendidos son dioses».
Fuente: Entrevistas, Izaro.
Amaia Ibarra.
ddd. Fecha desconocida.
Traducción al castellano

Herio

♀

—¿Por qué haces contenido en TikTok?

La pregunta de Sofía me sorprende. Estamos escondidos de un par de delincuentes de mierda, en un zulo asqueroso, ¿y me pregunta eso? Debe haber alguna trampa, no puede ser que me hable de algo tan… absurdo.

Mis ojos se han adaptado a la oscuridad y algo de luz se cuela por algún lado. Veo su cara, veo la chispa de desconfianza en sus ojos.

—Porque me gusta.

—Ah. —Parece decepcionada.

Aguzo un momento el oído, pero no oigo pasos, solo algunas goteras del alcantarillado rebotando por ahí. También se percibe el suave zumbido de los coches en la calle que está encima del túnel, lo que significa que no estamos tan lejos de la salida de Atxuri.

Podríamos tomar esa salida, está cerca de donde he dejado el coche. Si hacemos eso corremos el riesgo de que la peña nos reconozca o, todavía peor, encontrarme con alguien de mi cuadrilla. Pero seguir en este túnel solos significa arriesgarnos a volver a toparnos con Mateo y Andrés.

—También creo que hay difundir la cultura vasca —añado, hablando lo más despacio que puedo.

Ella me mira con curiosidad. Algo se revuelve satisfecho dentro de mí. Qué tontería. No debería importarme la opinión que ella tenga de mis cosas.

—¿Hacer vídeos sin camiseta en el cementerio difunde la cultura? —murmura, sarcástica.

—Bai.[90] Atrae las miradas. —Sonrío, aunque no sé si puede ver mi cara como yo veo la de ella. Los semidioses, algunos, ven mejor en la oscuridad—. Además, los muertos tienen derecho a divertirse, les mola que baile sobre sus tumbas. También atrae turistas, tenemos cementerios guapísimos. ¿Acaso no me escribiste para colaborar por eso?

No responde. Obviamente no fue por eso, seguro que fue por mi cuerpo de semidiós, como todas. Aunque nunca, jamás, ni en mis sueños más pervertidos de adolescente pensé que una de esas *todas* fuera ella.

Se mueve un poco y su brazo roza el mío. Charl… digo, el puto perro, se ha hecho un ovillo en medio de nosotros.

—¿Todavía tienes frío? —murmuro.

—No.

Sé que está mintiendo. Tiene las piernas contra el pecho y tiembla ligeramente. Ya se habrá dado cuenta de que la sudadera no es mágica.

Meto la mano a mi bolsillo y saco de nuevo el paquete de gominolas.

—¿Una?

Tarda un momento, pero finalmente estira la mano hacia mí. Joder, no puedo saber de qué color son las gominolas con esta oscuridad y prefiero no encender el móvil todavía, por si esos gilipollas siguen rondando. Deberíamos esperar al menos cinco minutos más.

Le paso una cualquiera. Espero que no haya sido roja, no me quedan muchas.

—Gracias —dice y oigo el sonido que hace al masticarla.

Por alguna razón, el sonido me hace pensar en cómo estaba pegada a mí hace unos minutos en el otro agujero. En sus tetas contra mi piel.

Hostia. ¿Cómo puedo ponerme caliente por oírla masticar unas putas gominolas? Casi puedo sentir el calor de su piel, a pesar de que nos separan unos centímetros.

Me siento infiel. Eguzki lleva ya dos años muerta pero me siento infiel. Qué puto asco doy.[91]

—En realidad —susurra y su voz acaricia la oscuridad—, te pedí colaborar porque decías ser el semidiós de la muerte.

Hummm, eso me hace un poco de daño en el ego. Entonces fue por eso.

—¿Por qué te interesa la muerte?

Su TikTok era todo lo contrario al mío. Mientras yo me quito la ropa y bailo entre las tumbas, ella brillaba entre sus sedas de muñeca. Vida, luz, inocencia. Eso representaba para mí.

Me gustaba, solo imaginarme con ella era una idea profana, sucia. Me ponía a mil. Y eso que ni siquiera me creía esa tontería de la virginidad. Si llega a ser cierto que es virgen, Akerbeltz fliparía. Querría a toda costa usarla para el ritual.

—Hummm. —Lo piensa un momento, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo. Como si esta noche fuera infinita. Como si no hubiera mejor sitio para charlar que en un agujero debajo de la ría con dos delincuentes husmeando por ahí—. Me interesa la muerte porque creí que tú podrías saber si alguien está muerto.

No esperaba eso. ¿Quién habrá muerto?

Saco más gominolas y me como una. Ella estira la mano y le comparto unas cuantas. Entre nosotros, Charlie se acomoda y se ovilla todavía más.

—¿Y entonces? —insiste—. ¿Puedes?

—Ez dakit.[92] No manejo bien mis habilidades mágicas. Tal vez con la guía de mi amuma podría. No es algo que pueda hacer aquí y ahora. Nunca lo he intentado.

—¿No? Vaya. —Suena triste.

Me como otra gominola y… Joder. Tengo que controlar mis impulsos. Me sacude una necesidad terrible de satisfacerla, de decirle que podré ayudarla. Solo para que cambie ese estado de ánimo miserable.

No debería inmiscuirme más, pero…

—¿A quién buscas? —Soy un fracasado.

¿Cómo voy a ser un dios si una chavala derrama una lágrima y yo me desespero por darle el mundo entero?

Bueno. No cualquier chavala. Es la chavala de mis sueños.

No, no. ¿Qué me pasa? La mujer de mis sueños es una diosa, Eguzki. Mi novia. Exnovia. No lo sé.

Hostia. Estoy confundido.

Nunca, jamás, me había sentido confundido sobre… ¿Sobre qué? Eguzki es el amor de mi vida. Le juré amor eterno cuando estaba viva y también sobre su tumba. No es que esté confundido sobre algo romántico.[93]

¿Qué quiero de Sofía? Bajo la mirada hacia ella, que se acurruca un poco más contra mí y me muevo sin siquiera pensarlo para tocarla todavía más con el brazo.

Quiero follármela, claro que quiero eso. Eso es lo que cualquier hombre heterosexual querría. No es que sea infiel, es un simple deseo. Un deseo que me está trastornando con el olor a su pelo mojado, pero eso. Nada más que un anhelo. No la he traído para eso.

No sé para qué la he traído, hostia.

—Busco a mi hermana —dice Sofía de pronto—. Llevo años buscando a mi hermana.

Vaya, qué raro, esas cosas suelen saberse. Especialmente con alguien tan popular como ella. Todos saben que mi novia murió, incluso rumorean que la tengo preservada. ¿Cómo es que nadie ha hecho correr el rumor de que le había ocurrido algo a su hermana?

—Por eso desapareciste —digo tanteando, no quiero que se cierre con sus secretos.

—Sí. Mi hermana… se metió en líos con gente peligrosa en Latam. Tuve que ocupar su lugar. No tuve opción o caerían sobre mi familia.

¿Gente peligrosa? ¿Está en movidas con narcos?

—Pero estás activa de nuevo. Lo sé por Gorka —digo rápido, para que no me pille. Si se entera que soy su fan, va a manipularme. Más —. Ha mencionado que hace poco subiste un examen de tu virginidad.

Eso me ha sorprendido antes, cuando lo ha dicho mi amigo. Pensé que quizá había desaparecido porque se había cansado de esa tontería de la virginidad. Quizá ya no quería seguir jugando a ese papel y eso enfadaría a sus suscriptores.

Además, ¿quién se cree esas tonterías? Todos saben que no es posible determinar a ciencia cierta si alguien es virgen. A mí eso me daba igual. Esta tía podría haberse follado a medio Euskal Herria y me seguiría pareciendo la chica más guapa de todo el planeta.

Porque lo es. Objetivamente hablando.

—Mis jefes me dejaron volver a las redes sociales. Es más… —Percibo su silueta, como se abraza las rodillas, doblando las piernas contra ella—. Me ordenaron volver. —Habla tan bajito que apenas la puedo oír, como si le diera miedo lo que está contando—. La mayoría de mi dinero se lo quedan ellos.

Hostia. ¿En serio? Qué cabrones. Es terrible. Algo que me parecía casi artístico de pronto se ha convertido literalmente en un trabajo de trata de personas. Si lo hace obligada, eso es. Y puede que yo trabaje para gente como Akerbeltz o para la familia de Haize, pero ellos tienen códigos. No trafican con droga. No se meten con niños ni con mujeres.

Algo de moral tienen. Algo.

Y ya, yo la he secuestrado hoy, pero temporalmente. Solo para… No sé para qué. Hostia puta. Creo que solo quería estar con ella un poco más.

Empiezo a sentirme como una auténtica mierda y eso no puede ser. No puede ser.

La moral humana es para los humanos.

Haize se burlaría de mí en este momento.

Aléjate de ella. Arruinará tus planes.

Tal vez mi amuma tenía razón. Quizá Sugaar no pretendía que hiciera lo que decía mi amuma. Quizá la trampa era acercarme a Sofía. Que me volviera blando, que…

—Los odio —murmura Sofía y me sobresalto. Me había perdido en la oscuridad—. Los odio tanto que me siento… Me siento podrida.

El desprecio que destila de sus palabras es brutal. Percibo la energía que irradia, casi como un aura roja que la rodea y que vibra contra mí. No, no casi. La percibo de verdad.

Hasta que suelta una carcajada y la energía se disipa, como si nunca hubiera estado.

Pero no la imaginé. Charlie se remueve entre los dos, inquieto.

—Mierda. —Sofía se pasa una mano por las mejillas. ¿Estaba llorando?—. Odio que me vean así.

Siento la garganta seca, me cuesta tragar. Me cuesta no abalanzarme sobre ella, rodearla con los brazos y prometerle que no dejaré que ningún desgraciado vuelva a hacerle daño.

Joder, yo soy un desgraciado que hoy le ha hecho daño. Parecía bastante histérica cuando le dije que la iba a entregar a Akerbeltz.

—¿Siguen detrás de ti? —Necesito saber más—. ¿Son de aquí?

No responde. Supongo que no tiene por qué responderme, considerando donde la he traído, cuando pude dejar que Gorka la llevara a la Ozakidetza y se olvidara de todo esto.

El techo de piedra vibra sobre nosotros, pasan pocos coches por las fiestas, pero son suficientes para hacer temblar todo el túnel. Creo que ya han pasado como quince minutos.

Deberíamos irnos. Ella no va a soltar más y tal vez eso sea mejor. No me está gustando nada esto.

Empiezo a moverme para levantarme pero…

—Están en mi país. —Su voz suena más tranquila y me quedo quieto. No me levanto—. Me vine con la excusa de estudiar un par de años y lo permitieron, pero ya tendré que volver pronto. Vicente me envía mensajes y me llama constantemente. Me ha ordenado que regrese.

Vicente. El nombre se me graba en la mente. Solo de oírlo siento ganas de deshacerme de él.

—¿Por qué Bilbo? ¿Por qué elegiste esta ciudad?

La curiosidad mató al gato. Juro que es la última pregunta que le hago.

—Mi familia paterna es de acá. —Se calla un momento, como si le costara hablar. Algún coche pesado pasa por la calle de arriba porque la caverna retumba con fuerza—. Bilbao fue donde mi hermana estuvo por última vez.

Estira la mano y me toca el brazo. Me pongo tenso de inmediato. Tiene la mano fría. Una corriente me recorre desde sus dedos hasta el centro de mi pecho.

—¿Me das otra gomita? —Suena resignada.

El aroma de su pelo, de su piel, llega hasta mí. Huele a frutas.

—Gomita —repito. Con que así le dicen allí—. Noski.[94]

Le doy varias y ella retira la mano. ¿Por qué he sentido eso? Ella siempre me ha generado atracción sexual, pero… Esto se está convirtiendo en algo más intenso y personal de lo que esperaba. Y antes percibí esa energía rodeándola. No se trata de mera atracción física.

¿Será que traerla de la muerte creó algún tipo de conexión entre nosotros?

Hace dos años, cuando Egu murió, creí que nunca volvería a enamorarme. Incluso creí que nunca podría acostarme con otra mujer. Sí, puedo encontrar a una que otra que me parece atractiva, pero no hasta el punto de querer involucrarme. Ni siquiera físicamente. Incluso probé con chicos. Después de Egu todas, todos me parecían insuficientes, casi asquerosos. Tal vez porque ella era una diosa y los demás mortales.

Tal vez porque estaba enamorado.

La única persona con la que a veces fantaseaba era Sofía. Después de unos meses de luto volví a descargar su contenido y satisfacerme a mí mismo con sus vídeos. Pensar en Egu para hacerme una paja era demasiado doloroso. Acostarme con otra chica era asqueroso. Pero masturbarme con vídeos de Sofía era… un alivio.

Y de todas formas me hacía sentir culpable, porque aunque Egu llevara meses muerta, imaginarme con otra chica me hacía sentir traidor.

Y ahora, hostia, la tengo medio desnuda sentada a mi lado.

Quizá esto es una prueba. Tal vez los dioses la han enviado para ver si merezco el amor de una diosa antes de decidir si puedo o no

ascender.

No me está yendo bien.

—Gracias por las gomitas. —Sofía suspira—. Creo que sigues siendo un desgraciado, pero me han hecho sentir mejor.

—Guay, pronto saldremos de aquí. Esperemos un poco más y tomaremos la salida más cercana.

—¿Puedo comer una más?

Estiro la mano y le paso el paquete.

—Bai,[95] todas las que quieras.

Hostia. Ya he sonado como un baboso de mierda.

Sin embargo, me siento recompensado porque se acomoda y su brazo queda medio apoyado contra el mío. La oigo masticar las gominolas. Por el sonido que hace parece que se ha echado a la boca como mínimo tres. Ya ni siquiera me importa si me deja una roja. El sonido aglutinante de las gominolas deshaciéndose entre sus dientes me causa un calambre en el vientre y despierta deseos perversos en mí.

De la nada se ríe otra vez. Una carcajada fría que me pone la piel de gallina.

—Esto es ridículo —dice entre risas—. Estar aquí, contigo.

—Eskerrik asko.[96]

Cada vez veo su perfil con más claridad, lo que no tiene sentido porque no hay más luz que antes.

—Mi vida era tan distinta ayer. —Alza la cara al techo y mira con nostalgia la oscuridad—. Es como si un solo acontecimiento le hubiera dado vuelta de manera absurda.

—Eso provoca la muerte.

Y empiezo a sospechar que lo que dice es más profundo de lo que ella cree. ¿Es posible que si la traje de vuelta hayamos creado un lazo mágico? Akerbeltz tiene humanas vinculadas a él. Sus sorginak. Siempre las ha vinculado por medio de ritos sexuales. No con la muerte.

Pero él no es el dios de la muerte.

—Herio, ¿nunca has sentido que has vivido muchas vidas? Como si el pasado fuera otra vida. —Se echa otra gominola a la boca y la saborea un momento—. A veces siento que en mi país yo era otra persona. Es tan lejano, tan diferente. Yo era tan diferente.

Hummm. Saco otra gominola para mí y me guardo el paquete en el bolsillo. El ruido hace que Charlie levante la cabeza y olisquee mi ropa.

He sentido lo que comenta Sofía. Mi vida antes de saber que era un semidiós era otra. Mi vida cuando estaba enamorado de una chavala de TikTok que ni siquiera sabía que yo existía, era otra. Luego conocí a Egu. Conocer a una diosa me cambió. O eso pensaba.

Sofía Ochoa ya no puede tener ese poder sobre mí.

No *debería* tenerlo.

—¿Y qué eras en esa vida, neska?

El zumbido de los coches nos envuelve, Sofía acaricia a Charlie en la oscuridad.

—Una muñeca. Solo era una muñeca.

Sofía

No sé por qué le estoy contando estas cosas a él. Solo llevamos, ¿cuánto? ¿Una hora juntos? Tal vez dos. El tiempo pasa de forma rara en esta caverna. Se me ha hecho eterno. Y mientras más tiempo pasa, siento como si… Como si él se pareciera más al hombre que vi cuando estaba muerta. Y ese hombre era… Ufff.

La caverna retumba. Me sobresalto y Charlie también, pero creo que solo ha sido que algo más grande ha pasado por la calle que está encima de nosotros. Puede que un camión.

El zumbido de los coches me recuerda al susurro del tren.

—Creo que por eso me molabas tanto —murmura Herio.

—¿Cómo?

Gira su rostro hacia mí e incluso sentados es más alto y tengo que levantar el mentón para poder mirarlo a la cara. Son apenas rasgos en las sombras, salvo sus ojos. Sus ojos casi no se ven, pero se ven. Un resplandor de plata.

En algún momento, encerrada en este pequeño espacio con él y Charlie, se me ha pasado el frío. Definitivamente, la sudadera debe ser mágica, porque es imposible que una simple sudadera me proteja del frío de este lugar.

—Que fueras como una muñeca. —Sus labios se estiran lentamente hacia un lado en una sonrisa sucia—. Eso me molaba.

Yo resoplo.

—Eso imaginaban todos. Que me dominaban y trataban como a una muñeca para su placer.

Fantasías. Ninguno lo hizo jamás. Salvo Vicente. Aunque ni siquiera a él lo dejé quitarme la virginidad. No mientras esa virginidad me siga dando tanto dinero. Tengo que pagar mi deuda.

Herio se ríe, una risa contenida en la oscuridad. Su risa es maliciosa, siempre. Como si fuera un puto diablillo sexy salido el inframundo.

—Lo dudo. —Estira los brazos y se despereza como un gato—. Dudo que supieras lo que alguien como yo imaginaba de ti.

¿Qué imaginaba? En realidad, no debería importarme saberlo.

Herio se levanta y se me aprieta el estómago. No sé cómo retenerlo más tiempo sin que sea evidente que solo intento evitar que se lleve a Charlie.

Porque solo he estado hablando con él por eso.

—¿Podemos descansar un poco más?

—Ez.[97] Los hombres ya se han ido lo bastante lejos.

—¿Y no es demasiado tarde ya para tu ritual? —Levanto la vista hacia él, aunque apenas distingo su silueta.

Lo peor de todo es que Charlie de un brinco me abandona y se pone al lado de Herio. Se me estruja el corazón, este cachorro lo sigue en todo.

—Lamento destruir tus esperanzas, neska, pero la noche acaba de empezar. Ven aquí.

No obedezco de inmediato. Puede obligarme, claro, estoy atada a él por una cuerda. Además es mucho más grande que yo. También podría simplemente golpearme, dejarme aquí inconsciente y llevarse a Charlie.

Cualquier cosa que haga por la fuerza no va a servir de nada.

—¿Todavía pretendes llevarme con Akerbeltz? No seguirás pensando que soy una espía.

—Ez.[98] —Los ojos de Herio se han convertida en dos líneas finas de plata, apenas visibles—. Ya no creo que seas una espía.

Bueno, supongo que eso es un progreso.

—Etorri hona, panpina.[99] —Herio estira la mano hacia mí en la oscuridad—. Vamos a salir de este túnel de mierda.

Etorri hona.

Un escalofrío me trae un recuerdo.

Y por segunda vez en esta noche, le tomo la mano.

Tal vez sea la tercera.

HAMA ZAZPI

Traición

DIECISIETE

Sofía



Algo cambió dentro de ese túnel. Herio parece más pensativo desde que salimos dos calles atrás. Se supone que solo me abrí un poco conversando con él para ganar tiempo, pero algo le provocaron mis palabras. Lo percibo en la energía que hay entre nosotros, una tensión cada vez que me mira.

—¿Dónde dijiste que habías dejado tu auto?

Herio me toma de la muñeca y tira de mí para que me apegue a las sombras del callejón mientras con la otra mano atrae la cuerda de Charlie.

El perro lo obedece, moviendo la cola, al parecer feliz de estar de nuevo en la ciudad.

—Lo he dejado en Atxuri —dice Herio, mirando la calle siguiente, por la que va pasando un montón de gente disfrazada.

—¿Entonces por qué vamos por aquí?

Conozco bastante el casco antiguo y esta ruta no es la más directa para llegar a Atxuri.

—Intento evitar a la peña.

Pero eso hoy va a ser misión imposible. Hay fiesta por toda la ciudad. Nos envuelven las risas, los cantos, los sonidos de tambores y alguien tocando el txistu.[100] Este callejón es pequeño y nadie nos ha visto, pero va a ser prácticamente imposible que crucemos todo el casco antiguo sin pasar por ninguna calle grande.

—Espera un momento aquí. —Herio baja la mirada y algo en sus ojos hace que se me apriete el estómago—. No tardo.

—¿A dónde…?

Suelta la cuerda de Charlie, corre hasta la esquina de la calle y se acerca a un grupo de chicos disfrazados de policías que va justo pasando por ahí. Los chicos van alegres y llevan vasos de cerveza en las manos.

Me dejó con Charlie. Recojo la cuerda y… Podría escapar. Podría aprovechar el momento, tomarlo en brazos y correr.

—Barkatu, amigo —dice Herio pasando el brazo por encima de los hombros a uno de los chicos de forma amistosa—, necesito esto.

Le quita las gafas y le sonríe. El chico lo mira extrañado un momento pero luego le sonríe de regreso, levanta la cerveza, dice algo en euskera y se va celebrando con sus amigos.

¿Acaba de brindar porque le robaron las gafas? Herio se gira hacia acá y camina tranquilo, como si ir sin camiseta en pleno octubre y con unas gafas de sol en plena noche, fuera lo más normal del mundo.

—Ahora sí. Será más fácil meternos entre la gente si no me reconocen. Ponte la capucha, neska. —Tira de la capucha y me la pasa sobre la cabeza—. No sería bonito que algún baboso te reconozca a ti.

Me toma de la mano y tira de nuevo, llevándome hacia la calle. Pude escaparme. En ese momento en que se alejó, en que me dejó con Charlie, pude tomarlo y correr. ¿Por qué no lo hice? ¿Por qué?

Herio se confió lo suficiente para dejarme sola y desaproveché la oportunidad.

Se me oprime el pecho mientras nos internamos entre la gente. Son tantas personas que cuesta caminar y tomo a Charlie en brazos. E incluso ahora Herio sigue confiando. Baja la mirada un momento, ve que lo he tomado y sigue caminando, sin quitármelo. Sin decirme nada.

Simplemente tira de mi mano como si fuéramos en una cita.

—¿A dónde vamos? —grito para que me oiga.

Acabamos de pasar por las escaleras que llevan a la parte alta, la forma más rápida para llegar a Atxuri.

—Te dejaré en El Sitio.

¿Qué? Un grupo de chicas disfrazadas de esqueletos pasa junto a nosotros, levantando falsas antorchas. Miro hacia atrás, nos rodea una masa de gente y aunque es de noche, el cielo resplandece anaranjado. Deben haber empezado los conciertos en el parque Etxebarri. Además se ven luces anaranjadas en los montes, probablemente es gente celebrando a la forma tradicional, con verdaderas antorchas y fogatas.

Eso quiere decir que deben ser ya las diez de la noche. No tengo idea a qué hora es el ritual en el que Herio pretende sacrificar a Charlie, pero todavía queda tiempo.

—¡No quiero ir a El Sitio! ¡Suéltame!

Herio tira de mi mano y me lleva hasta una pared, intentando apartarme un poco de la gente. Se inclina y me habla levantando la

voz.

—Voy a dejarte en El Sitio. Ahí podrás cargar tu móvil y pedir ayuda. Va a ser difícil pasar entre toda la peña, pero tal vez podamos acortar camino si tomo uno de los caminos secretos de la catedral.

—¡¿Por qué?! ¿Por qué me llevas a El Sitio?

El Sitio es conocido por ser el bar de los chilenos. Sé que por eso me lleva, pero ¿por qué ahora?

—Voy a dejarte ir. —No veo la expresión de sus ojos con esas malditas gafas de sol—. Ya no creo que seas ninguna espía.

Dice algo más, pero su voz se pierde entre la música y las risas de la gente. Vuelve a tirar de mi mano y abrazo a Charlie, mirando a nuestro alrededor.

Estamos a dos cuadras de El Sitio. La catedral de Santiago se alza a la izquierda; una enorme estructura oscura entre la luz de la fiesta. Está cerrada, solo se ven titilar algunas antorchas en la entrada principal.

Va a liberarme. Pero no va a liberar a Charlie.

Y yo pude escapar con él y no lo hice.

—¡Herio! ¡Espera!

No me hace caso. Su agarre es firme, tironeo de mi mano pero no logro librarme de él. Empiezo a angustiarme, me falta el aire. No soporto la cantidad de gente que se nos pega, el olor a cerveza, la música, ni el calor de Charlie que llevo pegado a mí.

Tiro más fuerte y esta vez consigo soltarme. Herio se gira hacia mí y antes de que alcance a hacer nada, levanto la mano y le arranco las gafas de sol.

—¡Herio! —Lo grito bien fuerte. Esta vez no para llamarlo a él.

—¡Es Herio, de verdad es Herio! ¡Y va sin camiseta!

Los chillidos empiezan de inmediato. Alcanzo a ver como Herio abre mucho los ojos, traicionado y luego desaparece entre gente histérica, una avalancha desatada por llegar hasta él. Me aplastan, me empujan y aferro a Charlie con todas mis fuerzas mientras hombres y mujeres gritan, tratan de grabar a Herio con el teléfono o tan solo tocarlo.

Mierda, mierda. No puedo respirar. No soy muy alta y casi me caigo entre la estampida de gente frenética. Pero consigo mantenerme en pie, me abro paso a empujones y, al fin, salgo a una calle lateral más pequeña.

Echo a correr. No me importa ir descalza, no me importa el frío que me golpea y se me mete por debajo de la sudadera ahora que tomo una calle solitaria.

Corro con todas las fuerzas que me quedan.

Herio va a seguirme. Conseguirá liberarse de la gente, pero tendré tiempo para esconderme. Me interno de un callejón a otro, evitando otra vez las calles grandes, serpenteando por pasajes antiguos, estrechos y adoquinados, que conozco después de tres años viviendo aquí.

—¡Charlie, no! —grito, intentando calmarlo, se está moviendo mucho—. ¡Quieto, quieto!

Empieza a patalear más fuerte para que lo baje mientras corro por una calle oscura, con los pies adoloridos por los adoquines fríos y mojados.

—¡No, Charlie! ¡Geldi![101]

Apenas me he alejado unas pocas calles de Herio y Charlie se me escabulle entre las manos. Resbalo por el agua y caigo de rodillas al

suelo mientras Charlie corre. Corre en dirección contraria, por donde veníamos.

Quiere volver con él.

Me levanto y lo persigo, llorando. Soy una idiota, una idiota. Ni siquiera puedo salvar a un perro.

El perro ni siquiera quiere que lo salve.

Doblo la esquina en una calle menos concurrida por la que se ha metido Charlie. Corre decidido, como si siguiera un rastro. ¿Podrá oler a Herio entre tanta gente? En esta calle hay personas bebiendo en los bares. Charlie pasa entre piernas y debajo de mesas y se pierde en la esquina siguiente. La gente me ignora, es una noche de locura. Todos van disfrazados de criaturas extrañas y yo, con una sudadera y el pelo celeste revuelto, solo soy una loca más.

Corro dejando atrás los bares y el olor a comida que me hace agua la boca. Con el pecho adolorido de tanto correr y de tanta angustia, doblo a la izquierda, a la derecha y de nuevo a la derecha. La calle se curva y detrás de los edificios se alza enorme la catedral de Santiago, como una sombra maléfica de la noche. Sigo a Charlie, jadeando. Un grupo de señores mayores tocando txistus y tambores me impide el paso un momento, pero logro escabullirme por otra calle pequeña.

Si tomo un atajo tal vez pueda evitar la catedral y…

No. La calle que tomo también lleva a la catedral. Todos los callejones parecen llevarme al enorme edificio antiguo, cuya torre alta y gótica se burla de mí. Así es el casco antiguo. Si te equivocas en un atajo puedes acabar en el lado contrario al que querías.

¿Dónde se habrá metido Charlie? ¿Habrá encontrado a Herio?

¡Ahí! La pequeña sombra del cachorro se escabulle directo hacia la catedral. Se mete en los recovecos de piedras y pilares del muro exterior y… desaparece.

Me detengo, mirando y respirando como una desquiciada. ¿Dónde? Me acerco y apoyo las manos en la pared. Solo hay roca, la antigua piedra con la que construyeron este edificio. ¿Dónde se fue Charlie? Esta calle es solitaria. No es más que un pasaje en la parte trasera de la catedral y aquí no hay bares ni celebra nadie. Tampoco veo ningún agujero ni alcantarilla por donde se pudo meter el perro.

Levanto la mirada y… Una gárgola me sonríe petrificada. Apoyo la espalda en la pared de la catedral e intento recuperarme un poco. Me arden los ojos de la impotencia, de las ganas de llorar de nuevo. Quizá Herio no lo encuentre, puede que de todas formas lo haya salvado.

Pero no me lo creo. Si Herio no lo encuentra, Charlie lo encontrará.

Me llevo las manos a la cara, para limpiarme las lágrimas y al hacerlo, mi hombro se apoya en algo duro. Miro y es la pata de la gárgola. Es una gárgola rara, más que reptil tiene cierta similitud con un… chacal. O un perro.

¿Dónde estás, Charlie?

Toco la pata de la gárgola perro y… ¡Aaaaaah! La pared cede y caigo chillando en la oscuridad.

¡¿Qué…?!

Golpeo de rodillas el suelo de un pasillo oscuro. Me levanto rápido, me giro hacia la calle, pero desaparece de mi vista cubierta por la pared de piedra que se cierra de forma automática. No, no, por favor, no. Le pego a la pared con los puños, pero no se abre. ¡Cómo

ha ocurrido eso! ¿Era una puerta trampa? ¿Por qué? No puedo tener tan mala…

Vale, Sí. Sí que puedo.

Ay, no, me giro y al menos la oscuridad no es absoluta. Estoy en un pasillo de piedra y al fondo se ve una luz. Hay una salida. Camino, nerviosa, intentando no pensar en las arañas, en el moho debajo de mis pies. Eso blando que siento debe ser moho, porque huele a humedad y aquí no debe llegar jamás la luz del sol.

La luz del final crece cada vez más y al llegar resulta ser la ventanilla de una puerta baja de madera. Es de esas puertas antiguas, bien pequeñas, como las que usaba el servicio en las mansiones. Y tal vez no tengo tanta mala suerte, porque la empujo y se abre, dejándome en otro pasillo, uno normal. Amplio, iluminado con la luz exterior que ingresa por ventanas grandes que dan a un jardín interior. ¿Será el jardín del convento? He visto este edificio de piedra cientos de veces desde la calle y jamás imaginé que tuviera un jardín interior tan bonito y amplio.

Afuera cae la lluvia otra vez. Me acerco a una de las ventanas, pero no se puede abrir. La única opción de seguir es otra puerta que hay al final del pasillo.

Inspiro profundo y avanzo. Tranquila, tranquila, Sofía. Esto es parte del convento de la catedral. Tiene que haber una salida, estaré en la calle en unos momentos y…

La puerta a mi espalda, la misma por la que yo llegué a este pasillo, se abre.

Me giro, con el corazón dando brincos de miedo.

—Ahí estás.

Retrocedo mientras el pulso en mis venas enloquece. La sombra alta de un hombre camina hacia mí. La luz de las ventanas marca las sombras de su torso desnudo. Se pasa la mano por el pelo marrón, sacudiendo las gotas de lluvia. Sus ojos grises destellan en un caos hermoso de plata que promete dolor.

Está furioso. Lo noto en cada paso que da.

—¿Sorprendida, neska? —Se detiene a unos pasos de mí y sus labios se curvan en una sonrisa de maldad—. No sé qué ha ocurrido después de que te trajera de vuelta a la vida, pero puedo seguir tu rastro como un hilo rojo que flota entre la gente.

Se acerca más y ni siquiera intento escapar. No tiene sentido, en cuanto llegue a la otra puerta él me va a alcanzar.

—No quería venir a este sitio. Lo he evitado durante dos años. —Su voz grave vibra de la rabia, del odio, no lo sé—. Pero, al parecer, esta noche el destino te ha traído. Y me ha traído a mí detrás. El destino también me ha dicho que no me acercara a ti. Pero después de todo esto —añade, alzando los brazos, ya a pocos pasos de distancia—. ¿Quién soy yo para luchar contra el destino? Es como luchar contra la muerte. No se puede.

Sus ojos brillan plateados en la penumbra. Intento hablar, pero las palabras se rebelan, ineptas ante esos ojos divinos.

—No se lucha contra la muerte, neska. Te sometes a ella.

El olor a manzana me golpea. Herio me agarra de los hombros y me empuja contra la pared de piedra.

HAMA ZORTZI

El semidiós de la muerte

DIECIOCHO

Herio

♀

—Dónde. Está. El. Perro —digo pronunciando lentamente.

Mantengo firme a Sofía contra la pared. No tengo ni idea de cómo ha logrado entrar a la catedral. Ha usado un sendero que solo encuentran las criaturas mágicas y es probable que ya haya otros ojos observando nuestros pasos. Tal vez la deje aquí, a merced de quienes dominan los pasillos oscuros del claustro antiguo.

Se lo merece. Debería odiarla por lo que me hizo. Debería detestar que tenga el descaro de mostrarse nerviosa, asustada. Debería aborrecer sus mejillas sonrojadas de tanto correr y el maquillaje corrido que vuelve sus ojos de corzo tétricos y oscuros.

—No, yo no… No lo sé —dice, jadeando, intentando respirar bajo el agarre de mi mano.

Si fuera otra persona, le partiría el cuello sin pensármelo dos veces. Ni siquiera me importaría que fuera una mujer. No me importaría nada.

La moral humana es para los humanos.

Un aullido de lobo rompe la noche y suelto a Sofía. Me mira con ojos brillantes desparramada contra la pared y le doy la espalda.

Tengo que ir a por el perro y no seguiré humillándome frente a ella.

Pero no he dado ni dos pasos cuando me agarra de la muñeca.

—No sigas —suplica con voz aguda y un escalofrío me recorre desde el punto exacto donde me está tocando hacia el resto de mi piel—. Mesedez,[102] Herio, no sigas. No lo busques.

Odio que pronuncie mi nombre. Odio lo delicioso que suena mi nombre y el euskera en sus labios y que sepa el efecto que tiene en mí. He sido débil. Esto seguramente era una prueba, ya no tengo ninguna duda. Y la habría fallado, habría caído en sus redes si Sofía no me hubiera traicionado así.

Pero tengo algo de orgullo. Voy a ser un dios, joder.

Me giro hacia ella y aparto sus dedos de mi brazo de un manotazo. Ella se agazapa otra vez contra la pared, como si las sombras de este callejón sombrío pudieran ocultarla de mí. Tiene miedo. Ha visto la verdad en mis ojos. Quizá, al fin, ha visto quién soy realmente.

—Jarraituko dot,[103] neska. —Doy un paso hacia ella y aunque ni siquiera la he tocado, se estremece. Igual es lo suficientemente valiente para sostenerme la mirada—. No hay nada que puedas hacer que me haga cambiar de opinión.

Ya no. Es una traidora y una manipuladora.

Levanta la barbilla y sus pechos suben y bajan con fuerza mientras respira. Vi demasiados vídeos obscenos de ella en el pasado. Todo lo que hace, incluso respirar, me parece pornográfico.

—¿Seguro, Herio?

Ladeo el rostro, mirándola a los ojos otra vez y buscando la intención detrás de sus palabras.

La oscuridad se agita provocadora en su mirada.

—Soy un dios.

Me mantengo firme en mi lugar y ella mueve un poco los hombros. La sudadera se desliza revelando su piel morena y colgando en el punto justo para que no se le vean demasiado las tetas. Me cuesta no pensar en que no lleva nada debajo de la sudadera.

Soy un dios. Voy a ser un dios. Voy a…

—¿Y qué? —Sofía se pasa la lengua por los labios—. Sigues siendo un hombre.

Joder.

El pulso en mis venas enloquece. Doy un paso hacia ella.

Y Sofía sale corriendo.

Corre entre las sombras, empuja una puerta de madera pequeña, que tampoco debería ver un humano normal, y se cuela entre los pasajes secretos de la catedral.

Voy a seguirla, pero un aullido largo y agudo me distrae. Charlie está en algún lugar de este edificio y debería ir a por él. Sin embargo, oigo los pasos de Sofía perdiéndose en el interior, cada vez más lejanos.

Hostia puta.

Corro tras ella.

Sofía



¡Mierda! ¡Mierda! ¡Este lugar es enorme! Corro y jadeo como una loca, deslizándome por pasillos de piedra que parecen un laberinto. ¡En serio nadie creería que este sitio puede ser tan grande!

Empujo una puerta de tablas antiquísimas y llego a un patio interior. Es un clásico patio cuadrado, con un pasillo de piedra y pilares que bordea todo el contorno y enormes arcos de piedra para pasar al jardín. Intento recuperar el aliento mientras miro a uno y otro lado. La puerta más grande, la que parece la salida, está del otro lado. O corro por todo el perímetro de este cuadrado de piedra, o cruzo corriendo el pequeño jardín.

¿Está habitado este lugar? ¿Y si me encuentro con sacerdotes? ¿Y si aparezco medio desnuda como estoy en una sala de oración?

Oigo pasos cerca, corriendo. Mierda, mierda. Giro a la izquierda y corro por el perímetro. Solo necesito ganar tiempo. Distraer a Herio, ganar y ganar tiempo.

Me gusta cazar.

Ya veo que sí. El corazón me late frenético y casi me ahogo de la desesperación cuando llego al final del pasillo y la maldita puerta está cerrada.

La puerta por la que llegué antes empieza abrirse y sin pensarlo más me encaramo por los arcos de piedra y salto al jardín, para esconderme entre los árboles. Se me escapa un chillido porque al saltar caigo mal y me tuerzo un poco el pie. ¡Mierda! ¡Los árboles son demasiado enjutos! ¡No van a ocultarme de él! Y no me extrañaría que este puto loco pueda ver en la oscuridad. Me apoyo en uno de los troncos, pero es tan delgado que se agita y caen algunas naranjas al suelo. Esto no sirve de escondite. Así que, agarro una de las naranjas y la arrojo lejos al otro lado, para despistar un poco a Herio. Oigo su risa, pero no hago caso y corro otra vez, cojeando para salir del jardín por el extremo opuesto a él. Me encaramo por los arcos de piedra, caigo al pasillo de nuevo,

levanto la cabeza y ¡¡¡CONCHASUMADRE!!! ¡¡¡Una puta calavera!!! Una calavera humana real me mira con ojos vacíos desde la pared.

¡Mierda! Inspiro, exhalo. Tranquila, Sofía. Maldita loca. ¡Es solo una calavera esculpida en la roca! Pero el corazón casi se me ha salido del miedo y Herio vuelve a reírse en la oscuridad.

Lo odio, lo odio. Me levanto y corro de nuevo hacia la puerta grande que está al fondo.

Las carcajadas de Herio me persiguen y mi estómago se retuerce de placer con su risa. No me detengo. Esto no es un juego, por mucho que mi cuerpo se esté haciendo ideas extrañas. Lo veo asomarse por la esquina del pasillo, pero sigo corriendo y llego a la puerta grande de madera.

La abro de un tirón y… Dos hombres, inclinados sobre el suelo, hablan en susurros y rebuscan algo en una bolsa, en una habitación en penumbras. Se giran sorprendidos hacia mí.

—¡Barkatu![104] —grito y cierro la puerta.

Ay, no. ¡Deben ser los sacerdotes! ¡Quizá llaman a la policía! Corro en dirección contraria, hacia una puerta pequeña, de esas de servicio y la empujo. ¡Está abierta!

Me escabullo por el primer pasillo oscuro que encuentro y me pierdo en la oscuridad.

Por favor, que no llamen a la policía. Que no llamen a la poli…

—Eres muy lenta, panpina —dice la voz de Herio en la oscuridad detrás de mí.

Ya no sé cuántas puertas he empujado ni por cuántos pasillos me he metido. Pasillos antiguos con olor a humedad. Empujo otra puerta, choco con un muro de piedra. Tanteo en la oscuridad, mis manos rozan porosidades y humedades en las que trato de no

pensar. Doy con otra puerta. La abro y más penumbras. Más pasajes de piedra y más puertas. Elijo cualquiera. Ya ni siquiera puedo correr, voy cojeando de forma lastimosa y oigo los pasos de Herio tras de mí. Lo está gozando.

Bien, que lo disfrute. Que lo dilate todo lo que prefiera si eso le da tiempo a Charlie. Si eso hace que sea demasiado tarde para hacer ese ritual y…

Este pasillo es distinto. Al final hay otra puerta como todas, pero a la derecha hay una que tiene ventanilla. Una ventanilla iluminada. ¡Tal vez da al exterior!

Corro medio arrastrándome, justo cuando Herio llega también al pasillo y empujo la puerta, dejándolo atrás.

Es la nave central de la catedral. Jadeo, mirando los pilares que se alzan enormes, largos e infinitos hacia un techo sostenido por arcos góticos. Cientos de antorchas encendidas se reparten por las paredes. Los vitrales, incitados por la luz del fuego, salpican de colores las piedras, los pilares, el techo abovedado y el suelo.

Por un instante, es tan hermoso, que me olvido de la mierda en la que estoy metida. Quizá por celebrar Gau Beltza, quizá porque es una noche mágica, han puesto todas esas antorchas que se reflejan en las lámparas de araña.

Giro lentamente sobre mis pies, mirando a mi alrededor. Ya no tiene sentido correr, no podré salir de aquí.

¿Por qué Charlie se vino a esconder a este lugar? No es como la mayoría de las catedrales. Y no lo digo por los sarcófagos antiguos que se esconden en las pequeñas capillas que rodean la nave principal. Ni por las lápidas de la pared lateral. También es raro el altar. No está al fondo como suele ser, sino que se alza en el centro

de una alfombra circular roja. Roja como la sangre sobre una elevación también circular. Ni siquiera parece un clásico altar cristiano, más bien parece un altar de sacrificio; una mesa de piedra y redonda, frente a una docena de asientos de piedra y madera, distribuidos por el perímetro del círculo rojo.

Doy un par de pasos y mis pies descalzos suenan sobre las baldosas heladas, provocando eco en la cámara vacía, enorme, dominada por sombras alargadas. Camino, insegura. Tengo que cruzar toda la nave para llegar a las puertas del final y probablemente estén cerradas. O si no, cualquiera desde la calle podría entrar a este lugar.

Estoy jodida.

Herio empuja la puerta, la oigo chirriar detrás de mí. Me giro hacia él y nuestras miradas se cruzan mientras la puerta se cierra a sus espaldas y el fuego sagrado que nos rodea hace brillar sus ojos plateados.

Un poco de lluvia todavía chorrea por su torso desnudo, por el tatuaje de cuervo de su hombro y brazo.

Ladea el rostro y me sonríe.

El silbido de un txistu y los tambores se cuelan desde la calle hacia el interior de la catedral.

—Kaixo, panpina.[105]

Podría jurar que el fuego de las antorchas se agita, como si lo saludaran de regreso.

Retrocedo un paso, sin dejar de mirarlo. Las estatuas de santos, vírgenes y del Cristo colgado en la cruz nos juzgan desde las sombras.

HEMERETZI

Cazadores

DIECINUEVE

«Solo sabemos que funciona dentro del territorio. Si sales de Euskal Herria, olvidas la existencia de los dioses.
La única forma de recordar es mantener un vínculo estrecho con alguno de ellos, o con un semidiós.
Me lo dijo Catalina, así que le creo. Si hay dioses en otros sitios, ocurre lo mismo».
Amaia

Sofía



—Este es un lugar sagrado, Herio. Yo que tú, me pienso lo que vas a hacer.

Retrocedo, moviéndome torpe y lenta entre las bancas de madera. Me duele el pie. Me duele mucho. Herio camina hacia mí, con la calma de un felino aburrido que no tiene una presa verdadera, sino un simple juguete ante él.

—Claro que es sagrado, neska, por eso has podido entrar.

—No te entiendo.

Quisiera que mi voz sonara firme y no a punto del desmayo. Me cuesta respirar, me tiemblan las piernas. El corazón me late cada vez más fuerte con cada paso que Herio da hacia mí. Sé lo que pretende. Sé lo que le ofrecí.

—Siendo extranjera, no me extraña que no lo sepas. —Herio se detiene y levanta los brazos. El fuego que nos rodea se alza con el movimiento que acaba de hacer él, alargando las sombras—. Esta iglesia se hizo en honor a mí, hace muchísimo, muchísimo tiempo. La catedral de Santiago no es más que un altar a la muerte.

Sigo moviéndome entre las bancas, deslizando mis dedos por la madera, sin quitarle los ojos de encima. Pongo distancia, al menos cinco hileras de bancas entre nosotros dos.

—¿En honor a ti? Solo tienes veintitrés años, no te flipes.

—Veintitrés, bai. En esta encarnación. —Los ojos de Herio chispean como mercurio líquido—. He nacido muchas veces, aunque no lo recuerde.

—Ojalá lo recordaras, serías menos imbécil y no estarías persiguiendo vidas inocentes.

—Tú no eres inocente. Ni de coña.

—No me refiero a mí.

Herio se ríe y camina por una fila de bancas hasta llegar al pasillo principal. Los músculos de su abdomen se retuercen con cada paso que da, las sombras remarcándolos con intensidad nefasta a causa de la luz del fuego.

No me extraña que me haya impactado la primera vez que lo vi en TikTok. Es irresistible. Tampoco me sorprende que sea la encarnación de la muerte. Porque tiene razón. La muerte no se puede resistir.

Me deslizo hacia el lado contrario de las filas de bancas. Él en el pasillo, yo cerca de los pilares.

—¿Qué piensas, neska? ¿Te has rendido ya? Me has ofrecido algo y quiero que me lo entregues.

—No eres una mala persona, eso pensaba. Podrías dejar esta tontería. ¿Crees que vale la pena ser un dios, si para ello debes traicionar a un perro que confía en ti?

Su sonrisa maliciosa titubea. Se detiene y el pelo marrón de su coronilla se agita con una brisa que no tengo idea de dónde proviene.

—Necesito ser un dios.

—¿Por qué? ¿Tanta es tu ambición que…?

—Para revivir a mi novia muerta.

Un aullido en alguna parte de la catedral desgarra el silencio que se forma entre los dos. Aprieto la tela negra de la sudadera entre los dedos y me muerdo los labios.

Quiere revivir a su novia. Por eso está dispuesto a llegar tan lejos.

¿Por qué me siento tan decepcionada? ¿Por qué esta verdad se me entierra de forma dolorosa en el pecho?

—Eres un hipócrita.

—Bai, lo soy.

—Eres el semidiós de la muerte, pero eres incapaz de asumir que ella ya no está.

Herio se detiene en el pasillo, a tres hileras de distancia. Lo suficientemente cerca para notar como el párpado de su ojo derecho de semidiós tiembla ligeramente ante mis palabras.

Entonces sonríe. Una media sonrisa, cínica.

—Ah, no me refería a eso.

Da otro paso, solo nos separan dos hileras.

—Me refería —dice, dando otro y llegando hasta la última hilera que lo separa de mí—, a que, aunque quiero revivir a mi novia, antes voy a tomar lo que me ofreciste.

—¡No te he ofrecido nada!

—Oh, sí que lo hiciste. Lo sabes perfectamente. —Le da un tirón cerca del bolsillo a sus vaqueros negros, acomodándolos—. Esta cacería no termina hasta que te quite esa absurda virginidad tuya y la entregue como regalo para este altar.

Está loco. Está loco si cree que le ofrecí eso. O sea sí se lo ofrecí, ¡pero solo para ganar tiempo! ¡No pienso darle nada!

Retrocedo, me escabullo como puedo detrás de la última hilera de bancas, lo más lejos posible del lado que está él. Pero él me mira con la victoria en sus ojos. Los músculos de sus brazos se tensan cuando se apoya en la banca que nos separa y de un brinco se sube encima.

Chillo y le doy la espalda, trato de correr, pero es demasiado rápido. Se desliza veloz por encima del largo respaldo de madera, salta de nuevo y cae delante de mí.

Herio

♀

Agarro a Sofía de los hombros.

—¡No! ¡No! ¡Por favor!

La arrastro por el pasillo principal. La emoción crece en mi pecho y las antorchas iluminan más, más. No sé si perseguirla ha excitado mi alma, pero siento la energía que ha alimentado la nave principal de

esta catedral por siglos. Vibran las almas, los espíritus atrapados en los símbolos que hace mucho fueron grabados en los pilares, en los arcos enormes que se elevan hasta el techo abovedado. A pesar de la falta de luz del sol, los vitrales de colores que representan los antiguos símbolos de nuestra diosa brillan intensos a mis ojos sobrenaturales.

—¡No puedes hacer esto! ¡Menos en una iglesia! —Forcejea, intentando soltarse, pero es mucho más pequeña que yo y no conseguirá nada.

—Yo y el dios cristiano nos llevamos muy bien.

—¡Hablo en serio! ¡Para! ¡Para!

—No voy a parar. Comprobaré una de mis teorías. Ahora veremos si realmente te has vinculado a mí.

—¡¿Qué dices?! ¡¿Estás loco?!

—No estoy loco. ¿Por qué crees que has podido entrar? Solo yo puedo activar los pasajes ocultos de esta catedral. Hace rato creo que hemos formado un lazo. Ya lo veremos.

La agarro de las muñecas con una mano por detrás de su espalda y con la otra la abrazo de los hombros apegando su espalda a mí. La obligo a caminar hasta una de las capillas, la que tiene las tumbas más recientes.

—Sacrificaré tu inútil virginidad a los muertos, neska.

—¡Herio! ¡Basta!

Forcejea tanto que los pies se me enredan con los de ella y los dos caemos al suelo. Justo frente a la tumba.

Perfecto.

El enorme órgano que hay al fondo de la nave empieza a sonar. Naaa, na, naaaaaan, notas oscuras y profundas que se propagan

entre pilares, arcos y vitrales.

La fuga de Bach. Vaya morbo el de estas monjas.

Sofía empieza a gritar.

—¡Hay alguien! ¿Quién está tocando? ¡Dios!

Lanza manotazos histérica, ahora en verdad asustada. Se retuerce mientras el sonido vibrante del órgano se esparce como olas de agua por la nave de la catedral.

No puedo evitar que se me escape una carcajada mientras la aplasto con mi cuerpo.

—A los muertos les gusta la música, lasai.[106] Nadie va a interferir en lo que estamos haciendo. Solo se unen a nuestro ritual.

—¿Qué ritual? Espera, ¿un muerto? ¡No puede ser un muerto, Herio! ¡Alguien nos está viendo! Ya para con esto, por favor…

Da igual si es un muerto o una de las monjas que vigilan *mi* catedral. La música es lenta, intensa. Por ahora. Se pondrá furiosa después, si continúa con la partitura original. El órgano de esta catedral es tan grande que el sonido apaga los gritos de fiesta del exterior, salvo los silbidos del txistu que se cuelan de vez en cuando. Y un aullido.

El perro aúlla en la oscuridad.

Sofía deja de forcejear y mira hacia la pared por la que llegamos.

—Charlie —murmura.

—Luego iré a por él.

Ella me mira a los ojos. Están cargados de odio y aun así es maravillosa. Nan, naaaaaan, nan, buuum, bum, el órgano aumenta la gravedad, los vitrales vibran como si fueran a estallar. El pelo celeste cae alrededor de la cabeza de Sofía, desparramado sobre las

baldosas de piedra. Su figura podría ser la de un ángel renacentista decorando las baldosas de esta catedral.

—Suéltame, ¡dios! —Gimotea contra el suelo y no está bien lo cachondo que me pone sentirla forcejear contra mí.

Y es que nunca había hecho esto. Había perseguido personas, pero siempre para matarlas, gajes del oficio. Nunca con el afán de tomarla entre mis manos y follarla con el deseo que he sentido durante… años. Años.

Mucho menos con una sinfonía respaldando mis actos. Las monjas oscuras que moran esta iglesia aprueban lo que estoy haciendo.

—Herio, en serio, todavía puedes arrepentirte y…

—Te has hecho una idea muy equivocada de mí. No soy una buena persona, neska —murmuro contra su oreja y bajo más mis manos hasta llegar a sus muslos—. Me has traicionado, me has quitado a Charlie y yo te quitaré lo que es más importante para ti.

Así debí pensar desde el inicio. No debí caer en sus manipulaciones. Su traición me ha abierto los ojos, no voy a dejarme llevar otra vez.

Gilipollas. He sido un completo imbécil.

Los dioses pusieron una prueba en mi camino y yo estaba fallando.

—¿Qué ocurre, neska? ¿Estás disfrutando, acaso?

Ella se muerde los labios, pero no grita. No me ruega que me detenga como debería hacer. Las notas del órgano se fugan veloces, cada vez en un tempo más rápido, aumentando la vibración del lugar más de lo que ya vibraba con su propia energía.

La música me incita, me llama a seguir con esto.

Levanto la sudadera, dejando expuestas sus bragas rosas frente a los santos que nos miran con ojos acusadores.

Envidiosos.

—No. Pero sé lo que quieres. —Su aliento agitado me golpea la barbilla—. Quieres que grite para atraer a Charlie.

Está loca. Ni siquiera había pensado en el perro y me ofende que ella lo esté haciendo.

—Pues vas a tener que gritar, neska. Porque yo no me voy a detener.

Deslizo mis dedos entre sus piernas y suelta un gemido, que se pierde entre los acordes mortíferos del órgano. Acaricio la tela suave de sus bragas. Está caliente, blanda y húmeda.

Joder, no puedo creer que estoy haciendo esto, tocando a otra mujer. Y en este lugar.

¿Por qué no puedo quitarme el recuerdo de Egu de encima? Su fantasma me persigue.[107] No debería sentirme culpable, esto no es algo romántico. Ni siquiera voy a follarla, no lo voy a disfrutar. Simplemente voy a demostrarle lo equivocada que está.

—Te vas a detener, aunque no grite. —Sofía gira su rostro hacia mí, su boca está tentadoramente cerca de la mía, los mechones de pelo celeste caen enredados entre sus ojos—. Vas a detenerte porque no eres así. No eres una mala perso…

—Cállate, Sofía —digo, deslizando sus bragas a un lado y se le escapa un pequeño chillido cuando mis dedos le tocan la piel—. Hori da.[108] Grita otra vez, neska.

Se oyen ladridos fuera, en algún lado de la catedral, y Sofía aprieta los labios, conteniéndose.

—Dime que me detenga. —La agarro bien de las muñecas con una mano mientras la toco con la otra—. Ruégame que pare y lo haré. Tendrás que hacerlo bien fuerte porque con esta música Charlie no podrá oírte.

Ella niega con la cabeza y cierra los ojos, apretándolos fuerte y escondiendo su cara en mi hombro. Tal vez está fingiendo, en realidad es una hipócrita y quiere hacer esto.

Al menos yo lo estoy disfrutando. Estoy durísimo solo con sentir sus pezones firmes contra la tela, contra mí, mientras mis dedos exploran la humedad de su coño. Las sombras nos vigilan, sé que hay algunas monjas rondando, ocultas en las tinieblas de las capillas.

La certeza de que esto es una prueba aumenta. No van a interferir. Al contrario, me acompañan con una melodía de muerte. Quieren ver si tengo los cojones para ser un dios.

Los dioses deben hacer cosas terribles.

—Casi me has derrotado esta noche, neska —murmuro y la aprieto de las muñecas—. Casi.

—No sé de qué hablas —solloza entre gemidos—. Ah, Herio, no —gimotea mientras la toco.

Mis dedos húmedos se cuelan entre sus pliegues, a punto de entrar. Puedo hacer esto. No me echaré para atrás. Ella hunde más su rostro en mi cuello, gimoteando. No me pide que pare, no ruega. Quiere demostrar su punto.

Le va a costar caro.

—Veremos si sigues siendo virgen después de que te folle con los dedos. Los tengo muy largos.

Voy a meterlos, en serio voy a hacerlo, pero ella empieza a llorar. Las lágrimas caen desde sus mejillas a mi hombro desnudo y me queman la piel. El órgano de la catedral hace una pausa. Luego regresa, disonante, errático. Quien sea que está tocando no sabe si seguir o parar.

Yo no sé si seguir o parar.

Más y más lágrimas. Sofía llora acurrucada en el hueco entre el hombro y mi cuello. Busca refugio en la misma persona que la quiere destruir.

Joder.

¡Se lo merece! Por arruinar algo tan importante para mí, por traicionarme cuando había decidido liberarla. Debería penetrarla y arrebatarle lo único que le importa.

Debería seguir, violarla, cometer un acto irreversible, que nunca pueda existir nada entre ella y yo.

Arggg, ¡hostia puta!

El órgano regresa a su melodía lúgubre con ira y velocidad. Respiro agitado encima de Sofía y quito los dedos de sus bragas y la dejo en paz.

La música se detiene.

Silencio.

Fuera llueve, las gotas golpean el techo.

—Te odio —murmuro, respirando el olor de su pelo.

La nave principal de la catedral continúa en un silencio funesto, salvo por nuestras respiraciones sofocadas. Ni siquiera se oye ya la fiesta del exterior, como si nos hubiéramos aislado del mundo. Le suelto las muñecas, dejo caer mi cuerpo sobre el suyo y Sofía

solloza, con el rostro en mi hombro. Sigue agitada, pero mete las manos entre los dos, me toma de la cara y me obliga a mirarla.

—No es verdad. —Todavía llora un poco mientras me habla—. No me odias.

¿Y ella me odia? Debería, por lo que acabo de hacer. ¿Por qué me coge de la cara? ¿Por qué parece que es ella la que me está consolando a mí? Su boca está demasiado cerca y yo demasiado frustrado. ¿Por qué? ¿Por qué no soporto verla llorar? ¿Por qué me importa tanto?

Me siento fatal. Me siento fatal porque quiero besarla y no debería, no debería disfrutar el alivio que brilla en su mirada porque me he detenido.

—Sabía que no lo harías —susurra y deja caer las manos a los lados con los brazos extendidos.

Como si se entregara. Como si de verdad confiara en mí. Respira agitada, todavía sonrojada y acalorada por lo que le estaba haciendo. No digo nada. Aparto la mirada, incapaz de sostener la suya, ilusionada porque cree que he cometido un acto de bondad.

No ha sido un acto de bondad. Ha sido debilidad.

Soy demasiado débil para ser un dios. Quizá no lo merezco.

—Charlie te quiere. No puedes matarlo, él cree que eres su dueño.

—No puedes saber si eso es así. —Apoyo la frente en el suelo frío, junto a la cabeza de Sofía.

Las almas de los muertos siguen latentes a nuestro alrededor. Puedo sentirlas, decepcionadas porque no he sacrificado la virginidad de Sofía para ellas. Es curioso, nunca las había percibido con tanta facilidad. Debe ser porque es Gau Beltza.

—Lo sé porque yo sentí lo mismo. —Sofía atrae mi cara hacia ella, para que la mire otra vez—. Él era un cachorro huyendo de la tormenta y tú lo rescataste.

—Lo he secuestrado, Sofía.

—Él no ve la diferencia.

Voy a decirle que es una estupidez, que no tiene cómo saber lo que piensa un jodido perro, pero… Lo veo en sus ojos, lo que me intenta decir. A ella también la he secuestrado. Y aquí está, como una tonta pensando que hay una pizca de bondad en mi alma.

—Te acabo de hacer llorar —digo, y odio que suene como una maldita disculpa.

Apoya la palma en mi mejilla y mira mi boca. Hostia.

—¿Y por qué crees que lloraba, Herio? No tienes idea.

Quiero saberlo. Quiero preguntárselo. Han pasado solo dos horas desde que la conozco, que la conozco en la vida real, al menos, y ya quiero saber más. Quiero saber por qué se metió en movidas con los narcos, quiero saber quién es Vicente para poder matarlo, quiero saber con qué sueña cuando duerme, quiero saber si tiene una mascota o cuál es su libro favorito.

Se me ha ido la olla por completo.

¿Qué voy a hacer ahora? ¿La dejo y sigo con mi vida y ya está? ¿Mato a Charlie y que ella me odie para siempre? ¿Hago como que nunca la conocí, como que mi amor platónico es la que existía detrás de la pantalla y no una chica real? Una chica lo suficientemente perturbada como para estar mirándome a los ojos con una especie de lástima, como si fuera yo el que acaba de ser abusado y no ella.

Tal vez esté siendo abusado. Intelectualmente. Está jugando conmigo.

—Sé lo que estás pensando. —Inspira profundo y trato de ignorar la manera en que sus pechos se aplastan contra el mío—. Crees que soy igual de tonta que Charlie por confiar en ti. Pero es que me salvaste, Herio. Iba a saltar a la oscuridad, pero me llamaste. ¿Sabes cuántas veces he estado a punto de saltar?

Antes ha dicho que ha intentado morir. No soporto pensar en esa idea. Me vuelve loco imaginar que pudo morir al otro lado del planeta sin que yo ni siquiera me enterara.

Y sé que está diciendo todo esto para manipularme y aun así soy tan gilipollas que saberlo no cambia nada de lo que estoy sintiendo.

—No me juzgues —dice, interpretando mal mi mirada—. No tienes idea el infierno que he vivido en Latam.

—Pues no vuelvas.

¿En serio he dicho eso? Estoy jodidísimo. Y me siento traidor. Esto era algo solo sexual. No debería estar diciéndole esto, debería estar sacrificando su virginidad en esta capilla para alimentar a los muertos. Recuperar al perro e irme al ritual para ascender.

Pero soy incapaz.

He fallado la prueba llamada Sofía Ochoa.

Las monjas ocultas en las sombras se deben estar riendo de mí. ¿Van a informar de mi fracaso a Sugaar? ¿A Akerbeltz?

—¿Quieres que me quede en Euskadi? —La preciosa sonrisa de Sofía se ensancha—. ¿Te has enamorado a primera vista de mí, Herio?

Yo también sonrío.

—Dudo que cuente como amor a primera vista si me he hecho cientos de pajas con tus vídeos, muñequita.

Se pone tan roja que me dan ganas de acabar con los dos centímetros que hay entre nosotros dos y besarla. Incluso estoy considerando seriamente decirle que renunciaré a sacrificar al perro si me da un beso.

¿Qué es el amor, Herio?

El recuerdo de Egu se cruza en mi camino. Estoy harto de sentirme infiel. Está muerta. Pero esa maldita pregunta no deja de acosarme. ¿Por qué me la hacía tanto? ¿Es posible que como diosa supiera que esto iba a ocurrir? No. Egu era muy celosa. Si lo hubiera sabido… Me habría cortado los huevos.

Y no soy capaz de responder a esa pregunta. No tengo ni idea de qué es el amor. Creía que lo sabía, pero aquí estoy, planteándome abandonar todos mis planes con Egu solo para tener un minuto más de esta chica.

—¿Por qué intentas ser mala persona, Herio? —La voz de Sofía es apenas un susurro—. ¿Qué intentas demostrar?

—Soy la muerte.

Ella parpadea y las gotas de lágrimas que todavía le quedaban en las pestañas caen en sus mejillas. Le paso el dorso de los dedos con suavidad, quitándolas y me detengo. ¿Qué estoy haciendo?

—La muerte no es mala. No de por sí. —Sofía me toma la mano y aprieta mis dedos.

Vaya. En serio lo cree. ¿No le asusta que yo sea el semidiós de la muerte? Eso me excita incluso más que haberla perseguido por la catedral. Estoy rodeado de seguidores, de fans. Hombres y mujeres se mueren por tocarme, por una noche conmigo. Pero todos me miran con miedo. Un miedo reverencial, pero miedo. Simplemente me desean porque no pueden resistirse.

Y ahora los ojos de Sofía también brillan, pero no veo miedo ellos. Es otra cosa, algo que no logro identificar, pero que me da un hambre terrible. Hambre de ella.

Respiro agitado, nuestras narices se rozan.

Me inclino un poco más, saboreando con cada respiración el aroma frutal de su pelo, pero me detengo cuando oigo una risa a mi espalda.

Una risa masculina.

—¡No te muevas, Herio! O voy a disparar.

Sofía me mira con los ojos muy abiertos, quietísima y la miro yo también, sin atreverme a girarme.

Hostia. Estaba tan distraído con la boca de Sofía que ni siquiera sentí las presencias de estos desgraciados. Tampoco oí sus pasos, nada. Y las monjas ocultas en las sombras no me advirtieron.

Eso solo puede significar una cosa.

—¡Qué escena tan mona! —Andrés suelta una carcajada—. ¿Aquí traes de cita a tus ligues, raro de mierda?

Esto sigue siendo parte de mi prueba.

No es solo Sofía. Ella, la cacería, toda esta noche es mi prueba para convertirme en dios.

HOGEI

Sangre para los dioses

VEINTE

Sofía



—Levántate despacio, hijo de puta. —Es el hombre con acento de Madrid. ¡Son los que nos seguían en el túnel!—. Sube las manos a la cabeza y si haces cualquier movimiento sospechoso, le disparo a la chica.

¿Por qué? ¿Por qué llegan ahora? Los dos hombres nos observan nerviosos a unos diez pasos de distancia. Uno es alto y calvo. El otro, más musculoso y de pelo largo, nos apunta con la pistola.

Qué rabia. ¡Al fin había logrado que Herio se calmara! Dios, parecía un maldito psicópata persiguiéndome y en serio por un momento pensé que sería capaz de ir más lejos. Fue un completo acto de fe entregarme y dejarlo en sus manos. Tenía que confiar en él. Es lo que habría hecho mi hermana. Ella siempre creía que las personas podían ser buenas si les dabas la oportunidad de hacerlo.

Y después de lo que hablamos abajo en el túnel, creo que Herio no es malo. No tanto. Solo ha estado juntándose con la gente equivocada. Y está obsesionado con su ex. El amor nos puede llevar a cometer locuras, a hacer las cosas más terribles que nunca creímos que haríamos; eso ya lo sé.

Pero este tipo lo tiene amenazado con una pistola y es probable que eso vuelva a despertar su lado más cabrón.

Mientras Herio se pone de pie despacio, sin dejar de mirarme a los ojos, el pecho se me aprieta. Iba a besarme, estoy segura. Y aunque solo estaba siguiéndole el juego para que se olvidara de Charlie… Verlo apuntado con un arma me está poniendo supernerviosa.

No quiero que le disparen.

La muerte no es mala. Pero eso no significa que sea fácil aceptarla sin más. Ni siquiera la de este idiota.

—Herio —murmuro.

—Lasai —dice, apenas moviendo los labios y se gira hacia los hombres.

Inspiro hondo. No debería preocuparme tanto por él. Soy una estúpida.

—¿Qué se siente al hacer trampas? —Herio se pone las manos detrás de la cabeza. El tatuaje de su hombro se retuerce como las sombras de la catedral y el símbolo de la espalda es una obra de arte más, como los vitrales—. Puede que hayáis logrado seguirnos rastreando a Char… al perro. Pero no vais a salir vivos de aquí.

—Pues, yo creo que sí. —El hombre más alto y calvo posa los ojos en mí—. Ven aquí, chavala.

Me levanto y trato de bajarme lo que más puedo la sudadera.

—Si la tocáis… —Herio da un paso hacia ellos pero se detiene porque el hombre de la pistola lo apunta a la cabeza.

—¡Otro paso y disparo! —Grita y el miedo que le tiene a Herio es evidente. Las manos le tiemblan sosteniendo la pistola—. ¡Te juro que le voy a disparar!

Ah. No está apuntando a Herio, me está apuntando a mí.

—Cálmate, Mateo. No le dispares todavía —dice el calvo.

—Tocadla, hacedle daño… —Los ojos plateados de Herio se encienden—. Y os rajaré la puta garganta.

Su voz es una promesa asesina. Me acerco a los hombres, subiéndome el cierre de la sudadera hasta arriba del cuello y cuando ya estoy por llegar hasta ellos, el calvo se abalanza hacia mí.

Grito de miedo, pero no logro hacer nada. En un instante estoy sometida, la espalda pegada a su cuerpo y una daga contra mi cuello.

Herio

♀

—¡Quieto, Herio! —El imbécil de Andrés amenaza a Sofía con la navaja—. Si haces cualquier movimiento sospechoso, la mato. A la más mínima sospecha la que acabará con la garganta rajada será ella.

El corazón se me acelera. Y como si respondiera a la intensidad de mis latidos, el órgano empieza a cantar otra vez. Lento, lúgubre. La puta sinfonía catorce, cómo no. Putas monjas, morbosas, se están burlando de mí.

Andrés mira confundido a Mateo, pero Mateo no es tan gilipollas como para quitarme los ojos de encima. Mantiene la pistola firme apuntándome y se concentra en cada movimiento que hago.

—Andrés, tío, hay alguien tocando el órgano. —Mateo mira un instante hacia arriba y luego hacia mí otra vez—. Podrían llamar a la poli y…

—No seas gilipollas, joder. —Andrés agarra fuerte a Sofía y es todo un esfuerzo contenerme y no abalanzarme sobre él—. El sonido está grabado, es automático.

—Pero hay una sombra…

—¿Crees que alguien iba a estar tocando mientras este intentaba violar a una chavala y no le van a decir nada?

—¡No me estaba violando! —chilla Sofía.

Bueno, cuando yo empecé a manosearla lo consideraba un absoluto acto de ultraje y venganza, pero me alegro de que ella lo viera de otra manera.

—Da igual. —Andrés está perdiendo la paciencia—. Mateo, cálmate que es una puta grabación. Los sacerdotes están en el oficio de Gau Beltza y nadie nos va a molestar.

No me gusta nada que un gilipollas pierda la paciencia mientras tiene una navaja en el cuello de Sofía. No me atrevo a moverme y provocar un desastre, quién sabe si podría traerla a la vida otra vez.

Inspiro lentamente e intento percibir las energías de este lugar. Puedo sentirlos, a los muertos. Sus auras se retuercen en los sarcófagos, pidiéndome que los invoque. Pero no sé hacerlo. ¡No los comprendo! ¿Y si genero un caos y estos idiotas matan a Sofía?

—Dinos dónde está el perro —ordena Mateo.

Nan, naaaaaan, nan, bummm. El órgano aumenta la velocidad, mezclando sonidos graves y agudos. ¿Qué espera de mí el destino? ¿Debo matarlos? No voy a poner en peligro a Sofía. Y ella debería dejar de moverse tanto. Se retuerce, intentando liberarse de Andrés.

—Deja de resistirte, chica. —Andrés empuja un poco a Sofía con la rodilla y se la queda mirando con el ceño fruncido—. Un momento. Yo a ti te conozco.

El idiota la obliga a inclinarse y le mira el culo. Juro que voy a sacarle los ojos a ese cabrón.

—¡Es Sofía Ochoa, joder!

—¡Qué dices! —grita Mateo y la pistola le tiembla en las manos, pero no me deja de apuntar.

—¡Tiene la estrella del culo!

¿Sacarle los ojos? Qué va. Acaba de autocondenarse a muerte.

—¡Hostia! —Mateo la mira y doy un paso hacia ellos—. ¡No te muevas, hijoputa! ¡Que no te muevas, joder! Andrés, da igual si es la puta Virgen María, llevémonos al perro y…

—¿Eres tonto? —Andrés vuelve a tirar de Sofía y la pega mucho a su cuerpo—. Esta chica es una mina de oro.

Charlie aúlla en algún lado y Sofía me mira, asustada. Está loca, lo veo en sus ojos. No está asustada por ella. Está asustada por el puto perro.

Suelto una carcajada. Estoy furioso, pero no puedo evitarlo. Esta muñeca tiene más agallas de las que hubiera pensado.

Sofía



—¡El perro nos dará nuestra libertad! —Mateo agarra la pistola con las dos manos—. ¡Da igual la chica! ¡Llevemos al jodido perro con Sugaar!

Está como loco. Si esto sigue así, va a dispararle a Herio. ¡Y el órgano es una grabación! Eso significa que no hay nadie. Antes estaba asustada de que fuera una persona, pero saber que es

automático lo empeora; si no es una persona significa que nadie va a ayudarnos.

—¿Sabes qué nos daría Akerbeltz por esta? —Andrés aprieta un poco más la navaja y jadeo, siento un hilillo de sangre corriéndome por el cuello—. ¡Es virgen! ¿Cuánto crees que nos dará por una virgen para el ritual?

¿En serio todos los hombres con los que me cruce esta noche van a llegar a la misma conclusión?

Estoy rodeada de imbéciles.

Herio suelta una carcajada tan fuerte que resuena incluso por sobre las notas del órgano.

—¿Llevársela a Akerbeltz? —Sin quitarse las manos de detrás de la cabeza, alza la barbilla y los mira como si fueran insectos—. ¿Unos españolitos? Pasaos por el akelarre y os aseguro que os usará de sacrificio.

—Andrés, acabemos con esta mierda.

—¡No lo escuches, hostia! ¡Está intentando asustarte! Akerbeltz no va a matarnos por ser españoles, ¿eres gilipollas? ¡Ellos también son españoles!

El órgano hace unas florituras improvisadas en tempo rápido que no me parecen para nada las de una grabación.

Herio abre la boca para decir algo más, pero un ladrido interrumpe lo que fuera que iba a decir. Una pequeña puerta lateral se abre y Charlie entra corriendo, tropieza, y resbala por el suelo, como si hubiera usado toda su fuerza para empujar. Se acerca a Mateo recuperando el equilibrio y empieza a ladrar.

—¡Cógelo! —Mateo mira a su compañero, sin dejar de apuntar a Herio—. ¡Suelta a la chica y cógelo!

—Pero es que… —La navaja de Andrés tiembla contra mi cuello y se me escapa un gemido de dolor.

Mis ojos se encuentran con los de Herio.

Por un momento, es como si me hablara con la mirada, me intenta decir algo pero no comprendo qué. Algo se tensa entre nosotros, una energía, palabras mudas.

Hasta que desvía sus ojos plateados hacia Charlie.

Va a hacerlo. Va a tomarlo y se lo va a llevar. Si no lo hace él, lo harán ellos. Si yo he llegado a esa conclusión, él también. Todo lo que he intentado se irá a la mierda. Lo he dilatado todo lo posible y tal vez lo hubiera logrado. Pero si de todas formas Charlie va a ser capturado y sacrificado, Herio seguramente no va a permitir que sean otros y no él.

Como si no pudiera resistir el impulso de perseguirlo, Herio mueve el pie. Solo es un amago, un ligero cambio en el peso de su cuerpo, ni siquiera una real intención de moverse, pero es suficiente para que Mateo dispare. Herio se hace a un lado pero salta sangre desde su hombro. ¡Mierda, mierda!

Levanto la cabeza con fuerza hacia atrás y golpeo la mandíbula de Andrés. Me suelta y corro hacia Charlie.

Se desata el puto caos.

Mateo y Herio corren también a por el cachorro.

Y el maldito órgano sigue tocando.

—¡Quietos! —Andrés me alcanza antes de que llegue hasta ellos y me agarra del brazo. Enloquece al ver que Mateo toma a Charlie y que Herio está por llegar a ellos—. ¡La voy a matar!

Herio se gira hacia nosotros y Andrés levanta el cuchillo.

—¡No! —Herio estira inútilmente la mano hacia mí.

Y el cuchillo se me clava en el brazo. Chillo de dolor. Duele tanto que por un momento veo todo borroso y me flaquean las piernas.

—Si vas tras ellos —grita Andrés—. ¡La mato!

Respiro con dificultad mientras Andrés me abraza por atrás y aprieta de nuevo la navaja contra mi yugular.

A espaldas de Herio, Mateo agarra a Charlie con un brazo y levanta el otro para disparar a Herio.

Está a menos de un metro de él. Veo con horrorosa lentitud imposible como alza y estira el brazo para apuntar.

Me olvido de mi propio dolor.

—¡Cuidado! —grito, pero es demasiado tarde.

Herio se gira y el tiempo se retuerce y la luz de las antorchas se refleja en el cañón de metal. La pistola se detiene frente a la cabeza de Herio.

—¡Arggg! —Mateo grita y ¡bang!

El disparo truena por sobre la música endemoniada del órgano y las piedras saltan disparadas desde el pilar que está justo al lado de Herio. Mateo da alaridos como un poseso, sacudiendo el brazo y tratando de quitarse a Charlie que lo muerde furioso.

No le ha dado. No le ha dado a Herio.

Me duele respirar. Creí que… Dios, no le ha dado por poco. Si Charlie no hubiera mordido a Mateo, Herio estaría muerto. ¿Puede morir el semidiós de la muerte? Todavía no es un dios, supongo que sí.

Ahora la sangre mana del brazo de Mateo mientras Charlie lo sigue mordiendo. La pistola de Mateo cae al suelo, Herio se arroja por ella y en un instante está de pie, apuntando a Mateo. Parece salido del infierno, con el pelo marrón respingado hacia todos lados

y la sangre de su hombro herido todavía chorreando, cubriendo de rojo el cuervo tatuado en sus bíceps.

Mateo se retuerce de dolor, pero golpea a Charlie con el codo y consigue que le suelte el brazo. Lo agarra del cuello y nos mira furiosos mientras el cachorro sigue gruñendo e intentando morderlo.

—Lo voy a estrangular si te acercas. —Amenaza Mateo, sacudiendo a Charlie como si fuera un muñeco.

—Estarás muerto en un instante. —Herio lo apunta directo a la cara.

No tiembla, ni siquiera por la herida de su hombro.

—¡Si le disparas voy a matarla! —Andrés retrocede, alejándose de Herio, sin quitarme la navaja del cuello—. ¡En serio, Herio, voy a matarla! ¡Déjalo marchar!

Empiezo a sollozar. No puedo evitarlo. Me duele demasiado el brazo y es horrible ver como ese hombre está a punto de estrangular a Charlie.

¡Y esa maldita música que no para!

—¡Llévatelo! —grita Andrés—. ¡Llévate el puto perro!

No sé si se refiere a Herio o a Mateo. Estoy tan aturdida que no sé a quién le habla. Herio irá por Charlie. No dejará que Mateo se lo lleve. Él…

Pero no. Herio se gira hacia nosotros y apunta ahora hacia acá.

—Suéltala —masculla furioso—. Llevaos al perro, pero suéltala.

No. No puede ser.

Andrés titubea.

—No te creo. Vas a dispar…

—¡Lleváoslo! —La mirada gris de Herio es asesina—. ¡Voy a dispararte si no la sueltas!

—Está bien. Ven a por ella. —Andrés me agarra de los hombros, me gira y me abraza.

No. Mierda, no me abraza. Un dolor agudo y terrible y profundo me atraviesa el abdomen. Me doblo en dos, curvada por el dolor y caigo de rodillas, con la navaja clavada en el vientre.

Afirmo la empuñadura con las dos manos mientras caigo.

No alcanzo a caer al suelo, Herio me sujeta de los hombros y me apoya contra un pilar. Andrés aprovecha este instante para escapar. No oigo lo que le grita a su amigo pero los dos corren hacia el fondo del enorme salón, llevándose a Charlie con ellos.

¿Está muerto? No se mueve.

—No quites la navaja —dice Herio y no entiendo por qué.

¿Por qué no retirarla, si me duele tanto?

Buum, nan, naaaaaan, bum, las notas del órgano aumentan junto con el dolor. Las sombras tiemblan por todos lados. Andrés corre, Mateo corre con Charlie en brazos y apenas los veo. Hay sombras bailando por todos lados.

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! La pistola, las notas del órgano. Herio de pie, con los brazos extendidos, apuntando. ¡Bang! Los músculos de su espalda desnuda y tatuada se tensan como cuerdas cada vez que dispara. Saltan rocas de la pared del fondo. Y a pesar de la distancia, a pesar de la oscuridad, logra darle a uno y Andrés cae gimoteando entre las sombras, agarrándose la pierna.

Sigue vivo, pero Herio va ahora a por Mateo.

Más disparos, más piedras saltando cuando Mateo ya casi llega a la puerta del final. El órgano enloquece en el tercer movimiento de esta melodía malvada.

Creo que estoy delirando.

¡Bang! ¡Bang! Mateo corre, ya casi toca la puerta. ¡Bang! No llega. La cabeza le estalla y la sangre salpica la pared y el suelo de piedra de la catedral, mientras el cuerpo cae con violencia. Charlie cae también y se queda ahí. Parece un muñeco.

Pobre Charlie, por favor que esté bien. Dios, como duele esto.

Herio camina lentamente hacia Andrés, como si disfrutarla verlo arrastrándose por la piedra sagrada. El hombre intenta agarrar algo del suelo. La navaja, se le debe haber caído. La agarra. Me cuesta ver, enfocar, pero sí, es Herio quien está de pie. Herio desarma a Andrés de una patada en la mano y saca su propia navaja del bolsillo de sus vaqueros negros.

Inspiro profundo y recupero la visión.

—¡No! ¡Por favor! —Andrés se gira hacia Herio, levantando las manos para apartarlo, pero Herio se le sube a horcajadas encima y lo empuja contra el suelo—. ¡Te lo suplico! ¡Haré lo que sea, no me…!

Herio levanta la navaja y traza un corte horizontal. El filo brilla como una línea de fuego a la luz de las antorchas y la voz de Andrés se convierte en ruidos asquerosos, intentos ahogados por respirar. Se lleva las manos a la garganta y cae al suelo, degollado, todavía tratando de encontrar el aire.

La música termina, asesinada. Silencio. El silencio de la lluvia.

—Te he dicho que no le hicieras daño —murmura Herio, pasándose la mano por los labios y limpiándose la sangre.

Se gira hacia mí y el corazón se me dispara. Eso hace que duela más. Pero es imposible que mi corazón no enloquezca. Herio camina hacia mí, con la sangre de Andrés desparramada por el torso

desnudo, escurriendo entre sus abdominales, por las curvas de su oblicuo.

Es un demonio ensangrentado que pretende llevarme al infierno. El dolor es cada vez peor, pero es hermoso. El arte está incluso en la muerte.

—Sofía.

Qué oscuridad. Y aunque dicen que la muerte es fría, se equivocan. Es cálida y huele a manzanas frescas.

Herio me toma entre sus brazos. Lo único que veo son sus ojos plateados y las sombras que danzan a nuestro alrededor.

Dios, la muerte es maravillosa no puedo dejar de mirar esos ojos. Brillan como la luna en las tinieblas. La visión se me nubla. Creo que Herio dice algo, creo que el mundo gira demasiado deprisa. Creo que…

Un perro gimotea. Charlie. Charlie está bien.

Cuesta respirar.

HOGEITA BAT

Vínculo

VEINTIUNO

Eguzki



—¡Sofía! —Herio apoya a la chica contra el pilar y le aparta el pelo celeste de la cara—. ¡No te duermas, joder! ¡Sofía!

Es inútil, no va a vivir mucho más. Su pulso disminuye.

¿Y por qué estoy aquí otra vez? Me había alejado lo suficiente hacia las oscuras aguas del inframundo para no verlos más y, de pronto, la corriente me ha arrastrado con una fuerza imposible de soportar. Aunque creo que entiendo por qué. Ella se muere. De nuevo.

La brecha entre los mundos se diluye, la energía funesta me ha atraído como las polillas a la luz.

Y Herio se vuelve loco. Se lleva las manos a la cabeza, aprieta su propio pelo entre los dedos y grita. La voz se le desgarra, como si esa chica le importara de verdad.

—Otra vez no. ¡Otra vez no, por favor! —Mira el techo de la catedral, los hermosos colores de los vitrales. Vivos, colores centelleantes, se burlan de su dolor—. No puedo vivir esto otra vez —murmura y las lágrimas resbalan por sus ojos.

Esperad, ¿lo está comparando conmigo? Oh, dios, está comparándolo con mi muerte. Respira agitado y baja la mirada de nuevo hacia Sofía que abre un poco los ojos y susurra el nombre de Herio.

Ahora entiendo. No sufre por ella. Ya me parecía absurdo, la conoce hace unas horas. Aunque estuviera obsesionado con ella desde hace años, no podía ser cierto que le importara de verdad. Pero es comprensible. Le duele porque despierta el terrible trauma de haberme perdido. En el fondo, está sufriendo por mí otra vez.

Revive ese fatídico momento justo cuando empezaba a creer que me superaba.

Patético.

—Sofía, Sofía. —Herio la agarra de la cara y la abraza contra él—. Escúchame, no cierres los ojos.

—Gracias —gimotea ella y extiende su mano hacia la cara de mi novio. Lo acuna de la mejilla—. Por ayudar a Charlie.

Pobrecita, está divagando. Herio va a matar a ese perro para revivirme a mí. No lo estaba salvando a él. A Herio le gusta matar gente y no iba a perdonar a dos madrileños que se escapaban con *su* presa.

—Charlie está bien, solo está aturdido. Mesedez,[109] no te duermas. —Herio toma a Sofía en brazos y sin ningún esfuerzo se levanta—. Voy a salvarte.

La cabeza de Sofía cae hacia atrás, los brazos lánguidos hacia el suelo. Es una muñeca rota mientras él camina hacia el centro de la nave principal, hacia el altar, abriéndose paso entre las sombras alargadas de los pilares enormes. ¿Qué pretende? Cada paso que da es firme y decidido. Las monjas en las sombras murmuran entre

ellas. La que está sentada detrás del órgano se pregunta si es mal momento para empezar a tocar otra vez.

Yo creo que lo es. En los ojos plateados de Herio chispea una ira asesina. Avanza con una calma furiosa por la alfombra roja y se detiene frente a la mesa redonda de piedra.

—¡Sacerdotisas! —Grita y su voz retumba por toda la catedral—. Ayudadme o moriréis con ella.

Deja a Sofía sobre la mesa de piedra, como si fuera una ofrenda a los dioses. Más allá, el perro se estremece en sueños. Sigue dormido por lo que le hizo ese hombre.

—¡Orain![110] —grita Herio.

Las monjas salen de las sombras y se acercan. Sus túnicas negras oscilan a la luz de las antorchas. Las caras, cubiertas por velos. Avanzan en silencio, sus pasos mitigados por el ruido de la lluvia que golpea con ímpetu los cristales de la catedral. Forman un medio círculo frente a la mesa y cada una ocupa el lugar de una de las doce sillas del altar.

Pero ellas no son los apóstoles de Cristo, son servidoras de la muerte.

Y llevan dos años esperando el regreso de su dios.

—Rezad —les ordena Herio.

Una de las monjas se adelanta un paso y levanta el rostro oculto por el velo hacia Herio, que está concentradísimo mirando a Sofía. Él le pasa el dorso de los dedos por la mejilla a la chica, como si fuera un tesoro que no quiere soltar. Ella cierra los ojos, todavía tiene pulso, pero está tan pálida como la piedra del suelo y cada vez le es más difícil respirar.

—Herio, eres la muerte —dice la monja—. Debes aprender a soportarla. Debes soltar.

Herio mira a la sacerdotisa y la luz de las antorchas se alza como si el viento las hubiera incitado. Las almas de los muertos despiertan entre los sarcófagos de las capillas, las tumbas de las paredes y las chispas doradas destellan en los ojos de luna de Herio.

—Tienes razón, Arrate. —Herio retira la mano de la cara de Sofía —. Debí hacerlo hace tiempo. Hace mucho que debí soltar a Egu.

Oh. No creo que eso fuera lo que Arrate quería decir, gilipollas.

—Voy a empezar —dice Herio—. Rezad.

La monja retrocede y obedece, uniéndose a sus compañeras. Herio agarra la cremallera de la sudadera de Sofía y la baja, exponiendo el cuerpo desnudo de la chica. La cabeza de ella cae hacia un lado, medio inconsciente otra vez y su pecho sube y baja. Herio se estremece al ver la enorme herida sangrante a un costado del vientre. Me ofende la ira que se agita en su interior, la angustia que reclama todos sus sentidos. Casi pierde la razón otra vez, pero inspira hondo, seguro de sí mismo.

En este momento lo odio, pero a la vez estoy orgullosa de él. Y aunque quisiera ver muerta a esa chica de pelo celeste, no quiero que él sufra.

Así que me acerco hacia él, me alzo detrás de sus hombros cuando Herio toma la navaja que usó para matar a ese hombre y se corta su propia muñeca.

La sangre chorrea con fuerza y Herio levanta a Sofía y la apoya contra su pecho. Las monjas empiezan a cantar.

—Sofía, bebe. —Apoya la muñeca contra la boca de ella—. Panpina, mesedez, hartu.[111] Tómala toda.

Sofía reacciona, como si el olor de la sangre la despertara. Abre los ojos, confundida ante el contacto del líquido que enrojece sus labios y los separa lentamente. El corazón de Herio se acelera cuando la lengua de Sofía le toca la piel y las llamas de las antorchas enloquecen. Ella empieza a tragar en un acto casi instintivo, como un bebé al mamar por primera vez.

De la piel de Herio comienza a manar una energía plateada como sus ojos. Parecen lenguas de vapor, abrazando su piel y elevándose hacia el techo.

La monja del órgano empieza a tocar. La letanía lenta y profunda es el pulso de la sangre de Herio, manando hacia la boca de Sofía. El corazón de la chica también cobra fuerza, poco a poco al inicio. La lluvia ya no se oye, oculta por las notas aguerridas del órgano y del canto de las monjas. Las palabras en euskera se elevan por el aire y lo hacen vibrar. Se mezclan con la energía divina. Invocan a Mari, el poder ancestral, que es más que la vida y la muerte. Es todo. Yo me uno a ellas y canto desde la muerte, quiero que Herio triunfe. Quiero que sea un dios y quiero que logre lo que sea que se proponga, incluso si es salvar a la única chica que tiene el poder de alejarlo de mí.

Ya lo recuperaré después.

Sofía agarra la muñeca de Herio y succiona con fuerza, como si lo quisiera devorar. La sangre le chorrea por la barbilla, el cuello y se cuela entre los pechos. El órgano salta al siguiente movimiento, *in crescendo*. La monja toca con locura, embriagada por la energía ritual, por la sed de sangre de Sofía, que ahora se arrima desnuda a Herio. Lo abraza del cuello mientras le succiona desesperada la muñeca. Está excitada. La sangre es fuego en sus venas. Es sangre

divina. Yo también lo estaría, Herio es un dios ensangrentado que la sostiene entre sus maravillosos brazos mientras la energía del rito, del canto de los vivos y los muertos se entrelaza.

Ella está famélica y extasiada. La energía plateada de Herio se vuelve anaranjada, como el fuego que nos rodea y luego más y más roja, como la sangre. Baila formando una espiral entre las monjas, entre nosotros los muertos y luego vuelve hacia Herio.

Y empieza, lentamente, nota a nota, palabra a palabra, a tejer; a reparar el lazo mágico, rojo y sangriento que lo une con esa chica.

HOGEITA BI

Sorgina

VEINTIDÓS

Herio

♀

Hostia, esto es más intenso de lo que imaginaba. Empieza a parecerme asqueroso saber que Euria lo hizo con su hijo para salvarlo, porque a mí la polla se me está poniendo durísima con cada movimiento de Sofía succionando contra mi piel. Es casi insoportable. Tiemblo de placer y quiero tumbarme sobre ella y follarla en este mismo altar.

Pero los muertos nos rodean. Me dan su energía y las monjas también. Ellas perciben mi excitación. El euskera tiembla en sus labios y algunas se rinden y caen en las sillas del altar. La música del órgano se convierte en una sonata mágica y frenética que empuja el ritual. Casi una fantasía.

El alivio inunda mis pulmones cuando inspiro hondo. Voy a salvarla. Esta vez he podido salvarla.

Abrazo a Sofía y la pego más a mí.

—Goazen, neska,[112] traga. Sigue.

La herida ya casi se ha cerrado por completo. También se ha cerrado la que le hicieron en el brazo. Me parecería un acto increíble,

la piel juntándose como un tejido, si no tuviera la mente embotada solo con un concepto: sexo.

¿Por qué me importaría observar un acto mágico si tengo las tetas de Sofía empujando contra mi pecho, manchándose con la sangre de mis enemigos que todavía escurre por mi piel?

Ella murmura algo y parece confundida, me observa con ojos vidriosos. Su voz se pierde entre a la intensidad del órgano y no la entiendo. No importa.

—Hori da,[113] buena chica. Un poco más.

Se aferra a mi muñeca con las dos manos y me mira a los ojos. Chupa, traga y chupa. Más fuerte, cada vez con más ganas. El vientre se me tensa de dolor y ella cierra los ojos. Un gemido de placer escapa de sus labios enrojecidos y algo oscuro se retuerce dentro de mí. Succiona ahora tan fuerte que me arde la piel donde ella está absorbiendo mi sangre.

Acaba de morir, hay dos cadáveres cerca de nosotros en la oscuridad, pero a mí se me está poniendo dura la maldita polla por sus gemidos de placer, deleitada con mi sangre.

Quiero caer sobre ella, rendirme sobre ella. Las piernas me tiemblan, creo que empiezo a debilitarme.

O tal vez estoy tan salido que no puedo tenerme en pie.

—Sofía —susurro su nombre y deslizo mi mano por su cuerpo hasta tocar la herida.

Ya se ha cerrado y una cicatriz plateada con forma de cruz le ha quedado en el vientre, cerca de las caderas. Sofía me observa, con ojos brillantes y… excitados. Mi corazón enloquece al ver su mirada borracha de mi sangre. Le aparto el pelo de la cara.

La música sigue sonando, pero las monjas dejan de cantar. Se rinden en las sillas que nos rodean y jadean, agotadas por el ritual. Cierro los ojos un momento y doy las gracias a los espíritus de los muertos. Sus energías se diluyen y percibo cómo regresan a sus tumbas, su lugar de descanso eterno.

Eguzki. La siento alejarse, aunque no la había sentido antes, concentrado como estaba. O quizá nunca estuvo, quizá solo es la culpa que me persigue a causa del deseo que siento por la chica que tengo entre los brazos.

—¿Mejor? —digo despacio y ella abre mucho los ojos, como si justo ahora fuera consciente de lo que está haciendo.

—¿Qué…? —Suelta mi muñeca, mira a su alrededor e intenta apartarse, pero yo la sujeto—. ¿Qué me has hecho?

—Darte mi sangre.

Le sonrío, satisfecho con lo que acabo de hacer. Soy la hostia.

La luz de las antorchas se calma, ya no se agitan con la vorágine del ritual. El órgano fluye en un tempo rápido, pero menos caótico.

Esto no ha acabado.

Las monjas gimotean a nuestro alrededor, como espectadoras de un acto principal: Sofía y yo. Abrazados sobre el altar, a la luz de antorchas menguantes.

Bueno, y el jodido perro, que ha despertado con esta locura e intenta acercarse a Sofía y se pone de pie a dos patas. Pero es muy pequeño y no alcanza a subirse a la mesa de piedra.

Ella se ríe, pero hace una mueca de dolor, así que aparto al perro empujándolo con una mano.

—Lasai,[114] no estás bien del todo —murmuro y paso los dedos por el cuello de Sofía, todavía tiene el tajo que ese desgraciado le

hizo con el filo de la navaja—. No controlo bien mi magia, no te esfuerces. No he podido curarte todas las heridas.

Ella se sonroja y me mira confundida, respirando agitada y con el pelo celeste alborotado alrededor de su cara bonita. La sigo sujetando con una mano pero las piernas se me doblan y me apoyo con la otra en la mesa.

—¿Herio? —Sofía me mira preocupada. Se da cuenta de que tiene la sudadera abierta enseñando las tetas y se la cierra, cruzándola sobre el pecho—. ¿Estás bien?

No parece consciente de dónde está. Apenas consigue fijar los ojos en mí. La sujeto de los hombros e intento que no se gire hacia las monjas que están detrás de ella. Podría asustarse.

—No, la verdad es que no —jadeo, tratando de enfocar la mirada, pero la catedral parece girar a mi alrededor.

Una de las monjas que sigue en pie, Arrate, retrocede y habla desde detrás del velo:

—Prueba su sangre, Herio —dice en un susurro, apenas moviendo los labios. Su voz se confunde con la música—. Basta con un poco.

Arrate se deja caer en la silla del medio, rodeada por sus sacerdotisas menores y más jóvenes. Esa vieja es una de las monjas más antiguas, exsacerdotisa de Mari igual que mi amuma. Debe saber lo que está diciendo.

Sofía sigue algo confundida, probablemente medio drogada con la magia de mi sangre.

—Tendré que probar la tuya, neska. —Me apoyo en la mesa y me inclino sobre Sofía, que me mira nerviosa—. Tu sangre me llama. ¿Me vas a dar un poco?

Ella resopla.

—¿Para esto sí me pides permiso?

Sonrío. No. No lo haré. Abre la boca para decir algo más, pero ya estoy inclinado, respirando el aroma a frutas de su cuello. No se resiste. Sin pensármelo más, le paso la lengua por la sangre de la herida del cuello y algo arde dentro de mí al sentir el sabor. No es metálico, es dulce.

Sofía se deja.

—Joder —murmuro y la abrazo contra mí—, sabes brutal, neska.

Ella se olvida de si la sudadera está abierta o no y se agarra a mi cuello, gimotea algo pero no la entiendo.

¿Cómo puede esto ser tan bueno?

Solo ha sido un poco, pero su sangre me devuelve las fuerzas, me susurra palabras que no comprendo, palabras que me hacen arder por dentro. Le beso el cuello, la herida se cierra al paso de mi lengua y yo sigo bajando, buscando el resto de sangre que le ha resbalado por el pecho.

—Herio —murmura y mi nombre en su boca enciende algo primigenio dentro de mí.

El órgano nos empuja, sonando cada vez más fuerte, más rápido. La abrazo, se arquea contra mí y yo saboreo toda la sangre que ese desgraciado la hizo derramar. Lamo la piel de su clavícula, arrastro ansioso mi lengua hacia su pecho. Ella se estremece, deslizo mis manos por una de sus tetas ensangrentadas y paso la lengua por ella. La sangre brilla escarlata a la luz del fuego. Lamo el pezón, luego el otro. Sabe a hierro y a dulces, a frutas, a Sofía.

Estoy durísimo, tan duro que de pronto lo veo todo rojo y juro que si no la follo en este mismo momento me voy a volver loco. La

música del órgano entra en un clímax de ritmo y melodía demencial, me hace perder la cordura y también a las sacerdotisas.

Gimen a mi alrededor. Se están tocando, nos miran y les gusta.

—Herio, para, no sigas —ruega Sofía entre gemidos, aunque sus brazos no han soltado mi cuello. El calor de nuestros cuerpos nos quema, sus pezones en mi lengua me queman. Ella se arquea contra mí y me arrastra hacia la mesa del altar.

Casi estoy del todo sobre ella.

El perro ladra.

Las antorchas se encienden más, alargándose y estirando las sombras hacia el techo abovedado y una presencia me golpea. La presencia de un muerto. O de un recuerdo.

Egu.

Hostia. ¿Qué estoy haciendo? Me aparto de Sofía. La música muere lentamente y ella parece confundida, borracha otra vez. Tiene los ojos vidriosos, las mejillas encendidas.

—Barkatu[115] —murmuro y le sonrío—, me he dejado llevar un poco.

¿Un poco? Joder, solo tenía que curarla y recuperarme. No era nada sexual. Aunque las sacerdotisas que respiran agitadas y desparramadas en las sillas del altar claramente sí esperaban algo sexual.

Me alejo un paso de la mesa, todavía agitado y me arreglo los vaqueros que me están estrangulando la polla.

¿Cómo he podido hacer esto sobre el mismo altar en el que le juré amor eterno a Egu? Ni siquiera lo he recordado. Me he olvidado por completo mientras me llenaba de la sangre y el olor de Sofía.

Todavía me cuesta no volver a abalanzarme sobre ella.

Y sí, lo que ha dicho Arrate es verdad. Debo superar a Egu. Pero sigue siendo mi ex. Sigue siendo una diosa. No puedo follar a otra mujer en el altar donde todavía está tan vivo su recuerdo.

Mucho menos follar con la mujer de mis sueños.

—¿Qué ha sido eso? —Sofía se cierra la sudadera sobre el pecho y me duele. Me duele dejar de verle las tetas.

Qué guapa es. Creí que era guapa muerta, pero así, con el rostro encendido por mí y su pelo celeste alborotado, es mucho mejor.

Y tal vez no sea una diosa, pero tiene las tetas de una, sin duda.

Quizá no la folle aquí por respeto a Egu, pero sin duda lo haré en otro lugar.

—Te he curado con mi sangre.

—Lo noté, tonto. —Respira agitada—. Me refería a lo otro. —Mira insegura hacia las penumbras de la catedral, hacia las sillas donde languidecen las sacerdotisas y chilla—. ¡Quiénes son esas!

Se levanta y casi se cae de la mesa. La ayudo a bajarse, pero Sofía retrocede asustada, cerrándose la cremallera de la sudadera y escondiéndose detrás de mí.

—Lasai, son sacerdotisas que cuidan esta iglesia y nos han ayudado.

—¿Vieron todo eso? —Sofía me mira espantada y con la cara casi tan roja como la sangre que cubre mi cuerpo.

—Estás demasiado avergonzada para ser alguien que se masturba públicamente en OnlyFans.

Ella niega con la cabeza, agitando su pelo celeste.

—No es lo mismo. ¿Están muertas?

Salvo Arrate, que nos observa en silencio detrás del velo que le cubre la cara, las demás parecen desmayadas.

—No —digo y suspiro, cansado—. Solo ha sido un ritual poderoso, se van a recuperar.

—No deberías avergonzarte, chica —dice Arrate, sentada en la silla del medio con una dignidad increíble para la situación—. Esto ha sido un acto sagrado.

¡Ja! Me alegro de que chuparle las tetas a Sofía fuera un acto sagrado a los ojos de mis sacerdotisas. Y aunque no son mis sorginak porque no me he vinculado con ellas, han demostrado su lealtad esta noche. Y que validen mis actos me hace sentir un poco menos culpable con Eguzki.

Ella tiene que entenderlo, es una diosa. Lo sagrado es sagrado y ya está.[116]

Charlie ladra de nuevo y corre hacia Sofía. Ella se agacha y lo coge entre los brazos.

—Hola, pequeño traidor.

Lo acaricia y el que se siente traicionado soy yo. Es injusto que yo la haya salvado y sea el perro el que se está llevando la atención.

—Entonces ¿puedes curar a la gente con tu sangre? —Sofía me mira con curiosidad.

—Nunca lo había hecho —confieso, acercándome a ella.

Le aparto el pelo de la frente y trato de no mirarle las tetas que se marcan debajo de la sudadera. Joder, no puedo creer que hace nada las tenía en mi boca.

Basta.

—¿Y cómo supiste que funcionaría? —Sofía me agarra del brazo, todavía medio ocultándose de las monjas con mi cuerpo— ¿Verme morir te puso creativo?

La verdad, sí. Creo que inventaría lo que fuera con tal de retenerla conmigo. Ni de coña la dejaría morir.

Pero no pienso dejar que crea que soy un baboso por ella.

—Había oído que la sangre de un dios podía curar a un humano.

Ella abre mucho los ojos.

—¿Eres un vampiro?

—Ez.[117] —No puedo evitar soltar una risa—. Y no funciona con cualquiera. Debe haber un vínculo. Esa era mi teoría, que tú y yo hemos formado un vínculo. La madre de Haize…

—¿Quién es Haize?

—Un imbécil con sangre divina como yo. Bueno, de hecho tiene más sangre divina que yo. El año pasado se peleó con Sugaar. Pero Sugaar casi lo mató y su madre, una diosa, le dio su sangre para sanarlo. —No puedo evitar reírme al recordarlo—. Lo picamos durante semanas diciéndole que se convertiría en un vampiro de mierda.

Ella me observa pensativa, todavía nerviosa con la presencia de las monjas. Pero da un respingo porque Charlie le da un lametazo en la mejilla y Sofía se ríe. Su risa retumba en la catedral y oírla me produce un alivio que no me parece nada normal. Se me cuela dentro, como se me ha colado antes su sangre.

—¿Y qué vínculo tenemos nosotros? —Sofía levanta sus ojos redondos de corzo hacia mí—. Nos hemos conocido hoy.

Inspiro profundo y suelto el aliento despacio. Al menos mi polla se ha calmado. Un poco.

Me giro hacia Sofía y la tomo de los hombros.

—Te he traído de la muerte, Sofía. Eso es vínculo suficiente.

Especialmente porque soñaba con follarte desde hace años, que alimentabas mis sueños y fantasías sexuales durante noches enteras.

Ella no comprende lo que era para mí. Aunque fuera en la imaginación.

A veces la imaginación puede ser poderosa.

—¿Y qué implica eso? —Me mira confundida, abrazando a Charlie entre nosotros.

—Creo que eres mi sorgina.

Miro hacia Arrate, que nos observa como una estatua. ¿Cómo puede estar sentada tan recta? Este ritual no ha sido nada para ella.

—Todavía no —dice Arrate—. Pero está a punto de serlo. El vínculo ya existe, solo hay que sellarlo.

—¿Cómo? —decimos Sofía y yo al mismo tiempo.

Arrate sonríe. Sofía deja a Charlie en el suelo y observa a la sacerdotisa con un interés repentino. ¿Qué es lo que veo en esa mirada? ¿Curiosidad? ¿Ambición? Lo que sea que veo en ella me gusta.

Me dan ganas de estar otra vez en esa mesa, esta vez sin nadie mirando y…

—Pregúntaselo a tu amuma, Herio. —Arrate interrumpe mis perversas divagaciones mentales—. Se va a enfadar si yo le quito ese privilegio. Ella es tu guía, no yo.

Es cierto. Mi amuma me ha guiado paso a paso desde que sé que soy un semidiós.

—No entiendo nada. —Sofía da un paso hacia mí—. ¿Qué significa que yo sea tu sorgina?

La agarro de la sudadera y la atraigo. Ella se pone tensa, pero la rodeo por la cintura y la pego contra mi cuerpo. Apoya las manos en mi pecho, dudosa al inicio. Levanta la mirada y las antorchas se reflejan en esos ojos oscuros que son mi perdición. Acaricio su mandíbula con el dorso de los dedos y ella se deja, joder. Al acariciarla, le dejo un rastro de sangre en la piel.

No lo nota, o no parece importarle.

Me inclino hacia ella, sujetando su barbilla y la miro a los ojos. No sé cómo es posible, pero siento los latidos de su corazón, como si fueran una melodía, frenéticos. Los míos también. Me acerco tanto a ella, que nuestras narices casi se tocan. Sofía se estremece, los ojos le brillan.

Por un instante, no hay nada más que ella y yo, en medio de este altar, de estos pilares y estos enormes arcos de piedra.

Sonrío.

—Significa que eres mía, neska.

FIN PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

HOGEITA HIRU

Confesiones oscuras

VEINTITRÉS

«Mi hija quería consagrarse a uno de los semidioses nuevos. Quería ser una sorgina, lo repetía todo el tiempo. No se lo permití».
Rumores de artesanos del Mercadillo del Arenal.
Fecha desconocida

Herio

♀

—¿Tienes frío, neska?

Ya no está lloviendo, pero hace suficiente frío para que el vapor salga como nubes de nuestras bocas mientras caminamos.

—No, en serio. Estoy bien.

Sofía agarra bien a Charlie contra el pecho mientras caminamos por las calles oscuras de Atxuri. Su pelo celeste va bien oculto bajo la capucha y yo me he puesto gafas y una sudadera gris y vieja que tenía en la catedral, así que nadie ha vuelto a reconocerme tampoco. De todas maneras, aquí hay poca gente, todos están abajo en el casco antiguo o en los parques, celebrando en las fogatas.

Desde aquí se oyen los ecos de los cantos y los festejos en la lejanía. Deben ser casi las once, pronto empezarán las erromerias.

—¿Falta mucho?

—No, un par de calles.

No me creo que no tenga frío, porque sigue vestida solo con mi sudadera, aunque lleva unas zapatillas blancas que le han dejado las monjas. Supongo que prefiere tener frío antes que acercarse a mí. ¡Prefiere abrazar al perro! Y ya no quiero seguir fingiendo que no me importa. Es evidente que mi lucha interna por no vincularme emocionalmente a ella ha sido un fracaso asqueroso.

Sofía Ochoa ha tardado tres horas en ser el centro de mi existencia. Soy patético.

—Aquí es. —Apoyo mi mano en su espalda, empujando un poco hacia la otra calle, donde está mi coche.

Se pone tensa solo por ese gesto, pero sigue caminando, sin mirarme. Hostia. Sé que hice cosas horribles ahí dentro, pero… ¿qué le pasa? Va demasiado callada. Y me ha defendido cuando nos han atacado Andrés y Mateo. Pudo dejar que ellos se la llevaran, acusarme de haberla tocado, pero les pedía a gritos que no me mataran. En ese momento ha dicho que no la había violado, cuando sí que he intentado intimidarla y acosarla.

¿Entonces por qué ahora se comporta así? ¿Me tiene miedo? ¿Es por lo que hicimos frente a las monjas? Ella también se ha dejado llevar en ese momento. No la he forzado.

—Sofía, espera un momento.

Ella se detiene justo cuando llegamos donde está aparcado mi coche y deja a Charlie en el suelo. El cachorro mueve la cola y se pone a olfatear por ahí. Ya no lo tengo atado, está claro que el perro

quiere quedarse conmigo. Debería darme lástima, pero no. Sigo pensando lo mismo sobre Charlie. Joder. Sobre el perro.

Soy gilipollas, pero no tanto como para encariñarme también con él.

—¿Qué? —Sofía apoya la espalda en la puerta de mi coche y se cruza de brazos, mirando hacia cualquier lado menos a mi cara.

La farola de la calle, cerca de nosotros, ilumina de dorado el contorno de su perfil.

—Oye. —Me acerco un poco y resisto el impulso de tocarla, de tomarle las manos o lo que sea—. Lamento lo que he hecho ahí dentro.

Ella tuerce un poco los labios pero al menos decide mirarme. Con desconfianza evidente, pero me mira.

—¿Qué cosa? ¿Matar gente?

—No, hostia. Lo de haberte tocado a la fuerza.

—Ya. —Vuelve a apartar la mirada y resopla, formando vapor en el aire—. La verdad, no me gustó nada que esas señoras nos estuvieran mirando.

Contengo las ganas de reírme. Esas *señoras* no tenían más de treinta años, salvo Arrate, pero no se lo digo. Tal vez le incomode todavía más saber que eran jóvenes.

Un momento. ¿Qué ha dicho?

—¿Eso te ha incomodado? ¿Que nos miraran? Oye —La agarró de la barbilla con los dedos, porque otra vez evita mis ojos—. Yo me refería a cuando te toqué… cuando te dije que iba a quitarte la virginidad.

—Sé por qué lo hiciste —dice, mirándose las zapatillas, todavía cruzada de brazos—. Olvídalo.

¿Así sin más? ¿Y ya está?

—No volveré a hacerlo.

Sofía inspira hondo, apretando más los brazos cruzados, con lo que solo consigue que se le levanten las tetas y me vuelva loco.

¿Hace cuánto no follo? ¿Dos años? Eso me debe tener trastornado. Tal vez Sugaar lo sabe. Quizá alguien le dijo, ey, ese chaval no folla hace dos años, envíale a una tía que esté buenísima y será su perdición.

—¿Por qué? —A pesar de su pregunta, sigue concentrada en el suelo.

—¿Qué? ¿Por qué el qué?

Me mira, enfadada. Charlie pasa corriendo junto a nosotros y empieza a perseguir una polilla alrededor de la farola.

—¿No volverás a tocarme, Herio? ¿Eso quieres decirme? ¿Después de que me chupaste las tetas frente a todas esas mujeres?

Me paso la mano por el pelo y la miro, intentando comprenderla.

—Joder, tú también lo has sentido, neska, no me mires así. La magia a veces funciona de esa manera, despierta un apetito sexual. No siempre, depende del vínculo que haya. —Y tú eres la encarnación del sexo para mí—. Estaba borracho de magia, en serio lo lamento. No volverá a ocurrir.

¿Por qué pareciera que con cada cosa que digo solo la hago enfadar más? En sus ojos se retuerce una emoción que me parece que es ira.

—O sea solo me tocaste porque estabas *borracho de magia* —dice con sarcasmo—. ¿Te hace sentir mal?

—¿Cómo? No entien…

—¿Te sientes humillado? ¿Porque te excitaste con una mortal? ¿Porque tocaste a otra mujer que no es tu maravillosa exnovia divina? —Resopla, y un mechón de su pelo celeste se agita—. Vale.

—No es eso.

Se muerde el labio, mirando como Charlie brinca alrededor de la farola. No me cree, joder. ¿Qué quiere que le diga? ¿Que me excita todo lo que hace y que me arrastraría por el suelo si me deja chuparle las tetas de nuevo?

No se lo pienso decir. Una cosa es ser patético y otra que ella lo sepa y pueda usarlo contra mí.

Sofía baja la mirada al suelo y… está temblando.

—Mejor entra al coche, te vas a morir de frío y… eh, Sofía, ¿por qué estás llorando?

Me acerco y la agarro de la cara. Ella intenta alejarse, pero no la dejo. Se pasa las manos por las mejillas, limpiando las lágrimas y dice algo como que es una tonta.

—¿Qué ocurre? Neska, háblame, joder. —La agarro de los hombros y la obligo a mirarme—. ¿Es por lo que te he hecho?

—¡Sí! ¡Obvio que es por lo que me hiciste, Herio! —solloza y vuelve a repetir que es una imbécil. Se pasa la mano por los ojos, como si así pudiera detener las lágrimas—. ¡Dios! ¿Por qué soy así?

—Sofía, te dije que no volverá a…

—¡Ya deja de decir eso!

—¡¿Pero y qué más puedo hacer?! ¡Ya lo he hecho! No puedo retroceder el tiempo y… ¡Hostia! ¿Por qué lloras más?

—¡Porqué me gustó! —Solloza y trata de alejarme—. ¡Me gustó! Cuando estabas sobre mí, cuando me estabas amenazando, cuando estabas tocándome. ¿Por qué crees que lloraba? ¡Porque odio que

me guste! ¿Es porque tienes magia? ¿Es porque eres un semidiós? ¿Es por esta sudadera mágica? ¡Tendría que haberte odiado! Y todo lo que quería era que siguieras, que hicieras…

Se muerde los labios y se calla. Solloza y se cubre los ojos con los puños.

Hostia. ¿Por eso lloraba? Cuando me detuve por sus lágrimas, ¿en realidad lo estaba disfrutando? Mierda. Sí que está jodida. Y yo estoy igual de jodido por sentirme glorioso con lo que está diciendo.

Sofía Ochoa quería que la tocara, que tomara todo de ella.

¡JA, JA, JA!

Me muerdo la lengua para no reír en voz alta, dios. ¡Es la mejor noche de mi vida!

—Debería odiarte porque quieres hacerle daño a Charlie. Y aun así… —solloza y niega con la cabeza—. Sí. Debe ser por la magia. Porque eres un semidiós.

Empieza a llover. Un txirimiri suave, pero aun así, me acerco a ella, apoyo las manos en el techo del coche y la cubro con mi cuerpo. A Charlie se la suda y sigue correteando detrás de los insectos alrededor de la farola.

—Es por la magia, neska. No te sientas mal. Es como has dicho.

—¿Es el aroma delicioso de esta sudadera, verdad? —solloza—. ¿Es como una droga mágica?

—Exacto.

En realidad, me la suda por qué es. En realidad, debe ser porque soy guapísimo. Pero estoy dispuesto a mentirle si eso la hace sentir mejor.

—¿Si me la quito, se me va a pasar?

Me mira con ojos brillantes e ilusionados, refugiada entre el coche y yo.

—No lo creo. Soy un semidiós, no lo puedes evitar.

Se tapa los ojos con las manos, cubiertas por las mangas enormes de mi sudadera.

—Pero tú no lo eres —murmuro y me inclino un poco más hacia ella. La lluvia cae sobre mí, pero soy lo bastante grande para que Sofía no se moje—. Tú eres solo una chica mortal y, ya ves, estoy loco por ti.

A la mierda si lo sabe, si lo usa contra mí.

Quita lentamente los puños con los que se cubría los ojos. Me mira. Unas gotas de agua caen de mi pelo hasta su frente.

—Estás jugando conmigo —susurra.

—No.

Sus ojos brillan como las gotas de lluvia.

—Demuéstralo.

Me inclino más hacia ella.

—¿Cómo quieres que te lo demuestre, panpina?

Ella se pasa la lengua por los labios y a mí se me pasan decenas de imágenes mentales sobre cómo demostrárselo.

Todas obscenas. Todas ilegales.

Estira la mano hasta mi frente y me aparta el pelo mojado.

—No sacrifiques a Charlie.

Hostia. Veinte segundos y, sí, ya ha usado la valiosa información de mis sentimientos contra mí.

¿Cree que soy así de imbécil?

Sonríe, como si supiera lo que está haciendo. Como si supiera que yo sé que lo sabe. Es maléfica. Es peor que las lamiak.

Por supuesto que no voy a caer en sus juegos.

—Me lo voy a pensar.

Esta vez su sonrisa es real y mi corazón da un brinco similar a los que Charlie está dando bajo la lluvia.

—¿En serio? —Su sonrisa hermosa titubea.

—En serio, joder.

Sofía chilla de felicidad y se me cuelga del cuello. Caemos contra el coche y entierra la cara en mi pecho.

—¡Gracias!

—He dicho que me lo voy a pensar. —Pero me dejo abrazar—. Si mi amuma dice que hay otra manera de revivir a Egu, lo dejaré en paz.

Sofía se aparta un poco y percibo la rabia en su mirada.

—¿No puedes superar a tu ex? No hay nada más patético que un hombre baboso por la ex.

Sí, hay unos más patéticos. Unos que se vuelven babosos por una chica en menos de una noche.

—No es eso, pero no tienes por qué comprenderlo. —Acaricio su mejilla y ella se pone roja—. Se lo prometí, neska. Le prometí que la traería de regreso. Incluso si no vuelvo con ella como pareja, no voy a romper mi promesa.

Sofía baja los ojos hacia sus manos.

—Bueno, sí. Tienes razón. —Vuelve a mirarme, se pone de puntillas agarrándose de mis hombros y me da un beso en la mejilla —. Gracias por buscar otra opción.

Se aparta y se lo permito. Porque ese maldito beso me ha puesto a mil de nuevo y estoy a punto de tomarla y cumplir mis fantasías con ella bajo la lluvia.

Pero no. Ya me siento lo suficientemente traidor por estar considerando postergar la resurrección de Eguzki. No voy, además, a follar con otra.

No hoy.

Estará menos feo si lo hago mañana.

—Sube al coche. —Mi voz suena más grave de lo que pretendía. Carraspeo—. Salvo que te mole estar bajo la lluvia.

—¿A cuál coche? —Se voltea y mira mi coche con asco—. ¿Esta mierda es tu coche?

—¿Qué? ¿Decepcionada? —Agarro a Charlie, lo cargo en los brazos y bordeo el coche hasta la puerta del conductor—. Perdona, muñeca, me he dejado la limusina en casa.

No tengo mando a distancia, así que lo abro metiendo las llaves y Sofía resopla.

De todas formas se mete dentro. Me siento y pongo a Charlie en el regazo de Sofía. Enciendo el coche y ella pone los ojos en blanco por el sonido agonizante que hace el motor antes de partir al fin.

—¿Segura que quieres ir? Mi casa es un lugar bastante cercano al infierno.

La lluvia golpea con fuerza los cristales. Sofía se pone el cinturón de seguridad y abraza a Charlie.

—Tú eres el infierno. —Arquea las cejas y se cruza de piernas—. Creo que puedo con el resto del pack.

Me río y aparto con una dificultad terrible los ojos de sus piernas morenas.

Si ves una chica de pelo celeste, aléjate de ella. Arruinará tus planes.

HOGEITA LAU

La casa en el bosque

VEINTICUATRO

Sofía



Esto es superincómodo. No solo porque vaya en un coche de mierda con un semidiós malhumorado y un perro medio mojado acurrucado en las piernas. Es incómodo porque… Se siente bien. Y considerando todo lo que ha ocurrido entre nosotros esta noche no debería sentirme bien. Debería sentir rencor, deseos de venganza y algo similar al desprecio.

Supongo.

En cambio, me siento tranquila y calentita. Al menos a esta chatarra andante le funciona la radio y la calefacción. Y Herio accedió a cambiar ese rock satánico en euskera que tenía puesto al principio y ahora suena la voz melodiosa de una chica vasca. También en euskera, pero en vez de demoniaco parece la voz de un ángel, acompañada de sonidos electrónicos mientras cruzamos la autopista de Bizkaia.

—No subas los pies al…

—¿Es una puta broma? —Me giro hacia él y hago como que no me impacta la manera en que su perfil semidivino se recorta contra las luces de la ciudad. Su maldita nariz es perfecta, ligeramente

quebrada en el centro y luego recta—. ¡¿Hay una telaraña y no puedo subir los pies?!

—No mates la araña. —Herio mira nervioso hacia este lado del coche—. Es una mascota.

Suelto una carcajada, pero él junta demasiado las cejas y sigue conduciendo, lanzando miraditas hacia la esquina donde he puesto los pies, cerca de la calefacción.

Creo que no está bromeando con lo de la araña mascota.

—No vayas tan rápido, porfa. —Agarro mejor a Charlie—. Esta cosa no debería poder ir tan rápido.

—Lasai. —Medio sonríe sin quitar la vista de la carretera, tomando una curva a toda velocidad—. Ya sabemos que puedo curarte si chocamos.

—Prefiero no experimentar.

—¿Puedes ver si quedan gominolas en la guantera? —Da golpecitos con los dedos en el volante, ansioso.

¿Es adicto al azúcar o qué? Abro la guantera y grito del susto cuando algo se viene hacia mí. Pero no es una criatura maligna, ni arañas, solo es un montón de paquetes de gominolas. Cinco caen al suelo.

—Quedan unas cuantas…

—Venga, cógelas. Me muero de hambre.

Tomo un de los paquetes y empiezo a abrirlo mientras empieza otra canción de la misma chica.

—Intenta que sea roja, mese[118] —dice Herio.

Busco una roja y las palabras de la canción en la radio se cuelan por mis pensamientos.

Ze naiz galduta nozenian.

¿Qué soy cuando estoy perdida?

La canción me golpea. Ahora la voz de la chica se turna jugando con la voz de un chico. Comprendo la letra en euskera.

Galduta nozenian zeinaiz ba ni.

Cuando estoy perdida, ¿quién soy?

—Herio. ¿Puedo entender el euskera por nuestro vínculo?

Él me mira un momento.

—Tendría sentido. Tenemos un lazo mágico. Y el euskera es el idioma de la magia. Al menos aquí.

Nerea zinen.

Eras mía.

Solo es una canción. Pero mientras Herio deja atrás la ciudad y se interna en la oscuridad de los montes, me recuerda sus palabras.

Significa que eres mía.

¿Cuánto de literal era cuando me dijo eso? Mierda, prefiero no pensarlo. Recordar lo que hicimos en esa catedral… Basta. Fue la magia. Fue la magia.

Alargo el brazo para pasarle una gomita roja. Él me mira y sus labios se estiran en esa sonrisa obscena que solo él logra conseguir. Y saca la lengua.

—¡No voy a dártela en la boca!

—¿Quieres que suelte el volante? Podría chocar.

Lo dice mientras pisa el acelerador a fondo y el coche se acerca a la curva a una velocidad totalmente ilegal.

—¡Ve más lento!

—Vale, pero dame mi gominola. —Disminuye un poco la velocidad y mantiene las manos en el volante.

—Idiota —digo, pero acerco la mano hacia su boca.

Él sonríe más, se inclina y agarra con los dientes la gomita de entre mis dedos. Sus labios tibios rozan mi piel. Solo un instante. Es solo un maldito instante y es suficiente para que un escalofrío me recorra por completo.

El fuego se enciende desde mi vientre hasta mi pecho y la cara me arde. Me cosquillean los malditos pies. Herio se ríe y yo le arrojo la bolsa con las gomitas al regazo.

—El resto tómalas tú.

Me alejo en mi asiento, apegándome a la puerta, como si necesitara poner distancia entre él y yo. Quisiera bajar el cristal y dejar que entrara aire, pero no quiero que se dé cuenta de lo mucho que me afectó.

Es por la magia, no puedes evitarlo.

Eso ha dicho él, eso dije yo para justificarme.

Pero cuando le mandé una colaboración hace dos años, cuando chillaba como una loca sobre mi cama porque la notificación decía que él había visto mi mensaje… Todavía no me había afectado ninguna magia.

Herio

Aparco el coche cerca del baserri,[119] pero no demasiado. Hay mucho barro por la lluvia y correría el riesgo de dejarlo atascado. Y todavía no sé si tendré que asistir al ritual. Ya, le he dicho a Sofía que le preguntaríamos a mi amuma si había otra forma sin sacrificar a Charlie, pero no es seguro. Además, esa otra forma podría implicar que asista al ritual de todas maneras. Todavía queda tiempo, son

casi las once de la noche y el ritual no es hasta las tres o cuatro de la madrugada. Cuando la luna menguante esté en lo más alto.

El cielo está completamente negro. Algunas estrellas se ven entre las nubes, pero la luna ni siquiera ha salido de los montes. Para criaturas como yo, el tiempo transcurre diferente en noches como hoy. Se estira, chicloso. Como una gominola.

Aunque no debería confiarme demasiado.

—No te alejes del camino —le advierto a Sofía y echo a andar por el sendero.

Nunca había traído a una chica que no fuera Eguzki a mi casa. La niebla repta como una criatura viva por el suelo, los árboles del bosque franquean el camino y las luces del baserri palpitan varias decenas de metros más allá en la oscuridad. Un cuervo grazna en la noche, dándome la bienvenida. He cruzado muchísimas veces este sendero, desde que tengo recuerdos, pero hay algo diferente hoy. ¿Será porque es Gau Beltza? ¿Será porque es la noche de mi ascensión?[120] El olor a madera, a hojas mojadas es más intenso. El cielo está cubierto por nubes muy negras y tengo que iluminar con una linterna el camino. Más por Sofía que por mí, yo me lo sé de memoria.

Y no solo es que los olores se perciban más intensos. El viento agita las hojas de los árboles, haciéndolas susurrar. Y más allá, siento el latido de la tierra. No. No es la tierra. Ladeo el rostro… es casi como si lo oyera. Las almas. Son las almas de los muertos, rogando por emerger de entre las raíces, de sus tumbas.

Los que tienen tumbas.

—¿Qué es esto, Charlie? —Sofía se agacha y recoge el palo que le ha traído el perro—. ¿Quieres jugar? ¡Ve por él!

Le arroja el palo de nuevo y Charlie corre por el sendero.

—No sé si es buena idea que Charlie se aleje. —Bajo la mirada hacia Sofía, que camina encapuchada a mi lado—. Este lugar es todo un cementerio y hoy las almas están furiosas y despiertas.

Ella levanta el rostro hacia mí. Joder. ¿Cómo puede ser tan guapa incluso en estas condiciones? Tiene una mancha de tierra en la mejilla, el maquillaje emborronado y el pelo hecho un desastre. Y se ve absolutamente follable.

—No veo las cruces, ni las lápidas.

—No las hay. —Apunto con el mentón el bosque—. Aquí murieron hombres defendiendo sus tierras en batallas hace muchos años. Son almas furiosas y hoy las siento inquietas. No dejes que Charlie se meta en el bosque.

—¡Eso, Charlie! ¡Oso ondo![121] —Sofía recibe el palito que Charlie ha recuperado y se lo vuelve a arrojar—. ¿Y bien? —Mete las manos en la sudadera mientras caminamos. Juraría que hace lo posible por mantenerse un poco alejada de mí. Si doy un paso hacia ella, ella da uno más—. ¿Cuál es el plan? ¿Qué ocurre si tu amuma confirma que soy tu sorgina? ¿Qué pasa si no quiero serlo?

Pues, te jodes, neska. No voy a dejarte marchar.

—Pregúntaselo a ella. —No me gusta reconocerlo pero…—. Supongo que si Arrate ha dicho que todavía hay que sellar el vínculo, es porque no es permanente. Se podría deshacer. Quizá.

—¿Es como un trabajo? ¿Me pagarías?

No puedo evitar reírme de la tontería que está diciendo.

—¿Sabes cuántas personas darían su vida por ser mi sorgina?

—Pues yo ya la di y nadie me pidió la opinión. Además, tengo más seguidores que tú. Pfff —Resopla—. Deberías ser tú el que me

ruegue porque sostenga tus velas en los rituales.

Suelto una carcajada y una lechuza sale pitando furiosa de un árbol. Sofía chilla asustada y se arrima a mí. Luego se aleja, como si yo le pudiera contagiar la lepra.

Qué orgullosa es. Ya ha quedado claro que le gusto. ¿En serio cree que es solo por la magia? Esto empieza a herir mi orgullo. ¡Soy un semidiós! Es ella la que debería agradecer que me fije en alguien como…

Vale, no. Es Sofía Ochoa. Cualquier dios se postraría a sus pies. Cada paso que da por este oscuro camino del bosque en dirección a mi casa me tiene de los nervios.

Va a pisar mi casa. *Ella* va a estar en mi casa.

El corazón se me acelera.

—Te mantendría, te daría techo y comida. ¿No te basta con eso, neska?

—No. Llevo una vida muy cara.

La sonrisa juguetona que tenía se desvanece y mira el camino oscuro frente a nosotros de una manera más sombría que los árboles altos y de ramas huesudas que nos rodean.

—¿Qué ocurre?

—Da igual si soy tu sorgina a no. Tengo que regresar a Chile en unas semanas.

Siento una molestia en el pecho de imaginarla al otro lado del planeta. Hostia, sí que es fuerte este vínculo. Hasta hoy, siempre creí que ella seguía en el otro lado del océano, no tenía idea que estaba viviendo en Euskadi. ¿Y ahora la idea me perturba tanto?

Y está delirando si piensa que voy a dejarla ir a Latam.

Charlie regresa corriendo con el palito, Sofía lo recibe pero esta vez no lo arroja de nuevo. Seguimos caminando en silencio mientras Charlie intenta quitarle el palito de la mano. Ella no se lo entrega. El perro, al rato se rinde y camina junto a nosotros, olfateando los árboles. Ya casi estamos llegando a mi casa y creo que nunca había hecho este camino con tanta gente.

Si cuento al perro como gente, claro. Lo que significaría que estoy delirando yo también.

—Si me voy a Latinoamérica… olvidaré que existes, ¿verdad?

Hostia. No había pensado en eso.

—¿Herio?

Me he quedado de pie unos pasos más atrás. Joder, definitivamente no puedo dejar que vuelva a Latam. Una cosa era que estuviera lejos cuando no nos habíamos conocido y otra muy diferente que se vaya y se olvide de mí. Ahora me conoce. No solo me conoce, hemos estado… No sé cómo describir lo que hemos hecho, pero ha sido intenso. Al menos para mí. No he sentido esta cercanía con ninguna mujer desde que murió Egu.

No quiero que Sofía se olvide de mí.

Incluso si Egu regresa.

La culpa se me asienta en la boca del estómago. La percibo incluso más pesada que cuando me he dejado llevar por el ritual y le lamí el cuerpo. Eso ha sido algo sexual.

No querer que me olvide se siente… más personal.

¿En serio estoy dispuesto a traicionar el amor que le juré a Egu?

Sofía me mira confundida, de pie en medio de la niebla, de los árboles susurrantes y ni siquiera parece tener frío. ¿Será por nuestro

lazo? ¿Será que mi sangre le ha dado fuerza? ¿Hasta dónde llegará ese poder? ¿Logrará sostenerse ese lazo si se va a Latam?

—Sí, más o menos —digo, recordando lo que me había preguntado. Siento la garganta seca—. Si te vas a Latam, me recordarías como un humano normal.

—¿Funciona como el akelarre?

—No, el akelarre es peor. Olvidas todo lo ocurrido el día del akelarre. Olvidas la existencia de los dioses y cualquier cosa relacionada con ellos.

—Aaah, vaya. En ese caso…

—Espera, ¿por qué sabes que la gente se olvida con el akelarre?

Volvemos a caminar y Charlie corre detrás de nosotros, alegre. Joder, espero que mi amuma encuentre otra forma de hacer el ritual. No porque me importe el perro, claro. Me la suda el perro. Pero no quiero que Sofía me odie.

Aunque ahora la que va a odiarme es Eguzki. El sentimiento de traición a mi ex se vuelve más fuerte a medida que me adentro en los territorios de mi casa. Pasé mucho tiempo con Egu en este bosque, en este lugar.

—Mis amigas me explicaron eso del akelarre antes de encontrarme contigo.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué?

Ya se ven las luces del baserri, estamos a punto de llegar.

—Porque… ¡No, Charlie! ¡Por ahí no! —Sofía sale corriendo detrás del perro que se acaba de internar en el bosque.

Hostia.

Corro tras ella.

El estómago se me retuerce. ¡No, ese camino no! Si sigue ese camino llegará directo al mausoleo de mis ancestros. Ancestros que se dedicaron durante generaciones a la nigromancia, igual que mi amuma. No creo que sea buena idea encontrarse con sus almas una noche como esta.

La neblina se retuerce con cada paso que doy y me murmura cosas. No la entiendo, creo que las almas se confunden con esta densa niebla que nos rodea. Empujo las ramas, empezando a ponerme nervioso porque Sofía desaparece de mi rango de visión y…

—¡Aquí estás! —Sale de detrás de un árbol, agarrando a Charlie que patalea furioso.

Está tan concentrada en el perro que, al parecer, ni siquiera se ha dado cuenta de las enormes estructuras de piedra que se alzan un poco más allá entre los árboles. Casi imperceptibles en la oscuridad.

—¡Calma, Charlie! —Sofía lo acaricia—. Herio nos va a dar comida en su casa.

Me mira con una sonrisa que parece sincera. Me gustaría creer que es sincera, pero tengo clarísimo que todo lo que está haciendo es para manipularme y salvar al perro.

Joder, puede que hasta llorar y confesarme que le ha gustado enrollarse conmigo no fuera más que una forma de retorcerme la mente.

Y lo peor de todo: No me importa.

—Bai, neska, os voy a alimentar. —Tiro de su mano, sin importarme sus anteriores intentos por alejarse de mí y la guío entre los árboles—. Hago una tortilla de patata que flipas.

—No sé si Charlie puede comer eso.

—Ya veremos.

Esta vez camina pegada a mí, agarrándose a mi brazo con el suyo y sosteniendo a Charlie en el otro. Parece nerviosa, supongo que el vínculo que ha generado conmigo la deja percibir el peligro, la energía de las almas mezclándose con la niebla. Dejamos atrás los árboles y la casa antigua se alza ante nosotros en medio de la oscuridad, iluminada apenas por unas farolas repartidas por el jardín.

Ufff, el alivio de que no haya seguido ese sendero es un sudor frío en mi espalda. Un poco más allá y se hubiera encontrado no solo con mis terribles ancestros, sino con algo mucho peor. El mausoleo donde está preservada Eguzki.

Desde aquí siento la energía latiendo. ¿Estará Egu realmente más presente esta noche? ¿O serán sensaciones que tengo por la terrible culpa que insiste en clavarse en mi pecho?

Mientras cruzamos el claro hacia la casa, haberle ofrecido tortilla de patata a Sofía me parece el acto más infame que haya hecho esta noche. Más que matar a esos hombres.

Nunca he cocinado para nadie que no fuera mi ex.

Sofía



Cuando Herio abre la puerta, la madera cruje, rompiendo el silencio de la noche del bosque. Una lechuza chilla en alguna parte y yo dudo un instante si entrar o no. Por puro instinto, en realidad no tiene sentido intentar huir. Su teoría de que hemos generado un vínculo tiene sentido, porque mientras me tomaba la mano para salir

del bosque podía sentir sus emociones en mi piel. Está nervioso. La culpa lo corrompe y no sé si sentirme bien o mal por eso.

Bien, porque significa que me desea a pesar de que su exnovia sea una diosa. Mal porque… Yo solo lo estoy usando para que no le haga daño a Charlie.

Querer más sería estúpido de mi parte. Tengo que regresarme a mi país, al menos una temporada.

—¡Aizu, txakurre![122] —grita Herio, pero es demasiado tarde, Charlie se escabulle dentro de la casa—. ¡Itzi hori,[123] Charlie!

Me muerdo el labio para no reírme. Por mucho que Herio se haga el duro, no ha demorado mucho en empezar a llamar a Charlie por su nombre. Creo que mi misión de rescate está a punto de ser un éxito, es obvio que si le coge un poco de apego al cachorro no va a ser capaz de matarlo.

Entro detrás de ellos y la luz me encandila mientras inspiro hondo; un intenso olor a tortilla inunda el lugar. Al sentir el olor de la comida, cualquier duda o idea de huida se esfuma de mi cabeza y el hambre despierta mis sentidos. El calor de las ollas al fuego, los caldos de aromas deliciosos burbujeando, hace que me tiemblen las piernas. Es como si, de pronto, todo lo que ha ocurrido, todo el cansancio y la locura de esta noche se me vinieran encima.

Y aunque dijo que no pruebe nada, no puedo quitar los ojos de esos caldos maravillosos. Se me hace agua la boca. El vapor se enrosca hacia el techo, dibujando formas extrañas entre los ramilletes de decenas de hierbas colgadas por aquí y por allá. Es una cocina antigua, pero está limpia a pesar de que, evidentemente, alguien dejó un proceso culinario sin terminar. Una especie de desorden armonioso. El horno emite una luz cálida y me muero por

saber qué se está cocinando dentro. Las dos sartenes tapadas que veo encima supongo que tienen tortilla. Incluso la zanahoria a medio picar que hay sobre una tabla en la encimera me atrae, me llama. No pasaría nada si tomo aunque sea un poco…

—Que no cojas nada, neska. —Herio agarra mi muñeca. Mierda, estaba a punto de tomar un trozo apetitoso y anaranjado de zanahoria, sin siquiera darme cuenta—. Goazen,[124] necesito limpiarme, estoy hecho un asco.

El contacto de sus dedos en mi piel me hace despertar. Es como si los vapores aromáticos me hubieran hipnotizado y la mano firme de Herio alrededor de mi muñeca me hubiera arrastrado de vuelta al infierno que es la realidad.

Sí. La cocina se sigue sintiendo acogedora, pero ya no tan iluminada y maravillosa como parecía mientras olfateaba los caldos.

Debo tener demasiada hambre. Parece un paraíso lejano que ha pasado frente a mis ojos y se ha escapado. Este lugar es tan acogedor que me dan ganas de llorar.

El cansancio me aplasta mientras Herio me empuja por la cocina para ir hacia otra puerta que hay al fondo.

La abre, pero yo me quedo de pie, mirando insegura la oscuridad del otro lado. El pasillo apenas tiene luz. Una escalera se perfila en la penumbra con la poca luz de las farolas del jardín que entra por las ventanas.

—¿Sofía? —Baja la mirada gris hacia mí, sosteniendo todavía la puerta.

Los tatuajes de su brazo y su pectoral izquierdo, el lado que tiene tatuado, están todavía salpicados de sangre. El pelo marrón desordenado se le queda un poco pegado en la frente, quizá por la

humedad, quizá por los restos de sangre. La cruz de acero de su oreja izquierda destella con la luz cálida del horno y soy incapaz de dejar de mirarlo.

Mi casa es el infierno.

Y él es, con absoluta certeza, el príncipe del infierno invitándome a pasar. Sería más fácil resistirme si el supuesto infierno no fuera tan… acogedor.

—¿Qué te ocurre? —Herio se detiene antes de abrir la puerta del fondo.

Tik, tak, tik, tak. Un reloj antiguo mueve las manecillas colgado en la pared. Son un poco más de las once, pero todavía quedan muchas horas para el ritual. Siento que en unas horas he hecho más cosas que en una semana entera.

Inspiro hondo y levanto la mirada hacia la de él. Tengo los ojos llorosos.

—¿En serio lo preguntas? Este lugar es el primer sitio normal que veo en horas. Ese tiempo en la cueva se me hizo eterno. Luego intentaron matarme, por segunda vez, en una catedral y me curaste mientras un montón de monjas se masturbaban a nuestro alrededor. —Me tiembla la voz—. ¡Y vi a dos hombres morir! —Respiro acelerada, me tiemblan las manos—. ¡Ha sido una noche horrible! ¿Y me preguntas qué me ocurre?

—Ya. Sin embargo… —Herio sonríe, una sonrisa maligna y arrebatadora—. Apuesto a que ha sido la mejor noche de tu vida.

Se interna en el pasillo siniestro y Charlie lo sigue moviendo la cola, superemocionado. Aprieto los puños y odio que vea tan fácilmente la verdad.

Porque sí. Esta noche me ha hecho sentir más viva que nunca. Lo que es un poco retorcido, considerando que me he casi muerto dos veces. Una creo que ha sido oficial.

Hipócrita, hipócrita.

Sigo a Herio en silencio por una escalera tenebrosa que cruje con cada paso que damos.

—Creo que mi amuma no está —dice Herio—. Mejor, así tendremos tiempo antes de que regrese. Se pone muy pesada cuando me ve con sangre.

—¿Tu amuma estará de fiesta? —Me causa gracia imaginarla por ahí. Los viejos en Euskadi son muy fiesteros.

Charlie pasa corriendo entre mis piernas y sube las escaleras contento.

—Créeme —dice Herio—, no quieres saber dónde está.

En el pasillo de arriba me guía hasta la habitación del fondo. Las puertas a los costados están cerradas y no se ve ninguna luz.

—¿Vives aquí solo con tu amuma?

Herio me mira. Fuera, las nubes se abren y dejan pasar la luz anaranjada de la luna menguante. Iluminan el perfil de Herio y la sonrisa que se forma en sus labios.

—Bai, nadie nos molestará.

Empuja la puerta de su habitación y Charlie entra antes que yo.

Nadie nos molestará.

Vale, pero… no molestarnos ¿para qué?

Supongo que se refiere a hablar. Hablar sobre todas las cosas que en una sola noche me cambiaron la vida.

Mierda. Entrar en su cuarto no debería ponerme tan pero tan nerviosa.

HOGEITA BOST

¿Qué es el amor?

VEINTICINCO

Sofía



—No es necesario que te quedes pegada contra la puerta.

—Ya —aparto la mirada, me quedo en la puerta.

—No te voy a hacer nada. De hecho, aquí estás bastante a salvo. Si mi amuma se entera de lo que intenté hacerte en la catedral, es posible que me entregue de sacrificio a Akerbeltz ella misma.

—Pero ella no está.

Solo estamos los dos y Charlie, en este cuarto oscuro. Ni siquiera ha prendido la luz, quizá la escasa luz que llega desde el jardín es suficiente para él. Y me incomoda mucho que lo más grande de la habitación sea la cama, espaciosa y de sábanas negras. Tenían que ser negras, por supuesto. Está desordenada, como si se hubiera marchado con prisa. Y huele a manzanas. Estoy a unos pasos de la cama, pero ya desde aquí puedo olerlo.

—En serio, te he dicho que no volveré a tocarte así. —Se detiene un momento—. Alexa, enciende la luz de la mesita.

Espero que Alexa sea la virtual y no un fantasma llamado así al que le da órdenes mágicas.

Alexa, virtual o muerta, prende la luz. Herio camina hacia mí y trago con dificultad. Me paso una mano por el pelo y miro las otras cosas, intentando disimular. Hay un escritorio en la esquina con algunos libros y una tabla de surf al lado, apoyada en la pared. ¿Por qué tiene alguien como él una tabla de surf? ¿No debería tener algo más adecuado?

Algo como una guadaña.[125]

¿Y por qué se acerca tanto?

—Cógelo, a ver si vuelves a confiar un poco en mí. —Se detiene a solo un paso de distancia, saca algo del bolsillo del pantalón y trato de ignorar el caos de mi cuerpo ante el hecho de tenerlo tan cerca —. No creo que siga funcionando, pero…

¡Es el iPhone! Lo deja entre mis manos y el pulso se me acelera todavía más en los breves instantes que nuestras manos se tocan. Algo debió ocurrirme con ese ritual, porque sí, siempre lo he encontrado guapo, pero las reacciones químicas de mi cuerpo están yendo demasiado lejos.

—Me alegro de que lo rescataras. —Afirmo el colgante de plata de mi hermana entre los dedos—. No era el teléfono lo importante.

—No me jodas que es un regalo de tu ex.

No puedo contenerme. Levanto la vista y le dedico una media sonrisa.

—¿Y si te dijera que sí?

Algo terrible se revuelve en la tormenta gris de sus ojos y el placer de sentirme tan deseada por él enciende mi vientre. Luego recuerdo que está obsesionado con su ex y se infesta de algo que se siente como… veneno.

Mierda. ¡Sofía! ¡Solo lo conoces hace unas horas! ¡No seas tóxica!

—Ni siquiera es un ex —añado—. Es bastante actual. Es… ¡Ey, qué haces!

Herio me quita el móvil de las manos y agarra entre los dedos el colgante. Me doy cuenta con horror que va a arrancarlo.

—¡Es broma! —Me arrojo sobre él y se lo trato de quitar—. ¡Me lo dio mi hermana!

Él se detiene y me mira, arqueando una ceja. La maldad y las promesas de asesinato son las palabras que definen su expresión en este momento.

El corazón me golpea el pecho.

—¿Benetan?[126] ¿De verdad te lo dio ella?

—¡Sí! —respiro acelerada, recupero el teléfono y lo meto en los bolsillos de la sudadera—. Por eso me arrojé por él, idiota. ¡Pero no tendrías que ponerte así si fuera de un hombre!

—¿Sabes qué pasa, neska? —Herio se inclina hacia mí y retrocedo un paso, chocando mi espalda contra la puerta—. Ser mi sorgina trae consigo un contrato de exclusividad.

—Lamento decirte que ya hice ese trato con otro. Solo he venido un tiempo a Euskadi, tengo que regresar a…

—Ya hablaremos eso cuando mi amuma nos diga cómo seguir con esto.

—¿Seguir con esto?

No sé por qué estoy respirando tan agitada. Herio se cierne sobre mí, como si me tuviera secuestrada otra vez.

—¿Estoy secuestrada otra vez?

Su sonrisa se estira con malicia.

—¿Quieres estar secuestrada otra vez?

—No.

Aunque no estuvo tan mal la primera.

—Mira, Sofía, el vínculo de sorgina es importante. No creas que es como hacerse un tatuaje con los amigos. Probablemente estemos unidos toda la vida. Quizá también las siguientes.

—¡¿Qué?!

En serio, su sonrisa es demoniaca.

—Así que dame el nombre de ese hombre, el pobre imbécil que piensa que tienes que regresar con él a Chile. ¿Es ese tal Vicente? ¿Es tu novio? Mándale un whatsapp y termina con él.

Diooosss, ¿es normal que me esté causando cosquillas deliciosas entre las piernas la manera asesina en que pronuncia el nombre de Vicente? Lo pronuncia como… como si le fuera a disparar.

Eso no debería ser excitante. No debería.

—Yo no lo llamaría novio. —Apoyo la espalda en la puerta y suspiro—. Es mi… ¿mi dueño? Es quien administra el dinero de mi OnlyFans. Y el único que tiene derecho a tocarme. Es lo más cercano que tengo a una relación.

A Herio le da un tic nervioso en el ojo. En serio. Ni siquiera le tembló de esa forma cuando lo estaban amenazando con una pistola.

—¿Estás enamorada de él? Espero que no, porque le quedan pocos días de vida.

Se me escapa una risa.

—¿Qué es el amor, Herio? —digo con sarcasmo—. Yo no sé lo que es eso.

Retrocede como si lo hubiera golpeado. Aprieta los labios, se pasa una mano por el pelo y me mira de una manera que no logro interpretar. ¿Se ha enfadado? Me da la espalda y camina hacia la

cama. Charlie se ha subido y ahora lucha con las almohadas de Herio, zarandeándolas de un lado a otro como si fueran enemigos.

—¡Bájate de ahí! —Lo agarra del pelo sobrante del cuello y lo deja en el suelo—. ¡Ondo porteu![127]

Herio clava los ojos en el reloj de la pared del fondo, marca las once y cuarto.

¿Qué pasa con esta noche que el tiempo se pasa tan lento? ¿Es una broma?

—Espero que mi amuma llegue pronto. —Mira a Charlie y luego a mí—. Voy a ducharme.

—¿Sigues preocupado por la hora del ritual? ¿Todavía piensas hacerlo? —Cruzo el cuarto y me detengo junto a él—. ¿En serio serías capaz?

Herio vuelve a pasarse la mano por el pelo, de esa manera nerviosa que se lo deja todo alborotado y sexy. Está enfadado por algo. ¿En serio le molestó eso que dije del amor?

—No quiero hacerlo. —Tuerce los labios y me mira molesto—. En serio no quiero hacerlo, ¿vale? Pero si no hay otra forma, haré lo que tenga que hacer.

—¡Pero…!

—¡Te he dicho que me lo pensaría, joder! Te he dicho que buscaríamos opciones. Pero no te he prometido que la idea quedaba descartada del todo.

Me da la espalda y camina hacia una puerta que hay cerca del escritorio.

—Voy a quitarme toda esta sangre. —Apunta con la mano la sangre seca que se pega como otro tatuaje en sus músculos—. No

salgas. Esta casa está rodeada de tumbas, de almas furiosas. Y hay una, bastante poderosa, a la que no le caes especialmente bien.

—¿Por qué te has enfadado ahora?

Se detiene con la mano en la puerta del baño. Por un momento creo que no va a responderme, pero se gira hacia mí.

—No estoy enfadado contigo.

Me duele el corazón. Porque creí que ya se había olvidado de lo de Charlie. Porque no me gusta que me mire como lo está haciendo en este momento. Con esa especie de apatía, como si otra vez hubiera una distancia enorme entre él y yo.

—¿Entonces?

Herio duda. Luego aparta la mirada.

—Me has recordado a mi ex.

¿Qué? ¿Por qué?

Pero no dice nada más. Empuja la puerta y se mete en el baño.

Trato de entenderlo, en serio, lo intento. Sé que no debe ser fácil lo de su ex. Solo murió hace dos años y me imagino que fue importante para él, no solo porque fuera una diosa, sino porque nunca se le ha visto con ninguna chica desde que ella murió.

¿Pero insistir con matar a Charlie? ¿Después de que Charlie incluso lo salvó mordiendo a ese hombre cuando estuvo a punto de a disparar? Doy unos pasos hacia el cachorro, pero él se mete debajo de la cama. Me agacho para llamarlo, pero se ha acurrucado y me mira hecho bolita, acomodado en lo que parecen ropas abandonadas de Herio debajo la cama.

Bueno, mejor. Que se quede ahí y Herio ni lo vea al salir. Tengo que distraerlo, todavía queda tiempo. Me muerdo las uñas, paseando de aquí para allá.

No, no. No sirve de nada que me ponga nerviosa. Estábamos avanzando, dijo que no quería hacerlo a pesar de que al inicio se burlaba y decía que le daba igual. Aunque en realidad yo creo que nunca le dio igual. Ya me he dado cuenta de que tiene una tendencia a hacerse el duro más de lo que realmente es.

Solo necesito reunir todo lo que sé de él y acercarme. Acercarme más.

Aunque sea un semidiós, es un chico normal. Y cliché. Su cuarto lo demuestra; una representación visual del semidiós de la muerte. Vigas de madera oscura, las paredes de color ceniza azulado y cortinas negras. Cobertor negro en la cama. Lo único color crema son las almohadas, parecen fundas de seda. Curioso considerando que tiene un coche de mierda y una casa… antigua. No es una mala casa ni se cae a pedazos. Solo es muy antigua. La madera vieja se queja bajo mis pies cuando cruzo hasta el escritorio de madera robusta.

Tal vez tenga un diario de vida donde esconda sus secretos. Podría usarlos para manipularlo mejor.

Se oye fuerte el sonido de la ducha en el baño, así que no creo que salga por ahora. Aprovecho el tiempo y empujo los libros que tiene desordenados. Ningún diario. Tampoco en los cajones, donde solo hay tonterías y paquetes de gomitas sin abrir.

Suspiro. Tan cliché y normal no es, no se ve ningún paquete de condones como se esperaría en un joven de su edad.

Ordeno de nuevo los libros y uno llama mi atención. Es de Mariana Enriquez, un ejemplar de *Nuestra parte de noche*.

¿En serio? Esto sí que es cliché. El semidiós de la muerte leyendo novelas oscuras sobre hombres siniestros como él. Lo peor de todo

es que he leído ese libro y el protagonista no solo estaba loco, sino que atormentado y obsesionado también con su mujer muerta.

Mierda. Espero que no haya romantizado ese libro.

Tomo una bolsa de gomitas del cajón y camino hacia la cama. Me siento, abro la bolsa y me como una gomita roja. La saboreo y trato de ponerme en el lugar de Herio, pero me cuesta. Nunca me he enamorado de alguien. Creí estar enamorada de Vicente cuando más niña y solo era un vínculo tóxico. Sigue siendo un vínculo tóxico.

Aunque sí he perdido a alguien a quien amaba. Y me vine al otro lado del mundo para buscar alguna pista de ella. ¡Pero es mi hermana! Uno puede superar a su ex muerta. No es igual. A un hermano no lo olvidarás jamás. Tampoco lo reemplazarás por otro.

En cambio a la ex…

Ser mi sorgina trae consigo un contrato de exclusividad.

Eso es. No tengo que desesperarme. Yo le gusto, aunque intente negarlo y reducirlo a algo sexual.

Cierro un momento los ojos, disfrutando las gomitas dulces. Antes, al tocar a Herio he percibido sus sentimientos. Ansiedad, culpa. Eso es lo que le pasa. No es que siga enamorado de su ex, solo se siente muy culpable. Si la amara tanto no querría retenerme, no querría chupetearme el cuerpo.

Bueno, quizá sí. Tal vez solo lleva mucho tiempo sin sexo. ¡Sí! ¡No hay condones en su escritorio! Me levanto, miro la mesita de noche y abro los dos cajones. Tampoco hay ninguno aquí. Podría tenerlos en otro sitio, pero por cómo se ha comportado y por la culpa que siente… ¿Podría ser que no ha estado con nadie en mucho tiempo, ni siquiera sexualmente? Rebusco un poco más y mis dedos se topan con… Mierda. Es una foto.

La levanto, el agua todavía suena en la ducha y no creo que él vaya a salir.

Es de esas fotos instantáneas y sale él, más joven, con el pelo más largo y recogido en una coleta, abrazado a una chica en la playa. La chica le está plantando un beso en la mejilla y es la cosa más hermosa que he visto sobre la faz de la tierra. Lleva un vestido negro, corto y vaporoso. Sus dos coletas de pelo rosa pastel vuelan al viento y no es como el que me teñía yo, sino rosa de verdad. Se ve natural, pareciera que nació con él. La piel de ella es incluso más blanca que la de Herio, como una muñeca de porcelana.

Panpina.

Muñeca. Es así como me llama Herio.

Trago con dificultad y la angustia se clava fuerte en mi pecho. ¿Es posible que me diga así porque le recuerdo a su ex? ¿Porque dije que me sentía como una muñeca? Y aunque no tengo esa piel, porque la mía es morena, suelo vestirme como una muñeca.

Mierda. Mierda.

Dejo caer la foto en el cajón y lo cierro, con el corazón latiendo muy fuerte. Su ex era una diosa y es evidente hasta en una maldita foto. Esa chica parecía irradiar luz incluso en el papel. Y la expresión de Herio en la foto… Sus ojos en vez de maliciosos parecían radiantes y felices.

Me siento en la cama y me limpio los ojos. ¿Por qué estoy llorando? ¿Soy idiota? Me cuesta respirar. Esto no tiene sentido, no tiene que importarme tanto. ¡Lo conozco hace unas horas! ¡No puede importarme tanto!

Inspiro profundo, más profundo. Respiro una y otra vez, haciendo un esfuerzo por calmarme o voy a despertar a Charlie.

Creí que podía manipularlo, seducirlo porque se siente atraído hacia mí. Pero ¿cómo voy a luchar contra eso? ¿Contra una diosa?

Ahora entiendo por qué está tan empeñado en revivirla.

Me tiro de espaldas en la cama y arrojo la bolsa de gomitas a la mesita. Hace frío, así que tomo el cobertor negro y me lo paso por encima. Me quedo mirando el techo mientras las lágrimas caen por los costados de mi cara.

Soy una idiota. Solo me revivió porque le recordaba a su ex. Quizá… Quizá de alguna forma sintió que la estaba salvando a ella, que podía enmendar un error.[128]

Herio

Joder, que alivio es que el agua de la ducha me quite la sangre y mis pensamientos sucios.

Sofía Ochoa está en mi cuarto, en mi puto cuarto. ¡Solo con mi sudadera y en bragas!

Cierro los ojos, dejando que el agua caliente me golpee, pero no logro quitarme esa idea de la mente. No logro dejar de pensar en su olor, en sus pezones en mi boca.

¿Qué es el amor, Herio?

¿Por qué tenía que decirme justo esas palabras? ¿Cómo puedo estar excitado y sentir tanta culpa y tanto remordimiento a la vez? Me siento infiel. Me siento desleal. Egu está muerta, pero le juré amor eterno, más allá de la vida y la muerte. Esta noche iba a traerla de vuelta. Iba a dar el primer paso para tener mi poder completo y revivirla.

¿Y qué estoy haciendo? He traído a una chica a mi casa. Y no a cualquiera. A la chica de mis sueños.

Es la peor traición posible. Cierro los ojos de nuevo, intentando concentrarme, percibir las presencias. ¿Estará Egu rondando, observándonos? La he percibido en el altar de la catedral, pero quizá era el remanente de energía que alguna vez dejó ahí. Y ahora… Ahora si cierro los ojos percibo la presencia de Sofía en mi cuarto y es tan potente, que no logro enfocarme en nada más.

Es mi dueño. El único con derecho a tocarme.

¿Tocarla? De solo imaginar a otro hombre tocándola siento unos instintos diabólicos. No solo voy a encontrarlo y matarlo. Voy a torturarlo, le arrancaré los ojos, la piel lentamente. Oiré sus gritos y me masturbaré con el recuerdo de su muerte lenta y dolorosa.

Sofía Ochoa no volverá a estar con otro hombre que no sea yo.

La manera en que gemía mientras le chupaba los pezones en la catedral me persigue. No consigo pensar en otra cosa. Estoy tan caliente que el agua casi se evapora en cuanto me toca la piel. El vapor se acumula en el baño hasta que no veo ni mis propios dedos agarrándome la polla. Arriba y abajo. Arriba y abajo. Me masturbo pensando en Sofía, en su olor. Ha arruinado mi noche ritual, una noche que tenía que ser perfecta, pero no puedo dejar de pensar en esos bonitos ojos redondos que tiene y esas tetas de diosa, blanditas entre mis manos.

Oír a Sofía Ochoa gemir y que yo sea el que ha provocado esos gemidos es lo más excitante que me ha ocurrido en la vida. Que Egu me perdone en el más allá, solo es algo sexual.

¿Qué es el amor, Herio?

Joder, basta.

Solo.

Es.

Sexual.

Voy a revivir a Egu. No hoy, quizá. Habrá otra manera de hacerlo. Y antes de eso voy a follar a Sofía Ochoa de todas las formas posibles que he imaginado durante años. Los espasmos de placer me recorren, la risa de Sofía jugando con el perro en el bosque vuelve a mí, su brazo buscando el mío cuando tenía miedo, sus gemidos. Sus putos gemidos.

Contigo me siento segura.

Apoyo la espalda en la pared y me sigo tocando. ¿En verdad es mi sorgina? ¿Cómo voy a tener tanta puta buena suerte? Al pensarlo me acerco al orgasmo. De imaginar su boca en mi polla me acerco al filo de un abismo al que no debería caer.

Pero caigo. Me corro pensando en ella, en su sangre deliciosa contra mi lengua. ¿Sabrá mejor porque es virgen? Parece que esas tonterías sobre las vírgenes que se inventaban en el pasado tenían algo de real.

Akerbeltz me mataría si sabe que tengo una virgen en mi casa y no se la llevo al ritual.

Antes muerto.

Salgo de la ducha y me rodeo el cuerpo con la toalla. No veo mi reflejo en el espejo, hay demasiado vapor. ¿Y que es este vacío que siento? La excitación de la paja que me acabo de hacer empieza a disiparse mezclada con otra cosa. Una cosa que se siente como un maldito agujero en el pecho. Un vacío nauseabundo.

No puedo creer que me sienta traidor por una maldita paja.[129]

Estiro la mano y la paso por el espejo empañado del baño, la deslizo hasta que la mitad de mi cuerpo es visible. Me seco el pelo mojado con una toalla, mirando mis ojos plateados en el reflejo y… ¡Hostia puta!

Detrás de mí, durante un instante, la veo. Su pelo rosa flotando, sus ojos celestes juzgándome, confundida como agua con el vapor del baño.

Me giro y la toalla con la que me secaba el pelo cae al suelo. Respiro como un loco, pero no hay nadie ahí. La presencia de Egu se esfuma, ya no la siento, pero juro que estaba aquí. La he visto. Hostia, ella me ha visto. Ha visto lo que acabo de hacer y sabe que estaba pensando en Sofía.

Y antes era distinto. Antes Sofía era alguien inalcanzable, irreal.

Pero ya no lo es.

Ahora es muy real. Demasiado real.

Empujo la puerta del baño, cubriéndome la parte inferior del cuerpo con una toalla y el vapor repta por la habitación. El reloj marca las doce. No son ideas mías, Egu me ha estado espiando.

¿Tanto tiempo transcurrió mientras me bañaba? Tal vez solo pasa más lento cuando estoy con Sofía.

Y Sofía se ha quedado dormida en mi cama.

La culpa es peor que antes. El placer residual de haberme hecho una paja todavía cosquillea en mi vientre mientras camino hacia la cama. Me siento al lado de Sofía y contengo la tentación de tocarla.

He sido un cabrón. He jodido todo solo porque Sofía se ha cruzado en mi camino. Dos años de duelo, de serle fiel incluso después de la muerte… para que esta chica en unas cuantas horas en mi vida me hiciera dudar de todo.

¿Qué debería hacer? Todavía quedan horas para el ritual. Pero si lo hago… ella va a odiarme para siempre. Y si no lo hago, la que va a odiarme es Eguzki.

Aunque tal vez si mantengo una distancia decente con Sofía, cuando la reviva, Egu pueda perdonarme. Incluso si tardo un poco más de lo que pensaba.

Sofía se estremece, creo que tiene frío. Fuera se oye la lluvia, cayendo de nuevo.

¿Podría? ¿Podría mantener las distancias? Deslizo mis dedos por la piel desnuda de su hombro. Sofía Ochoa está en mi cama. Es un maldito ángel durmiendo entre mis sábanas. Un ángel pornográfico.

Distancia decente los cojones.

Balbucea algo medio dormida y se gira. Nuestros ojos se encuentran y estoy seguro de que alejarme de ella sería imposible.

HOGEITA SEI

Ríndete

VEINTISÉIS

Sofía



Me rodea una oscuridad diferente. Es difícil de explicar. Sabes que no es la oscuridad de cuando cierras los ojos ni tampoco la de una caverna oscura. Es la oscuridad de la muerte. Una oscuridad que promete cosas, que te invita a adentrarte en ella tirando de tu alma y de tus más secretos anhelos.

Salta.

El viento revuelve mi pelo y me inclino sobre la baranda de la estación. Hay un camino entre esa oscuridad tentadora, más abajo del andén. Si saltara caería en ese camino y podría recorrerlo, saber si ella está ahí.

Un momento… ¿Quién? ¿A quién buscaba? Yo buscaba a alguien.

Salta.

Salta.

¡Salta!

Tal vez debería saltar. Suena emocionante y no veo ninguna razón para no hacerlo. Es más, siempre he querido hacerlo. Siempre he querido saltar.

Apoyo un pie en las barandas de metal y estoy por empezar a subir cuando un murmullo que se acerca desde la distancia me detiene. Txu, txu, txu. Cada vez más fuerte. Txuku, txuku, txuku. Me giro y el enorme faro de un tren se viene acercando en la oscuridad.

¡Salta!

No suelto la baranda, todavía quiero saltar. Pero algo tira de mí hacia esa luz, el sonido del tren que es como un arrullo acogedor. Disminuye la velocidad y los primeros vagones pasan cada vez más lento frente a mí. A través de las ventanas veo paisajes, lugares. Personas. A algunas las conozco. Una de ellas se gira hacia mí y abre mucho los ojos por un momento, apartándose la revoltosa melena marrón para mirarme.

Enseguida se va, esa ventana se vuelve chiquita y se aleja. Y aunque algo me dice que conozco a esa persona, para cuando pasan más ventanas ya he visto muchas caras y muchas vidas y no recuerdo quién es.

El tren es larguísimo y empiezo a perder interés. Todas las ventanas son iguales, las personas son iguales. Todo se repite una y otra vez, en cambio la oscuridad murmura mi nombre. Me volteo.

Sí, creo que debería saltar.

—¡Sofía!

Me giro de nuevo hacia el tren. Se ha detenido y la puerta del vagón frente a mí se abre, irradiando una cantidad de luz insoportable. Una figura alta me mira de pie en medio de esa luz y estira una mano hacia mí. Me cuesta ver sus rasgos con tanta luz.

—¡Rápido! —Da un paso hacia mí, con el brazo extendido y sus largos dedos invitándome a tomarlos—. ¡Vente conmigo! ¡Ahora!

Dudo un momento. ¿Quién es ese hombre? Mis ojos se acostumbran a la luz, ahora veo mejor. Miro su mano, luego alzo los ojos y… Dios. Es hermoso. El pelo marrón refleja las luces del techo, desordenado, caótico. Sus ojos son casi tan plateados como la luna y sus labios… no sé cómo describir sus labios sin caer en una obscenidad.

El tren empieza a ronronear otra vez, se pone en marcha.

—¡Etorri hona, panpina![130]

No puedo decirle que no. Es imposible decirle que no.

Así que tomo su mano. Él tira de mí con fuerza, me abraza contra su cuerpo y el viento amenaza con tirarnos a los dos del tren que ya corre a toda velocidad. Pero las puertas no se cierran y la oscuridad enfurecida intenta alcanzarme, es una fuerza que me hace gritar mientras el hombre me abraza y el viento genera un caos dentro del vagón.

—Lasai[131] —susurra contra mi pelo—. No volveré a soltarte.

La oscuridad se aleja. Respiro apretada contra el cuerpo del hombre.

Huele a manzanas.

—¿Sofía?

Herio me observa serio sentado en la cama junto a mí. La luz de la lámpara de la mesita vuelve anaranjado su perfil semidivino. Tiene el pelo húmedo por la ducha y algunas gotitas todavía reposan en sus pestañas. Me incorporo de a poco, todavía aturdida por el sueño que acabo de tener. Mis ojos se tardan un momento en su cuerpo desnudo, cubierto solo por una toalla blanca en las caderas. La

manera en que se marcan húmedos los surcos de su abdomen y su oblicuo es realmente infame.

Con un esfuerzo aparto los ojos y lo miro a la cara. Podría mentirme a mí misma y creer que solo me gusta por el vínculo mágico que hemos creado. Posiblemente eso ha hecho que todo lo que siento sea más intenso, pero… este chico me pareció el ser más guapo que había visto jamás desde que me saltó su primer vídeo en TikTok.

Su olor a manzanas me acelera el pulso, es una droga. Y esos ojos grises ligeramente rasgados como los de un gato me queman por dentro.

—Me gustabas más cubierto de sangre —murmuro somnolienta.

Él sonríe y su boca es una maldita desgracia. ¿Puede ser una boca lujuriosa solo con sonreír?

Sí. La suya lo es.

—Y a mí me gustas más sin ropa, neska.

El estómago se me contrae y el corazón me da un brinco.

Esta ha sido una noche loquísima. Al inicio de esta noche creí que detestaba a este hombre. Creo que solo era mi orgullo herido porque me rechazó. Aunque todavía podría odiarlo otra vez si insiste con lo de Charlie.

—Estás rara. —Herio se inclina un poco hacia mí y me aparta el pelo de la cara—. ¿Te encuentras bien?

—Estaba soñando con el momento en que morí.

Herio me mira con curiosidad.

—¿Recuerdas algo? Yo… —Aparta la mirada un momento—. Me he desmayado cuando intentaba reanimarte y algo recuerdo. Había un

lugar… Como si estuviéramos en unas clases, en una especie de escuela. En ese lugar te conocía. Hace mucho tiempo.

Y ahora me doy cuenta por qué este vínculo es tan poderoso. Por eso mis emociones hacia él son tan intensas. Porque eso es lo que siento. Siento como si lo conociera desde hace tiempo.

Herio ladea el rostro, mirándome pensativo a los ojos. El gesto es tan casual, familiar, tan cotidiano, que un escalofrío me recorre. No puede ser cotidiano si lo conozco hace unas horas. Pero aquí estamos, los dos sentados sobre su cama de sábanas negras, con Charlie tranquilamente dormido debajo, conversando como si hace unas horas no me hubiera secuestrado. Como si no hubiéramos estado en un tiroteo en una catedral. Como si…

—Lamento la forma en que me he puesto antes de irme al baño. —Herio aparta la mirada y me doy cuenta de que está viendo el cajón del velador—. No sé qué hacer. —Apoya los codos en las rodillas, inclina la cabeza hasta agarrarse el pelo entre los dedos y cierra los ojos—. Estoy tan confundido, joder.

¿Confundido?

—¿Porque te recuerdo a tu ex?

—Me siento culpable. La he visto en el baño.

—¡¿Qué?! —Me siento más recta y la sudadera me resbala, dejando el hombro descubierto.

Los ojos de Herio se desvían un momento hacia mi hombro y los aparta rápido.

—La había sentido en la catedral. Creí que podían ser ideas mías por la culpa de estar traicionándola con eso de pensarme si hacer el sacrificio. Pero no. Ahora en el baño la culpa fue peor, me asfixiaba y… Ahí estaba. Detrás de mí.

Miro hacia todos lados, hacia las sombras del cuarto. ¿Qué espero? ¿Encontrar a su ex espiándonos oculta detrás de la mesita de noche o del armario?

—Creo que ya no está. No estoy seguro. Joder, mis actos deberían haberla apartado lo suficiente.

No lo dice con alivio. Sus palabras, la espalda curvada hacia delante mientras se agarra la cabeza con las manos, hablan de culpa y de dolor. Y me hace sentir mal. Mal porque… ¿Qué esperaba? Que porque me dijo que no volviera a Latam y se pone posesivo cinco minutos ¿va a existir algo entre los dos? ¿Es que soy tan idiota de confundir un berrinche de machito posesivo con interés real?

Solo le interesa mi cuerpo, como a todos. Y es mejor que asuma eso.

—Vi la foto que tienes en la mesita. Estaba buscando si tenías condones y…

—¿Ah? ¿Por qué buscabas condones? —Herio gira la cabeza hacia mí y se endereza—. Espera, tú…

—¡No, no! —Agito las manos y la cara me arde de vergüenza—. Solo quería saber si habías estado con alguien, si…

Herio suelta una risa que suena más a desgracia que a felicidad.

—No he estado con nadie en dos putos años. Desde que ella murió.

Oh, vaya. ¡¿Qué?! ¡¿Dos años?!

—¿Por la culpa?

Es muchísimo.

—Claro que es por la culpa. Y porque ninguna persona me ha parecido que merezca la pena. Porque todavía la quiero. Hasta hoy

pensaba que nunca querría volver a tocar a otra mujer que no fuera ella.

Me miro las manos, juego con los dedos sobre el cobertor. Empieza a llover de nuevo. Gotitas de lluvia furiosas golpean contra el cristal de la ventana y agradezco que mitiguen el silencio incómodo que crece entre los dos.

—¿Por eso me dices muñeca? ¿Porque te recuerdo su aspecto?

Herio voltea el cuerpo por completo hacia mí y queda con una pierna fuera de la cama y la otra flectada sobre el colchón.

—Te digo muñeca porque pareces una muñeca.

Lo miro a los ojos y me está sonriendo. Dos hoyuelos caprichosos se forman cerca de su boca.

—Las muñecas están vacías —susurro.

Herio estira el brazo hacia mí y me da un golpecito con el dedo en la nariz.

—Las muñecas representan cosas imposiblemente bonitas.

El corazón se me detiene.

—Tu ex también parecía una muñeca. Era preciosa.

—Lo es. Sigue siendo preciosa. —La lluvia cae con más fuerza—. Está preservada, en un mausoleo en los jardines de la casa.

Mierda. La imagen de Herio en la foto, feliz, enamorado y sin la malicia que ahora es habitual en sus facciones se mezcla con la idea de su ex preservada en el mausoleo. ¿Qué tan desesperado tiene que haber estado para haber hecho eso?

—Me has salvado para reparar lo que no pudiste hacer con ella.

—¿Qué dices?

El viento sopla y agita los árboles fuera de la casa. Sombras extrañas se forman en las paredes de la habitación y me siento fuera

de lugar. Incómoda.

—Te gusto —digo insegura— porque me parezco a tu ex.

Él me afirma de la barbilla y me obliga a mirarlo a los ojos.

—Neska, llevaba años obsesionado contigo. Eras mi amor platónico. —Lo dice como si tal cosa y no puedo evitar ponerme roja —. No me gustas porque te parezcas a mi ex.

—¿Seguro que no?

—Joder, no. Eguzki me gustó porque se parecía a ti.

¿Qué? Me llevo a la mano al pecho. ¿Se está burlando de mí? Es decir, sé que la gente me encuentra guapa. Pero ella…

—Ella era una diosa.

—Bai. ¿Y qué?

—¿Y qué? Yo soy solo una humana.

—Aun así.

No me lo creo. No me creo lo que está diciendo.

—¿Acaso te sorprende? —Herio se acomoda y su pierna medio tapada por la toalla roza la mía, apenas cubierta por la sudadera—. Egu te odiaba porque lo sabía. Su aspecto de muñeca me recordaba a ti, usaba el mismo tipo de ropa, el pelo del mismo color que el tuyo en esa época. Le dije que la amaba, que tú eras una obsesión del pasado y en serio lo creí.

—Todavía la amas. Lo has dicho.

—¿Lo he dicho? —Sus labios se inclinan en una sonrisa triste—. No tengo ni idea de qué cojones siento, neska. Solo me siento asquerosamente infiel y traidor. Y asquerosamente desesperado por no perderte a ti ahora que el destino te ha puesto en mi camino.

En serio está confundido. El gris de sus ojos es un caos de culpa y tentación. Y debería sentirme mal por él, pero no puedo. Saber que

él está sintiendo dudas por mí, alimenta un ego perverso en mi interior.

—Entonces —murmuro, inclinándome un poco hacia él—. No me pierdas.

Los ojos de Herio se pasean por los míos. Cierra los ojos y se lleva una mano a la cabeza, agarrándose el pelo.

—Llevo dos años preparando esta noche, joder. ¿Cómo voy a hacerle esto, cómo…? Si mi amuma no llega pronto…

No, no. Está dudando otra vez.

—Por favor. —Me acerco más y lo agarro de los hombros—. Te ayudaré. Encontraremos otra manera.

Mira un momento el cajón y sé qué está pensando en ella.

—Olvídala por una noche —susurro tomando su cara entre las manos para que me mire a los ojos—. Solo una noche. Olvídate de la culpa, Herio. Ella está muerta, yo estoy aquí.

—¿Qué estás insinuando, panpina?

No dejaré que vaya a ese maldito ritual.

—Sabes lo que estoy insinuando. —Lo rodeo del cuello y noto cómo se pone de tenso, enderezando mucho la espalda y mirándome como si fuera una súcubo salida del infierno.

Traga con fuerza, la nuez de su cuello se mueve de manera deliciosa.

—Ya, y sé también que lo haces solo para distraerme, neska.

—¿Y qué? —Me inclino, apego más mis caderas a las suyas y suspiro en su oreja—. Voy a chuparte la polla. ¿En serio te importa la razón?

Apoyo los labios en su cuello. Herio me agarra del pelo y me tira hacia atrás. Nuestros ojos quedan a centímetros de distancia. Los de

él arden, brillantes como mercurio.

Yo ardo también.

—No. No voy a hacer esto —dice con voz profunda—. Te lo he dicho. —Sus dedos aprietan más mi pelo y se me escapa un gemido de dolor—. No puedo hacerle esto. Ni siquiera sé qué haré contigo cuando ella vuelva y…

—No estaré —jadeo, mirándolo a los ojos—. Me iré a mi país. Cuando salga de Euskadi me olvidaré de que eres un semidiós, ¿o no? —Empujo hacia delante y el agarre de sus dedos cede un poco —. No le diré nada a tu noviecita, no te preocupes.

Él abre mucho los ojos y luego los entorna, se convierten en dos finas líneas de plata.

—Yo no quiero que me olvides. Ni de coña voy a dejar que te vayas, panpina.

Aprieto los labios. No. No voy a permitir que sus palabras me confundan, que me haga creer que le importo realmente. Dice eso porque está embelesado en este momento, pero yo no puedo competir con lo que vi en esa foto. Solo soy un capricho sexual, una fantasía que puede satisfacer.

No puedo competir con una diosa.

—Úsame —murmuro y bajo la cremallera de mi sudadera. Hasta abajo. La sudadera cae en la cama y quedo completamente desnuda sobre él—. Olvídate de ella, por una noche. Solo una noche.

—Neska… —Herio titubea, con la mano apoyada en mi hombro.

No se decide si empujarme o no.

—Tócame —insisto y deslizo esa mano hacia el centro de mi pecho —. Una. Sola. Noche. —Le dedico una sonrisa maliciosa—. Ni siquiera te cobraré.

Él se ríe, una risa contenida. Y yo no sé cómo puedo bromear en esta situación. Estoy nerviosísima, el corazón me golpea el pecho de tan rápido que late. Y tal vez él piensa que es nuestro vínculo mágico lo que me atrae. O su maldito olor a manzanas frescas que es una droga. No es nada de eso. Es ver en su iris de plata el esfuerzo que hace por mirarme a los ojos y no a mi cuerpo desnudo. Es cómo sus facciones tensas reflejan la lucha por no caer en la tentación. Dios, me pone tan caliente que debo contenerme para no restregarme sobre él.

Y qué fuerza de voluntad tiene este chico. No me toca. Mantiene su mano en el centro de mi pecho, donde la dejé.

Me acerco más, alzándome arrodillada en la cama, a horcajadas sobre sus piernas y estoy tan pegada a él que mis pezones casi rozan la punta de su nariz. Durante un momento más sigue debatiéndose consigo mismo, sigue resistiéndose. Jadea, sus ojos se rinden y se desvían hacia mi cuerpo, hacia mis pechos.

Suelta el aliento, en un quejido ahogado.

—No quiero… —Pero no quita los ojos de mis tetas y sé que he ganado este round.

—Creo que otras partes de tu cuerpo piensan diferente.

Suelto su cara y hago a un lado la toalla que es lo único que cubre sus piernas.

Dios, intento que no se refleje en mi expresión lo que pienso de su polla dura. Definitivamente es un semidiós. Esto va a ser un desafío. Es gruesa, mucho.

—Neska, no sigas, mesedez.[132]

Me levanto, agarro su pelo entre las manos y acerco mis pechos a su boca. Se rinde completamente.

—Joder… —Me apega a él y se me escapa un gritito cuando me rodea por la cintura con un brazo. Levanta la mano libre, agarra uno de mis pechos con fuerza, enfadado, consigo o conmigo, no sé. Se mete el pezón en la boca y lo besa, lo chupa, cierra los ojos como si no hubiera probado unas tetas en su vida.

Y no puedo evitarlo, el calor de su boca convierte las brasas de nuestro vínculo mágico en un fuego explosivo. Sin darme cuenta estoy encaramada encima de él, gimoteando.

No puedo dejarme llevar, no puedo ir demasiado lejos.

Vicente me va a asesinar si pierdo la virginidad. Solo necesito lo suficiente para que Herio se olvide del tiempo, para que se olvide de esa tontería de ritual.

Pero mi cuerpo no lo entiende. El placer que me produce ver su rostro delicado, esos labios obscenos rendidos ante mí, hace que me derrita, que me entregue a sus caricias. De un momento a otro ya no estoy haciendo esto para distraerlo, estoy desesperada por estar con él. Me contoneo como si fuera a dejar que me folle.

Yo, que nunca, jamás, he deseado que un hombre me folle.

Pero él no es cualquier hombre.

Es un puto semidiós.

—Joder, esto está mal. —Herio abandona mis pechos y entierra su rostro en mi cuello—. Por favor, déjame. —Su voz es tan grave que hace vibrar algo dentro de mí—. Tengo que irme.

Murmura en euskera algo de que no puede hacerle esto a esa exnovia suya.[133] No le hago caso. Lo agarro del pelo y tiro hacia atrás, inclinando su cabeza para que me mire a los ojos.

—Puedes venirte —susurro rozando sus labios al hablar como si lo fuera a besar—. En mi boca.

Sus pupilas se expanden y la cordura abandona del todo su mirada. Dejo besos en sus pectorales enormes. Deslizo mis manos rasgando su piel en un impulso de odio que siento contra él. Odio que… odio que me guste tanto.

Odio que siga enamorado de su ex.

—Neska, itzi.[134] —Herio me agarra del pelo—. Déjalo ya.

Tira de mi pelo, pero no lo suficientemente firme como para que me detenga. Agarro su pene duro y grande con las manos, bajo la piel para que emerja su glande enrojecido y suave y paso lentamente la lengua por la punta, tanteando. Saboreando.

Dios, el olor a manzana despierta un hambre terrible. Quiero probarlo, pero no. Lo torturo. Lo rozo con el borde de mis labios sin metérmelo dentro.

—Hossstiiiaaa —jadea y sus dedos se pierden entre mi pelo—. No puedo con esto.

Separo mis labios, levanto la cara y lo miro. Miro sus ojos plateados, la desesperación que hay en ellos. Respira agitado viendo que me relamo los labios.

No me detiene cuando bajo la mirada y me meto la maldita polla de un semidiós en la boca.

HOGEITA ZAZPI

Zurea[135]

VEINTISIETE

Herio

♀

Joder, no puedo. No sé qué es esto, este poder que tiene sobre mí, pero no puedo quitármela de encima.

Puedo traerla desde la muerte, podría matarla si quisiera, pero soy incapaz de usar la fuerza para impedir que me siga lamiendo la polla.

Y percibo la rasgadura en el destino, el antes y el después. No hay retroceso después de esto. Sé que no seré el mismo. No me importa la hora, no me importa si Akerbeltz va a matarme por no llegar al akelarre. Solo me importa su lengua caliente succionando.

Succiona todo de mí, está tragándose mi alma.

¿Cómo es posible que su boca sea tan deliciosa? No sé por qué cojones es importante que sea virgen para un ritual, pero quizá tiene alguna clase de poder. Su energía se apodera de mí. Cada movimiento de su lengua, cada vez que chupa, me envuelve. Me amarra como la cuerda con la que al principio la he amarrado. Es poderoso.

O quizá solo es porque es ella. *Ella.*

Ella es poderosa, joder.

—Sofía —gruño, desesperado de placer, su lengua desgarra mi espíritu.

El aire del cuarto se vuelve pesado, húmedo. Y me odio. Me odio por estar susurrando el nombre de otra que no sea mi ex. Me odio porque juré que no tocaría a otra chica que no fuera Egu nunca más en mi puta vida. Y aquí estoy, rompiendo la promesa que hice sobre la tumba de una diosa.

Y no me arrepiento, eso es lo peor de todo.

Sofía se aparta un momento para respirar, pero no. No la dejo. La agarro del pelo celeste y empujo su cabeza contra mi pene, desesperado por su boca. Gime ahogándose con mi polla y me excito más, más. ¿No quería esto? La empujo otra vez. Una y otra vez. Y cuando pienso que se va a resistir, que se va a rendir asfixiada por mi polla que apenas le cabe en la boca, ella encuentra el ritmo, logra respirar de alguna manera por la nariz y meterse todo lo que puede hasta el fondo de la garganta, causándome oleadas infames de placer.

—Arggg, hostia puta, neska.

No me importa si me está usando para distraerme. La presión de sus amígdalas en mi glande, de sus labios en el tronco de mi pene me debilita, me enloquece. Sus gemidos y arcadas me enloquecen. Mis manos pierden fuerza y caigo de espalda sobre la cama, con los dedos de una mano todavía enredados en su pelo.

Veo las estrellas. La visión se me nubla y de pronto estoy en medio del bosque, las ramas de los árboles golpean el cristal sobre mi cabeza a través del cual el firmamento nocturno me observa. Qué mierda más buena, hostia, qué delicia. Pero no hay ningún cristal

sobre mí, solo el techo. No estoy en el bosque, sino en mi cuarto. Es imposible que vea las estrellas.

Estoy delirando, joder.

Relajo las manos, libero el pelo de Sofía y ella se retira para respirar. Ladeo el rostro, sin levantarme y la miro. Error. Grave error. Tiene los ojos llorosos, las mejillas sonrojadas y los labios mojados. Me pongo más duro que antes.

No sé si me gusta tanto por el vínculo o porque es ella. Porque siempre ha sido ella chupando mi polla en mi imaginación.

—Jarraitu[136] —ordeno.

Creo. Por la sonrisa que se forma en sus labios, puede que le haya suplicado.

Con calma, ignorando lo enloquecido que estoy por tener su boca mojada en mi polla otra vez, ella se pasa la mano por la barbilla y se limpia el líquido preseminal que chorrea desde sus labios.

Es lo más sensual que he visto jamás.

No sé si lo que hay en esos ojos enrojecidos es odio o deseo, pero me da igual. Porque sigue. Toma mi polla con la mano, la desliza de arriba abajo mirándome a los ojos y los espasmos me recorren otra vez. Sus tetas de diosa se mueven cuando mueve la mano. Se mete mi polla en la boca y aunque quisiera cerrar los ojos y dejarme llevar, vuelvo a enredar mis dedos en su pelo de fantasía y la miro.

Miro como esa cara de muñeca angelical me chupa la polla.

Puede que Sofía Ochoa sea virgen, que su coño valga miles de dólares porque nadie lo ha penetrado, pero está claro que es una experta en sexo oral. Es imposible que no haya hecho esto cientos de veces antes, joder. Joder, que mierda más buena. Definitivamente sabe cómo usar la boca, la lengua. Cada vez más fuerte, cada vez

más adentro, cada vez más rápido. Ya no se ahoga. Ya no gime. Se da un festín con mi polla, me agarra los huevos como si fuera mi puta dueña. Ah, es mi dueña, joder. Y aunque haya dicho que lo hace por salvar el perro, también lo está disfrutando. Mueve las caderas contra la pierna que tengo sobre la cama y verla excitada, ver a Sofía Ochoa frotándose contra mí, me hace perder la cordura. No sé en qué me momento me he vuelto a sentar otra vez, ella sigue chupándome la polla, agarro con una mano su pelo y con la otra le masajeo una de sus maravillosas tetas.

—No te detengas. Hori da,[137] neska, sigue así y me voy a correr en tu garganta.

Me atraviesan jodidos espasmos de lujuria. Sofía se desconcentra. Le es imposible seguir con el ritmo perfecto de antes, excitada como está ahora con mis dedos que juegan con sus pezones. Pero aunque haya perdido el ritmo perfecto, esto es una imperfección deliciosa, verla sonrojada gimiendo y haciendo un esfuerzo por chuparme la polla. Le aprieto el pezón, a la vez que empujo suavemente su cabeza para meterle la polla hasta al fondo y ella gime y se atraganta.

Joder, no me he liado con ninguna mortal en años por orgullo y ahora me he rendido por culpa de su boca, me despoja de cualquier pizca de resistencia que me pudiese quedar. El vientre se me contrae dolorosa y deliciosamente.

Y me corro.

Agarro su cabeza con las dos manos y jadeo viendo cómo Sofia Ochoa se traga mi semen y mi orgullo de semidiós con él. No lo escupe, no se le chorrea, se lo traga todo. Todo.

—Hostia qué puta mierda más buena. —Me dejo caer de espaldas, aspirando agitado enormes bocanadas de aire como un maldito mortal mientras ella termina de tragarse todo mi semen.

Se traga todo. Todo lo que había dentro de mí.

HOGEITA ZORTZI

Nirea[138]

VEINTIOCHO

Sofía



—Joder… —Herio se cubre el rostro con el brazo y se empieza a reír, tumbado de espalda sobre la cama—. No puedo creer que me hayas chupado la polla gratis.

Y aunque se cubre la cara con el brazo, veo la sonrisa que intenta ocultar. Supongo que lo hice bien. Sentada en el borde de la cama, me tapo el cuerpo cruzando la sudadera sobre mis pechos, mirándolo. La luna menguante ilumina la cama, su cuerpo divino. Las sombras perversas recorren el espacio profundo entre su pelvis y sus oblicuos, el tatuaje negro que forman las alas de un cuervo se recorta contra su piel blanca.

Entiendo a lo que se refería Amaia. Es difícil no derretirse ante la visión de un hombre así. Ahí, enredado entre las sábanas negras, parece una pintura al óleo de alguna clase de criatura mítica y perversa que quiere seducirme para llevarme al infierno.

Inspiro, conteniendo el calor entre mis piernas. Le acabo de chupar la polla a un semidiós. Le dije a mis amigas que eran unas asquerosas y yo estaba tan, pero tan excitada, que me tragué su

semen sin siquiera pensármelo. Me lo bebí, dulce y con sabor a manzana, como si fuera un cóctel. Un elixir mágico.

Empiezo a bajarme de la cama, pero…

—¿A dónde crees que vas? —Herio me agarra del brazo y me tira encima de la cama.

Se gira y atrapa mi cuerpo contra el colchón, usando el peso del suyo. Me observa con los ojos todavía rasgados de placer. Los párpados pesados, como si fuera a caer rendido de sueño sobre mí. Contengo el aliento, admirando la forma en que su pelo marrón se levanta en picos revoltosos que brillan con la luz.

Dios, qué mino es este weón. Guapo es quedarse corto.

—Esto es tan absurdo —murmura, mirándome. Como si mi cara tuviera infinitos detalles.

El corazón se me acelera y me tenso. Me siento usada. ¿Va a decirme que soy una imbécil, que me usó y ahora se va a ir a hacer su tonto ritual?

—¿El qué? —Apenas me sale la voz.

—Tú y yo. No me creo que estés *tú* en *mi* cama.

Me relajo y suspiro. Él besa mi mejilla y luego debajo de mi oreja, robándome escalofríos. Me río porque sus besos me causan cosquillas. La sudadera está abierta de nuevo y hunde su rostro en mi cuello, empieza a besar mis hombros, mi clavícula y enciende lo que ya se había encendido antes mientras le hacía sexo oral.

—Tienes las tetas de una diosa —dice entre susurros y besos. Llega hasta mis pezones y me muerdo los labios para no gemir, para no rendirme ante él cuando los besa también—. Voy a follarte, ahora.

—No. —Lo empujo de nuevo—. Ahora no.

Él se levanta un poco y apoya el peso de su cuerpo en los codos, sin dejar de atraparme contra la cama.

—¿Ahora no?

Trato de calmar mi respiración. Sigo agitada por lo que hicimos. Por cómo me sigue tocando.

—No puede ser esta noche.

—¿Por qué? Humm, espera. Empiezo a dudar si irme al ritual. Creo que necesito más motivaciones para desistir de mis planes divinos.

Le doy un golpe en el hombro y él se ríe. Como si esto fuera un juego, como si fuera gracioso.

—¿Quieres hacerlo conmigo así? ¿Por una amenaza?

Ladea el rostro, la cruz de acero de su oreja destella y un mechón de cabello marrón le cae sobre la frente.

—Quiero estar dentro de ti, penetrarte, oírte gemir. —Me enseña una sonrisa maliciosa—. No me importa qué excusa te inventes para dejarme hacerlo, panpina.

Miro sus ojos grises y sé que lo dice en serio. Bajo la mirada por su cuerpo, por los músculos tensos de sus brazos, por el tatuaje que se enrosca como alas vivas en sus bíceps enormes. Cierro los ojos e imagino ese pene enorme dentro de mí.

¿Cómo será hacerlo con un semidiós?

¿Lo deseo por su cuerpo? ¿Lo deseo porque un estúpido vínculo mágico nos unió? Abro los ojos y mi corazón da un vuelco con la intensidad de sus ojos de plata.

Ya no llevo la sudadera mágica y todavía me trastorna.

Quizá quiero hacerlo porque… Porque él me gusta. Lo conozco hace cinco horas y me gusta. Mató a dos hombres solo porque me hicieron daño. ¡Me excitó tanto verlo con la sangre de nuestros

enemigos desparramada por el cuerpo! Me lo imagino rajándole la garganta a Vicente y a todos los desgraciados que me tienen atrapada en esa telaraña de criminales y me mojo de solo pensarlo.

—¿Me vas a dejar follarte? —Roza mi nariz con la suya—. ¿Quieres que te ruegue? —Sus labios acarician los míos y cierro los ojos, anhelando un beso que no nos hemos dado—. Puedo rogarte si eso es lo que quieres, neska.

Tal vez sí quiero que me ruegue. Me gusta cómo me mira, como si fuera… una diosa. Muchos hombres me han mirado así, pero ninguno que realmente hubiera estado con una diosa. Y ninguno que hubiera opuesto tanta resistencia como él. Todos me han visto siempre como un premio.

Es la primera vez que uno me mira como si tocarme fuera un puto castigo.

Y aun así quiso hacerlo. Aun así está dispuesto a rogarme.

—¿De verdad vas a detener la tontería esa de Charlie?

No me atrevo ni siquiera a decir la palabra sacrificio en voz alta, por si el cachorro hubiera despertado y nos estuviera oyendo. Herio me mira a los ojos y pasa el dorso de los dedos por mi mandíbula, recorriéndola.

—He desistido en un noventa por ciento de posibilidades.

Una burbuja de felicidad crece en mi pecho.

—¿En serio?

—En serio.

Creo que me alivia tanto no solo por Charlie, sino por nosotros. Un posible nosotros. Porque no quería odiarlo. Y es impensable que llegue a sentir algo real por él si está dispuesto a hacer algo tan malo como matar a un perro.

—Entonces, mañana follamos.

—Joder, ¿no puede ser hoy?

—No, hoy no.

Herio entorna los ojos y yo trato de ignorar el cosquilleo en mi vientre solo porque sigue acariciando ociosamente mis tetas con la otra mano. No me las deja en paz.

Y en serio, me muero por hacerlo con él. Nunca me había sentido así, tan atraída por un chico. Además, si voy a regresarme a Latam y olvidar que es un semidiós, debería aprovechar. ¿Cuántas veces en la vida puedes follarte a un ser mitológico? Aunque me haya tocado uno un poco imbécil y de moral dudosa.

Pero no, no lo haré. No soy *tan* idiota. Quizá solo me está usando porque tenía de fetiche follar conmigo. No me voy a arriesgar a hacerlo y que luego se lleve igual a Charlie al ritual.

—Bueno, vale. —Parece resignado—. Hoy no.

Se me escapa una sonrisa. Qué fácil aceptó.

Se estira hacia un lado y toma de la mesita un paquete nuevo de gomitas, el móvil y se acomoda a mi lado.

—¿Tu teléfono ya se ha cargado? —pregunto, viendo que está encendiendo la cámara y luego lo levanta sobre nosotros—. ¿Qué haces? ¡Estás como un puto loco si crees que me voy a tomar una foto contigo!

Intento alejarme, pero él me abraza y me apega a él.

—Solo una. Nadie me chupaba la polla hace dos años, estoy de buen humor. Joder y lo has hecho de maravilla. Déjame hacer una foto, soy tu fan.

—¡No, olvídalo! —Pero se me escapa una risa.

—Quiero recordar para siempre este momento. —Levanta el móvil para hacerlo y yo empujo su mano, apartando la cámara.

Claro que lo hago de maravilla. No follo para mantener mi virginidad que vale oro, he tenido que aprender a ser creativa con mi boca. Y él esta demente si piensa que voy a arriesgar mi trabajo por una estúpida foto que podría subir a internet. Mis seguidores se pondrán como locos. Empiezo a sentarme en la cama, pero él me agarra de la cintura y me abraza desde atrás. Apoya su mentón sobre mi hombro.

—Si te tomas una foto conmigo, me esperaré hasta mañana. No iré al akelarre. Al cien por cien.

Me quedo muy quieta, sintiendo su aroma a manzanas y el calor de su torso desnudo contra mi piel.

—No te creo.

Me giro hacia él y observo sus ojos grises. Siguen algo rasgados, somnolientos por el sexo. Su boca infame me sonríe tentadora apenas a unos centímetros de la mía y mi corazón late irregular, borracho por tenerlo tan cerca.

—Bueno, ya. Solo una foto —digo mirando su boca y sus hoyuelos diabólicos.

Él mira la mía. Casi se tocan.

—Solo una. —Sonríe más—. ¿Dulce o cítrica?

Al inicio no entiendo la pregunta, pero luego recuerdo la bolsa de gomitas que cogió.

—Dulce.

Saca una gomita roja y se la pone en la boca, creo que la va a masticar, pero en vez de eso, me toma del pelo y atrae mi cabeza hacia él.

Su boca encuentra la mía y me sorprende tanto que no reacciono. Sus labios calientes aprietan los míos. Su aroma dulce me invade, me penetra. Abro la boca para intentar respirar y él me mete la gomita empujando con la lengua. Y ahí está, su lengua saboreando la mía, saboreando la gomita roja en mi boca. Sus labios se mueven lentos, probando los míos. Oh, oh, ¿me está besando?

Sí, definitivamente me está besando.

Me besa despacio, una corriente eléctrica se apodera de toda mi piel y la gomita juega entre nuestras lenguas. Me dejo besar, como una idiota. Como si esto no fuera un juego para él, como si yo no estuviera haciendo esto solo para retenerlo lejos de ese ritual.

Como si me gustara.

Cuando se aparta, estoy temblando.

—No te la tragues. —Herio sonríe, mirándome satisfecho.

La cara me arde, no sé por qué. Le chupé la polla pero me ha vuelto loca con un maldito beso. Se mete otra gomita él, del mismo color y se deja caer de espaldas sobre las sábanas negras.

—Etorri hona, panpina.[139]

Me atrae hacia él y me abraza, pasándome el brazo por detrás. Me recuesto contra su pecho, con el corazón todavía acelerado y no estoy segura de si esto está bien. Subo los ojos hacia la pantalla del teléfono que él ha puesto arriba de nosotros y reconozco la aplicación. Va a tomarla directo de las historias de Instagram. Mis seguidores se van a enfadar y… Oh. Vaya. Observo nuestra imagen en la pantalla.

Somos guapísimos juntos.

Su brazo es largo y logra capturarnos en la imagen hasta la cintura. Los tatuajes de sus bíceps parecen una decoración junto a

mi cara y mi pelo celeste. Sonríe con malicia traviesa y apoya su cabeza en la mía, el pelo alborotado de él casi se funde con las sábanas negras. Todavía tengo la sudadera abierta, pero no se me ven las tetas porque me está abrazando y su brazo es lo suficientemente grande para cubrirme las dos. Al menos los pezones.

—Instagram te va a banear por esto —digo con la gomita en la boca.

—No hay pezones. —Me aprieta más con el brazo y los tapa bien.

Algo se enciende en mi vientre. Él y yo, en esa imagen, somos hermosos y eróticos a un nivel imposible.

—Saca la lengua, Sofía.

Mi nombre suena poderoso en su boca de semidiós. Ni me doy cuenta y le estoy obedeciendo. La saco al mismo tiempo que él y los dos ositos rojos se ven en nuestras lenguas, una al lado de la otra.

Clic. Toma la maldita foto.

Luego se gira sobre mí, me mira a los ojos y yo no respiro, hipnotizada por los suyos.

—¿Otra?

Eguzki



En un coche que cruza la serpenteante carretera de Euskal Herria, dos chicas conversan con el hombre que las lleva a la fiesta. No cualquier fiesta. Se trata de Gau Beltza. Y no es cualquier Gau Beltza, sino el más importante en años.

Es la noche en que mi amado Herio, semidiós de la muerte, entregará la ofrenda que iniciará su camino a la ascensión. Un sacrificio que le permitirá estar un paso más cerca de revivirme, a mí, el amor de su vida y todas sus vidas.

O era así antes de que una chica de pelo celeste se cruzara en su camino.

—¿Puedes ir más rápido? —Una de las muchachas se echa hacia delante y se asoma entre los asientos para mirar al conductor—. ¡Vamos con una hora de retraso!

—No estoy segura de esto —protesta la otra—. No sé si podremos hacerlo sin…

—Calma —dice el chico—, si les falta una buscaremos un reemplazo.

Ellas intercambian murmullos, inseguras, no se creen capaces de enfrentarse a los dioses y no sucumbir a la tentación, evitar el ritual sexual como han planeado durante meses. Tienen la ridícula idea de que así van a salvar a Mari. ¿De qué? No sé. Mari es mi ama[140] y estoy segura de que no quiere ser salvada.

El chico les sonríe, ajeno a sus perversas intenciones y las mira un momento por el espejo retrovisor, mientras toma una curva que se sabe de memoria.

—No pasa nada, chicas. ¿Os he dicho que soy amigo de Herio? Vosotras tenéis entrada VIP. No os dirán nada por llegar tarde o con un integrante menos.

Eso las tranquiliza, incluso las emociona. El chico no es cualquier chico. Es Gorka, el mejor amigo de un semidiós.

—Ah, ¿sí?

—Bai.[141] Estas curvas son peligrosas. No queréis morir antes de asistir al ritual, os lo aseguro. Vosotras os habéis atrasado, no puedo hacer más.

—Tuvimos un problema con una amiga.

—¿Pero nos dará tiempo a llegar? —pregunta la otra.

—Noski.[142] Confiad en mí —insiste Gorka—. Ahora estarán bebiendo, si es que Akerbeltz no se ha alargado con su discurso de todos los años.

No parecen muy convencidas. Susurran entre ellas que no se creen que el chico conozca a un semidiós en persona y el chico las oye. Le molesta que lo miren a menos, pero justo cuando va a abrir la boca para convencerlas, el móvil que tiene enganchado en el salpicadero del coche suena con una notificación. No suele mirar el móvil conduciendo, pero hace una excepción porque llega a ver el globo que resume la actividad:

Herio acaba de subir una historia.

Y eso es raro, raro de cojones, porque claro, él cree que Herio está haciendo su trabajo, como tendría que hacer. Ni siquiera sospecha que está siendo un desgraciado pervertido manoseando a una maldita mujer mortal.

Así que el chico estira el brazo, confiado, sabe esas curvas de memoria y abre la notificación.

En la pantalla enorme aparece una selfi de Herio sin camiseta, sobre su cama, abrazado a la chica con la que Gorka lleva años soñando. Una foto indecente y asquerosa si me preguntan a mí. Ella sonrojada, con la melena celeste desordenada y el brazo de él cubriéndole las enormes y vulgares tetas, apenas lo suficiente para taparle los pezones.

Casi chocan. Las ruedas chirrían sobre el asfalto y las chicas chillan cuando Gorka pierde el control del coche y frena justo antes de estamparse contra la pared del monte. Por poco, muy poco. Y en ese momento de muerte, en una noche como esta, me cuelo. Se han acercado suficiente al mundo de las tinieblas como para que pueda tocar la mente de una de las muchachas y meterme en ella. Susurro, la impregno, le dejo grabada la información necesaria para hacer que mi novio, el desgraciado infiel que tenía que concentrarse en devolverme a la vida, recuerde lo que prometió llorando sobre mi cadáver.

—¡Dios! ¡¿Amaia estás bien?!

—Bai, Oli, ondo. Lasai. ¿Eta zu?[143]

—Ondo[144] —dice Oli.

Amaia se incorpora. No olvidará lo que le he susurrado y con eso es suficiente.

Odio a Herio en este momento. Espero que mi mensaje lo destruya. ¿Antes he dicho que es el amor de mi vida?

Sí. Pero, enteraos, podéis odiar al amor de vuestras vidas.

Aunque no voy a pensar en él, no, o las corrientes de la muerte volverán a arrastrarme hacia allí y mi corazón leal no es capaz de seguir viendo cómo se pervierte junto a esa chica.

—¡Es Sofi! ¡La de la foto es Sofi! —Oli está muy alterada.

—Chicas, joder, barkatu.[145] —Gorka respira agitado, aliviado de no haber muerto por una tontería. Aunque no es una tontería para él —. No creí que fuera a ver algo así.

—¡Puta Sofi! ¡Va a arruinarlo todo! —Amaia le quita a Gorka el móvil de las manos. Siente unos celos irracionales, mezclados los

celos de ella y los míos—. No me lo puedo creer. Nosotras preocupadas, buscándola por toda la puta ría y ella… Ella estaba…

—Con Herio —dice Gorka, intentando recuperar su móvil, pero Amaia no se lo entrega—. Cabrón. No puedo creer que me haya hecho esto cuando yo… Un momento. ¿La conocéis?

—¡Es nuestra amiga, la que se había perdido!

Mientras Oaltz le explica lo ocurrido a Gorka, Amaia usa el móvil para escribirle un mensaje a Herio. Lo hace desde el Instagram de Gorka, pero no importa, es el mensaje que le he susurrado y Herio sabrá que soy yo. Es algo que jamás le ha mencionado a Gorka. A nadie.

—Tenemos que ir por ella. —Amaia le regresa el móvil a Gorka, ni siquiera es consciente de lo que acaba de hacer—. Necesitamos a Sofi para el akelarre. Ningún reemplazo será tan buena como ella.

—Claro que iremos por ella. No dejaré que Herio haga esta tontería.

Gorka guarda su móvil, no sin antes mirar una vez más la foto de Instagram, que ya tiene cientos de miles de likes y otros cientos y miles de comentarios de gente peleándose. Teorías de que si son novios, que si Herio le ha pagado y de que si Sofía sigue siendo virgen o no.

Qué rabia me da. Si revivo, mi imagen de diosa estará mancillada por una infidelidad.

La publicación reza:

«Un angelito ha caído en mis manos en la Noche Negra. Perdedores, nirea da».[146]

Gilipollas.

El coche se pone en marcha y, esta vez, Gorka cruza las curvas de Bizkaia a toda velocidad.

HOGEITA BEDERATZI

Opciones

VEINTINUEVE

«Algunos no recuerdan sus vidas anteriores.
Eso explica muchas cosas, aunque no explica la
enemistad entre Gaueko y el resto del panteón.
Dicen que todo empezó por una mujer».
Amaia

Sofía



Cualquier persona razonable pensaría que es imposible sentir algo por alguien en una noche. Pero esta no ha sido cualquier noche. Y Herio no es cualquier alguien. Y yo, definitivamente, no soy una persona razonable.

Él se parte de la risa recostado en la cama, su cuerpo semidivino semitapado por las sábanas negras. Se limpia las lágrimas de los ojos, mirándome como si le costara hacerlo sin reírse otra vez.

—No puedes ser tan absurda.

—No me llames absurda.

¡Idiota, no voy a volver a contarle cosas tan personales!

Él se abalanza sobre mí y me aplasta. Intento no estremecerme con su olor, con su piel caliente tocando mis pechos desnudos, con esos ojos grises que se encienden cuando me miran.

—Eres superabsurda. Te arrojaste a la ría por un puto iPhone. —Me besa antes de que pueda replicar y me muerde un poco el labio, lo que en vez de enfurecerme me causa malditas chispas de electricidad en toda la piel—. Pero me gusta que seas absurda. Me gusta tu risa y me gusta que estés dispuesta a morir por cosas tontas como un móvil o un perro.

—Charlie no es…

—No le tienes miedo a la muerte. —Deja de reírse y se pone serio, me suelta las muñecas y entrelaza sus dedos con los míos—. Eso me excita.

Inspiro hondo e intento relajarme. Es difícil, él estresa a mi cuerpo. Su mirada me pone nerviosa. He estado con chicos guapos antes. Pero él es más allá de guapo. Hay un hambre depredadora en el brillo de sus ojos, hay una lujuria en sus labios alargados; felina, infernal. Su pelo marrón alborotado, rapado a los lados y la cruz de acero en la oreja le dan un aire descuidado, criminal, como si le importara un carajo lo que el mundo piense de él.

Es un semidiós. ¿Por qué le importaría lo que piensen de él?

—No me mires así —susurro.

—¿Hummm? —Se inclina, acaricia su nariz con la mía, me deja un beso suave en la comisura de los labios, causa brincos en mi corazón y vuelve a mirarme—. ¿Así cómo?

—Como si esto fuera algo. —Casi me tiembla la voz—. Como si sintieras algo por mí.

¿Todavía estoy haciendo esto por Charlie?

—Siento muchas cosas por ti.

—Sabes a qué me refiero.

Herio sonríe y esa sonrisa inquieta mi alma. Puedo sentirlo, sus emociones. Está alegre. Casi eufórico. Algo burbujea dentro de mí, inflando mi ego.

—No, eres tú la que no tiene ni idea a qué me refiero, muñequita.

Suelta una de mis manos, medio recostado sobre el colchón, medio recostado sobre mí. Desliza los dedos por mi mejilla.

—Me fascina que tú seas mi sorgina. Debería hacer una ofrenda al destino, por haberte envido hasta mí.

—Y yo soy la absurda —digo riendo.

—¿No crees en el destino?

—No.

—Yo sí. —Los ojos de Herio chispean, brillos de plata destellando en su iris—. Estabas destinada para mí.

—¿Qué pasó con tu culpa y todo eso?

—Te la has tragado cuando te has tragado mi semen. Ya no te librarás de mí.

Me río de nuevo y él me dedica una media sonrisa taimada.

—No te burles, neska.

—Te estás poniendo demasiado posesivo para conocernos desde hace cinco horas.

—Espera que llevemos una semana juntos.

Dios, que alguien le explique a mi corazón que esto es una tontería sin pies ni cabeza, por favor. Porque se cree como un idiota cada palabra que sale de la boca de este loco.

—Define juntos, Herio.

—Juntos en plan: voy a follarte toda la semana, Sofi.

Me río y lo empujo, pero él no se aparta. Desliza sus dedos por mi cuello y deja su mano descansando muy cómoda entre mis pechos. Es la primera vez que me dice Sofi. Me gusta que me diga Sofi.

Reprimo un escalofrío.

—¿Eso es todo? ¿Y luego qué?

—Pasearemos por la ría. —Ladea el rostro—. Y te invitaré a una birra.

—¿Eso haces con tus citas?

—Ez,[147] la verdad es que no tengo citas. Eres la primera.

—¿Y tu ex?

Su sonrisa titubea.

—Conocí a Egu en circunstancias extrañas, en mis trabajos para Haize. No tuvimos citas al principio.

No digo nada, la verdad no sé qué decir. Hace unas horas no dejaba de repetir que lo único que le importaba era revivir a su novia y ahora, aunque actúa como si la hubiera olvidado por completo, sé que no es así. Percibo la culpa debajo de su momentánea capa de felicidad. Se filtra como si fuera sudor escapando de sus poros.

—¿Te quedarás conmigo, neska?

Su pregunta me pilla de sorpresa. Ya no se está burlando, no hay sonrisa maliciosa en su cara. Solo sus ojos un poco somnolientos, evaluándome.

—¿Esta noche?

—Qué va. Tengo clarísimo que esta noche te quedarás por el perro. Me refiero a lo demás. A después de esto, de tu acto de altruismo ridículo de seducirme para salvar a Charlie.

—No es solo para…

—No me importa, Sofía. Puedes usarme. No me voy a quejar. Pero no me mientas, no me gustan las mentiras.

Aspiro hondo su aroma a manzanas y lo observo. Es una conversación demasiado intensa para esta noche, para el hambre que tengo. El estómago me ruge y Herio arquea una ceja.

—Lo siento. Y lamento decepcionarte —digo riendo—, pero creo que no puedo vivir a base de gomitas.

—Vaya decepción —sonríe.

Suspiro y aparto el pelo de su frente, solo con la excusa de acariciarlo. Quizá yo también me estoy comportando demasiado intensa para una sola noche.

—Mira, sobre quedarme…

—No, olvídalo. —Herio apoya su dedo índice en mis labios y otro escalofrío me recorre. Está tibio—. Retiro lo dicho. Hablemos eso mañana. Si lo hablamos hoy, todo lo que salga de tu boca, creeré que lo dices para salvar al perro.

Vuelve a llover otra vez. Al inicio, el golpe de las gotitas contra los cristales es como una canción que me adormece. Herio, recostado a mi lado, medio encima de mí, me acaricia el pelo. Se me hace raro que alguien con quien no había cruzado una palabra hasta esta noche esté siendo cariñoso conmigo.

Me está haciendo *cariño*.

Eras mi amor platónico.

Egu me gustó porque se parecía a ti.

—¿Por qué me hablas de quedarme? Vas a traer de vuelta a tu exnovia igual. No creo que porque te haya hecho una mamada vayas a renunciar a traer de regreso al amor de tu vida.

Las caricias de Herio se detienen un instante. Un sentimiento frío se instala en mi pecho, pero él me da un beso suave en la mejilla.

—Es que ha sido la mejor mamada de toda mi vida —dice riéndose.

—¡Yapo! ¡Lo digo en serio!

Suspira y con delicadeza, afirmándome desde el mentón, gira mi rostro para que lo mire a los ojos.

—Voy a revivir a Egu, no te he mentido con eso. Se lo prometí. Pero no sé qué seremos ella y yo. No puedo hacer como que no te cruzaste en mi camino, panpina. La primera vez, ella estaba viva y te bloqueé. Ahora ella estaba muerta y las cosas fueron diferentes. Ya están hechas.

El frío en mi pecho se transforma rápidamente en un montón de burbujas de calor. Pero él todavía siente culpa. Se percibe entre el roce de mis dedos sobre su piel.

—Todavía sientes culpa.

—¿Cómo no voy a sentirme culpable? Mientras me chupabas la polla no pensé ni un solo maldito segundo en ella.

Intento no sonreír. Parece torturado, pero sus palabras me deleitan como un chocolate derritiéndose en mi boca.

—Deja ya de sentirte culpable. A ella la amas, lo que sientes por mí no es amor. Solo fue sexo.

Él ladea el rostro y la intensidad de su mirada de plata hace que se me retuerzan las tripas.

—¿Y qué sabes tú? ¿No crees que alguien puede enamorarse en una noche?

—No. Eso es algo que solo creen los idiotas.

Herio se ríe y me da un beso en la comisura de la boca, mientras desliza una mano por mi vientre.

—Ah, ¿sí? —Deja unos besos en mi mejilla, en mi cuello—. ¿Estás segura?

Me río, no solo por la tontería que está diciendo, sino porque las caricias que hace en mi vientre me hacen cosquillas.

—¡Lo digo de verdad! —chillo.

—Yo también. —Me mira a los ojos y deja la mano tranquila—. Dame una semana, panpina, y haré que tú también te acabes enamorando de mí.

Se me escapa una carcajada y me mira ofendido. Está loco, es un tonto.

—Hablaremos de eso mañana —digo entre risas.

—No me gustan tus evasivas.

Desliza su mano por mi cuello hacia mis pechos y la deja ahí, de una manera cariñosa, pero a la vez posesiva. Su tacto me causa cosquillas por todos lados, su aroma a manzana me adormece. Me quedaría toda la noche con él y estoy segura de que no tendría problema en quedarme una semana entera.

Pero tengo que regresar a mi país por una reunión importante. Y Vicente puede enviarme a buscar en cualquier momento.

Apoyo mi mano en su mejilla y él me mira a los ojos.

—Oye, Herio, ¿si cerramos nuestro vínculo eso te dará más poder?

—Bai.[148]

—¿Eso te sirve de algo?

—Creo que sí. —Herio mira hacia la ventana—. ¿No puedes sentirlas? ¿A las almas? Yo sí. Siempre las siento, pero esta noche están eufóricas. Rodean la casa, me piden que vaya con ellas. —

Vuelve a clavar sus ojos en mí—. Creo que no solo es por ser Gau Beltza. Creo que mi vínculo contigo me ha hecho más sensible. En teoría, tener una sorgina le da poder a un dios. Hasta el momento, el único que tenía sorginak vinculadas era Akerbeltz. Aunque he oído rumores de que Mikel y Haize también han conseguido una.

Mikel y Haize. Mis amigas han mencionado a esos semidioses.

—Entonces te ayudaré. No puedo prometerte nada más, pero eso sí. Te ayudaré a traer de regreso a tu ex.

Herio sonríe y acaricia mi brazo.

—¿Irás conmigo al infierno, neska?

—Sí. Vengo de Latam. —Le saco la lengua—. El infierno no es nada. Los españolitos *sois* unos lloricas.

Herio me pellizca el pezón y yo suelto un chillido. Se ríe y me agarra de las muñecas mientras hunde su rostro entre mi cuello y mi pelo.

—Vuelve a decirme españolito, panpina… —Su aliento me hace cosquillas en la oreja—. Y no solo sacrificaré al perro, sino también a ti con él.

Alzo la barbilla.

—Si le haces daño a Charlie iré con tu *jefe* —recalco a propósito esa palabra y sus ojos chispean—. Y le entregaré mi virginidad.

Herio se inclina hacia mí, aplastándome más. Agarra mis muñecas contra la almohada y me observa.

La lluvia cae más fuerte, casi no se oye nada más.

—Lo mataré —susurra y sus ojos plateados parecen relámpagos de la tormenta—. Lo mataré antes de permitir que toque ese puto pelo de ángel que tienes. Hablo en serio.

—Sé que hablas en serio. —El corazón se me acelera. Debo estar enferma, pero siento una depravación morbosa hacia la violencia que tiene cuando trata de protegerme—. Siento tus emociones, tus sentimientos, a través de tu piel.

Él me suelta una de las manos y me acaricia el pelo.

—Yo siento tus latidos. Hay muchas cosas que van a despertar entre nosotros con este lazo.

Un trueno se oye en la distancia.

—Haré lo posible por quedarme —murmuro—, pero no depende de mí.

Eso le molesta. No solo puedo verlo en sus ojos, sino que el enfado se transmite de sus dedos hacia mi mejilla, donde me acaricia.

—¿Cómo llegaste a eso? A relacionarte con la mafia. Sé que por tu hermana, ¿pero cómo?

Abro la boca para explicarle, pero un trueno muy fuerte estalla sobre la casa y casi se me sale el corazón del susto. Y al parecer, a Charlie también, porque sale corriendo de debajo de la cama, se pone a ladrar como un loco y cuando nos ve…

—¡Ez! ¡Ohien ez…![149] —Pero Herio no alcanza a terminar de regañarlo y Charlie ya está arriba de la cama, arrojándose hacia mí.

Me da lametazos en la cara y no puedo evitar reírme. ¡Es tan mono! Se gira hacia Herio y le lame la cara a él también.

—¡Joder, qué puto asco! —Se aparta y me mira molesto mientras abrazo a Charlie y lo retengo contra mí.

El reloj de la pared marca casi la una de la madrugada.

—Charlie tiene hambre. —Le sonrío a Herio—. Y yo también.

Herio

♀

¡Ja, ja, ja! ¡Envidiosos! Me descojona esta situación. Nunca había recibido tanto *hate* en comentarios de Instagram. Durante estos años podrían haberme envidiado por ser un semidiós. Podrían haber envidiado mi superioridad física, mi belleza, mi intelecto, mi futura inmortalidad, pero no; jamás había tenido tantos comentarios chorreando envidia como en este momento solo porque subí una selfi con Sofía.

Ya me duele la muñeca de tanto hacer clic en la pantalla, he bloqueado a decenas de cuentas en menos de cinco minutos. Debería dejarlo estar, no me daría la vida para bloquear tantos gilipollas. Además, ¿para qué rebajarme? Es mi cama la que tiene el olor de Sofía en las sábanas, soy yo el que está recostado y adormecido después de que ella me hiciera una mamada, mientras se da una ducha.

Soy yo el que pasará una eternidad con ella porque es mi sorgina. Y las sorginak viven lo que viva su dios, o más.

¡Soy el ser más afortunado del puto planeta!

—¡Eh! ¡No te tomes tantas confianzas, txakurre! —Empujo a Charlie al otro extremo de la cama.

El perro insiste en lamerme la cara, joder, así que me rindo y me levanto para ponerme algo de ropa. El sonido de la ducha en el baño es una melodía maravillosa mientras camino hacia el armario. Lo abro y en el espejo de cuerpo entero del interior hay un idiota. Porque sí, parezco un idiota sonriendo solo porque ella está en mi baño.

Sofía Ochoa se está bañando en mi ducha. Sin ropa. En. Mi. Ducha. Y yo no estoy ahí, con ella, porque soy gilipollas y he decidido aceptar que no quiere follar conmigo.

Por ahora.

Fuera la lluvia cae tan fuerte y el viento ruge con tanta intensidad, que creo que compiten por derribar la casa. Charlie está acojonado y Sofía ha sido lo suficientemente ingenua para preguntarme si suspenderían el akelarre por la tormenta. Ja. Se nota que es extranjera.

Saco unos vaqueros y camiseta, ambos negros y veo de reojo el traje elegante que iba a usar para el ritual. Un traje elegante para una noche importante. O que al menos se suponía que era importante. Y aunque por un instante me agobio, Sofía tiene razón, no tengo por qué sentirme *tan* culpable. Voy a revivir a Egu solo que de otra manera y otro día. Ya está.

¡Bum! Otro trueno estalla, iluminando el cielo y Charlie gimotea, se baja de un brinco de la cama y viene corriendo a meterse entre mis piernas.

—Realmente eres gilipollas —digo, mirando al cachorro oculto entre el armario y yo—. No te fíes de mí todavía.

Pero no hace más que temblar, así que me pongo los vaqueros y lo cojo en brazos. Me siento con él en la cama y se acurruca entre mis brazos, temblando, mientras la lluvia golpea sin cansancio los cristales. La luna menguante sobre los montes se desdibuja, anaranjada y deforme por los surcos de agua de la ventana.

Tik, tak. Tik, tak. Las manecillas del reloj crujen y se funden con el sonido de la lluvia en un ritmo que empieza a estresarme. Ya casi es

la una de la madrugada y me pone tenso que se acerque la hora del ritual, no me puedo creer que esté haciendo esto. Renunciando.

¡Hostia! Me sobresalto porque el móvil vibra en la mesita de noche y se sobresalta Charlie también. Me inclino hacia atrás, sin soltar a Charlie y estiro el brazo para cogerlo. Vuelvo a sentarme bien para ver qué puede querer Gorka, la única persona a la que le tengo notificaciones activadas.

¿Un mensaje de Instagram? ¿No debería estar trasladando a las chicas de Bilbo para el akelarre? Abro el mensaje y el estómago se me retuerce. Lo que veo no tiene ningún puto sentido.

¿Qué es el amor, Herio?

Me quedo helado. Yo nunca estoy helado, pero ahora un sudor frío me corre por la espalda. Miro a mi alrededor, como si Eguzki pudiera estar en cualquier parte de la habitación espiándome desde el más allá.

La ducha se corta, Sofía debe haber terminado y el corazón me late rapidísimo. Nunca jamás le he hablado a Gorka de mis conversaciones íntimas con Egu. Nadie, absolutamente nadie sabe que ella siempre me hacía esa pregunta.

¿Lo habrá visto todo? No eran paranoias mías. Cuando la vi en el vapor del baño, de verdad era ella.

Lo ha visto todo, joder.

Dejo el móvil en la cama y paso las manos por el pelo de Charlie, sigue muy nervioso por la tormenta. Otro trueno estalla fuera y cuando le acaricio el lomo, despacio, las manos me tiemblan.

¿Estoy haciendo lo correcto? No puedo evitar mirar el reloj. Todavía queda tiempo. Todavía no es la una y el ritual no será hasta pasadas las tres, cuando la luna menguante esté en lo más alto. El

cementerio del ritual no está tan lejos, si tomo los caminos ocultos de Urdaibai puedo estar ahí en menos de quince minutos en coche.

Las ventanas vibran y el viento aúlla.

¿Por qué me siento traidor con Sofía solo por estar pensándomelo? Es a Egu a la que he traicionado. Le he fallado asquerosamente solo porque Sofía apareció. Bastaron unas horas de sus miraditas, de su risa, de sus besos, para que yo lo dejara todo.

—¿Herio?

La puerta del baño se abre. Sofía emerge entre el vapor, tapada solo con una toalla blanca y el pelo de un celeste más oscuro, a causa del agua, cayendo hasta sus hombros. La luz cálida de la mesita de noche produce un halo que parece mágico al reflejarse en las gotitas de vapor.

Sonríe. Sonríe de verdad, con real ternura. Y me doy cuenta de que es porque me ve con Charlie sobre las piernas y mis manos encima de él, intentando calmarlo. El corazón que tenía desbocado se calma. Me refiero al mío. Tenerla aquí conmigo me calma, fuera de toda lógica, considerando que hace unas horas ella no era parte de mi vida. No. Solo era la protagonista de mis más perversos sueños.

Sofía camina hacia mí entre el vapor y no me extraña que en pocas horas me haya dejado sin voluntad alguna. Parece una puta diosa abriéndose paso entre la bruma. Cuando empezó esta noche me sentía poderoso. Listo para iniciar mi camino a la inmortalidad. Pero…

¿Quién soy yo al lado de una mujer así?

—¿Estás bien? —Estira la mano y me tenso por completo cuando roza mi mejilla con el dorso de sus dedos.

Esto es una locura.
Sonrío con confianza, con la suficiencia de un semidiós.
—Estoy bien, panpina.
Ella sonríe también.
No estoy nada bien.
¿Qué es el amor, Herio?
Joder. No tengo ni puta idea.

HOGEITA HAMAR

Destino

TREINTA

Sofía



Es la mejor puta tortilla que he probado en mi vida. Se derrite en mi boca, el huevo se desliza tibio y un poco líquido por mi lengua. Me estremezco de placer, si me dijeran que un dios hizo esta tortilla, lo creería.

—Me alegro de no ser el único que ha tenido un orgasmo esta noche —dice Herio, masticando su tortilla, al otro lado del mesón de la cocina—. Aunque no entiendo por qué no me has dejado jugar un poco con tu coño.

Me atraganto y me pongo roja como una idiota. Él se relame los labios como un gato, saboreando la tortilla. ¿Es normal que me parezca sexy un hombre comiendo? Normalmente los encuentro un poco asquerosos.

—*Not for free*, bebé.[150] —Le lanzo un beso a la distancia—. Mi coño vale oro.

Herio sonríe sin abrir la boca porque la tiene llena de tortilla y me insulta levantando el dedo del medio. Yo me río y disfruto del resto de la tortilla mientras el clima decide tener una batalla épica allá

afuera. Aquí dentro está calentito. Solo llevo puesta una camiseta de Herio y ni siquiera tengo frío.

Charlie también come feliz, trozos de pollo que le puso Herio en un plato. De un momento a otro, no hay más ruido en la cocina que el de nuestros tenedores tocando los platos, del sonido de Charlie lamiendo los restos en el suyo y el viento. Y la lluvia y el susurro de los árboles. La luna ha quedado oculta entre las nubes y por la ventana de la cocina solo se ve la oscuridad.

El silencio no es incómodo. Es agradable. Los vapores de lo que sea que la abuela de Herio dejó cocinando a fuego lento se mezclan con su olor a manzana. Me siento bien. Disfruto de mi tortilla tranquilamente mientras miro el arte que es el cuerpo de Herio. No se ha puesto camisa, solo los jeans. Miro de reojo sus bíceps y como se mueven cada vez que toma el tenedor. Cómo los tatuajes de su brazo izquierdo cobran vida, tinta negra que fluye con cada movimiento.

Me pregunto qué significa el símbolo de su espalda, o uno que tiene en el pectoral izquierdo.

Aparte de sentir sus emociones, su semen de semidiós no me ha dado ningún otro poder, pero definitivamente me tiene drogada. No puede ser que me parezca sensual cada movimiento que hace, hasta la manera en que toma el puto tenedor para romper la tortilla. Sus dedos largos…

Basta, Sofía. Basta. Me tiene tan embriagada que casi me he olvidado de que esta noche morí y que también vi morir a dos hombres delante de mí. Aunque tampoco es que fuera mi primera vez con eso. Y se lo merecían.

Da igual. Sea la magia o sea que Herio simplemente me gusta, al menos me ha hecho olvidar, por algunas horas, que tengo que volver a Chile. Volver con Vicente y la vida terrible que tengo entre esa gente.

Mierda, Vicente. ¡No había pensado en eso! Se me cae el tenedor de la mano y Charlie levanta asustado las orejitas.

—¿Qué ha pasado? —Herio deja de comer.

—Nada.

La foto, la maldita foto. ¿Como es posible que sea tan estúpida de no pensar que Vicente la vería? Estaba tan preocupada de retener a Herio con lo del ritual que me olvidé.

Mentira, mentira. No era solo eso. Estaba a gusto con él, estaba contenta sacándome fotos tontas mientras nos besábamos enredados en la cama comiendo gomitas.

No pensé ni un segundo en Vicente.

No pensé en que va a asesinarme, literalmente, cuando se entere.

—Sofía. —Herio estira la mano y me agarra de la muñeca—. Habla.

¿Por qué me cuesta tanto mentirle a esos ojos grises?

—Vicente va a ver esa foto. No importa si está al otro lado del planeta, va a mandar a alguien por mí.

La mirada de Herio se torna casi tan oscura como las nubes de afuera. Luego desliza la mano hacia mis dedos y los acaricia.

—Lasai, olvídate del resto de los mortales. Ya no eres como ellos y no podrán hacerte daño.

¿Está hablando metafóricamente?

—Herio, sigo siendo humana. Tal vez tú no, pero yo sí. Y Vicente va a pensar que me acosté contigo.

—Si despacho a ese sujeto al más allá, ¿se acaba el asunto? ¿Se acaba con él?

—No. Mi dinero es parte de los ingresos de toda una organización. Vicente solo es mi jefe inmediato.

¿Quiero que mate a Vicente? Sí, creo que sí. No sé. Tenemos una relación sexual, medio sentimental. Medio. Porque lo odio. Pero no lo odiaba cuando empezó todo entre él y yo.

Pero si él no está muerto seré su esclava toda la vida.

—Hummm, menudo follón. —Herio se come otro bocado de tortilla y mastica pensativo—. Tendré que pedir ayuda a la familia Lantzer. La familia de Haize —dice, al notar que estoy confundida—. El otro semidiós del que te he hablado antes. Ellos se encargan de quitar gente de en medio, gente que estorba en los intereses de… da igual. Será un follón porque va a cobrarme, pero lo haremos.

Suena a que es otro grupo de mafiosos.

—¿Tendremos suficiente dinero para pagar eso?

La boca de Herio se tuerce ligeramente.

—Haize no me va a cobrar en dinero. Siempre cobra con algo peor.

—¿Con qué?

—Un cheque en blanco, neska. Simplemente quedas debiéndole algo y, créeme, eso siempre es peor.

Sí, así terminé yo esclavizada por la mafia de Valparaíso. Un cheque en blanco que dejó mi hermana. ¿Sabrá ella, donde quiera que esté, en lo que terminé metida por su culpa?

Espero que sí. Porque si no lo sabe, es porque está muerta.

—Ese Haize suena como un tipo horrible —susurro.

No sé si quiero que Herio le quede debiendo un favor, pero la otra opción es… aceptar mi muerte. ¡No debí dejar que subiera esa maldita foto! Pero se veía tan feliz solo por la idea de compartirla. Le brillaban los ojos, como a Charlie comiendo pollo.

—Olvídate de eso, no dejaré que ese hombre te toque. Y Haize es un cabrón. —Me apunta con el tenedor—. Pero jamás del tipo que comercia con mujeres.

No respondo. Tal vez no tenemos por qué decidir esto ahora. Trato de seguir comiendo tortilla, pero creo que se me ha quitado el hambre. Estos días estaba triste porque tenía que volver a mi país, dejar a mis amigas. Dejar Euskadi, un lugar donde por unos años pude ser… libre. Y ahora… ¿existe la opción de que me quede aquí? ¿En serio Herio me ayudaría a liberarme de esos tipos?

No quiero ni siquiera ilusionarme. Es imposible que en unas horas todo haya cambiado tanto. Tal vez voy a despertarme y esto habrá sido un sueño ridículo. Quizá me dormí borracha en el sillón de Amaia, nerviosa por la idea de ir a una fiesta donde estaría Herio y mi cerebro terminó creando toda esta absurda noche dantesca.

Dantesca y un poco pornográfica.

—Oye, Sofi, antes has mencionado que tus amigas te explicaron cómo funciona el akelarre. ¿Qué tienes que ver con eso?

Ah, verdad. Se le mencioné pero en toda la noche no le he dicho que, en parte, su teoría de que yo era una espía era un poco verdad. No era una espía exactamente, pero sí era parte del equipo de sabotaje de una vasca loca.

Creo que Herio solo me lo pregunta para cambiar el tema de Vicente. ¿Se enojará si le digo la verdad?

—Mis amigas iban al akelarre.

Esa parte no es mentira. No tengo por qué especificar tanto.

Charlie se pasea por la cocina, buscando algo que comer en el suelo y, aunque Herio parece haberse rendido por completo con lo de asistir al ritual, si le digo la verdad podría cambiar de opinión.

—Hummm. —Herio apoya el codo sobre la mesa y queda un poco más cerca de mí—. Tu corazón se ha acelerado, puedo sentirlo a través de nuestro lazo. ¿Qué no me estás diciendo?

Me arde la cara. Pero me he pasado años fingiendo en redes sociales, puedo con una mentira más.

—Te prometo que no soy una espía de ese dios que dijiste y que no queríamos impedir tu ritual, ¡ni siquiera sabíamos que querías ascender…!

Herio arquea una ceja. Levanta la mano y me toca la punta de la nariz con el dedo índice.

—Ve al grano.

—Mis amigas querían sabotear el ritual. ¡Pero no como crees! —Levanto y agito las manos, angustiada porque él se echa hacia atrás y me mira como si le hubiera dicho que no quedan más gomitas de ositos en todo el planeta tierra—. No iban a detenerlo, solo pensaban… saltarse las reglas para recordar el rito al día siguiente.

Herio junta mucho las cejas y se queda pensativo. Doy un brinco en la silla porque Charlie golpea unas ollas que había en el suelo y hace un estruendo terrible. Herio lo ignora por completo y me sigue mirando de una forma que empieza a desesperarme. Entorna mucho los ojos, hasta que se convierten en dos líneas acusatorias.

Está dudando de mí. Mierda.

Tomo el tenedor y me llevo otro pedazo de tortilla a la boca.

La gente culpable no deja de comer, Sofía. Sigue comiendo.

—¿Quiénes son tus amigas? ¿Por qué querían recordar el ritual? —Herio ladea el rostro de esa manera que lo hace parecer un cazador esperando por asesinar a su presa—. Eso no es posible. Todos follan en el akelarre. Nadie va sin follar. Y todos los que follan se olvidan.

—Pues ellas iban a saltarse las reglas.

—Imposible. Todos hacen el ritual de invitados. Ese rito amarra tu mente a un hechizo y si haces el rito sexual, olvidas. No hay más.

—El ritual de invitados —repito, como si no supiera lo que es.

Como si no lo hubiera hecho ya.

— Así se llama un pequeño rito que hacen los que asisten, para asegurarnos de que no recuerden nada de lo ocurrido el día del akelarre. Es una tontería con velas. —Herio se relaja un poco. Toma un sorbo del botellín de cerveza helado—. Es un ritual muy breve y se hace unos minutos antes de empezar el akelarre. Las sorginas de Akerbeltz se darían cuenta si alguien no lo hizo. Esas pueden oler las energías de los demás a metros de distancia.

—Pero ellas no pensaban saltarse ese ritual, pensaban saltarse la parte de follar.

Herio suelta una carcajada y me sonríe de forma desgraciada y sensual.

—Imposible.

Resoplo.

—Ya te lo he dicho, neska. Nadie puede resistirse a un dios. Ni a un semidiós tampoco.

Pongo los ojos en blanco y no digo nada más. Me termino los últimos pedazos de tortilla y tomo un poco de agua, rogando para que Herio se olvide del tema.

Aunque lo que ha dicho me confunde un poco a mí también. ¿Por qué nosotras hicimos el ritual la noche antes y no unos minutos previos al akelarre como dice Herio? ¿Será porque la abuela de Amaia es una antigua sorgina de Mari y ella ya lo conocía de antes?

¿Lo habrá modificado de alguna forma?

—¿No tienes cómo llamar a tu abuela? Para que vuelva pronto.

—No. —Herio hace girar el botellín de cerveza entre sus dedos, mirándome—. ¿Por qué querían sabotear el akelarre tus amigas? ¿Cuántas eran?

Claramente no va a olvidarse del tema.

—Son tres. —No digo que son tres contándome a mí. Pero sé que es el número que tengo que decir. Esos ritos siempre son de a tres. Si me invento algo será más sospechoso—. Ellas no sabían de tu ritual. Ellas solo querían saber qué palabras pronuncia Akerbeltz en el akelarre, porque creen que Akerbeltz usa el poder del akelarre para mantener capturado el poder de su diosa Mari.

Herio no dice nada y sigue tomándose su cerveza, mientras me observa con curiosidad.

Dios, qué nerviosa me pone. Me pone nerviosa esa forma de mirarme y que fuera el mundo se caiga en lluvia, viento y truenos. Un relámpago se refleja en la ventana y Charlie corre y se mete debajo del taburete donde está sentado Herio.

Y Herio sigue sin quitarme los ojos de encima.

—¿Qué? —Le sonrío.

—¿Tú no ibas a ir?

Me río y hago lo posible por no mentir, por decir alguna verdad para que mi corazón no se altere tanto. Herio no detecta mis mentiras, solo detecta que me pongo nerviosa.

—Soy virgen, Herio. Tú lo has dicho, a ese ritual se va a follar.

Él me observa un momento más, sin dejar de jugar con el maldito botellín de cerveza. Me tiene de los nervios que siga sospechando de mí. Incluso me ofende, y no sé por qué me ofende si tiene razón en sus sospechas.

—¿Acaso te importa? —Aparto el plato, molesta—. ¿Qué te importa lo que hagan ellas? Ya no irás a ese ritual.

—No me molesta. Me la suda para qué use Akerbeltz el poder del ritual. —Herio apoya el brazo en la mesa y se acerca un poco más a mí—. Solo me parece raro que justo me encuentre contigo y que justo sean tus amigas unas pequeñas saboteadoras. ¿Con qué clase de gente te juntas, neska?

Sonrío con pena. Me junto con la clase de gente que se habría juntado mi hermana. Ella habría estado en ese grupo para salvar a su diosa sin siquiera dudarlo.

—Con la clase de gente que es mejor que yo.

—¿Mejor que tú?

—A ellas les interesa salvar su pueblo, a su diosa. En cambio, yo nunca he dedicado tiempo a ayudar a ninguna causa.

—Pero te has metido en un buen lío por ayudar a un perro —dice Herio riendo.

Lo miro feo.

—Porque los perros son lindos. Habría que ser un grandísimo hijo de puta para hacerle daño a un perrito.

Se la suda mi insulto. Se ríe y sigue comiendo su tortilla. Se la acaba rápido y luego se termina también la cerveza.

—Me alegro de que tus amigas no te reclutaran, panpina.

—¿Qué?

Herio hace a un lado el plato y se acerca un poco más a mí. El calor de su cuerpo me recuerda nuestros besos en su cama, trato de mirarlo a los ojos.

—Que hubierais fracasado. Si el plan de tus amigas era no follar para saltarse las reglas… Las habrías llevado al fracaso de su plan. Habrías terminado follando conmigo.

Suelto una carcajada, pero el corazón se me desboca de los nervios. Él me pasa los dedos por la nunca, enredándolos en mi pelo y apega mi cara a la suya.

—Puedes reírte si quieres, pero es la verdad. No hay forma de que hubieras ido a ese ritual y eligiera a otra que no fueras tú. Y no habrías podido decirme que no.

Nuestras bocas casi se tocan, respirando el mismo aire húmedo. Tengo que reunir todas mis fuerzas para no inclinarme un poco y volver a probar su boca de semidiós.

—Te habría dicho que no…

Herio sonríe, no se lo cree.

Yo tampoco.

Y nos estamos besando otra vez, mierda. No alcanzo a impedirlo, no alcanzo siquiera a pensar, su boca está contra la mía y mis labios se abren rendidos al paso de su lengua. Y aunque le dije que no sabía lo que era el amor, sí sé que sus besos son lo mejor que he probado en la vida. Y me gustaría besarlo mañana y pasado mañana otra vez. Me gustaría conocerlo más y saber si esta delicia que es estar entre sus brazos podría ser mejor.

No me imagino que pudiera ser mejor.

—Oye, Herio. —Lo empujo en el pecho y él protesta un poco—. ¿Akerbeltz puede hacerte algo por no participar en el ritual? Me

refiero a castigarte.

—Ez,[151] no realmente. —Me da otro pequeño beso en los labios y se aleja, toma el vaso y bebe un poco de agua—. Estará cabreado y puede que nos llene de curro desagradable a Gorka y a mí. Solo seguiré siendo su esclavo.

No hay resentimiento en su voz y eso me hace sentir culpable. Solo hay resignación.

—¿Por qué eres su esclavo?

Herio mira hacia la ventana, hacia la oscuridad infinita.

—Le ofrecí mi alma a cambio de salvar a Egu. Me dio lo que necesitaba para… ir a ayudarla. De todas formas, llegué demasiado tarde.

Oh.

Herio deja de mirar la ventana y clava sus ojos grises en mí.

—Como puedes ver… —Me dedica una media sonrisa fría—. Eso no anuló el trato. Tuve que ser su esclavo de todas maneras.

La tortilla se me remueve en el estómago. Sé que este weón ha hecho cosas terribles, que no debería darme lástima, pero no lo puedo evitar. Sé lo que es ser esclava de alguien. Y aunque no cabe en mi cabeza que esté dispuesto a sacrificar a un perro, entiendo lo desesperado que debe haber estado por liberarse de Akerbeltz.

Al menos ya no lo creo capaz de hacerlo. Charlie ya acabó su plato de comida hace rato y, ahora que se calmaron los truenos, dormita en el suelo a los pies de Herio. Arriba, en su cuarto, lo pillé intentando calmarlo a Charlie en las piernas. Es obvio que ya le ha cogido un poco de cariño.

Y es un alivio enorme, gigante. El corazón me da saltitos solo de estar cerca de Herio. No me importa si es por nuestro vínculo

mágico. Me siento bien con él, quiero conocerlo más, tener una cita con él. Caminar por la ría como dijo y tomarnos una birra.

Y no habría podido hacer nada de eso si hubiera seguido con lo de hacerle daño a un perrito. Además, si Charlie no llega al akelarre, beneficiará también a mis amigas.

—Lo que querían hacer mis amigas, ¿eso no te habría beneficiado también a ti? Si Akerbeltz pierde poder…

—Qué va. Hará otro ritual para recuperarse. —Herio apoya los dos codos en la mesa, cruza los dedos de las manos y descansa el mentón en ellos, mirándome—. ¿Sabes? Se me sigue haciendo raro lo de esas chicas. No creo que sea una coincidencia que te relacionaras con ellas y yo te conociera esta noche.

—¿Vas a volver con eso del destino?

Es un ridículo.

—Mi amuma me ha dicho antes de salir de casa: «Si ves una chica de pelo celeste, aléjate de ella. Arruinará tus planes». Y no lo he podido evitar. Hasta me has chupado la polla. Claro que ha sido el destino.

Suelto una risa, pero él me mira serio.

—¿No es broma? —Dejo de reírme porque parece que habla en serio—. ¿De verdad te dijo eso?

—Sí, lo ha dicho. Aunque no le veo sentido. —Frunce tanto el entrecejo que me causa ternura—. Tus amigas son simpatizantes de Mari y mi amuma es una es sorgina de Mari. ¿Por qué mi amuma me diría que me aleje de ti?

—Porque —dice una voz aguda y fría como el viento a nuestras espaldas— sabía que harías todo lo contrario de lo que yo te dijera.

—¡Hostia! —Herio se gira y se levanta tan rápido del taburete que lo arroja al suelo. Charlie se escabulle y se esconde detrás de mí—. ¡Joder, no entres así!

El corazón me late desbocado del susto. Yo también me pongo de pie, mirando a la mujer que nos observa en la puerta de la cocina. No la oí llegar, no la oí abrir la puerta. Lleva una capa de lluvia azul oscuro y el pelo rizado y gris tomado en una coleta baja. Las hebras plateadas de la coleta se mueven con el viento. La neblina se cuela dentro de la casa, reptando por sus pies, como si ella la hubiera invitado a pasar.

—¿Te ha gustado la tortilla? —La mujer sonríe y eso profundiza las arrugas de su cara. Aunque sus ojos, azules, parecen jóvenes, divertidos. No sé qué edad tiene, es imposible saberlo—. ¡Ah, habéis traído también al perro! Etorri hona, txakurtxu[152] —dice, haciendo soniditos y llamando a Charlie con la mano.

Pero Charlie no se mueve, se queda detrás de mí. Y eso me dice más de esta señora de lo que pueda decir su aspecto.

—Eeehhh, estaba buena, eskerrik asko[153] —digo, incómoda con su presencia.

—La ha hecho Herio, no yo. Pero puedes probar mis sopas si te has quedado con hambre.

Tiene una forma de mirar que me hace sentir… ajena, sí. Como si yo no debiese estar aquí o no encajara con este lugar.

—No probará tus sopas, amuma.

—Me sorprende verte aquí, chaval. —La mujer cierra la puerta, dejando fuera las brumas y posa los ojos en Herio. ¿En serio es su abuela? No veo el parecido en nada—. El ritual será en dos horas o poco más. ¿Vas a ir con esas pintas? A Akerbeltz no va a gustarle

nada. Y deberías ducharte de nuevo. Hueles a… —Clava sus ojos en mí—. A ella.

Intento no ponerme nerviosa. Herio me mira un momento y luego a su amuma. ¿Le tiene miedo? Por primera vez esta noche me parece… menor. Ante ella no es más que un chavalito de veintitrés años. En vez de un cabrón asesino y secuestrador de perros de veintitrés años.

—¿Por qué has llegado tan tarde, amuma? Necesito preguntarte cosas sobre Sofía.

La mujer me mira a mí y luego a su nieto.

—¿Para qué? Ya lo sabes todo.

—Amuma, ella es…

—Sé lo que es. Bai,[154] tus poderes han despertado.

—¿A qué te refieres con que mis poderes han despertado? Están un poco más sensibles…

Se interrumpe porque su abuela suelta una risotada.

—¿Más sensibles? Chaval, estás a punto de tener una sorgina completa. Tus poderes están desbordados. Cada rito sexual que haces con ella los aumenta y las almas allí afuera —dice, haciendo un gesto con la barbilla hacia la ventana—, están como locas. Incluso tu novia. He estado con ella. Como no volvías, he ido a ver que todo estuviera en orden.

—¿Has estado con ella? —Herio da un paso hacia su abuela—. ¿Te refieres a su cuerpo? ¿Le ha ocurrido algo?

Los aullidos del viento hacen temblar a Charlie a mis pies. Y no sé si es por el viento, pero yo tiemblo también.

—Claro que le ha ocurrido algo, chaval. Los ritos sexuales que haces con esta chica consolida tus poderes. Eguzki ha regresado.

—¿Qué? —Los músculos de la espalda de Herio se tensan—. ¿Qué has dicho?

—Que Eguzki está aquí.

Esto debe ser una puta broma.

No alcanzo a hacer nada. No alcanzo a preguntar. En un momento Herio está ahí plantado mirando en shock a su abuela y un momento después cruza la puerta de la cocina a toda velocidad.

Mierda. Mierda.

Rodeo la isla de la cocina, paso corriendo al lado de su abuela, pero cuando tiro de la puerta para seguirlo, ella me toma del brazo.

—Yo no haría eso, chica. Esta noche es peligroso salir fuera. Herio no está controlando bien sus nuevos poderes y las almas podrían ir a por ti.

El viento nocturno entra con furia a la cocina como si corroborara sus palabras. Me aparto el pelo de la cara y miro hacia fuera, hacia la niebla que lo cubre todo. Charlie se asoma un poco y empieza a ladrar a la oscuridad.

—¿Sabe lo que me costó convencerlo? —digo girándome hacia su amuma.

Me arden los ojos. Me arde todo el cuerpo de rabia.

Ella me mira con tristeza.

—Bai, badakit.[155]

Aprieto los labios. No la conozco, no sé qué pretende. Y no me importa. Le doy la espalda, inspiro hondo y corro hacia la noche.

HOGEITA HAMAIKA

Muerta

TREINTA Y UNO

Sofía



Sigo a Charlie entre las sombras de la noche, entre la niebla espesa como un mar de plata a nuestro alrededor. Hace un frío terrible y solo llevo la camiseta de Herio. Trato de no temblar, aunque el vapor emana de mi boca con cada bocanada de aire, agitada, angustiada. ¿Cómo pude perderlo en tan poco tiempo? Salí un momento después que él, pero fue suficiente para que se perdiera en el bosque que rodea su casa.

También siento que lo perdí de otra manera.

—¡Guau, guau!

Charlie se mete entre los árboles ladrando y lo sigo. Las ramas crujen bajo mis pisadas y el silencio de la noche me parece sobrenatural. Huele a humedad, a noche. No es normal *tanto* silencio. Lo único que se oye son nuestros pasos, el eco de los ladridos y la caricia del viento entre las hojas de los árboles.

—¡Charlie, espera! —jadeo, intentando no perder el rastro—. *¡Itxaron!*[156]

Se detiene y se gira hacia mí, parando sus orejitas peludas. Me apoyo en un árbol y respiro agitada, mirando la oscuridad profunda

en la que nos hemos metido.

—Siento que nos observan.

El corazón me golpea agitado en el pecho y no logro quitarme esa sensación de que cientos de ojos nos miran. Pero por más que busco, alrededor no se ve nada más que las sombras de los árboles y esa bruma que repta entre nuestros pies como si estuviera viva.

Cierro los ojos y…

Sofía. Sofía. Sofía.

Me giro, pero no hay nada. O más bien, nadie. Porque lo que sí hay son tentáculos de bruma alzándose, como empujados por pequeños torbellinos de viento. Salvo que no hay tanto viento.

Es muy raro que no haya viento.

Sofía, Sofía.

Charlie gimotea a mi lado y retrocedo. Retrocedo, retrocedo, huyendo de las hebras de bruma, que se enroscan, se alzan y de pronto caminan hacia mí, o se arrastran, no lo sé. ¿Qué mierda es esto? Pero sea lo que sea que hacen, es como vivo, como humano.

Me detengo, en medio de un claro. La luna se abre paso entre las nubes e ilumina lo suficiente para comprender qué es lo que tengo delante de mí. Personas. Bruma con forma de personas. Arrastran los pies, medio se deslizan hasta rodearme. Están por todos lados. Son decenas, muchas. Todas enfocadas en mí.

Este lugar es todo un cementerio… Hoy las almas están furiosas y despiertas.

Sí, siento su furia. Me abrazo a mí misma y tiemblo. ¿Por qué tiemblo? ¿De frío? ¿De miedo? Solo son almas. Hoy estuve muerta y volví a la vida. Mi carne está caliente, mi sangre está caliente. Yo estoy viva. Ellos están muertos. ¿Qué me pueden hacer?

Pero mi cuerpo no quiere entenderlo, el corazón me late desbocado y tengo el estómago tan apretado que creo que voy a vomitar.

Las personas de niebla se funden unas con otras, luego vuelven a separarse en seres individuales. Algunas son más bruma que persona y otras tienen los rasgos tan definidos que alcanzo incluso a ver retazos como cabellos, narices y las cuencas de sus ojos vacías. Y aunque estén vacías, me miran. Quieren algo de mí, pero yo no tengo idea qué podría darles.

Inspiro hondo. Calma. Calma.

Puedo ver a los muertos. Estoy viendo a los muertos.

Si te tragas el semen de un semidiós, obtienes poderes sobrenaturales.

Mierda.

El semidiós de la muerte. Creo que sí me hizo algo más que eso de poder sentir sus emociones.

—Tranquilo, Charlie, solo son espíritus. No pueden hacernos nada.

Pero no estoy segura de eso. ¿Y si se me meten dentro? ¿Y si termino poseída como en las historias de fantasmas? Charlie gimotea y se refugia a mi lado, desconfiado de las decenas de almas que nos rodean, cada vez más cerca. Los árboles murmullan cosas oscuras, obscenas, las ramas y hojas enloquecidas.

Mechones de mi pelo celeste me azotan las mejillas. Un cuervo grazna en la oscuridad.

Y la tierra se rompe.

Chillo. Chillo como una maldita loca mientras retrocedo y Charlie retrocede, ladrando furioso; la tierra delante de nosotros se parte, se levanta con violencia, como en un terremoto, arrojando terrones y

piedras y unos brazos esqueléticos asoman, estiran unos dedos de huesos, buscando, buscando, como si intentaran agarrar la luna que brilla en el cielo.

Herio

Cruzo el bosque en penumbras, rápido, guiado por años de recorrer este sitio. A mitad del camino, cuando me interno entre la niebla, pienso en Sofía. No sé si ha sido bueno dejarla con mi amuma. Pero si es cierto que he traído a Egu de regreso… Joder, ya estoy llegando al mausoleo y mi corazón agitado está desesperado por saber si es cierto.

Los árboles negros, de brazos esqueléticos, franquean el camino, como si fueran guardianes de su lecho de muerte. Las hojas y ramitas crujen bajo mis pisadas y me acerco al mausoleo como un espectro más de la noche. Se levanta delante de mí en poderosas paredes de piedra y pilares acabados en puntas de agujas de hierro.

Me detengo jadeando frente a las puertas de cristal. La estructura de piedra oscura es una barrera al mundo de los muertos, las llamas de dos antorchas danzan en la entrada, creando sombras vivas. Mi amuma las ha debido encender con motivo de Gau Beltza.

Casi no oigo los sonidos del bosque de lo fuerte que el pulso me late en las venas. Pum. Pum. Pum. No sé si es mi corazón, me parece que incluso el suelo tiembla bajo mis pies. Suelo donde yacen enterrados mis antepasados; decenas de generaciones esqueléticas enterrados en esta tierra.

Estiro la mano para bajar la manilla y entrar, los dedos me tiemblan alrededor del metal helado. Dudo un momento. Solo un momento. Empujo la puerta, chirría como un demonio. Un paso, dos, tres. Otro más. ¿Por qué me cuesta tanto? Me interno en las penumbras, en el silencio de la muerte, mirando el sarcófago iluminado por la luz de la luna que entra por los cristales del techo.

Ese techo… Alzo la cara un momento y, joder, cuando tenía un orgasmo mientras Sofía me hacía una mamada vi estas estrellas. A través de este cristal. Creí que estaba delirando por el placer, pero estaba viendo lo que veía Eguzki.

Mierda.

Me acerco, paso a paso. ¿Por qué? ¿Por qué? He esperado esto durante años y ahora tiemblo como un chaval asustado mientras camino.

Una ligera luminiscencia verde emana del ataúd de cristal.

Egu. Ahí está, tal como la dejé la primera vez. Su rostro se vuelve más nítido con cada paso aterrado que doy hacia ella y, cuando al fin me detengo y me inclino sobre el ataúd, estoy llorando.

Joder. Su cabello rosa parece hecho de flores, rizado alrededor de su rostro perfecto, pálido. Pálido como la muerte. Porque está muerta. Sus pestañas negras parecen la obra plástica de un artista de porcelana. Su boca roja, del color que siempre usaba, el color que yo le puse el día que la sepulté aquí.

Mis lágrimas caen sobre el cristal. No respira, esa extraña energía emana de su cuerpo, lo envuelve, con chispas verdes y brillantes como fuego del inframundo.

Apoyo las manos sobre el vidrio. ¿Qué es esa energía? Abro la tapa de cristal y al hacerlo, la energía de Eguzki aumenta y… no. No

proviene de Egu. Es mía. Miro mis propias manos y… No lo había notado. Creí que emanaba del cuerpo de ella, pero no. Es del mío que fluye como un vapor verde esmeralda. Se proyecta en ella, como si respondiera a mi presencia.

—Egu —murmuro y estiro mi mano hacia ella, temblando—. Eguzki.

Me detengo, a punto de tocarla. En todos estos años su cuerpo era como una muñeca. Fría, sin vida. Ninguna reacción. Preservada por la magia de mi amuma. Ahora que la energía la rodea, un ligero color regresa a su rostro. Su corazón no palpita, pero la siento. Siento su presencia latente.

Huele a muerte. No a descomposición, sino a su ropa húmeda, al olor que tendrían unas flores dejadas hace mucho tiempo.

Fuera, el viento sopla y un cuervo grazna. La rama de un árbol golpea el vitral del mausoleo y mi mano sigue temblando mientras acerco más mis dedos a su rostro. Las paredes crujen, la piedra se queja y me parece que el suelo tiembla bajo mis pies, como si todos mis ancestros enterrados en esta tumba se agitaran debajo. Y es que se agitan debajo. Oigo sus murmullos, oigo sus súplicas. Me ruegan que me detenga.

Pero no puedo detenerme. Estoy a punto de rozar sus mejillas cuando un grito aterrado se desliza como un cuchillo por la noche hasta mí.

Sofía. Me giro hacia la entrada del mausoleo y vuelve a gritar, desesperada. ¿Me ha seguido? El pánico me invade y doy un paso hacia la salida, pero una mano fría, gélida, muerta me agarra de la muñeca.

Hostia puta.

Bajo los ojos y me encuentro a Eguzki mirándome, los ojos celestes muy abiertos, todavía acostada y aferrando mi brazo con fuerza.

—Herio —susurra, sus labios se mueven con dificultad. Están tan secos que se le parten al hablar. El corazón se me sube a la garganta, no puedo respirar mientras la miro—. Herio —repite y me doy cuenta de que en realidad sus ojos no me ven, solo miran a algún sitio perdido en el más allá—, lagundu. Mesedez, lagundu. [157]

Lejos en la noche, Sofía vuelve a chillar.

Sofía



—¡Aaaaaah! ¡Diosss!

Caigo al suelo, confundida y asustada por el esqueleto enorme que me persigue. Corre a una velocidad estúpida, sin importarle como sus huesos se flexionan en ángulos atroces. La camiseta de Herio se me engancha en una rama y tiro con fuerza, intentando liberarme. Me pongo rápido de pie, la camiseta se rasga y corro siguiendo a Charlie entre los árboles.

¡Mierda! ¡Otro esqueleto! Ya son tres. Y por todo el bosque esa niebla que repta, que camina, que en realidad son almas desesperadas. Jadeo, intentando pensar. No hay hacia dónde arrancar porque no tengo ni idea de dónde estoy. Todo es bosque. Todo es oscuridad.

Sofía. Sofía.

—¡Dejen mi maldito nombre! —grito mientras Charlie ladra y la niebla gira a nuestro alrededor.

Pero es inútil. Acabamos en un claro otra vez. La luna nos ilumina como si disfrutara del espectáculo de esta pesadilla. Los tres muertos frente a mí, las almas en un torbellino de niebla incitándolos, chillando, danzando a nuestro alrededor. Ya no tengo más aire para correr. Jadeo, me tiemblan las piernas y me rindo ante los tres hombres muertos que caminan hacia mí. No. Uno es una mujer, la de la derecha. Harapienta, mugrienta y casi no se distingue de los otros dos.

Charlie tiembla a mi lado y dejo de gritar, solo consigo asustarlo. Apenas puedo estar de pie, las piernas me van a fallar.

Ahora sí que creo estar soñando.

Es una pesadilla y voy a despertar.

Los muertos se detienen, en fila frente a mí, el hombre más alto en medio. La niebla repta y se retuerce a sus pies. Una energía verde esmeralda brilla entre ellos, como chispas infernales que los han despertado. Uno avanza un paso, otro y otro. El crujido de sus huesos me causa escalofríos. Todavía tiene restos de una chaqueta podrida pegada a los colgajos de piel y hueso. Camina hacia mí, tambaleándose, como si no recordara cómo caminar. La luz verde que lo rodea deja una estela en la noche con cada paso que da.

—Dios mío. —Mi voz me suena hipócrita y ajena en la noche cuando el esqueleto se detiene delante de mí, más alto que yo—. ¿Qué carajo es esto?

Ni siquiera sé a quién le hablo. Yo no creo en ningún dios.

El esqueleto da un paso. Huele a tierra. Creí que los muertos olían mal, pero huele a hojas y tierra. Levanta el brazo hacia mí. Da otro

paso y queda tan cerca que podría sentir su aliento si lo tuviera. Charlie se encoge, se encoge y yo le digo que se calme. Que solo es un muerto.

¿Qué podría hacernos un muerto?

Las lágrimas me corren por la cara y no soy capaz de retroceder ni un paso más. El muerto me mira y luces fatuas bailan como flamas en las cuencas de sus ojos.

Y de alguna forma, lo sé. No quiere hacerme daño.

Me paso una mano por los ojos, limpiando las lágrimas. Todavía tengo miedo, es imposible no tener miedo. Pero no va a hacerme daño. Está a menos de un metro de mí, ya lo habría hecho. Y me transmite algo, una emoción… Como las que siento a través de la piel de Herio.

Huele a manzana.

Sofía, *Sofía, Sofía,* susurran las almas furiosas que siguen girando alrededor de Charlie, este trío infernal y yo, fundidas con el viento. Se alzan en una espiral de energía verde hacia las estrellas.

El muerto desencaja su mandíbula, quiere hablar, pero nada sale de su boca. Estira más la mano, la acerca tanto que sus dedos se sienten como garras en mi piel. Los desliza, arañándome suavemente. En mi cuello. Y me pongo a llorar otra vez. No me ha hecho daño, pero lloro como una imbécil cuando sigue deslizándome esa garra por el cuello, por la clavícula.

Esto es demasiado, es demasiado para mí. No me muevo. Solo tiemblo, jadeo y lloro.

Charlie le gruñe y se lanza a morderle la pierna, pero el muerto lo ignora y sigue bajando un terrible dedo esquelético por mi cuerpo, entre mis pechos, rajando la camiseta a su paso.

Me desea. Siento su deseo en esa uña que baja y baja. Los otros dos esqueletos nos observan mientras hablan. O eso intentan, haciendo castañear sus dientes de muertos. La visión se me nubla, soy incapaz de ver otra cosa que esas cuencas que tienen por ojos donde bailan las flamas verdes de la muerte.

—Perdón. —Mi voz es un quejido patético y no sé de qué me estoy disculpando—. Perdóname, por favor.

El muerto ladea el rostro con un crujido y la cabeza casi se le disloca del cuerpo al hacerlo. Las lágrimas me nublan la vista. Ya no siento frío, no siento el suelo bajo mis pies.

Nunca había tenido tanto puto miedo en mi vida.

El muerto sigue bajando su mano, por mi vientre, como si quisiera…

—¡Geldi![158] —ruge una voz—. ¡Itzi![159]

La voz poderosa truena en la noche y el esqueleto se detiene. Las almas que se alzaban hacia el cielo en una espiral caen como chispas de lluvia por todas partes, brillantes. Los tres esqueletos se giran hacia la figura alta que se abre paso caminando entre los árboles, el pelo revuelto al viento y los ojos de plata brillantes como la luna.

Las almas que eran lluvia se funden al tocar el suelo y penetran en la tierra.

Sigo sollozando. Sollozo mirando cada paso que Herio da, como si fuera otro monstruo de la noche. La energía verde emana de él, como la luz fatua de un dios. No sé si he enloquecido del todo, pero los tatuajes de su brazo y su pecho brillan también en su piel.

Herio se detiene frente a mí. Charlie deja de morder al muerto y retrocede, moviendo la cola nervioso. El muerto se queda muy

quieto y Herio estira la mano, le toca la frente y la energía del muerto fluye de regreso hacia él, como si le perteneciera. Le pertenece. El esqueleto se queda sin luz, se queda sin vida de nuevo y se derrumba, igual que los otros dos en un alud de crujidos de huesos al caer.

Él único que sigue brillando es Herio. La energía verde emana de todo su cuerpo, como un vapor siniestro. Clava sus ojos de plata en mí, da otro paso hasta quedar muy cerca y el corazón se me detiene.

—Barkatu[160] —murmura y levanta la mano hacia mi cara—. No lo sabía.

Toca mi mejilla y el contacto tibio de sus dedos me transmite todo. Todo. Demasiado.

Sus ojos son la luna.

¿Por qué sientes tanta culpa otra vez?

Quiero preguntarlo, pero no me sale la voz. Las palabras mueren en mis labios y el contacto suave de Herio en mi mejilla es lo último de lo que soy consciente.

Ahora todo es oscuridad.

HOGEITA HAMABI

Odio

TREINTA Y DOS

Sofía



Salta.

Salta.

Salta.

Pero no salto. Ya decidí tomar el tren y observo el paisaje sumergido en neblina, mientras dormito con el hombro apoyado en alguien. En un hombre. Huele a perfume de hombre mezclado con un intenso olor a manzana.

Sofía.

Sofía.

¡Sofía!

Despierto, jadeando, sudada. La camiseta de Herio se me pega al cuerpo y todavía huele a él. Inspiro hondo, inhalando el intenso olor a manzana y miro a mi alrededor confundida. No estoy con él, solo es el olor de su ropa y su cama. La habitación de Herio está oscura, pero la luz de la luna es suficiente para ver.

La camiseta es otra, él me ha cambiado la ropa. Eso me da igual. En lo único que logro pensar es en esqueletos, la tierra rompiéndose

mientras manos putrefactas reptaban hacia mí. Cierro los ojos con fuerza.

Tranquila, respira, respira. Estiro la mano hacia la lámpara de la mesita. Abro los ojos y mi corazón se tranquiliza como si la luz cálida pudiera alejar los recuerdos de los muertos. Del esqueleto recorriendo mi piel con sus garras.

¿Por qué me dejé? ¿Por qué me quedé así tan quieta? ¿Quería sentir esas garras? El corazón se me acelera al recordar. Creí que moverme sería peor. Creí que… No sé qué creí. El esqueleto tenía la energía de Herio. Quizá eso me confundió, me hizo creer que no me haría daño. Y no quería hacerme daño, quería algo mucho peor.

Temblorosa, me levanto de la cama. No sé cómo no vomité la tortilla ahí mismo. ¿Dónde está Herio ahora? Las palabras de su abuela remueven algo dentro de mí. Su novia diosa. Había ocurrido algo con su exnovia. ¿Y Charlie? El silencio me angustia, no oigo nada más que el aullido del viento en alguna parte de la casa.

Busco debajo de la cama y nada. Charlie no está.

Me levanto rápido y miro la puerta. No, no, no puede ser.

Pero la culpa en los ojos de Herio antes de que yo perdiera la conciencia regresa a mí como un golpe en el estómago. La anticipación de una idea terrible.

Barkatu.[161]

No. No.

Corro hacia la puerta y tiro de la manilla. No se abre. Está atrancada.

—¡No! ¡Herio! —La aporreo con todas mis fuerzas, los puños me duelen de tan fuerte que golpeo la madera—. ¡Herio!

Grito con todas mis fuerzas. Empujo la puerta. Jadeo y retrocedo, mirando la madera oscura. ¡No puede haberme hecho esto! Me agarro la camiseta a la altura del pecho, como si así pudiera sacarme el corazón. Como si así pudiera dejar de dolerme.

¿Cómo pudo? ¿Cómo pudo?

Me lo voy a pensar.

Le creí como una imbécil.

Me quedaría toda la noche contigo.

Tiro de la camiseta y chillo de rabia, como si rompiéndola pudiera deshacerme de los restos de él que tengo impregnados en mi cuerpo. Su aroma en mi piel. El recuerdo de su risa, de sus besos enredados en la cama, se siente como una traición.

Barkatu.[162]

Lo odio. ¡Lo odio! La lluvia cae furiosa y siento que me derrumbo. Respirar duele mucho. No me creo esto. No. Quizá estoy haciendo suposiciones, quizá la puerta se atrancó con el frío o el calor o por la razón que sea que no sea Herio traicionándome.

Me giro hacia la ventana que hay detrás del escritorio. Empujo desesperada las cosas que hay encima y caen haciendo tanto ruido que no sé si la abuela de Herio va a oír. Ojalá lo oiga y venga a buscarme. Me encaramo al escritorio, abro la ventana de par en par. El frío me golpea y tiemblo. El bosque que rodea la casa es pura oscuridad y murmullo de hojas y ramas. Bajo la mirada y si salto es una caída de dos pisos de altura.

Una lechuza chilla y su sombra pasa como un fantasma frente a la luna. Se me aprieta el estómago al ver la niebla revolviéndose abajo. Me llama.

Salta.

Salta.

Salta.

¿Cómo pudo hacerme esto? Las lágrimas resbalan por mi cara y lloro con tanta fuerza que me cuesta respirar. ¡Ni siquiera sé dónde es el akelarre! ¡¿Cómo pudo llevarse a Charlie?! ¡Cómo! ¡Cómo! Jadeo. Jadeo y pienso mil maneras de matarlo. Nunca pierdo la calma así, nunca. Pero me siento… Mierda. Me siento tan usada. Me mareo de la desesperación, de pensar en las orejitas de Charlie atentas a cada palabra que decía él. En cómo confiaba en él. Y yo confié igual, como una imbécil.

Me ahogo de imaginar que lo pueda matar por un puto ritual.

No. No.

Me agarro al alféizar mientras intento calmar los sollozos, mientras hago un esfuerzo por ignorar las ganas de saltar.

Pero con eso no voy a conseguir ayudar a Charlie. No veo manera de bajar, me quebraré un hueso si salto. Si al menos hubiera una forma de deslizarme… Pero ¿con qué fin? No tendría hacia dónde ir. Y quizá volvería a encontrarme con las almas y los muertos que rodean la casa.

Me meto dentro y cierro la ventana. He dejado el cuarto hecho un desastre, no solo por las cosas que arrojé al suelo, sino porque entró mucha lluvia. No me importa. Estoy empapada y fría otra vez y tampoco me importa. Me siento traicionada por mi propio cuerpo que se sacude en espasmos por el llanto. Tengo que dejar de llorar. No tiene por qué dolerme tanto. ¿En serio confié en él? ¿En tan poco tiempo?

He sido una estúpida, estúpida, estúpida.

Lo que tengo que hacer ahora es pensar y encontrar una forma de salir de aquí, de pedir ayuda.

Herio

Las luces del coche rompen la niebla del monte y el bosque que rodea mi casa ya ha quedado bien lejos. Todo es negro y neblina mientras nos acercamos al cementerio. Charlie va tranquilo en el asiento, aunque al inicio estaba inquieto porque hemos dejado a Sofía atrás.

Yo no. Yo estoy tranquilo. Esto no me afecta en nada. Vi morir al amor de mi vida frente a mí, puedo soportar que Sofía me odie. Me he dejado llevar, me hacía falta calor, me hacía falta cariño.

Eso me ha confundido. Solo ha sido eso.

Lo que no puedo soportar es saber que Eguzki está atrapada en su propio cadáver. Está aquí, está en este mundo y no puede moverse porque mis malditos poderes la han traído a medias.

Cuando bajo los ojos, para ver qué tal va Charlie, nuestras miradas se encuentran y mueve la cola. Supongo que Sofía tiene razón y confía en mí. Cree que lo he rescatado esta noche, es la presa más fácil que he cazado nunca.

—Esto no es personal, txakurre.[163]

Pero lo es, joder. Aprieto el volante entre mis manos y trato de no pensar en lo asquerosamente personal que se ha vuelto toda esta mierda.

No he debido liarme con Sofía, no debí dejar que se metiera dentro de mí, no he debido permitirle que le pusiera un maldito

nombre al perro. No debí… Eso es lo peor.

Tomo una curva con cuidado, para que Charlie no se maree.

Qué gilipollas soy. Voy a sacrificarlo y estoy pensando en si se marea o no. Si vomita en el coche, qué más da.

¿Cómo ha podido enredarse tanto todo esto? En serio. En serio pensaba buscar otra opción.

Iré contigo al infierno si es necesario.

Joder. No sé si me siento más culpable por hacerle esto a Sofía o por lo que estuve a punto de hacerle a mi ex.

Iba a dejarla muerta, coño.

Iba a dejarla muerta por una chavala que conocí hace unas horas. Porque se me metió tan hondo, me caló hasta los huesos y todavía tengo el maldito olor a frutas de su pelo en cada respiración que doy.

¿Qué es el amor, Herio?

Hostia, qué noche más asquerosa.

Enciendo la radio, para dejar de pensar mierdas. Apenas lo hago, la voz de Sara Zozaya se alza por los altavoces y me envuelve. *Maittia.* La canción que venía oyendo Sofía. Y con ella, la imagen de Sofía gimiendo entre mis brazos me golpea. Me asfixia el recuerdo de su risa mientras nos hacíamos fotos en mi cama, mientras nos besábamos debajo de las sábanas negras. Joder.

¿Qué es el amor?

Iré contigo al infierno.

Creo que voy a romper el volante si lo sigo apretando con tanta fuerza. Apago la puta radio.

La oscuridad de la ruta empieza a desvanecerse con farolas cada vez más seguidas. Tomo una ruta lateral, que lleva al cementerio por

la parte de atrás. Casi no veo por dónde conduzco del follón que tengo en mi mente, pero da igual. Me sé esta ruta ya con memoria muscular. Disminuyo la velocidad cuando estamos cerca, para no llamar la atención de gente que pudiera estar en los alrededores. Aunque el akelarre ha empezado hace horas y la mayoría estarán borrachos o drogados con las sustancias que les da Akerbeltz.

Solo hay dos coches más en el sitio donde suelo aparcar. Uno es del propio Akerbeltz y el otro… No lo sé. Me la suda. De todas formas, tendremos que ir andando un tramo, Charlie y yo.

Aparco el coche, apago el motor y… No me bajo de inmediato. Sumidos en la oscuridad, apoyo la frente en el volante e intento calmarme. Si Akerbeltz me ve así, se dará cuenta de que ha ocurrido algo y querrá saber. Me he puesto mi mejor traje, me he duchado de nuevo mientras Sofía estaba inconsciente y aun así… Sospecho que lo sabrá. Lo va a olfatear.

Porque no puedo dejar de pensar en ella. La conocí ayer, pero la quería, la deseaba antes de conocerla.

Hostia. Me cuesta respirar. ¿Cómo voy a…?

Algo cálido toca mi pierna. Giro la cabeza y veo la patita de Charlie apoyada en mi muslo, iluminada por la luz de la luna. Inspiro hondo y me enderezo. Charlie mueve la colita mirándome con sus ojos redondos y brillantes.

—Etorri hona,[164] Charlie —digo, dándome unas palmadas en los muslos.

Él se sube a mi regazo.

—Yo amaba a mi ex, Charlie. En serio, la amaba. No siento nada por Sofía, no puedo sentir algo si la acabo de conocer.

No sé dónde tengo mis lealtades. Tal vez ya ni siquiera sé quién soy.

—¡Guau! —Charlie da un pequeño ladrido, moviéndome la cola.

—Hostia. Hubiera sido mejor seguir viéndola como una maldita muñeca.

Charlie da otro ladrido y me lame la cara.

¿Y qué cojones hago hablándole a un perro? Lo único que falta es que me encariñe con él también. Abro el coche, agarro bien firme a Charlie entre mis brazos y me interno por el sendero que lleva al cementerio, oculto entre los bosques de Urdaibai.

El txirimiri cae sin piedad sobre mis hombros.

Sofía



Sigo aporreando la puerta, me arden las manos. Están rojas, casi van a desgarrarse de tanto que golpeo y golpeo la puta puerta. También me duele la garganta de tanto gritar. Herio se llevó el cargador de iPhone y no tengo cómo cargar el mío. Lo único que puedo hacer es golpear y gritar con la esperanza de que…

La puerta se abre y casi me caigo hacia atrás. Respiro asustada y cansada, mirando a la mujer frente a mí. Su pelo plateado, sus ojos de un azul intenso. Intento no odiarla.

—Ai, ama[165] —dice paseando los ojos por el desastre que es ahora el cuarto de su nieto—. Por los consortes de Mari, ¿cuánto rato llevas gritando?

Haré como que me creo que esta vieja no sabía que yo estaba acá. No saco nada discutiendo con ella.

—¿Dónde es el akelarre? —Debo parecer una loca, vestida con la camiseta de Herio y el pelo hecho un desastre—. Dime dónde es.

—No llegas a tiempo y menos con este clima. —Tiene el atrevimiento de mirarme con lástima. Como si ella no hubiera querido que esto ocurriera—. Caminando tardarías horas y el único coche se lo ha llevado mi nieto.

El dolor en el pecho me sube a la garganta. Me arde, me arden los ojos también. Aprieto los labios, no quiero largarme a llorar otra vez frente a esta vieja.

—Lasai, ume.[166] Vienen a buscarte, no te alteres así.

—¿A buscarme?

—Bai. Creo que son tus amigas, quizá ellas puedan ayudarte.

No le creo nada a esta señora. Así que paso por al lado de ella y empiezo a bajar por la escalera para largarme de este lugar.

—No vas a llegar lejos si vas caminando. Te vas a perder entre la niebla y la bruma de las almas. Podrías incluso morir.

Su voz me persigue mientras bajo por la penumbra de la escalera hacia la planta baja.

—Ya he muerto una vez esta noche, señora.

—Puedo darte algo para que recuperes fuerzas. —Casi me ha alcanzado por las escaleras.

—No tengo tiempo.

—Queda mucho tiempo para el ritual.

Llego a la primera planta y me giro hacia ella. Sus ojos brillan ligeramente en la oscuridad, como los de su nieto.

—Quedan solo dos horas, señora.

—Ufff, quedan dos. Y solo en una pueden pasar muchas cosas, ¿no crees?

Inspiro hondo y trato de no enfadarme más con ella. No sé si intenta burlarse o de verdad me quiere ayudar. Lo que dice es cierto. En pocas horas pueden pasar muchas cosas. Puedes estar feliz, creyendo que vas a una fiesta con tus amigas y luego puedes morirte.

Y luego un semidiós de la muerte te despierta con un beso y la realidad se vuelve una puta locura.

¿No crees que alguien puede enamorarse en una noche?

Siento muchas cosas por ti.

Y yo le creí. No que me amara, no soy tan idiota. Pero sí creí que algo había nacido entre los dos. Algo que podía haber llegado a ser bonito. Podría haber llegado a ser amor.

Me odio por ser tan imbécil.

Le doy la espalda a la abuela de Herio y abro la puerta de la cocina. Casi me derrumbo, casi se me doblan las piernas ante la calidez, el aroma a tortilla, ante el recuerdo de Herio y yo bromeando en ese mesón mientras Charlie comía en su platito.

Me cosquillean dolorosamente los ojos, pensando que por unos instantes creí que las cosas iban a salir bien para los tres.

Cuando abro la puerta que da al jardín, la abuela de Herio no me detiene. Las brumas reptan en las sombras, la luna se mantiene oculta por las nubes. Mi cuerpo recuerda demasiado bien lo que experimenté con esos muertos vivientes y me cuesta dar el primer paso hacia la oscuridad.

Pero lo doy.

La niebla me abre camino, me invita a perderme en el bosque otra vez. Tal vez debería hacerlo. Esas almas decían mi nombre, reaccionaban a mí. Quizá ellas podrían decirme dónde…

¿Qué es eso? Algo ronronea… no. No es un ronroneo, es un motor. El motor de un coche rompe los sonidos del bosque y mi corazón se acelera. Por un momento soy tan idiota de creer que es Herio otra vez. Descarto esa idea de inmediato, ya basta de ser tan tonta.

Pero sea quien sea, es un maldito coche, acercándose por el bosque. Ahora incluso se ven las luces, avanzan furiosas entre los árboles.

El alivio que me invade es tan grande que se me debilitan las piernas. Una camioneta enorme emerge entre la oscuridad, salpicando barro y los dos focos me encandilan y causan chillidos indignados de un par de lechuzas que emprenden el vuelo, lejos de esa bestia metálica que se atrevió a interrumpir en su mundo.

La camioneta se detiene delante de la casa y alumbra con los focos directos hacia mí. Me cubro los ojos con la mano.

La puerta de la camioneta se abre y se baja una mujer.

—¿Sofía?

Dios, no lo puedo creer. No puedo tener tanta, tanta buena suerte.

—¿Amaia?

No sé por qué lo pregunto. Obvio que es Amaia. Solo es una silueta negra caminando dudosa hacia mí, iluminada por los focos, pero sé que es ella.

—¡Amaia!

Corro y nos encontramos y nos abrazamos entre la niebla, entre la noche y entre las farolas de la camioneta.

—Lasai,[167] Sofi. —Me abraza y me da golpecitos en la espalda.

Pero no puedo estar tranquila. Lloro desconsolada mientras ella me agarra con fuerza, mientras empieza a llover. Otra vez.

Herio



Camino bordeando el cementerio y la música del akelarre me pone nervioso. Flautas e instrumentos ancestrales que pocos conocen. Pocos saben que sigan existiendo hoy, el *txistu*, la *txirula* y la *trikitixa*[168] son las más populares.

Menuda fiesta se han montado en el cementerio, en *mi* cementerio. Incluso desde aquí, veo el fulgor de las hogueras que suelen encender las sorginas de Aker, alzándose entre las sombras de tumbas y mausoleos que pueden verse sobre el muro de piedra que rodea el recinto.

Una fiesta para mí. Una fiesta para la muerte.

Una ráfaga de viento me roza las mejillas y los árboles susurran. Me siento vigilado. Me siento juzgado.

—¿Estás contenta, Egu? —Miro hacia las estrellas y la lluvia me cae en la cara—. Haré lo que prometí. —Arropo a Charlie con mi chaqueta negra y avanzo—. Siempre seré la muerte, Charlie.

El sendero termina frente a una puerta vieja de madera, en medio de la pared de piedra. Solo es una entrada lateral, nadie me verá entrar por aquí.

Charlie me da un nuevo lametazo en la cara.

—Deja de hacer eso ya, hostia.

El bosque a mi espalda vuelve a susurrar y Charlie vuelve a darme otro lametazo en la mejilla.

Creo que le gusta el sabor de mis lágrimas.

Me giro hacia el bosque y miro la profundidad de los árboles. Dudo durante un momento. Solo un momento. Suelto el aliento

despacio.

Esto será definitivo, no habrá vuelta atrás.

Podría liberarlo en el bosque, podría devolvérselo a Gaueko. Pero es como si los ojos de Eguzki no dejaran de mirarme detrás de ese terrible cristal que es su tumba. Estaban clavados en mí, pero no. Miraban el vacío.

Lagundu.[169]

Está atrapada. Está sufriendo. No puedo hacerle esto.

La puerta cruje siniestra cuando la empujo y me interno con Charlie en la oscuridad del cementerio.

FIN SEGUNDA PARTE

TERCERA PARTE

Interludio

DOS AÑOS Y MEDIO ANTES

Sofía



¡Aaah! ¡Vio mi mensaje! Me dejo caer de espaldas sobre la cama y chillo de emoción. El sol del mediodía, una rareza en Bilbao, entibia mi habitación y endulza este momento.

—¿Qué ha ocurrido? —Olatz asoma la cabeza por la puerta de mi cuarto—. ¿Estás bien?

Me apego el teléfono al pecho, para que no vaya a ver ni por si acaso la pantalla.

—¡Sí! Salió un capítulo nuevo de una serie que me gusta.

Olatz se ríe y Amaia le grita que nos callemos que necesita estudiar. Mi amiga me deja sola y cuando al fin cierra la puerta contengo los chillidos otra vez.

Sale que Herio está escribiendo un mensaje.

¡Aaah! ¡Es que no puedo de la emoción! Llevo semanas, semanas pensando hasta que me he decidido a escribirle. Amaia se va a morir de la envidia cuando sepa que me ha respondido tan rápido. Nunca contesta a prácticamente nadie, lo que tiene todo el sentido, porque es demasiado popular. ¡Hace un contenido tan *cool*! ¡Baila *trends* de TikTok en el cementerio! ¡Sobre las tumbas! Es superadorable. Y además es guapísimo, el humano más guapo del planeta Tierra. Y

un verdadero semidiós. Verificado. No uno de esos que pretenden serlo para conseguir más seguidores.

¡Ja! Pero yo tengo más seguidores que él. No soy un ser mitológico, pero tres millones de seguidores lo compensan y… ¿Hmmm? ¿Por qué borra los mensajes?

Empiezo a ponerme nerviosa. Podría dejar de mirar la pantalla como una idiota, pero es que me hace mucha ilusión. Soy tan popular que nunca le he pedido una colaboración a nadie. Siempre me las piden a mí. Tantas, que ya ni siquiera las considero.

Es la primera vez que tomo la iniciativa yo y… Ya han pasado cinco minutos. ¿Será un error? ¿Tendré mala señal? Aparece escribiendo, luego nada. Luego escribiendo otra vez y… La foto de su perfil desaparece. También desaparece la caja de texto de mensajes para volver a escribirle.

¿Qué?

Entro a mirar su perfil… Usuario no ha encontrado.

Esto debe ser un error. No puede ser. Eso ocurre cuando alguien te bloquea y no es posible que me haya bloqueado.

Se me cae el alma al suelo. Cambio de cuenta, a una de las que uso para que nadie me reconozca y lo busco y… ahí está, su perfil sale normal. Vuelvo a mi cuenta principal y… nada. Usuario no encontrado.

Me levanto de la cama y doy vueltas por mi habitación. Vaya, no sabía cómo se sentía esto. Nunca pensé que ser bloqueada por alguien pudiera sentirse tan… tan… miserable.

Quiero arrojar el teléfono por la ventana para que caiga a la ría. Quiero romperlo contra la pared. ¿Es rabia lo que siento? Vamos, no es para tanto.

Cierro bien la puerta para que no vayan a entrar de nuevo mis amigas y me deslizo hasta el suelo, con la espalda en la pared.

Me abrazo las piernas y dejo el teléfono bien lejos de mí. No quiero mirarlo. Me siento idiota, me siento horrible, me siento… aweoná.[170]

Esto una tontería. ¿Qué me pasa?

No debería dolerme el pecho así.

No debería estar llorando por esto.

Herio

♀

Hostia puta. ¿En serio acaba de ocurrir esto? Joder, joder. Eguzki se está cambiando de ropa para ir de poteo y va a empezar a sospechar si no salgo del baño.

—¡Herio! ¡Que los chicos ya están en el bar! —La voz melodiosa y divina de mi novia suena a punto de estar enfadada.

¡Hostia! Mi novia es Eguzki, una diosa. Una diosa maravillosa, perfecta, imposible. ¿De verdad me he cuestionado responderle a esa chica?

No, no. No es una chica cualquiera. Sofía Ochoa. ¿Por qué cojones me ha escrito Sofía Ochoa? ¡Una colaboración! Me cago en todo. Jamás en ningún universo pensé que esto iba a llegar a pasar. ¿Acaso está en Euskadi? ¿Estará de viaje?

Tal vez se han alineado los planetas. ¿En qué casa está Venus? Debería preguntarle a mi amuma. ¿Será una trampa del destino?

—¡Herio!

—¡Ya voy!

Me peino rápido, me pongo un montón de fijador en el pelo y abro la ducha, que parezca que estoy en ello. Me cambio de ropa rápido y me humedezco un poco el cuello para simular que me he duchado. Me pongo también mucho, mucho perfume.

¡Qué gilipollas! ¡El perfume no va a ocultar mis mentiras!

Qué putada. Mientras Eguzki espera fuera, miro el perfil de Sofía para confirmar si es real. Sí, es ella, joder. Todos esos seguidores. Todas esas malditas fotos que no miraba hace al menos un año. Sigue con el pelo rosa, con esa sonrisa de ángel, esas ropas de muñeca. Hostia, sigue exactamente igual de buena.

¡Sofía Ochoa sabe que existo!

Dejo de dar brincos por el baño porque parezco un chaval virgen. Joder. La mujer de mis sueños más perversos sabe que existo.

No, calma. Soy un semidiós. Es ridículo que se me pueda acelerar el corazón así solo porque me ha escrito. ¿Por qué estoy abriendo sus fotos? ¡Mi novia es una diosa y está al otro lado de la puerta! No debería flipar de esta forma porque me escribe una chavala mortal. Me tiemblan las manos mientras vuelvo al mensaje y lo leo una y otra vez.

«¡Aupa! ¿Qué tal? ¿Te apetece una colaboración uno de estos días?».

No me lo puto creo.

Ni siquiera le he respondido y ya imagino el desastre de colaborar con ella. Vamos a liarnos, voy a ser infiel a una diosa. Esa diosa posiblemente me asesine. Sofía quedará embarazada de un hijo semidiós como yo, será huérfano de padre y será un cabrón cuando grande. Sofía morirá, también asesinada por Eguzki y… No. Eguzki

es demasiado feminista para matarla por celos. Quizá la convertiría en una rana.

Joder. ¿Por qué estoy cachondo? No debería ponerme cachondo con ese futuro siniestro.

Aunque es un futuro en el que follo con Sofía Ochoa. Tal vez merece la pena morir después de follar con ella.

—¡Herio! —La voz de Egu suena pegada a la puerta—. ¿Estás mal de la tripa o qué?

Hostia, me siento fatal. Oír la voz preocupada de Eguzki me arrastra de regreso a la realidad. Yo la quiero. Adoro a mi novia.

¿Qué cojones me pasa?

Ha sido un lapsus. Ya está.

Borro el mensaje de Sofía. Para siempre. Agur.

La bloqueo.

Estoy sudando frío, Egu lo va a notar. Va a leerme la mente, tengo que calmarme de alguna manera. Ya está, la he bloqueado, no pasa nada.

Inspiro, suelto el aire y enfoco mi mente en otra cosa. En perritos. Perritos degollados, eso. Muy bien. Que se me baje la maldita polla rápido para poder salir del cuarto. Miraré a mi novia a los ojos y podré ocultar esto. No se va a enterar jamás de que ese ángel encarnado en humana llamado Sofía me ha escrito.

No se va a enterar nunca de que me lo he pensado. Nunca.

Esa colaboración es imposible. No hay manera de que yo comparta una habitación con esa chica y le sea fiel a mi novia.

Ni siquiera si es una diosa.

Y yo no le haría eso a Egu jamás. Nunca.

HOGEITA HAMAHIRU

Sorginak

TREINTA Y TRES

Sofía



El presente

—Sofi, lasai. ¿No la has oído? Queda tiempo. Tranquila.

Amaia me abraza y cuando huelo el olor familiar de su perfume, cuando recibo el consuelo de alguien conocido, de una amiga, no soporto más y me largo a llorar.

Mi cuerpo se agita, no puedo controlar la pena que siento.

—Lasai, lasai.[171] —Amaia me da palmaditas en la espalda.

Es mi amiga. Somos amigas hace tres años. Sabe *casi* todo por lo que he pasado y aun así… Mientras me abraza, mientras me desahogo en su hombro, me siento fría. Tan fría.

—Él dijo que se lo pensaría —sollozo—. No se lo pensó una mierda. Bastó que su exnovia abriera dos segundos los ojos y lo dejó todo. Me dejó. Teníamos algo, era pequeño, era una tontería. Pero era algo.

Una promesa. Un vínculo. Él dijo que nuestro vínculo era importante.

Hijo de puta mentiroso. Y yo soy una idiota.

—Tenías razón, Ami. —Oculto mi rostro entre su pelo. Qué vergüenza me da—. Caí como una tonta. Como si él fuera una droga.

—Así son. —Ella me acaricia el pelo y habla muy muy despacio—. Ya he pasado por eso.

Me aparto, limpiando las lágrimas de mis sollozos. Sé que quiere decirme muchas cosas más, lo veo en sus ojos. Pero no lo hará frente a esta gente y yo no puedo perder tiempo ahora.

—Bebe esto. —La abuela de Herio pone una taza caliente delante de mí. El vapor que emana se enrosca burlesco y desaparece de camino hacia las vigas de madera del techo. Amaia me deja y va a sentarse a la punta de la mesa de la cocina, cerca de Olatz.

Miro el líquido dudosa. Él dijo que no aceptara nada que me ofreciera su abuela.

Pero él es un imbécil.

—Es manzanilla —aclara la vieja, cruzándose de brazos—. Bébela. Créeme, lo único que tendrías que haber evitado esta noche no son mis infusiones, es liarte con mi nieto.

—Y morir —añade Gorka, levantando el dedo índice—. Me alegro de que al menos sigas siendo virgen. ¿Qué? —Se aleja un paso de la abuela de Herio cuando ella lo mira—. Soy su fan.

—Tú —acuso girándome hacia él— ibas a entregarme a Akerbeltz como *obsequio*.

Mis amigas se remueven incómodas. Olatz apoya los brazos en la mesa y luego vuelve a retirarlos, como si no supiera qué hacer con ellos. Se sobresalta cada vez que algo cruje dentro del horno o cuando las burbujas de las ollas se suben con el fuego. Sé que ella no quería meterse en este problema, pero es demasiado leal a

Amaia para abandonarla. Amaia siempre ha sido más valiente, pero Olatz está nerviosa en esta casa. Debe saber que la abuela de Herio es una bruja. Sorgina.

La misma weá.

—Yo solo hago lo que me ordena Herio. —Gorka lo dice con orgullo—. Es mi…

—No tenemos tiempo para esto. El akelarre ya ha empezado y no estamos ahí. —Amaia da un golpe en la mesa y yo me sobresalto—. Llevo meses esperando este día, preparándome para colarme en el akelarre de Urdaibai. Tres generaciones de sorginak me han encomendado esta misión y no voy a desperdiciarla porque… Porque vosotros —dice apuntando a Gorka— seáis gilipollas.

—Entonces… —Gorka le sonríe—, explícame tu maravilloso plan, chavala.

—Si no nos apuramos —digo y desearía que mi voz sonara más firme— Herio va a matar a Charlie.

—Pfff, ¿explicarte a ti? —Amaia me ignora completamente y mira a Gorka igual que miraría a un insecto—. Como si fuera a confiar en ti. Un criminal de poca monta, que encima colabora con los genios que le robaron el poder a Mari. Y dime chavala de nuevo y te parto los huevos.

A la mierda. No me interesan las peleas político-religiosas de estos, ni las advertencias de Herio sobre su abuela y que no acepte nada de ella. El único que me ha hecho daño esta noche es él. Así que tomo la manzanilla y me bebo el líquido caliente. Arde. Arde al bajar por mi garganta, pero el alivio es inmediato. Un temblor me recorre el cuerpo, me calienta bien profundo hasta el alma.

Incluso me parece que la habitación es más brillante y colorida después de solo un trago.

Levanto la mirada y la abuela de Herio me sonríe. Una sonrisa maliciosa que me recuerda a la de su nieto. Los vapores de la cocina, el aroma a hierbas nos envuelve. ¿Qué es este fuego que crece en mi interior? Las energías han vuelto a mí y creo que podría salir corriendo y cruzar el bosque a pura fuerza de voluntad.

Esto ni de coña era solo manzanilla.

—También le puse miel —añade la abuela—. Y un poco de txakoli. [172]

Me sonríe más y se da la vuelta para ir a revisar lo que sea que está cocinando en esas ollas. Llevan horas en el fuego.

Inspiro hondo y bebo más infusión. El líquido enciende mi garganta con cada trago. Me da igual lo que le puso, al fin siento que tengo fuerzas y las ganas de llorar dan paso a una rabia asesina. Traición. He sido traicionada. No me importa que fuera el cielo se raje lloviendo o que el viento azote tan fuerte la casa que pareciera que la va a derribar.

Voy a ir a ese puto akelarre.

—Tu plan no iba a funcionar, chica, sea cual sea. —Gorka se inclina, apoyando los codos en la mesa y mira desafiante a Amaia—. Es un plan idiota. Ni siquiera sabéis si es cierto. Mari está muerta, no ibais a lograr nada por sabotear un puto akelarre.

Los ojos de mi amiga echan chispas.

—¿Ah, bai? ¡Galdetu berari![173] —Amaia apunta a la abuela de Herio.

—No puedo decir nada. —La abuela revuelve el contenido de la olla y los vapores se elevan, acumulándose como nubes en las vigas

de madera del techo alto de la cocina—. Tengo la lengua sellada.

¿La lengua sellada? Yo noto que habla de lo más bien.

Ah, debe ser como en los libros, cuando la magia le prohíbe a alguien hablar de algo determinado. Ni siquiera me animo a preguntar. No me importa. No me importa nada de su discusión. ¿Cómo pudo Herio dejarme inconsciente y llevarse a Charlie? Me siento utilizada, el recuerdo de sus abrazos, de sus besos me carcome. Es como si los llevara estampados en la piel.

—¿Y si ya sacrificó a Charlie? —Solo decirlo me causa un nudo en la garganta. Me da igual las putas peleas de dioses—. ¿Estás segura de que no lo ha hecho?

—No lo ha hecho. —La abuela saca la cuchara de palo de la olla, toma la olla de las asas y la quita del fuego—. Akerbeltz necesita todo el poder del ritual y eso solo va a ocurrir cuando la luna esté en lo más alto. Faltan dos horas y puede que más. No siempre se calcula con exactitud.

Antes ha dicho que eso sería por ahí por las tres o tres y media de la madrugada. Todavía tenemos tiempo.

Me levanto y el sonido del taburete al arrastrarlo rasga el ambiente de la cocina.

—Vamos. —Me tomo de un sorbo lo que queda de la droga que me dio esta señora—. No voy a dejar que Herio lo haga.

—¡Hori da![174] —Amaia se pone de pie de un salto—. Interrumpiremos ese ritual.

La carcajada de la abuela es tan fría y poco natural que las tres nos quedamos muy quietas y la miramos.

—Neskak,[175] el ritual ya ha empezado. Ha empezado muy temprano, habéis sido ya parte de él. Solo falta el sacrificio y va a

ocurrir. Lo he visto. Y lo que veo… —dice, clavando sus ojos en mí—. Siempre ocurre.

Sé lo que está insinuando. Ella vio que me cruzaba en el camino de Herio. Pero ella le dijo que no se me acercara, supuestamente para lograr lo contrario. Eso significa que no sabe todo lo que va a ocurrir.

—¿Por qué? ¡Herio ya no necesita el ritual! Lo vi usar sus poderes esta noche…

—¿En serio? —Gorka me mira emocionado—. ¿Otra vez? ¿Aparte de revivirte?

—Un montón de cadáveres se despertaron solo por tenerlo cerca —digo y trato de no pensar mucho en ese momento—. Y no tuvo ningún problema en controlarlos. ¿Para qué necesita el sacrificio?

—El ritual ha empezado desde el momento en que Herio te ha traído de vuelta. —La amuma se seca las manos en el delantal y suspira—. Las formalidades de los ritos a veces no son importantes. Hoy es Gau Beltza y él es la muerte encarnada. Todo lo que haga esta noche es parte del ritual. En el momento en que Herio se ha arrojado a la ría a salvarte, ha iniciado un rito que ni siquiera él sabía que estaba empezando. Ha arriesgado su vida por ti. Ha cruzado el velo de los mundos por ti. Una chica a la que ni siquiera conocía.

Sí me conocía. En vídeos cochinos.

—Pero ese poder no es suficiente. —La vieja lo dice con tristeza. A mí me importa un carajo si Herio no puede ascender—. No podrá ir a lo que llamáis el infierno a buscar a Eguzki. Ha logrado despertarla, pero solo es una sombra atrapada en un cuerpo muerto. —La abuela

me mira fijo—. Necesita consolidar el poder despertado y eso se logra con el sacrificio. Ocurrirá esta noche y tú no lo puedes impedir.

—Pero soy su bruja, tú lo dijiste.

—¡Sofi! —Amaia me mira molesta—. Ha dicho sorgina, no bruja.

—Ay, Amaia, déjala, qué importa —dice Olatz.

—La weá que sea. Soy su sorgina. —Inspiro hondo y sostengo la mirada de la abuela—. Tengo poder sobre él.

Ella sonríe, sus labios alzándose lentamente.

—Bai, badekozu.[176]

—Entonces puedo detenerlo.

—Ez.[177] —Su sonrisa me pone de los nervios—. En el peor de los casos, lograrás todo lo contrario. Provocarás el destino que tanto quieres impedir. Ayudarás a Herio con el sacrificio.

—¡Nunca ayudaría a Herio! —La rabia se revuelve dentro de mí—. ¿Con el sacrificio? ¿Estás loca?

La que golpea la mesa esta vez, con las dos manos, soy yo. Respiro agitada, mirando a la abuela de Herio y consciente de que no debí hablarle así. Pero no me importa. ¡Están todos locos! Incluso mis amigas, que iban a participar de toda esta mierda, aunque ellas aseguran que no sabían que iban a sacrificar un perro.

—Lo ayudarás —asegura y siento ganas de mandarla a la mierda e irme de este lugar.

—Sofi. —Olatz rodea la mesa y me agarra de los hombros—. No le hagas caso. El destino no está escrito, no lo puede saber con seguridad.

—Es verdad. —Amaia aparta su plato de tortilla y se levanta—. Mi tatarabuela era una sorgina y ella siempre decía que…

—Tu tatarabuela está muerta. Y yo no. —La abuela de Herio se aparta la melena larga y plateada hacia atrás.

Amaia la mira molesta, pero no responde. Mi amiga parece conocer la existencia de la abuela de Herio de antes. No se sorprendió nada cuando supo que era una sacerdotisa de Mari. No tengo idea de qué cosas ha hecho Amaia en el pasado para estar aquí, para estar con este plan loco de sabotear el akelarre.

Olatz sigue agarrándome de los hombros y la mira insegura. Yo intento calmarme. No sé si la abuela de Herio quiere ayudarnos o entorpecernos. Lo segundo, probablemente. Quiere ayudar a Herio. Pero es una mujer rara, nos acogió en su casa, nos dio de comer. Y… bueno, si una bruja maligna quisiera hacernos daño, creo que ya nos habría envenenado a todos con alguna de las sopas.

Y lo que sea que puso en la infusión, solo me ha dado más fuerzas.

—¿Alguna sugerencia, señora?

Ella me mira seria.

—No vuelvas a liarte con mi nieto.

Resoplo y me aparto de la mesa.

—Liarme con su nieto, señora bruja, es lo último que haría de nuevo en esta puta vida.

HOGEITA HAMALAU

Akerbeltz

TREINTA Y CUATRO

Herio

♀

Akerbeltz parece sorprendido de que aparezca en el salón de ceremonias con el perro en los brazos. Supongo que hubiera pensado que lo traería atado. La verdad, yo también. Era la idea original.

Trato de mantenerme relajado. Es difícil cuando estás rodeado de sus sorginak. No las veo del todo, pero las percibo, ocultas en las sombras de esta enorme cámara con techo abovedado, entre los huecos de los hornos de cremación. Huele a muerte. Una sala que normalmente se usa para hacer arder a los muertos y que esta noche el Señor del Bosque ha convertido en su salón de preparación ritual.

Es mi cementerio, todos los cementerios de Euskal Herria lo son, pero mientras yo no sea un dios completo, el que domina es Akerbeltz. Rey de los bosques, y mis cementerios están en sus jodidos bosques.

Las velas brillan en el círculo que lo rodea, mientras él me espera con las piernas cruzadas, la espalda muy recta y los ojos entornados en dos líneas muy finas.

Las sombras danzan a la luz de las velas.

—¿Te has perdido en la erromeria o qué? —Me mira aburrido, con esos ojos oscuros y animales—. Vaya, ¿Lo has drogado? ¿Tan pequeño es el perro? Parece un chucho cualquiera.

—He tenido que drogarlo porque no se estaba quieto. ¿Crees que eso afectará al ritual?

Mueve su nariz, humana, como si buscara olfatear la droga. Si no se ha convertido todavía en su forma de carnero, será que no ha participado de las fiestas que ya celebran sus comensales entre las tumbas. Adora adoptar su forma de carnero entre los humanos. Adora el terror en sus ojos y el placer lujurioso, perturbado por la culpa cuando no se deciden si le temen, si sienten repulsión hacia él o deseo morboso.

Akerbeltz observa pensativo al perro. ¿Será capaz de oler mis mentiras como puede hacer mi amuma?

—Ez dakit.[178] Supongo que habrá que investigarlo. Si te soy franco, es mejor que estén conscientes, ver cómo se resisten a abandonar este mundo. Lo que da poder al ritual, chaval, es el sacrificio. Que duela.

—No veo el sentido en que le duela.

—No a él. —Akerbeltz sonríe—. A ti.

Suelto una carcajada, no puedo evitarlo. Retumba por toda la sala de cremación.

—He matado para ti a más personas de las que puedo recordar. ¿Crees que me va a doler matar un perro?

—Ya me lo dirás tú. —Hace una seña, levantando la mano hacia las sombras.

De ellas emerge una mujer, alta y encapuchada. Los mechones de plata visibles resplandecen a la luz de las velas y con cada paso que da la túnica negra que viste se agita en ondulaciones perversas. No necesita hablar para que yo sepa quién es. Zuria. Su suma sacerdotisa, la más poderosa y antigua de sus sorginak. Levanta las manos y me ofrece dos brazaletes o, más bien, correas gruesas de tela negra. Parecen… ornamentales. Como las que se pondría alguien para practicar BDSM. El negro de la tela es profundo, casi imposible. ¿O es cuero? No reconozco el material.

Arqueo una ceja en dirección a Akerbeltz.

—¿Eso es para el perro?

Akerbeltz ladea el rostro y me sonríe.

—Ez, zuretzat.[179]El perro parece portarse bien. Solo te las quitaré cuando cumplas tu rol esta noche. Cuando las corte, considéralo un símbolo de tu libertad.

Supongo que no tengo más alternativa. No puedo negarme a lo que me ordene a Akerbeltz; si me enfrento a él es imposible que yo salga ganando. Ni siquiera Haize pudo vencerlo. Así que tolero de mala gana que su sorgina me ponga una correa en cada muñeca.

Hostia. Esto no me gusta nada. Apenas cierra la segunda correa alrededor de mi muñeca derecha el universo guarda silencio. Nunca me había dado cuenta de que era así de silencioso, quizá porque aunque no sabía usarla, siempre tuve mi magia. Los murmullos han cesado. Los de las sombras, los de los rincones, los de la tierra. El murmullo eterno de las almas que rondan cada rincón de este mundo se ha quedado mudo de un momento a otro.

Joder.

Incluso dicen que hay formas de anular su magia.

Los madrileños lo han mencionado antes, en el túnel. ¿Se referían a esto? Si ellos lo sabían, es porque Sugaar tiene que ver con estas malditas correas.

—Esto no ha sido para nada necesario —digo, sintiéndome traicionado y furioso.

Aunque no sé cómo puedo sentirme traicionado por alguien del cual no esperaba nada.

—Ah, considéralo solo precaución, no te lo tomes de forma personal. Después de las últimas tonterías de Aideko y Mikelatz, [180] comprenderás que ya no me fíe de vosotros y vuestros caprichos, niñatos.

No tengo ni idea de qué han hecho ni Mikel ni Haize para que tenga tanta desconfianza. No he hablado con Haize en un año y con su segundo, Denitz, solo me mando mensajes necesarios. Lo que se sea que hayan hecho, me está repercutiendo a mí.

Akerbeltz empieza a caminar por el cuarto. Al principio son pisadas humanas, pero luego las pezuñas golpean la piedra del suelo de forma escalofriante. No se ha transformado del todo, solo las patas que sobresalen debajo de sus pantalones negros. Charlie se remueve inquieto en mis brazos, aunque mantiene la cabeza gacha, el hocico escondido en el hueco debajo de mi brazo.

Cachorro inteligente, sabe que es mejor no llamar la atención.

—¿Por qué estás de mala hostia? —Sigo con los ojos el caminar ansioso de Aker.

Me preocupa que se haya enterado de lo de Sofía. De que pudo tener una virgen esta noche.

—Mikelatz se niega a participar —escupe furioso—. Su propio hijo —dice, refiriéndose a Mari—. Sois una generación de niñatos

mimados.

Eso es raro. Mikelatz y Haize siempre han participado en el akelarre. No pregunto por Haize, sé que está fuera de Euskadi. Y eso significa que el único semidiós disponible para el ritual soy yo.

Y he estado a punto de quedarme fuera.

—¿Tienes algo que añadir, Herio? ¿Alguna noticia? ¿Algo ocurrido durante la cacería?

Fuera golpea un trueno.

—No.

—Llámame paranoico, pero tengo la sensación de que no me estás contando algo.

—La cacería ha sido una tontería. Los tíos que ha enviado Sugaar no eran competencia para mí. Y ¿sabes? No me fío del todo con esto del ritual. Quiero estar seguro de que lo que me has dicho es cierto. ¿Con este ritual, tendré el poder suficiente para revivir a Eguzki? ¿Revivirla de verdad?

Akerbeltz continúa su circuito de tortura psicológica, arrastrando las pezuñas por el suelo.

—Para empezar, serás libre. No puedes acceder a tus poderes completos mientras estés bajo el dominio de otro dios. Y sí, podrás ir al otro mundo, a buscar… —sus labios se estiran en una sonrisa burlona— al amor de tu vida.

Cabrón. Percibo el sarcasmo en su voz. Creo que lo sabe. O al menos sabe que me he estado liando con alguien esta noche, tal vez lo huele en mi piel.

—Bien.

—Bien. —Akerbeltz detiene su paseo infernal. Su sombra se proyecta sobre mí—. Dame al perro.

Otro trueno estalla y Charlie se estremece en mis brazos.

—¿Por qué? Es mi sacrificio. Lo mantendré conmigo hasta el ritual.

—¿Sabes, Herio? Parece como si no quisieras desprenderte de él. ¿Qué ocurre? ¿Nuestro príncipe de la muerte se ha vuelto blandito? ¿Le has cogido cariño en unas horas?

Suelta una carcajada y su risa hace que se me revuelvan las tripas.

Estira su mano blasfema hacia el perro pero se detiene. Se detiene porque el aire a mi alrededor ondula, la habitación se oscurece y los sonidos del akelarre se vuelven ahogados, lejanos. No puedo acceder a mi magia, pero la energía contenida de la muerte, en un lugar tan poderoso como este, casi hace estallar el aire entre nosotros, reaccionando ante mi ira.

—Es mío. —Sostengo la mirada irritada de Akerbeltz—. No te atrevas a tocarlo.

Me observa un momento más y luego sonríe.

—En media hora te espero en el mausoleo. Más te vale no venir con mierdas de blanducho ahora, chaval. Esta noche debes darme un sacrificio, o te juro, por nuestra querida matriarca, que no te liberaré jamás.

—Ahí estaré.

—Mari sacrificó mucho por esto. Si tú no haces el ritual hoy, lo haré yo. Será menos poderoso, es tu día. Pero lo haré.

Las amigas de Sofía quieren ayudar a Mari, pero por la forma en que Akerbeltz habla, pareciera que él piensa que estos ritos la ayudan también. No estoy segura de si Mari está atrapada por Aker como creen esas chavalas.

Y francamente, no me interesa.

Akerbeltz hace una seña a sus sorginak y dos de ellas abren la puerta, mirándome. Le doy la espalda al cabrón de Akerbeltz y abandono la habitación.

Charlie no deja de temblar entre mis brazos.

HOGEITA HAMABOST

Cobarde

TREINTA Y CINCO

«No le creáis. Ella es una cínica. Me han dicho que al inicio ni siquiera creía en dios».
Fuente: Izaro.
ddd. Fecha desconocida.
Traducción al castellano

Sofía



—No puedo creer que te liaras con Herio.

No estoy segura de si Amaia lo dice con admiración o con resentimiento. Y es una conversación que me daría mucha vergüenza tener frente al amigo de Herio, pero la música del coche suena fuerte y no creo que nos oiga desde adelante.

—Tan solo lo hice con la esperanza de retrasarlo para su estúpido ritual.

—Ya, pero es que él es conocido por menospreciar a todas las chicas. Desde que se puso de novio con la diosa esa, no ha vuelto a tocar a una chica humana jamás. Ni chico tampoco.

No le hago caso, me da igual la estúpida fidelidad de Herio con su novia muerta. Estoy más preocupada por Charlie.

—A mí me parece que fue una idea genial. —Olatz se inclina más hacia mí y habla despacio—. ¿Qué hicisteis en su casa? Vimos la foto ¿Hicisteis…? Ya sabes. Lo que te da poderes.

Amaia también espera mi respuesta. Creo que la respuesta debe ser obvia por lo roja que tengo la cara.

—Hostia, sí lo hizo. —Amaia se lleva las manos a la boca.

—Filo,[181] no importa. —Me doy vuelta hacia la ventana—. No quiero hablar de ese imbécil.

No quiero ni siquiera pensar en él. Gorka cruza el monte manejando rapidísimo. Los árboles y la oscuridad de Uraibai nos rodea, somos la única luz atravesando las tinieblas a estas horas. La luna, anaranjada en lo alto, que siempre me ha parecido hermosa, hoy se siente como una amenaza. Cuando esté en su cenit Herio va a matarlo.

¿Cómo puede ser capaz? Aprieto los puños y contengo las ganas de llorar. No quiero seguir llorando. Pero me duele mucho y no solo me duele por Charlie. Odio admitirlo, pero me duele porque él me gustaba. Solo han pasado unas horas desde que lo conocí, pero me gustaba.

Y no me puede gustar un hijo de puta. Un cabrón capaz de matar a un perro. Es así de simple. Lo que fuera que me hiciera sentir, se convierte en rabia dentro de mí. En odio. Un odio profundo y visceral. Tal vez nuestro vínculo mágico no era tan fuerte, porque todo el deseo se ha convertido en ira asesina.

Al menos, mis amigas no insisten en hablar del tema el resto del camino. Se dedican a especular entre ellas sobre las distintas

opciones de colarnos si no nos dejan entrar por llegar demasiado tarde.

—Hemos llegado, tenemos que hacer el resto a pie —anuncia Gorka, disminuyendo la velocidad del coche.

El golpe de salir del coche caliente al frío de la noche no es suficiente para calmar mi ira. Mis amigas se quejan del tiempo, pero yo sigo a Gorka en silencio por el sendero empantanado entre los árboles, aferrando fuerte la capa negra de lluvia. La abuela de Herio nos prestó a las tres, para que no se arruinaran nuestros vestidos, los que mis amigas tenían preparados para el akelarre. Las tres parecemos novias, o ángeles, o muñecas, dependiendo del fetiche de cada quien.

Y voy tan furiosa, que los minutos de sendero se me hacen un suspiro.

Cuando llegamos, vamos las tres medio mojadas y con los zapatos embarrados. Delante de nosotros, la lluvia cae sobre un muro de piedra. Del otro lado se oye música y se ven las siluetas de lápidas y estructuras antiguas que sobrepasan el muro, iluminadas tenuemente por luces de fogatas.

Esta gente está loca. ¿En serio están haciendo una fiesta en un cementerio? Sospecho que ni siquiera es legal. Pero bueno, son semidioses. Tendrán contactos.

—Sofi, no te preocupes. Vamos a rescatarlo. —Amaia me aprieta la mano mojada—. Y yo voy a impedir ese estúpido ritual.

Herio

Creí que podría hacerlo. En serio, joder.

Me abro paso entre los árboles, fundiéndome con la oscuridad del bosque detrás del cementerio. Aunque me he alejado, todavía se oye la fiesta.

Charlie sigue acurrucado entre mis brazos, temblando. ¿Habrá percibido el peligro en la reunión con Akerbeltz? Hostia. Cuando me ha pedido que se lo entregara… Ha sido imposible. Mi cuerpo no obedecía. Creí que por Eguzki sería capaz de desprenderme del patético sentimentalismo que me abruma, pero no. Él confía en mí. Sofía tiene razón, el cachorro cree que lo estoy protegiendo. Y lo peor de todo es que, cuanto más me interno en el bosque, cuanto más profunda se vuelve la oscuridad lejos de la luz de la luna, más me doy cuenta de que soy un mentiroso. Le mentí a Egu cuando le juré amor eterno. Le he mentido hoy a Sofía cuando le prometí quedarme toda la noche con ella.

Y me he mentido a mí mismo por creer que podía ser un dios, que podía estar por encima de los sentimientos humanos.

Charlie levanta la cabeza, mueve las orejitas y me detengo. Yo también lo percibo, incluso sin mi magia. Un dios está cerca, se oyen las ramas crujir a su paso y su presencia nos aplasta. El aire se vuelve pesado, el murmullo de las hojas de los árboles ya no es agradable, se convierte en amenazas susurradas. Y no es Gaueko. No he llegado tan adentro en el bosque como para poder invocar al señor de las tinieblas y dueño de este perro.

Supongo que ha sido demasiado ingenuo por mi parte creer que podía irme sin que el amo de este bosque me detectara.

—¿Sabes, chaval…? —La voz de Akerbeltz hace temblar a Charlie otra vez. La sombra alta del dios se separa de las demás, como si la

oscuridad entre los árboles cobrara la forma de un humano con dos espadas curvas. Se vuelve de carne y hueso al detenerse ante mí, con una espada en cada mano—. Diría que estoy decepcionado, pero no. Me esperaba esto. Toda vuestra generación de semidioses es un fracaso, sois blandengues, ilusos y absurdos. Sois inmaduros, os hemos dejado hacer lo que os plazca. Tu encarnación anterior estaría avergonzadísima de ti.

—Charlie —murmuro, acercando mi cara al cachorro entre mis brazos—. Vete lejos. Encuentra a Gaueko.

Lo dejo en el suelo y Charlie retrocede y se oculta detrás de mis piernas. Akerbeltz da un paso hacia nosotros.

—Venga, chaval. —Pone los ojos en blanco—. Ahorrémonos este dramatismo.

Los cojones. Si cree que esto es dramático, no sabe lo dramático que puedo ser.

Meto la mano detrás de la chaqueta. Akerbeltz se abalanza hacia nosotros, pero cuando está a casi dos metros, ya tengo la pistola firme entre mis manos apuntando hacia él.

¡Bang!

El sonido me retumba en los oídos y una bandada de aves nocturnas agita las alas y rompen el cielo nocturno, huyendo. Charlie sale pitando de aquí. La sangre mana de una de las orejas del dios.

He fallado el tiro. En realidad bastó que Akerbeltz cambiara un instante el peso de su cuerpo hacia la izquierda, casi por instinto, para esquivar con milímetros de precisión la bala que iba directa a su cabeza. Haize lo habría predicho, no habría disparado a su objetivo, sino al sitio en el que creía que estaría su objetivo.

Y aunque yo no soy Haize, ni tengo la mitad de la formación en artes marciales que tuvo él, me alegro de que me haya entrenado. Porque es lo único que impide que el siguiente corte horizontal que lanza Akerbeltz barriendo el aire con sus espadas me corte la puta cabeza.

Retrocedo, jadeando y disparo de nuevo. Es imposible anticipar los movimientos de un tío que ha vivido cientos de años más que yo, es difícil luchar con el suelo irregular, las raíces y ramas por todas partes. Me truenan los oídos con cada intento, con cada bala que sale en un fogonazo de luz, Uno, dos, tres disparos más. Esquiva, los esquiva todos. Izquierda, derecha, izquierda, izquierda. Y nada. Akerbeltz está frente a mí y en un instante a un lado y al siguiente detrás.

Me da una fuerte patada en la espalda y me arroja contra el tronco de un árbol.

Casi caigo al suelo, me levanto rápido y me hago a un lado. Akerbeltz ensarta una de las espadas en el árbol, donde un instante antes estaba mi corazón y la abandona incrustada en el tronco. Se gira hacia mí y se ríe.

Puto lunático. ¿Quién coño pelea con cimitarras en la actualidad? Lo hace por diversión. Es como Haize. Pero más viejo, más astuto y más maligno.

Un puto sádico. Y está jugando conmigo.

Suelta una carcajada, mueve su nariz alzando la barbilla y luego sonríe enseñándome los dientes.

—¿Es miedo lo que huelo? —Akerbeltz da un paso hacia mí—. Sabes que no voy a matarte, Herio. En tu existencia anterior éramos colegas. Me caías mejor. —Vuelve a reírse—. ¿A qué le temes? En el

peor de los casos te rajaré esa cara de muñeco que tienes. Da igual, no la vas a necesitar para ser el rey de la muerte. A tus amigos… —Señala con la punta de una de las espadas hacia el cementerio—. El sentido por la estética se les ha… podrido.

Gilipollas. Retrocedo un paso, pero es demasiado rápido y apenas alcanzo a echarme hacia atrás a tiempo. Esquivo por poco otro corte de una de las espadas que va directo a mi cara. Alcanza a rozarme.

Una línea de sangre pasa delante de mis ojos.

Todo ocurre muy lento durante un instante. Las gotas de sangre que ha salpicado al romperme la mejilla bailan con el viento, Akerbeltz está casi encima de mí y esta vez no fallo. Levanto la pistola, él esquiva hacia un lado y ya estoy apuntando hacia la izquierda. Casi siempre se mueve hacia la izquierda.

Le da directo en un ojo. Su cabeza se agita con violencia hacia atrás y la sangre explota como una aureola divina a su alrededor.

Jadeo, rogando para que Charlie se haya ido muy lejos.

—¡Hossstiiia! —Akerbeltz suelta una de las espadas que cae a la hierba reflejando la luz de la luna. Se lleva una mano al ojo, se tambalea todavía caminando hacia mí y es asqueroso como la mitad abierta de su cabeza empieza a cerrarse lentamente, como si fuera de plastilina—. Esta mierda duele. Haré que a ti, príncipe —dice, bajando la mano y mostrando un ojo nuevo, manchado de sangre—, te duela más.

Levanto la pistola otra vez, aunque sea para ganar un poco de tiempo. Aunque sea porque ver volar los sesos de Akerbeltz ha sido más satisfactorio de lo que hubiera imaginado, pero una voz femenina y antigua hace que mi dedo se detenga justo antes de apretar el gatillo.

—Es mejor que no hagas eso, Herio. —Zuria se asoma entre los árboles, caminando tranquilamente como una sombra más de la noche y con Charlie pataleando entre los brazos—. Aunque no le creas, le gusta. Solo vas a excitarlo más. Además, creo que si degüello al perro ahora, aunque la luna no esté en lo alto, contará como ofrenda suficiente para esta noche. Yo que tú obedecería y bajaría esa pistola.

El brillo de la daga ritual que tiene contra el cuello de Charlie destella y se me aprieta el estómago. Hace unas horas estaba dispuesto a matarlo. Y ahora solo verlo retorcerse en los brazos de Zuria con el filo enterrado en su pelo negro es suficiente para que deje caer la pistola al suelo.

La bonita voz de Sofía, esa voz que acompañaba mis fantasías oscuras, regresa a mí.

A veces siento como si mi vida hubiera sido otra. Como si todo hubiera cambiado solo en unas horas.

Supongo que sí, Sofi. Pueden cambiarnos unas cuantas horas.

A mí, como es evidente, me han vuelto un imbécil.

HOGEITA HAMASEI

Infiltrados

TREINTA Y SEIS

Sofía



El cementerio esta noche no parece un cementerio. Más bien, podría confundirse con un mercado o un carnaval.

Dentro del perímetro de paredes de piedra antigua se alzan los picos góticos de los mausoleos, las cruces cristianas, celtas y símbolos vascos mezclados, recortándose como sombras contra la luz que emiten las hogueras. El viento arremete contra los árboles del bosque que nos rodea y a pesar de su furia se oyen las risas y la música que vienen del interior.

Una fiesta en la casa de la muerte.

—No podéis entrar.

Nos corta el paso una mujer alta y encapuchada. Su túnica azul muy oscuro y atada a la cintura ondula de forma tenebrosa, cobrando vida bajo la llovizna.

—Pero…

—La fiesta ha empezado hace horas. Todos los que están aquí dentro han comido y bebido lo necesario para el ritual. No me importa si eres el favorito de nuestro príncipe. No entrarás.

¿Príncipe? Se refiere a Akerbeltz, supongo. Porque dudo que Herio sea príncipe de algo con ese coche de mierda que conduce. La mujer se mantiene en su sitio y empiezo a ponerme nerviosa. Por favor, por favor, que Charlie esté bien.

—Herio en persona me ha encargado que trajera a estas chicas —insiste Gorka. Habla en euskera de Bizkaia, que normalmente yo no entendería ni siquiera con mi mediocre nivel de euskera batua. Pero lo entiendo. Entiendo todo.

Sigo vinculada a Herio. Eso es bueno, ¿o no? Si le clavo un puñal en el corazón estando vinculados, ¿me dolerá también?

Ya, basta Sofía, no tengas pensamientos asesinos todavía.

—Herio ha hecho muchas cosas mal estos días, especialmente esta noche —dice la mujer—. Será castigado por Akerbeltz. Yo que tú me largaría, tal vez así te ahorres el castigo que también va a caer sobre ti.

Gorka se pone tenso, aprieta mucho los labios y se pasa una mano por el pelo rapado, realmente nervioso. ¿Tanto miedo le da esta gente? Bueno, son personas capaces de sacrificar a un perro, deben estar loquísimos.

La mujer nos da la espalda y toma la enorme reja de hierro para volver a cerrarla, pero yo me adelanto y doy un paso. Mis amigas están nerviosas, pero aun así se acercan a mi espalda, como guardianas.

—Creo que hay un error —digo y la mujer se detiene, aunque sigue dándonos la espalda—. Herio tenía un regalo para Akerbeltz. Un regalo para que lo perdonara por sus errores.

La mujer se voltea un poco. Alcanzo a ver el perfil de su mentón debajo de la capucha.

—Dudo que ningún regalo haga que Akerbeltz le perdone lo de esta noche.

No tengo idea qué ha hecho esta noche desde que me dejó sola. Tal vez Akerbeltz no soporta a la gente impuntual y simplemente está cabreado porque su invitado principal ha llegado atrasado.

Inspiro hondo y camino hasta detenerme a menos de un paso de donde está ella.

—El regalo soy yo. Hubo un problema y me he retrasado. Herio me traía como ofrenda para Akerbeltz. —Las palabras salen atropelladas de mi boca—. Soy virgen y dijo que Akerbeltz quería una virgen para el ritual.

La mujer se gira hacia nosotros del todo. Ladea la cabeza, todavía oculta por la capucha. El viento susurra y las risas que vienen del cementerio, entre tambores y la melodía aflautada del txistu, me ponen los pelos de punta.

Por favor, que diga que sí, que diga que sí.

—Muy bien. Os dejaré pasar. Tú vendrás conmigo, pero el resto… —Apunta con una mano a los demás—. Tendréis que hacer lo que han hecho los demás. Beber y comer las comidas rituales.

Mis amigas se miran nerviosas. Sé lo que deben estar pensando. Una de nosotras, al menos una, debe evitar el sexo esta noche. Una que pueda guardar la información para las demás. Pero, ¿qué pasa si hay drogas o alucinógenos en lo que sea que les den de comer? Si ya los humanos tenemos poca voluntad frente a los dioses, esa voluntad será nada. Nada.

—Aceptamos. —Amaia levanta la barbilla, pero sé que no le gusta nada el rumbo que está tomando esto—. Haremos el ritual. Beberemos y comeremos lo que haya que comer.

Lo está haciendo por mí, por Charlie. Incluso pone en riesgo su plan.

Debajo de la capucha, la mujer sonríe y se hace a un lado para que pasemos.

Herio

—¿Qué has hecho? —gruño de dolor y las palabras salen arrastrándose por mi boca—. ¿Dónde has dejado a Charlie?

Caigo de rodillas contra el suelo de piedra. Las muñecas me arden de dolor, es imposible liberarme de los grilletes a los que me tiene enganchado a la pared. Las cadenas suenan con mis intentos, pero es inútil. Las correas negras siguen inhibiendo mi magia y no son tan gruesas como para impedir que las esposas de acero me laceren la piel en mis intentos inútiles por escapar.

La luz del cuarto parpadea. Una única luz cálida en el techo, que parece que no está soportando muy bien la tormenta. El cuarto se alterna entre luz y oscuridad, cada vez que baja la energía.

Akerbeltz se detiene frente a mí y se quita la capa. La arroja al suelo, revelando su torso desnudo y tatuado con signos rituales. Sus ojos de bestia resplandecen de diversión y me gustaría saber qué cojones le parece tan divertido.

Huele raro, huele… bien. A frutas. Un olor a frutas frescas que me inquieta más de lo que ya estoy.

—Oh, ya lo verás, adiskide.[182] —Se agacha, me agarra del mentón y acerca su cara a la mía—. Estaba muy enfadado contigo,

chaval. Has mancillado una noche sagrada, tu propia noche. Pero ha caído un regalito del cielo.

—De qué cojones estás hablando.

Pero el estómago se me aprieta. Ese olor tan delicioso… No. Sofía no puede estar aquí. Debería estar a varios kilómetros en…

La puerta se abre. Y es ella, joder. Akerbeltz se aparta de mí, el corazón me da un vuelco. Dos sorginak de túnicas oscuras obligan a Sofía a entrar a esta habitación asquerosa, maniatada, también con correas negras en las muñecas.

¿Por qué se las ha puesto a ella también? ¿Se ha dado cuenta de nuestro lazo mágico? Tal vez la ha confundido con una diosa. Porque eso parece, con un vestido rosa y vaporoso de seda flotando con cada paso que da. Es como los que usa en su OnlyFans pero largo hasta el suelo. Lleva el pelo celeste suelto y los pies, descalzos.

Zuria entra detrás de Sofía, le da un empujón y ella tropieza hasta quedar frente a Akerbeltz. Contiene el aliento mientras levanta sus ojos de corzo asustada hacia el dios, mucho más alto que ella. No desliza la mirada hacia mí.

—¿Qué haces, Zuria? —La voz de Akerbeltz retumba, poderosa, por las paredes de piedra—. Trata con más amabilidad a mi preciada doncella. Aunque *tan* doncella no eres, ¿me equivoco? Hueles a… muerte. ¿Nuestro príncipe ha estado jugando contigo?

Se acerca a Sofía lento, como un depredador. Sus pies descalzos no hacen ruido, está en su forma humana por completo, sin pezuñas, sin cuernos. No la quiere asustar.

Ella lo mira nerviosa mientras se oye la lluvia cayendo fuera y, por un momento, sus ojos se desvían hacia mí. Solo un momento. Pero es suficiente para ver el odio brillando en esos hermosos ojos

oscuros. Aparta la mirada y un dolor negro y vacío se remueve en mi interior. El vínculo que nos ha unido esta noche palpita, lo siento como un lazo que nos une, incluso con mi magia inhibida por estas correas de mierda.

—¿Por qué estoy atada? —Le habla a Akerbeltz con esa voz dulce que usa en sus malditos vídeos de OnlyFans. Esa voz sumisa y falsa. No es su voz. Y detesto que hable así porque sé lo que pretende. Quiere parecer inofensiva, quiere parecer adorable. Quiere cautivarlo.

—Solo es una precaución. —Akerbeltz se acerca a ella y yo tiro de las cadenas.

—No la toques —mascullo.

Akerbeltz suelta una risa y me mira divertido.

—¿Por qué no? Ella se ha ofrecido voluntaria.

Imposible. Ella no…

Me mira y la rabia chispea en sus ojos. La he traicionado. Claramente no piensa perdonármelo porque me vea atado y ensangrentado.

—Vaya, nuestro príncipe de la muerte se ha convertido en un traidor. —Akerbeltz da otro paso y Sofía se tensa cuando estira sus dedos hacia ella. Asoma sus garras de bestia y las desliza lento por su mejilla, como un sádico—. ¿Por qué me estabas ocultando a esta preciosidad? ¿La querías solo para ti?

No lo soporto. Verlo tocar su piel hace arder algo terrible dentro de mí.

Sofía inspira hondo y se estremece bajo la caricia de Akerbeltz, que ahora desliza esas garras por su mandíbula. Lo mira nerviosa y su respiración se acelera, siento su pulso incluso desde aquí. ¿Está

asustada? ¿O es posible que caiga ante los encantos de Akerbeltz solo porque la toca? La mayoría de los humanos lo hacen. No pueden resistirse a su energía de dios, a esos ojos de bestia. Lo encuentran hermoso, incluso en su forma animal.

—Joder, el olor de tu sangre virgen es una delicia infame. No puedo culparte, Herio. —Akerbeltz se inclina más y le acaricia el cuello con la nariz. Me desespero, hago rechinar las cadenas al intentar liberarme. Ellos pasan de mí—. ¿Vas a ser mía esta noche, Sofía?

—Sí, me acostaré contigo —dice ella con esa voz melosa, soportando sus caricias.

—¡Voy a matarte, Aker! —Doy otro tirón a las cadenas y el dolor atraviesa mis brazos—. Deja de tocarla, joder, en serio voy a matarte.

Él deja escapar una risa bestial, coge a Sofía por la cintura y ella chilla. La levanta tanto que casi no puede tocar el suelo.

—¡Aker! —Me levanto y tiro de las cadenas con todas mis fuerzas, pero solo consigo caer de rodillas otra vez—. ¡Qué la sueltes, joder!

Me ignora. La estrecha más contra sí y ella jadea angustiada, mirando con terror como Akerbeltz se transforma, como los cuernos crecen desde su frente hacia atrás. Cuernos largos y negros de cabra. Sus patas se vuelven las de un carnero negro y las pezuñas lo alzan todavía más alto. Sofía gime asustada pero no grita, no pelea contra la bestia que ahora la levanta totalmente. Los pies desnudos de Sofía se balancean a unos diez centímetros del suelo. Ella cuelga en sus brazos, aterrada. Su pecho sube y baja con violencia y Akerbeltz arrastra la mirada hacia su escote.

—¿Soportarás mi verdadera forma, kume?[183] —Akerbeltz desliza las garras por el cuello de Sofía y ella deja escapar un quejido de terror—. No sabes cómo me estoy deleitando con tu olor. Si gimes así de miedo quiero saber ya cómo vas a…

No lo soporto más. Tiro de las correas con fuerza y la piedra retumba bajo nuestros pies. Los muertos del cementerio me oyen, responden a mi llamada. Chillan con el viento y con la lluvia incluso si no puedo usar mi magia.

Sofía



Estoy aterrada. Me gustaría ser más fuerte, pero el cuerpo me tiembla bajo el tacto de este hombre. No. De esta bestia. De este dios que huele a bosque, que tiene una belleza animal en sus facciones, pero que todo mi cuerpo rechaza. No soporto sus garras, no soporto sus cuernos, odio sus patas de animal.

La luz anaranjada de la única lámpara en lo alto de la habitación crea sombras afiladas en sus rasgos de belleza macabra.

Detrás de él, Herio nos mira furioso. ¿Cómo se atreve? Todo esto es culpa suya.

Ay, no, no. Akerbeltz se ríe, su carcajada retumba en este cuarto de luz intermitente y usa las garras afiladas para romper el escote de mi vestido. La tela cae. Contengo las ganas de llorar. Tengo tanto miedo que ni siquiera siento vergüenza de que me mire con lujuria los pechos expuestos. La piel se me eriza y los pezones también a causa del aire frío. El terror me paraliza, no me muevo.

¡No quiero que me folle con ese cuerpo animal!

—¡Voy a matarte! ¡Hijo de puta! —Herio tira con tanta fuerza que la sangre corre desde sus muñecas a su torso desnudo. Los músculos de sus brazos y de sus pectorales parece que van a romperse de tanta fuerza que usa. Una vibración recorre la prisión—. ¡Te voy a arrancar la puta cabeza, Akerbeltz!

El dios carnero acerca las garras hacia mis pechos, pero no los toca. Se detiene y me sonríe con maldad.

—¿Por qué? —Me mira a mí, no a Herio. Mira mi boca—. Creí que no te importaban los humanos, príncipe de la muerte. Creíamos que ninguna chica era suficiente para ti desde que conociste a Eguzki, nuestro radiante rayito de sol.

Herio respira con violencia, el pelo marrón se le pega a la frente y el odio con el que mira a Akerbeltz es tan visible, que creo que si no estuviera atado lo mataría de verdad.

—En algún momento tendrás que soltarme. —Herio se ríe desquiciado, entre jadeos—. Y cuando lo hagas, te mataré. Sigue tocándola y te mataré, por Mari que te mataré.

La rabia de su voz es una promesa asesina.

—¿Dónde está Charlie? —Hablo fuerte, intentando recuperar la atención de Akerbeltz—. ¿Está bien?

El dios no me suelta. Me agarra contra él y Herio nos mira como un puto loco. Como si cada segundo que estoy en los brazos de Akerbeltz fuera una tortura para él.

¿Por qué? ¿Porque soy su sorgina? Yo no le importo. No le importé nunca. No le importó Charlie tampoco.

—Claro que está bien. —Akerbeltz me deja en el suelo y de inmediato me cubro los pechos. Es difícil con las manos atadas. El dios hace una seña y su bruja, Zuria, abre la puerta. Dos chicas

vestidas con túnicas ingresan llevando a Charlie atado a una cuerda. Las dos chicas se arrojan al suelo y se arrodillan ante su dios.

Charlie ladra y brinca de felicidad al verme.

—¡Charlie! —Me agacho y él corre hasta mí y me da un lametazo en la cara. Luego se gira hacia Herio, pero las chicas afirman la correa y no permiten que se acerque a él.

—¿Lo ves? Está perfecto.

Le hago un poco de cariño detrás de las orejitas y me levanto. Las chicas sujetan a Charlie de la correa pero le hacen cariños, no parecen querer causarle daño.

—No puedes hacer esto. —Herio respira con dificultad. Sale mucha sangre de sus muñecas y odio que una parte de mí se sienta mal de verlo así. Lo odio. Debería odiarlo. La manera en que jugó conmigo y me hizo creer en él… Me sentí tan tonta…

—¿Y bien? —Akerbeltz se gira hacia mí y me encojo por instinto bajo su cuerpo enorme, cubriéndome lo mejor posible el pecho con los brazos—. No sacrificaremos al perro si tú sacrificas tu virginidad esta noche.

Herio empieza a reírse. Parece un loco riéndose, arrodillado, encadenado y cubierto de sangre.

—¡Venga, hazlo, Aker! —Levanta los ojos hacia el dios y sonríe. Ojos que cobran un brillo lunar en la penumbra de la prisión. La sangre le escurre por los dientes—. Disfrútalo porque será la última cosa que hagas en tu puta vida.

—¿Por qué está encadenado, si estaba colaborando contigo?

No sé por qué lo pregunto. No debería importarme. Es evidente que no solo lo han atado, sino que le han dado una paliza. Tiene el cuerpo magullado y cada vez que habla le sangra el labio.

¿Todo esto es porque llegó con retraso al ritual?

—Porque no me quiso entregar al perro.

—¿Qué?

Él corazón me da un brinco. No puede ser. Herio me traicionó. Él se llevó a Charlie para sacrificarlo.

—Sí, lo sé, he sido blando. —Akerbeltz resopla—. Tendría que haberlo castigado peor. Llevo años preparándolo, enseñándole a dejar su humanidad atrás y me viene con este ridículo rebato de altruismo. Pero es uno de mis favoritos, me cuesta ser duro con él.

La pequeña ventana del cuarto tiembla con la lluvia y Herio se mantiene silencioso, mirando a Akerbeltz como si estuviera imaginando cien maneras diferentes de asesinarlo.

—No entiendo. Si no ibais a hacer el sacrificio, entonces ¿para qué tendría yo que entregarte mi virginidad?

—Oh, no, claro que haríamos el sacrificio. Si no lo hacía él, tendría que matar al perro yo. Por eso las cadenas —dice, apuntando a Herio con sus garras—. Lo haríamos frente a él, en el altar. En su honor. En honor al semidiós de la muerte. —Akerbeltz suelta una carcajada—. No hubiera sido tan poderoso como si lo hiciera él mismo, pero habría sido suficiente.

La ilusión que tuve por un momento se desvanece. Me atrevo a mirar a Herio a los ojos y… Solo hay odio en los suyos. Nos mira a Akerbeltz y a mí con una rabia visceral. Me mira como si lo hubiera traicionado, ¡cuando él fue quien me traicionó a mí!

Tal vez se arrepintió, si lo que dice Akerbeltz es verdad. Pero eso no quita que por haberme traicionado estamos metidos en esta mierda.

—Aunque debo reconocer… —Akerbeltz empieza a caminar de un lado a otro por la celda, entre Herio y yo— que el ritual es más poderoso si lo hace él. Si no lo hace Herio, no ascenderá ni será libre. Seguirá siendo mi esclavo, pero no me dará tanta energía. Tampoco servirá para rescatar a… su querida novia.

Herio no dice nada. Simplemente lo sigue mirando con la promesa criminal en sus ojos plateados.

—Da lo mismo lo que haya hecho este. —Apunto a Herio—. Me prometiste que si entregaba mi virginidad, dejarías ir a Charlie sano y salvo.

—Bai, lo he prometido. Una virgen voluntaria es tan rara que me dará más poder que la muerte de ese cachorro.

Ya está. Tendré que hacerlo con este hombre. Con esta bestia. Me lo imagino tocándome y me dan ganas de llorar, de vomitar.

—Aunque ahora que he visto la reacción de Herio cuando te he arrancado el vestido, creo que… he cambiado de opinión.

¿Qué?

—¡No, no puedes! ¡Lo juraste!

Se me llenan los ojos de lágrimas. No, no, ¿por qué de nuevo quiere matar a Charlie? ¿Tiene miedo de que Herio lo mate? ¿De sus amenazas?

—No seré yo el que haga el rito contigo. —Los ojos de Akerbeltz resplandecen justo cuando un trueno estalla en la ventana—. Tendrás que hacerlo con él.

—¿Ah?

—¿No prefieres eso? —El dios da un paso hacia atrás y se encoge, sus piernas de animal se adelgazan y de sus pantalones vuelven a asomar unos pies descalzos y humanos. Solo los cuernos siguen

visibles cuando vuelve a hablar—. No te ofendas, pequeña. Tu sangre huele como droga. Me encantaría hacerlo yo, pero lo más importante para mí es el poder que genere este ritual. Es Gau Beltza, la noche negra de la muerte. Será más poderoso si lo hace él.

No estoy ofendida. Dios, qué puto alivio. No lo haré con el dios cabra.

Herio parpadea confundido y luego tuerce sus labios infames en una mueca de disgusto.

—Ez. Ez dot egingo.[184]

El estómago se me aprieta. Detesto mi propio cuerpo. Detesto el alivio que acabo de sentir ante la opción de hacerlo con él. Es una puta locura. No quiero hacerlo con nadie, no quiero perder mi virginidad, no quiero perder todo el dinero que me da. No debería sentirme mejor porque sea él quien va a hacerlo.

¿Y por qué no quiere? Estaba como un puto loco porque Akerbelz solo me estaba tocando. ¿Por qué me rechaza ahora?

¡En serio creo que cada vez puedo odiarlo más!

—¿Acaso no querías que dejara ir al perro? —dice Akerbeltz.

Herio lo mira furioso.

—Déjala ir a ella también.

—¿Qué ocurre? —Akerbeltz me toma del brazo y me apega a él. Herio se crispa de inmediato—. ¿Prefieres que lo haga yo?

—¡Qué no! Hostia, ¿en serio no hay otra opción? Seguiré siendo tu esclavo.

—No. No la hay. —Parece que Akerbeltz empieza a perder la paciencia—. La luna ya está casi en lo alto. O mato al perro o lo

matas tú. O follas con esta chica, o voy a follarla yo y la haré gemir y perder su preciada virginidad frente a tus putos ojos.

Herio no responde. Desvía sus ojos hacia mí, en una pregunta silenciosa.

—Me da igual. —Intento que mi voz suene firme—. Lo haré con el que sea. Me dan el mismo asco los dos.

Akerbeltz se ríe, Herio no. Sigue mirándome, buscando algo en mis ojos y no tengo idea de qué.

—¿Qué ocurre, chaval? —Akerbeltz me agarra con fuerza, abraza desde atrás y me aprieta contra él. Sube sus manos por mi cintura hasta justo debajo de mis pechos y yo respiro alterada, sintiéndome indefensa entre sus brazos enormes y manos con garras—. ¿Temes que tu novia muerta se enfade si el ritual para salvarla es follar con otra? Tampoco tientes a la suerte. No es que me vaya a molestar mucho hacer tu trabajo, aunque el ritual sea más débil.

Los ojos de Herio brillan de furia. Con que es eso. Por eso no quiere. Por su puta novia muerta. ¿En serio? Yo estoy sacrificando lo más valioso que tengo, literalmente. ¿Y él no quiere por eso?

Se me escapa un quejido de nervios cuando Akerbeltz me aprieta más y sube sus garras deslizándolas hacia mis pechos, empujando mis brazos para que deje de taparlos y…

—¡Itzi![185] —Herio cierra los ojos un momento y cuando los abre, me mira a mí. Plateados. Furiosos—. Voy a hacerlo. Deja de tocarla, joder. Haré el rito sexual con ella.

Charlie ladra y trata de soltarse, pero las chicas lo agarran bien. Akerbeltz me suelta y levanta los brazos.

—¡Perfecto!

—¿Servirá? —Herio frunce el ceño—. ¿Sabes que esto no será ningún sacrificio para mí, verdad?

—Ah. —Akerbeltz levanta los brazos—. Claro que será un sacrificio.

El dios parece satisfecho. Incluso se le han desaparecido los cuernos diabólicos de la cabeza.

—Pero, aceptaré solo si hace este ritual, ningún otro. Solo este. —Herio se pasa la lengua por los labios, limpiándose la sangre—. Júrame que no hará ningún otro ritual.

Akerbeltz y él sostienen una conversación silenciosa. Se miran durante varios segundos mientras la lámpara parpadea cada vez que sopla el viento.

—Bien, no te preocupes. —Akerbeltz sonríe enseñando los colmillos—. No le pediremos que haga ningún otro ritual.

—Ninguno, Akerbeltz —insiste Herio.

—Ninguno, joder. Qué chaval tan desconfiado.

¿A qué se refiere? ¡Claro que no haré otro ritual! ¿Por qué Herio le pregunta algo así? Como si no fuera suficiente con el akelarre.

—¡Sorginak! —El dios se gira hacia ellas, que se ponen de pie, con las cabezas gachas, sin mirarlo a los ojos—. Preparad a estas crías para el akelarre.

Suelta una carcajada larga que rebota por las paredes. Esto de verdad le divierte. Recoge su capa y se cubre los hombros. Nos mira a Herio y a mí como si fuéramos lo más gracioso que ha visto en su vida. Como si hubiera algo que no entendemos de todo esto y él, sí.

Es una trampa. Sé que estamos cayendo en una trampa, pero no entiendo cuál podría ser. Aparte de la miseria de tener que entregar mi virginidad en un ritual de locos. Y de hacerlo con Herio, que me traicionó y me dejó encerrada solo porque su novia abrió los ojos.

Las carcajadas de Akerbeltz se quedan un momento incluso cuando él se va. Nos deja solos con sus brujas y Charlie.

¿Qué estoy pasando por alto? Tengo un mal presentimiento.

Algo se me escapa de las manos, lo tengo en la punta de la lengua, de mis pensamientos… Y se escurre. No sé lo que es.

Y tal vez no debería importarme. Voy a salvar a Charlie y luego… luego intentaré olvidar esta noche de mierda.

HOGEITA HAMAZAZPI

Promesa

TREINTA Y SIETE

Sofía



Me despido de Charlie. Lo abrazo y acaricio sus orejitas peludas. Le hablo con voz melosa y le prometo que volveré a verlo. Él se deja, me da un lametazo en la cara y luego trata de ir con Herio, que nos observa miserable, ensangrentado y encadenado.

—A Herio lo verás después, Charlie. Yo cuidaré de él. —Se lo entrego a las sorginas.

Se me aprieta el pecho mientras tiran de la correa y lo obligan a irse con ellas. Él no forcejea, pero se gira hacia nosotros, levantando sus orejitas. Me dan ganas de llorar. Pero va a estar bien, al menos no harán ese estúpido ritual de matarlo. De solo recordarlo me enojo con Herio otra vez.

—Lo dejaremos libre cuando cumpláis con el ritual. —La bruja principal de Akerbeltz arroja al suelo unas llaves de plata y una daga —. Tenéis unos minutos si necesitáis… hablar y recuperaros. Luego os separaremos y os prepararemos para el ritual.

Sin decir nada más, abandona el cuarto siguiendo a sus subordinadas.

Nos quedamos solos y el vapor emana de mi boca. Qué puto frío hace y no me había dado cuenta. Era tanto mi estrés, que solo ahora soy consciente de la lluvia, de la humedad de este cuarto.

—Cuando te apetezca, neska, puedes sacarme de aquí —dice Herio, mirándome ensangrentado y colgando de las argollas de la pared.

Agarro las llaves y la daga y camino hacia él. La luz del techo parpadea de nuevo un momento y la lluvia se oye golpeando contra la única ventana del cuarto. Es una ventana muy pequeña y alta, sería difícil que alguien viera lo que ha ocurrido aquí dentro.

La sangre de Herio le escurre desde las muñecas, por los brazos hasta el torso desnudo. Todo por un arrebato de locura y solo porque Akerbeltz me tocó.

—Esto es tu culpa. —Me detengo frente a él—. Me traicionaste. Estoy feliz de verte así.

Una sonrisa de diablo se forma en sus labios, una sonrisa ensangrentada.

—Di lo que quieras, panpina, pero sé que es mentira.

Odio que lo sepa. Es mentira, me da pena verlo así. Pero todavía se retuerce en mi estómago el dolor de ese momento en que desperté sola y supe que se había ido con Charlie. El pelo húmedo revuelto se le pegotea a la frente con restos de sangre, sus ojos grises parecen atormentados. Se lo merece, se lo merece. También tiene sangre en el labio. Se merece que lo hayan golpeado.

Soy tonta y por eso me da pena.

—Y como si fuera poco —aprieto las llaves en mi mano y la daga en la otra—, te darán un premio.

Sonríe más y el labio se le vuelve a romper, chorreando sangre. Sí. Es un premio para él. Va a follar conmigo. Es un premio y lo sabe. Akerbeltz dice que será un sacrificio y supongo que lo es para mí. Perderé mi valiosa virginidad.

Tak. Tak. Tak. La lluvia contra los cristales. Se oye un poco de la música del akelarre y Herio sigue sin decir nada. ¿Le importará siquiera haber arruinado las cosas entre nosotros? No hay manera de que vuelva a confiar en él.

—No soy una sádica como tú. —Miro la daga que dejó la bruja—. Supongo que ella me ha dejado esto para curarte. ¿Es así? ¿Te vas a curar si te doy mi sangre otra vez?

Herio se pasa la lengua por los labios, mirando la daga, como si le apeteciera volver a probar mi sangre. A pesar de que estoy molesta, mi vientre se contrae de lujuria ante ese gesto, me caliento de solo mirarlo.

—Supongo —murmura.

¿En serio está tan débil? Da igual. Charlie va a estar bien y es lo único que me importa. Me acerco y mis pasos resuenan sobre la piedra fría hasta que llego frente a él. Me agacho y levanto la daga. Incluso ensangrentado y sudado, Herio huele a manzana. Huele delicioso.

—¿No vas a soltarme primero, panpina? No te haré nada que no quieras.

—No. Ya no me fío de tu palabra. Prefiero evitar que te sobrepases como en la catedral si *el éxtasis de la magia* —digo con sarcasmo— vuelve a apoderarse de ti.

Lo miro con cara de que no me creí esas excusas baratas y él me mira con cara de sabes que a ti también te gustó.

—Vale, como tú digas. Supongo que tu fetiche sangriento te pone más si me tienes amarrado.

Idiota.

Levanto mi muñeca para hacerme un corte con la daga. En las pelis siempre parece que lo hacen facilísimo, pero la verdad es que la idea de cortarme me pone nerviosa.

—No me importaría —susurra Herio— si te haces la herida en el pecho.

—Cállate, semidiós traidor.

Paso el filo por la piel de mi muñeca, en horizontal para no desangrarme y es tan filoso que no tengo que hacer ningún esfuerzo. La sangre mana de inmediato y cae en gotas enormes sobre la piedra.

Herio parece un perro impaciente hasta que acerco mi muñeca a su boca y… arrastra la lengua por mi piel. Me mira a los ojos y lame de nuevo, pidiéndome más con esa mirada gris. Me arde entre las piernas, lo juro. Solo por cómo me mira.

Me acerco más a él, lo agarro del pelo y aprieto mi muñeca contra su boca, para que pueda succionar bien.

—Joder… —Se le escapa un quejido placentero mientras succiona más fuerte con los labios manchados de sangre.

Mi corazón se ha vuelto loco. Fuera suena un trueno y la ventana se ilumina por un momento. Y a pesar de la rabia que tengo por lo que hizo, me apego más a él hasta que el calor de su cuerpo se transmite al mío, hasta que el pulso de mis venas late en su boca, hasta que las heridas de sus muñecas, de su mejilla y de su pecho se empiezan a cerrar. Ni siquiera me di cuenta de que estoy respirando de forma tan inquieta, ruidosa, apegándome a él. Casi

está del todo derrumbado sobre mí, con el rostro inclinado cerca de mi cuello, succionando de mi muñeca, aunque ya se ha curado del todo.

Me separo y siento que la cara me arde. Herio me sonríe malicioso y sus ojos grises brillan con chispas de plata.

—Te follaría aquí mismo. —Se pasa la lengua por la sangre de los labios. Mi sangre. Su boca maravillosa y perversa ya está curada.

—Voy a hacerlo solo por Charlie. Ni se te ocurra pensar que accedí a ese ritual por ti.

Aunque mi entrepierna mojada contradiga mis palabras.

—Noski.[186] —Herio se ríe—. Solo por Charlie.

—Sabes lo valiosa que es mi virginidad. No quiero perderla ni contigo ni con nadie.

—Puede que te compense. Podríamos hacer una encuesta en Instagram. —Herio ladea el rostro—. ¿Cuán valorado estará en el mercado follar con un dios? Tal vez más que tu virginidad.

—Semidiós, seguro que vale menos —digo y me levanto. Introduzco las llaves en los grilletes y lo libero.

Herio saca las manos de sus ataduras y yo retrocedo, pero en un instante lo tengo sobre mí. Me agarra de la cintura y se me escapa un chillido cuando me empuja y acorrala contra la pared. Jadeo, mirándolo y tratando de apartarlo, pero él no retrocede.

—No me mires así. —Toma mi cara entre sus manos y ya no se está burlando. Me mira serio—. No me mires como si me odiaras.

—Te odio, idiota. No voy a olvidarme de lo que hiciste.

Recuerdo ese momento y me dan ganas de llorar otra vez. Él lo percibe. Tuerce sus bonitos labios de semidiós.

—He intentado liberarlo. ¿Por qué crees que estaba herido? He tenido suerte de que Akerbeltz no me arrancara la jodida cabeza con una de sus espadas.

Sé que es verdad y se me retuercen las tripas de pensar en que ese dios psicópata pudiera haberlo matado. En verdad me importa. No sé por qué, si no debería, pero esté imbécil me importa. Dejo de luchar contra él y mis manos caen a los costados.

—¿Y qué si te arrepentiste? Me dolió. —La voz me tiembla un poco al hablar, me siento tan tonta—. Me dolió que me mintieras y…

—No te he mentido. —Herio se inclina y apoya su frente en la mía. Cierra los ojos un momento y luego suspira—. No te he mentido, neska. Pero cuando fui a ver a Egu, estaba despierta. Ha abierto los ojos, me ha hablado. Estaba atrapada en ese cuerpo y sigue atrapada. La he despertado esta noche, sin saberlo, y ahora es prisionera dentro de un cuerpo muerto.

Me quedo helada. Un escalofrío me recorre la espalda al ver la pena en sus ojos atormentados.

—Eso me ha confundido, Sofi. Me he sentido fatal, traidor. Creí que podría hacerlo y te he dejado en casa mientras traía a Charlie. Pero no he podido. No por ti. Podría decirte que fue por ti, pero no. Habría cargado con tu odio si era necesario. Pero no podía matar a Charlie. Puto perro. Es monísimo.

Se me escapa una risa acongojada y las lágrimas me resbalan por las mejillas. Herio las limpia con un beso y otro y, de pronto, su boca está sobre la mía. Mierda. Me derrito entre sus brazos. Me cuelgo de su cuello y él me aplasta contra la pared, besándome lento, caliente. Su boca juega con mis labios, su lengua todavía con sabor a sangre

busca la mía, se cuela dentro y me arqueo, intentando sentirlo contra mí.

—¿Qué has dicho antes? —murmura, apartando un poco su cara, rozando su nariz con la mía—. ¿Que ibas a hacerlo solo por Charlie, eh?

Idiota.

—Sí —respiro agitada y el vapor se forma entre nuestras bocas—. Solo por eso.

Herio sonríe y acaricia mi mejilla con el dorso de su mano.

—Yo lo haré porque me gustas. —Desliza su mano por mi cuello y la deja justo encima de mis pechos—. Detesto la idea de que él nos observe mientras te pruebo por primera vez, pero créeme. Voy a disfrutarlo que flipas.

No puedo evitar reírme. Sus palabras causan estúpidas mariposas en mi vientre. Soy una imbécil. Y admito que me pone nerviosa hacerlo frente a Akerbeltz.

—¿Y tu ex? ¿No te morías de culpa?

La mirada de Herio titubea, se ensombrece. ¿Es racional que sienta tantos celos si solo lo conozco hace unas horas? Odio lo que pensar en ella le provoca. Si me traicionó solo porque abrió los ojos, ¿le importaré algo cuando regrese del todo?

—Cargaré con la culpa, ya he decidido que no puedo matar a Charlie.

—¿Y cuando ella vuelva?

Me da un beso suave y sonríe.

—Te estás poniendo muy posesiva para conocerme desde hace unas horas, Sofi.

—Espera que llevemos una semana juntos, señor semidiós de la muerte.

El gris de sus ojos se vuelve oscuro como nubes cargadas de lluvia.

—Esta noche soy tuyo. No pensaré en ella cuando me cuele entre tus piernas, eso te lo aseguro.

—No sé si voy a poder. —Me imagino encima de un puto altar frente a Akerbeltz y sus brujas y la idea hace que el calor que sentía entre las piernas se esfume—. Tengo que hacerlo por Charlie, pero llegado al momento no sé si…

—Te has quitado la ropa mil veces para tus fans.

Niego con la cabeza y apoyo las manos en sus pectorales, están calientes. Miro el tatuaje que cubre uno de ellos, paseo el dedo por ahí, nerviosa, siguiendo los trazos de tinta negra sobre su piel blanca y arrastrando restos de sangre. Herio se excita, percibo como se acelera su pulso ante mi contacto y no me importa. Sigo tocándolo, despacio.

—Solo me es fácil porque hay una cámara. En realidad, mi personaje de OnlyFans al inicio no era un personaje. Al inicio… —detengo mis caricias y aparto la mirada hacia la ventana. Del otro lado, solo es oscuridad y lluvia—. Al inicio era muy tímida. Alguien me dijo que podría irme bien en OnlyFans y yo no me lo creía. Luego seguí con el personaje, aunque fui tomando confianza. Me sentí muy bien cuando vi que tanta gente disfrutaba de mi cuerpo, que podía gustarle a tantos… Pero, no sé. Solo podía porque había una cámara. Me dará un pánico atroz. ¿En serio Akerbeltz va a mirar?

—Va a mirar cada puto movimiento el hijo de puta morboso, te lo aseguro.

Inspiro hondo y vuelvo a concentrarme en los ojos de Herio. Su mirada gris se me clava. No puedo describirlo de otra forma. Es como si se me enterrara en el pecho, me clavara a la pared y le entregaría todo mi cuerpo solo para que continúe mirándome de esa forma, con ese brillo, con esa hambre.

Mi odio contra él no duró mucho.

—Promete que seguirás, que no vas a parar. —Acaricio su mandíbula, con rastros de sangre en la barba áspera que le está creciendo—. Que aunque te pida que pares, aunque me invada el pánico, seguirás. Hazlo aunque esté tensa, aunque no sea fácil.

—¿Hacer qué?

Le golpeo el hombro y él se ríe.

—¡Yapo!

—Dilo.

Arggg, qué odioso es.

—Fóllame. —¿Por qué me pongo roja por decirle algo que los dos sabemos que tenemos que hacer?—. Fóllame aunque me acobarde, te ruegue que no lo hagas y aunque me duela y…

Herio se ríe y me tapa la boca para que deje de hablar. Me da un beso suave, cariñoso y me mira a los ojos.

—Voy a follarte aunque llores, aunque ruegues que me detenga. Voy a follarte, aunque te duela. —Sus labios se curvan en una sonrisa lasciva—. Lo prometo, Sofía. Y prometo —murmura contra mi boca— que te va a gustar.

Suspiro y me besa. El frío desaparece cuando me fundo entre sus brazos, en sus labios tibios, enredados y apretujados contra la pared.

—Esto no es un juego, Sofi —susurra contra mi boca—. No habrá palabras de seguridad.

Lo agarro del pelo y lo sigo besando. Tengo clarísimo que no habrá palabras de seguridad.

Amaia

Llevo años preparándome para este momento y voy a fallar. La música, los tambores, hacen vibrar algo dentro de mí. Algo lujurioso. Gorka, con el que me he pasado la mitad de la noche peleando, me mira de una manera que… Mierda.

¿Siempre ha sido tan guapo? Ese aire criminal que proyecta, con el pelo rapado muy corto y tatuajes que asoman por el cuello de la camisa. Tiene la nariz ligeramente quebrada en el tabique, como si se hubiera metido en muchas peleas. Sexy.

—Dices esto para convencerme, Gorka.

Ni siquiera estoy segura de qué dijo, pero lo que sea probablemente debería rechazarlo.

—No es verdad. ¿Sabes que hay otras chicas aquí, que podría irme con cualquiera? No es eso. Es que, en realidad, lo que quieres no tiene sentido y estoy intentando que entres en razón. ¡Todo esto es por Mari! Akerbeltz hace el akelarre para consolidar el poder de Mari. Ella entregó su poder voluntariamente, ¡hace siglos!

—Sí, supongo que es conveniente decir eso desde tu bando.

—¿Bandos? —Gorka se ríe y le da otro sorbo a su txakoli—. Aquí no hay bandos, chica. Mari estaba harta y el panteón actual ha

hecho siglos de esfuerzo por mantener lo que ella construyó para que la señora pudiera tomarse unas vacaciones.

—¡Amaia, etorri![187] —Olatz me abraza y se tambalea, está muy borracha—. ¿Por qué no pruebas de esto?

Acerca unas cerezas a mi boca, intento apartarla pero… Dios, qué bien huelen. Y en un momento, estoy riéndome con ella, las dos recostadas sobre una tumba comiendo putas cerezas.

¿En qué momentos nos recostamos aquí? Ni siquiera se sienten frías. ¡Ni siquiera me molesta el txirimiri constante que ya tiene nuestros glamurosos vestidos empapados!

—Gorka, ven aquí. —Estiro mi mano hacia él.

Él se ríe, creo que también está borracho. ¿En qué momento empezó a hacer tanto calor? El tiempo se me escurre entre los dedos aquí, debajo del cielo negro. La luna se ha ocultado detrás de las nubes y Gorka nos cuenta cosas. Cosas prohibidas que no debería contarle a ninguna mortal.

—Da igual —susurra—, porque vais a olvidarlo para mañana.

Y mete una cereza en mi boca. Y la disfruto. Y también disfruto de sus dedos, chorreados de líquido rojo. Parece sangre, pero el sabor es dulce.

—Joder —murmura él.

Y Olatz besa mi cuello. Y suspiro mientras mi amiga se ríe, haciéndome cosquillas en la piel.

Hasta que la música cambia. Se vuelve más intensa. Ahora la luna se asoma. ¿Las estrellas siempre han estado tan abajo? Estiro el brazo, estiro mis dedos hacia ellas. ¡Casi puedo tocarlas! ¡Mira Olatz, puedo tocar las estrellas! El bosque susurra, el viento roba crujidos de las ramas de los árboles y las risas y cánticos de vivos y muertos

recorren las tumbas, los mausoleos. Las sombras danzan al ritmo de las hogueras del enorme altar de piedra.

Nos alejamos de nuestra tumba y nos sentamos frente al altar. Nadie nos ha ordenado hacerlo, pero nos movemos como un rebaño.

Hay mucha gente, somos unas treinta o cuarenta personas, de muchas edades diferentes, las caras se me pierden y mezclan. Somos como las estrellas, personas salpicadas alrededor del enorme escenario de roca sobre el que hay una tumba, un sarcófago, más bien, y especialmente bonito. Tiene inscripciones antiguas grabadas pero la visión se me nubla y no leo bien sobre qué. En la cabecera del sarcófago se alza una estatua alta y grande de una mujer desnuda, con los brazos abiertos hacia los lados mientras una serpiente de piedra se enrosca alrededor de sus piernas, de su cintura, de sus pechos.

Qué romántico.

—Ya va a empezar. —Gorka levanta el rostro hacia el cielo y su perfil afilado se recorta a la luz de la luna.

Olatz toma mi mano, él toma la otra. Y nos enredamos un poco, nos calentamos, mientras un grupo de sacerdotisas camina entre la gente, abriendo camino hacia el altar. Un cuervo grazna en alguna parte y los txistus dejan de tocar. Los cánticos se silencian.

Mientras las sacerdotisas suben las escaleras del altar como espectros oscuros solo se oyen los tambores. Tambores profundos. Bum, bum, bum. Su ritmo es el de mis latidos. Bum. Su ritmo es el de la respiración de Olatz, mezclada con la mía. Bum. Es Gorka, que me tiene enredada entre sus piernas.

Y Sofi. Esa es Sofi. Le han puesto un antifaz rosa, con cristales brillantes y encajes. Camina escoltada por las sacerdotisas. Sube

lentamente cada peldaño de la escalinata, arrastrando la larga cola de un vestido rosa pastel. Parece una novia de rosa. Su cabello celeste se escapa rebelde debajo del velo.

Sofi.

¿Por qué sube Sofi al altar? Lo de ofrecerse era una mentira. Tenemos que encontrar a Charlie mientras ella distrae a Akerbeltz. Eso teníamos que hacer.

Me giro hacia Olatz para decírselo, pero lo único que encuentro son sus labios que buscan los míos.

—Amaia —jadea Gorka—, tenemos que parar.

¿Me estoy besando con él o con Olatz? Creo que con los dos, hostia.

Sí. Deberíamos parar.

O quizá podemos probar un poco más de esto y luego parar.

HOGEITA HAMAZORTZI

Akelarre

TREINTA Y OCHO

Sofía



¡Esto está mal! ¡Nadie me explicó esto en detalle! ¡Es una locura! Camino como un zombi por el cementerio, bajo la llovizna y entre el retumbar de los tambores, dejándome llevar por las sorginas. No solo me han puesto un vestido rosa y vaporoso, sino que me bañaron, frotándome jabones aromáticos y lavándome el pelo con hierbas naturales. No me lo secaron, vamos atrasadas, la luna ya está en lo alto. Y con esta lluvia constante, para qué.

Supongo que han hecho lo mismo con Herio, aunque no lo he vuelto a ver desde que lo curé.

¡Y nadie me dijo que tendría que hacerlo frente a una multitud! Pensé que solo sería ante Akerbeltz y sus sorginas, como lo que hicimos en la catedral.

¡Dios, dios! No sé si podré hacerlo. He hecho cosas locas en mi vida pero esto es desquiciado. El corazón me late tan rápido que la sangre se me sube a la cabeza. Mi corazón ya no puede más esta noche; ha corrido como veinte maratones.

Yo lo haré porque me gustas.

Intento no pensar en sus estúpidas palabras mientras las sorginas me guían hacia el altar. Yo de rosa, ellas una fila de mujeres vestidas con largas túnicas azul oscuro, encapuchadas y portando antorchas. Ay, dios, hay muchas personas. ¿Mis amigas están entre esas personas? No reconozco las caras, está muy oscuro más allá de las antorchas que llevan las brujas. Y el viento parece furioso, ofendido por el ritual obsceno que vamos a celebrar. Empuja las copas de los árboles, las ramas crujen y a nadie pareciera importarle que en cualquier momento se vaya a caer el cielo. Ya no se ve la luna, cubierta por nubes negras. Pero la siento. Arriba, en lo alto, atenta a la celebración negra y lujuriosa que vamos a realizar.

Apoyo un pie en el primer escalón para subir al altar. Está resbaloso por la llovizna que cae, tan suave, que no me moja la ropa. Todavía. Intento mirar a través del velo que me han puesto, buscar a Olatz o Amaia, pero hay demasiada gente y están todos disfrazados. Algunos me prestan atención, curiosos, pero otros se besan y revuelcan sobre la hierba, entre las lápidas. Ni siquiera parece importarles la humedad o este frío que a mí me cala los huesos.

Calma, calma. Intento respirar, relajar las manos a los costados. Tengo que confiar en Amaia. Ella vino con una misión y es ella quien debe intentar cumplirla, o hacer lo que tenía que hacer para salvar a su diosa. Ese no es mi problema.

Ruego con toda mi alma para que esté enfocada en eso, porque no quiero que mis amigas vean lo que estoy a punto de hacer. Sí, llevo un velo y además, debajo un antifaz. Pero ellas van a reconocerme como sea. Aunque si están igual de puestos que los demás, no es que vayan a recordar mucho mañana. Incluso desde

aquí huelo el alcohol, las drogas. Mierda, mis sentidos están como locos, despiertos. No sé si será por mi vínculo mágico con Herio, pero percibo el olor a sexo, el olor al deseo de todas estas personas. Es más. Percibo la lujuria de los muertos. Las almas chillan, se remueven debajo de la tierra que estoy pisando.

Quieren participar. Y van a hacerlo. Lo que esta noche hagamos Herio y yo van a sentirlo todas esas almas.

¿Por qué haces contenido en TikTok?

Los muertos tienen derecho a divertirse.

Solo hablamos eso hace unas horas, en la cueva, pero siento que fue hace días. Siglos. Y tiene razón, las almas parecen gozarse todo esto. La euforia que emanan se me transmite a través de la llovizna, de la niebla. Tal vez empiezo a entender el sentido de todo esto. Un sentido retorcido, pero ¿qué sé yo? Yo no he estado muerta.

Bueno, no tanto tiempo como para juzgarlos.

Inspiro hondo, subo al altar.

El viento arremete y las telas vaporosas de mi vestido rosa revolotean a mi alrededor. Me siento ligera ahora que sé que Charlie va a estar bien. Sí, ligera. No soy un manojo de nervios, no me tiemblan las manos. Solo es follar. Solo es follar y ya.

Frente a todas estas personas. En vivo. En directo. Es real.

No es un vídeo de OnlyFans. No es una simulación.

Camino despacio hacia el centro, hacia un círculo de velas, muchas, al menos cien, dentro del cual hay un enorme sarcófago con la estatua de una mujer y una serpiente.

Encima del sarcófago hay… una colcha negra.

Está weá es más rara que la conchasumadre.

Ahí voy a follar. Ahí, encima de esa puta tumba de piedra. Bum. Bum. Tambores. Las sorginas forman un círculo, como cisnes negros alineados uno tras de otro, se reparten por todo el altar y alzan las manos hacia la luna. Avanzo y la piel se me eriza con el viento, con los alaridos de las almas bajo la tierra.

Detrás del altar, del otro lado del sarcófago, sobre un trono de piedra, Akerbeltz me observa avanzar. Dos enormes antorchas, una a cada lado, iluminan su rostro bello y macabro. Parece relajado, vestido de traje, con una copa de lo que espero que sea vino en la mano y una pierna cruzada sobre la otra. En su forma humana parece un hombre joven de treinta y pocos. El pelo negro largo y ordenado en una trenza. Guapo, supongo. Sonríe mientras me acerco, haciendo girar ocioso el vino en la copa, como si esperara que iniciara el show de televisión que pretende ver en el salón de su casa.

Casi llego hasta el círculo de velas. Intento no mirar atrás, a la gente. Oigo sus murmullos entre el viento y el susurro del bosque. Los ojos negros de Akerbeltz chispean de deleite quizá ante mi miedo evidente, ante el temblor de cada paso que doy. Odio darle esa satisfacción. Aborrezco que mi existencia en este momento sea para el gozo, la diversión perversa de un dios.

Estoy por entrar en el círculo, pero la bruja principal de Akerbeltz se me acerca, me toma de las manos sin decir nada y… Me encadena. Dos grilletes plateados unidos por una cadena.

Mierda, esto es peor de lo que ya era. ¿Podré negarme a que me amarren? Por la mirada seria que me dirige la bruja, creo que no. Ni siquiera lo intento; ya estoy aquí. ¿Qué voy a hacer? ¿Salir corriendo?

Entro en el círculo de velas. Apenas lo hago cambia algo en el ambiente, como si hubiera entrado en una burbuja. Los sonidos de fuera del altar disminuyen, el frío también. Aunque la llovizna constante me sigue acariciando las mejillas. Reprimo el impulso de abrazarme a mí misma, no quiero parecer tan asustada como realmente estoy. La mayoría de las personas ni siquiera me hacen tanto caso. La mayoría ha empezado su propio rito sexual. Sí, algunos miran, pero ¿qué importa? Basta, Sofía. Imagina que es un vídeo más. Cientos de personas te ven a diario masturbándote. Peor que eso no puede ser.

En realidad sí, es peor. Esto no es una actuación.

Salvo que lo sea. Puedo fingir, ¿no? Yo no quiero hacer esto realmente, solo quiero salvar a Charlie. Es una actuación. Ya está. Debo darle a Akerbeltz la diversión que espera, fingir y gemir aunque esté aterrada y ya está. Todo habrá pasado.

Inspiro, exhalo, inspiro, exhalo… Y me lo creo. Eso es. Siempre has sido buena actuando, la chica inocente, el Ángel de Plata. Eso eres esta noche, Sofi. Un ángel sacrificado para los dioses.

Hasta suena bonito.

SILENCIO.

No más tambores. No más cánticos ni flautas.

Solo el viento, tranquilo por un momento. La noche se ha quedado muda, las almas, las aves nocturnas.

Las personas debajo del altar contienen el aliento. Todas.

Nada. Ningún sonido más que el de mi corazón golpeando en mi pecho. La oscuridad es absoluta, la única visible soy yo, en medio de este círculo de velas. Las antorchas a los costados de Akerbeltz se han apagado e incluso él se ha sumido en la oscuridad.

Empiezo a ponerme nerviosa. Miro a todos lados, pero las sorginas se mantienen inmóviles, sombras petrificadas a mi alrededor.

Bum.

Un golpe de tambor.

Me giro hacia la gente. Están de rodillas, todos, las cabezas gachas.

Bum. Bum. Bum. Empiezan otra vez los tambores. Lentos. Una letanía tortuosa y oscura. Bum. Bum. El viento despierta y dos grandes llamaradas a los costados del altar se elevan hacia el cielo. Una presencia enorme se acerca en la oscuridad, desde las tumbas, entre la gente. La niebla se concentra, como si el calor de la tierra hubiera evaporado el agua que ha caído toda la noche.

La presencia crece, poderosa. Una figura alta y oscura se abre paso entre la bruma.

¿Es él?

Bum. Bum. Me paro más derecha, el pulso se me acelera al mismo tiempo que los tambores, cada latido más rápido. La sombra todavía no llega al radio de luz de las antorchas, pero la luna se asoma por un momento entre las nubes e ilumina parte de su rostro…

Un antifaz. Por un instante solo es visible entre la bruma la mitad superior de un antifaz, blanco, como una calavera. Luego es una sombra oscura otra vez, caminando entre la niebla.

Bum. Bum. La gente cae de rodillas a su paso, murmuran plegarias funestas.

Susurros. Muchos susurros, plegarias en euskera.

Y, al fin, la luz de las antorchas lo alcanzan. Dejo de respirar.

Piernas largas enfundadas en un traje negro, camisa negra y la mitad superior de la calavera cubriendo su rostro hasta justo encima

de la boca. Su cabello, que en la oscuridad parece negro, se revuelve con la brisa mientras rompe con cada paso la bruma.

Es la muerte. El fuego de las antorchas se refleja en la mitad de la calavera que cubre ojos, nariz, dejando a la vista solo un par de labios largos e infames.

Se detiene un momento, todavía debajo del altar y alza el rostro hacia mí. A través de las cuencas vacías de la calavera, brillan dos ojos de plata.

Los ojos de un dios.

O podría serlo, con ese porte, esa forma depredadora de caminar. Su boca se estira lenta y tortuosamente en una sonrisa y, mierda. Mierda. Vuelvo a respirar y tiemblo, escondo las manos encadenadas entre los pliegues de mi vestido para que no vea que tiemblo solo por verlo.

Yo lo haré porque me gustas.

Actúa, Sofi, es una actuación. Actúa normal. Pero por más que trato, cuando vuelve a caminar y empieza a subir las escaleras, me cuesta respirar. Todos mis instintos me dicen que salga corriendo. El que viene hacia mí no es el chico que conocí en los túneles. No es el chico que sube vídeos tontos a TikTok.

Con cada paso que da, tan lento como los tambores, el altar retumba.

Es el dios de la muerte.

Herio sube la escalera, tranquilo, como si tuviera toda la noche por delante, a pesar de que la luna ya está en lo más alto del cielo. Un escalón, otro escalón, ya casi llega al altar. Estira las manos a los costados y rompe la bruma con sus dedos, en una caricia.

Y las almas de los muertos chillan, gimen. Gimen de placer, como si fuera a ellas a quienes acaricia cuando pasa sus dedos entre la niebla. Se enroscan alrededor de él y la niebla emite un fulgor verde esmeralda.

Herio llega a la parte superior del altar y camina hacia acá, hacia el círculo. La chaqueta de su traje se agita con una ráfaga repentina de viento y parecen alas con las que va a echar a volar.

Un ave nocturna chilla en la oscuridad.

Bum. Bum.

Miro al dios ante mí y me cuesta mucho tragar. Casi no logro respirar. Las personas debajo del altar siguen de rodillas. Yo no. No me inclinaré ante él, aunque me tiemblen las piernas.

Bum.

Se detiene frente a mí, fuera del círculo. Los tambores callan otra vez y yo intento respirar, es difícil con esos ojos de plata clavados en mí.

La voz de Akerbeltz retumba en las penumbras.

—Ongi etorri, Herio, zure gau beltzara.[188]

Herio

♀

Me rodea la muerte.

No. Yo soy la muerte.

Lo que me rodea es la energía de cientos de almas desesperadas por lamer los restos de lo que sea que yo estoy sintiendo. Eso les basta. Los restos de mi placer. Saben lo que voy a hacer, lo desean con angustia infernal. Se alzan como vapor de la tierra, se acumulan

mezclándose, fundiéndose. No pierden sus identidades, no. Son como gotas de agua que se unen en el mar y luego vuelven a ser gotas otra vez. Se funden con la niebla, parecen retazos de bruma y cuando me tocan se contagian de la energía verde que emana de mí. Se alimentan de ella.

¿Por qué hay tantas almas ancladas en este cementerio? No lo sé y en este momento no me importa. Será algo que tendré que descubrir cuando inicie mi rol de dios de la muerte. Todavía no lo soy. Esta noche les basta con mi semidivinidad, con el placer que sentirán a través del rito, como si volvieran a ser carne otra vez.

Y yo solo de mirarla a ella ya siento placer.

Sofía tiembla en medio del círculo de velas y no hay nada más que ella. Ella y yo. Me la suda la gente que se postra a mis pies, me la suda Akerbeltz ahí sentado observando desde las sombras. Tampoco me importan sus sorginak repartidas por el altar, murmurando palabras rituales en un euskera arcaico que no comprendo.

Me la suda la culpa que me corroe con cada paso que doy.

¿Qué es el amor, Herio?

Francamente, en este momento, no me importa.

El txirimiri deja de ser solo llovizna y se convierte en lluvia mientras avanzo hacia Sofía. No puedo ver su cara, pero ahora que me han quitado las correas que inhiben mi magia, nuestro vínculo tira con fuerza. Percibo su miedo, sus nervios. ¿Tiene miedo de mí?

Casi me hace sentir mal.

Casi.

Me interno en el círculo de velas.

Bum. Bum. Los tambores despiertan mis instintos más oscuros. El círculo de velas crea una especie de burbuja mágica. Todavía nos

afecta la lluvia y el viento, pero dentro de este círculo se oye menos el murmullo de la gente, como si un velo invisible nos protegiera. Las almas confundidas con la bruma se alzan en una espiral verde hacia el cielo, furiosas porque me han apartado de ellas. Esta burbuja es un lugar para Sofía y para mí. Un espacio entre los dos mundos.

Estiro los brazos hacia el velo que cubre su cara y Sofía se estremece. La luna se abre paso entre las nubes y, cuando echo el velo hacia atrás… ilumina esa boca con la que solo me atreví a soñar en mis sueños más infames. El resto de su cara de muñeca está cubierta por una máscara veneciana.

No importa, ya se la arrancaré. Cuando esté menos asustada de esto.

—Sofía —susurro y el estómago se me aprieta al reflejarme en sus ojos oscuros.

Joder, no puedo creer la puta suerte que tengo. ¿Por qué Akerbeltz cree que esto es un sacrificio para mí?

Tal vez no entiendo su mente retorcida.

—Herio. —La voz deliciosa de Sofía se eleva entre el pulso de los tambores. Levanta las manos, encadenadas—. ¿Es necesario esto?

Está asustadísima. Lo noto en el tono de su voz.

—Bai, laztana.[189] —Deslizo mis dedos por su cuello y traga con dificultad—. Lo es.

Resopla y yo doy otro paso.

—Esas cadenas son un símbolo. Esta noche, neska, eres mi sacrificio.

Eguzki



En un altar, en medio de un cementerio antiguo y olvidado en Urdaibai, mi novio profana la promesa de amor eterno que me hizo.

A mí, una diosa.

Percibo la culpa que destila por sus poros, pero no es suficiente. No es nada en comparación con el deseo, con el ansia que tiene de quitarle la ropa a esa chica. Me tortura. Me daña. Ni siquiera nota mi presencia, observándolo encima de todo este acto profano que está a punto de mancillar lo nuestro.

Y no puedo huir de esto. Me he alejado de ellos todo lo posible para no ver sus actos inmorales, infieles. Incluso terminé atrapada en mi propio cuerpo muerto. Pero el ritual me ha invocado. El poder de Herio es como una flama siendo alimentada por la Gau Beltza y el ritual me ha atraído como un imán del que me es imposible escapar.

Malditos sean todos los dioses. Maldito el destino que me obliga a ver esto.

—Haz lo que tengas que hacer —dice ella, Sofía.

Su sorgina. Si realizan el ritual, será su sorgina de verdad y yo no podré hacer nada para impedirlo.

Herio da otro paso hacia la chica y rujo de furia, pero el viento se lleva mi dolor.

La chica suelta una exclamación cuando Herio rodea su cintura y la levanta y la sienta sobre el enorme sarcófago de piedra, encima de la colcha negra. Un sarcófago antiguo que, dicen, contiene los restos del primer cuerpo de Mari.

Herio camina por el costado del sarcófago, como un felino sediento de empezar la cacería. Toma una de las manos de Sofía,

con tanta delicadeza que me escuece, y engancha el grillete a uno de los ganchos de la tapa de la tumba, a los pies de la enorme estatua de Mari. Preferiría que fuera violento, preferiría que al menos fingiera que no quiere hacer esto. El corazón se me rompe mientras él camina hacia el otro costado de la tumba, lentamente, disfrutando como un sádico cada paso que da. Disfruta de los escalofríos de ella cada vez que la mira. Sabe que ella tiene miedo, pero también sabe que lo desea. Hasta yo percibo la lujuria infame de esa mujer. Hipócrita. Siente vergüenza. Le está fallando a sus amigas y se está fallando a ella misma.

Y aun así se muere por abrirse de piernas ante el dios que tiene a su lado.

Ante *mi* dios. *Mi* novio.

Y en el momento que Herio engancha la otra muñeca de Sofía al siguiente grillete, lo odio. No lo hace por mí, para revivirme. Pudo negarse a este ritual. Lo hace porque se muere por follar con ella y buscará la excusa que sea. Observa a su presa con una lujuria que me quema. Incluso más allá del velo de los mundos percibo su excitación mientras recorre con la mirada el cuerpo de ella. El pecho de la chica sube y baja con fuerza, casi empapado por la lluvia. A Herio no le importa la lluvia. Es incapaz de quitar los ojos de ese cuerpo carnoso y esas tetas vulgares que tanto le gustan.

Desgraciado. No voy a perdonarlo nunca. Tampoco voy a perdonar a Akerbeltz que ha orquestado todo esto y que mira cada movimiento de Herio y Sofía con un deseo lujurioso en sus ojos de carnero.

El viento revuelve el cabello marrón de Herio y el antifaz de calavera destella a la luz de la luna. De un salto, se encarama con

agilidad encima del sarcófago y apoya una rodilla a cada lado de las caderas de Sofía. Con cada movimiento, gotas de agua se alzan de su cuerpo como escarchas brillando bajo la luna.

Ella respira agitada. Él inspira hondo.

Un trueno estalla en la distancia y otro, y otro y un rayo cae y parte un árbol del bosque. El estallido hace gritar a la gente y cae más y más lluvia. Llega hasta aquí el olor a quemado. Pero los tambores siguen su réquiem infinito. El viento hace volar hojas, ramas y Herio se alza sobre Sofía como un dios, sonriendo y sin importarle si el mundo arde alrededor de él.

Ya no hay culpa. Ya no hay dudas. El agua cae por su camisa y empapa a Sofía. La tela rosa pastel del vestido de ella se vuelve translúcida y se ven las curvas debajo del vestido. Los pezones empujan contra la tela.

Herio sonríe como un demonio.

Se ha olvidado por completo de mi existencia. De la promesa que me hizo.

Va a revivirme. Oh, sí, lo hará. Él siempre cumple su palabra. Salvo una. La de nunca volver a tocar a una mujer que no sea yo.

Lo odio. Y lo odio todavía más porque, a pesar de todo, quisiera ser yo la que está ahí, debajo de él. Porque todavía lo quiero.

Porque yo sí voy a amarlo para toda la eternidad.

¡Era yo quien debía darle el poder de este ritual!

Las almas chillan desquiciadas, el bosque susurra la tempestad de ira y rencor que son mis pensamientos.

Y juro, mientras lo veo inclinarse sobre ella bajo la lluvia y la muy desgraciada respira su olor, el olor de mi novio, que voy a vengarme de ellos.

HOGEITA HEMERETZI

Fusión de almas

TREINTA Y NUEVE

«Aideko es el semidiós que mejor controla su magia. Creemos que se debe al hecho de que es hijo de la diosa Euria y de Gaueko. Si bien Gaueko todavía no era un dios en ese tiempo, sino un genio, ya había ascendido».

Rumores recogidos de artesanos del Mercadillo del Arenal.

Fecha desconocida

Sofía

Herio se alza sobre mí, su boca se curva en una sonrisa felina. El cielo rompe en lluvia empapando la camiseta negra que se pega a la forma de sus hombros. El antifaz de calavera enmarca la lujuria de su sonrisa, sonrisa que vuelve mi corazón tan frenético como el ritmo de los tambores.

La gente grita cosas que se confunden con el viento y las sorginas murmuran cánticos de una letanía fúnebre. O quizá no. Quizá es una letanía lujuriosa, porque algo me quema en el vientre y no puedo

quitar la mirada de los ojos de Herio. Son como flamas de plata en la oscuridad, detrás de ese antifaz.

Akerbeltz suelta una carcajada. No sé dónde está. ¿Sigue en su trono? Su risa resuena por todos lados. Es demasiado confuso, la neblina se extiende alrededor de nosotros, intentando colarse en el círculo protegido por las velas y se eleva en una espiral reluciente hacia el cielo nocturno.

—No es neblina. —Herio sonríe, demoniaco—. Son los muertos.

Contengo la respiración. Miro a los lados y, dios mío, sí son los muertos, como antes, en el bosque. Almas. Cientos de almas que emanan de la tierra y chillan con locura, fundiéndose con el viento. Distingo siluetas humanas entre ellas. Brazos, piernas, caras contorsionadas, retazos de personas. No recuerdan bien cómo ser personas.

Akerbeltz vuelve a reírse y la sonrisa desaparece del rostro de Herio.

—Ni se te ocurra, dios asqueroso —dice, sin quitarme los ojos de encima mientras se quita la camisa—, interrumpir esto.

Arroja la camisa a un lado, que vuela como un ave nocturna empujada por el viento. Ladeo el rostro y veo entre la niebla como un grupo de gente, debajo del altar, se pelea por quedarse con ella. Los otros nos observan a nosotros, con hambre de lujuria en los ojos.

Están todos locos. Yo estoy loca por estar aquí. Tiemblo de frío y el agua resbala por el antifaz de mi cara, por el cuello y sin darme cuenta tiro de mis manos encadenadas. Es desesperante estar atada mientras no para de caerme agua encima, pero cada vez que tiro de las cadenas las muñecas me arden de dolor.

—No te distraigas, panpina. —La voz grave de Herio me atrae, es una orden poderosa.

Lo miro de nuevo y se me contrae el corazón. La luna forma una aureola de chispas de lluvia sobre su pelo marrón, desordenado, mojado. El agua escurre por su cuerpo de semidiós, metiéndose entre los surcos de sus pectorales, de sus abdominales tan pronunciados que forman un riachuelo de agua indecente que se desliza hasta más abajo del ombligo y se cuela entre sus pantalones.

Voy a follar con el hombre más delicioso del planeta Tierra.

Herio se arranca el cinturón, lo arroja al suelo y empieza a desabrocharse los pantalones negros. Bum. Bum. Los tambores suenan y Herio abre los tres botones con paciencia macabra. Como si no lo azotara la lluvia, como si no intentara derribarlo el viento. Bum. Mierda. Esto en serio va a pasar. Me cuesta respirar. Herio tira a un lado la ropa y me observa, solo en bóxeres, completamente mojados debajo de la lluvia. Se le marca todo ahí debajo y me recuerda lo que hice con él en su casa. Vuelvo a sentir el sabor ácido y dulce de las gomitas en mi boca y él sonríe más.

Sé que ha sentido el sabor en su boca también.

—Zure txanda[190] —dice y se recuesta sobre mí.

Le da igual que haya decenas de personas mirándonos debajo del altar. El calor de su cuerpo me invade de inmediato. Su aroma a manzanas me embriaga, todo mi cuerpo reacciona despertando ante él.

Esto es demasiado íntimo. Demasiado.

Imposible. En serio estamos haciendo esto frente a todos y es imposible que deje ese pensamiento de lado.

—No, Herio, espera, espera —por instinto me debato y los grilletes alrededor de las muñecas me hacen daño—. No creo que pueda. Él es… está mirando —digo, tartamudeando como idiota. Sabe que me refiero a Akerbeltz—. Lo siento. Siento sus ojos sobre mí. ¡Y hay mucha gente! ¡No creí que ellos iban a mirar también!

—No pasa nada.

—¡Sí pasa! ¿No podemos hacerlo en privado? ¿O poner algo que nos cubra?

Tiemblo completa y no es por el frío. No puedo dejar de pensar en toda la gente que nos mira debajo del altar. No puedo dejar de sentir la mirada de Akerbeltz clavada en nosotros.

—Lasai, panpina.[191]

¡Pero hay tanta gente!

—Es que…

—Te masturbas frente a cientos de personas por dinero, Sofi. —Herio se ríe y su máscara de calavera roza mi nariz cubierta por mi propio antifaz—. Esto no es nada.

—¡Había una pantalla! Siempre ha habido una pantalla, pero ahora no —Niego con la cabeza—. No puedo. No puedo.

—Lasai, laztana.[192] —Se inclina más y el peso de su cuerpo me aplasta. Me protege de la lluvia. Sus labios rozan mi boca cuando habla—. Yo haré que puedas.

Herio

Lo que haremos será poderoso. La estática de la tormenta crispa el vello de mis brazos y la satisfacción de ver a Sofía respirando

agitada debajo de mí es una vorágine de placer en mi vientre. Y todavía ni siquiera la he tocado. La tormenta que azota el cementerio, los relámpagos furiosos y el viento no son nada, nada comparado con la desesperación por arrancarle el vestido y follarla de una vez.

Pero ella es virgen. No puedo olvidar eso. Así que desato con ternura los lazos de su vestido mientras beso su cuello.

—Herio, no…

—Sssh. —Aprieto mis labios contra los de ella—. Cállate, Sofi.

Bueno, creo que la ansiedad le está ganando a la ternura. El contacto de nuestros labios es el infierno. Caliente, perverso, enciende al instante todo mi ser.

Y el de ella también.

Se calla. Sus protestas mueren en un murmullo incomprensible mientras separa los labios, mientras se deja. La energía de mi interior se acumula cuando abre su boca para que la penetre con mi lengua. Joder, besar a Sofía es un puto sueño. Me deshago de los molestos lazos del vestido mientras saboreo el calor de su boca, mientras ella se estremece debajo de mí, rendida ante un beso que he imaginado de mil formas, mil veces, nunca debajo de la lluvia, nunca observados por los ojos hambrientos de un dios.

Qué rabia, joder. Este momento debería ser solo nuestro. Ella debería ser solo mía. En serio, algún día, Akerbeltz lamentará obligarme a hacerle esto frente a él.

—Barkatu[193] —murmuro contra su boca. Ella jadea, mirándome asustada a través del antifaz. Tiene miedo. No de mí—. Lamento tener que hacerte esto.

—Mentiroso —jadea—. No lamentas una mierda.

Se me escapa una risa.

—Un poco sí, panpina. Lamento que me esté poniendo tanto verte encadenada.

Y es verdad. En serio lamento excitarme tanto con esta mierda, con tenerla mojada y torturada por mis manos. Lamento sentirme traidor con Egu, lamento saber que nunca, jamás, ni aunque la reviva, podré volver a mirarla sin pensar en Sofía.

—No sigas —suplica Sofía, quejándose debajo de mí—. No…

Pero sigo. Mataría al demonio si nos interrumpiera en este momento. Sofía suelta un chillido cuando otro trueno estalla sobre nosotros y un rayo cae tan cerca que se alcanza a ver la explosión de chispas y fuego en el bosque.

Desato el último lazo, dejando besos por su cuello y ella se arquea, lucha o disfruta.

Tal vez las dos cosas.

—No —gimotea—, en serio no sigas. Hagámoslo con ropa. ¡Al menos con ropa, por favor!

¿Está de coña? No pienso hacérselo sin verle las tetas. Arranco el lazo y abro su vestido. Me pongo durísimo al ver sus tetas mojadas, agitándose con su respiración violenta. El agua se escurre entre ellas, lubricándolas para mis manos. Las acaricio, las beso y las almas que nos rodean chillan pidiendo más, más. Bum. Bum. Los tambores azotan el aire, Sofía gime bajo mis brazos y se retuerce mientras succiono sus pezones. Y aunque me ruega que me detenga, sus piernas se abren para mí.

—No, ¿qué haces? —solloza mientras arranco lo que queda de su vestido rosa, dejándola desnuda bajo la lluvia, bajo el viento.

El pelo mojado se le pega a las mejillas, a su antifaz.

—Probar tu coño de muñeca, noski.[194] —Meto la cabeza entre sus muslos resbaladizos por la lluvia.

—No, aquí no, Herio, por favor. ¡Hagamos el maldito ritual y ya!

—Antes has dicho que no te haga caso.

—¡Me arrepiento! —Respira como loca y eso solo causa que sus tetas se muevan más y me ponga más. Aprieta las piernas, pero las abro y joder, que delicioso huele esta mujer—. Al menos, al menos, ¡saltémonos esta parte! ¡Por favor!

—Qué va. Ni de coña.

Sofía desnuda retorciéndose y gimoteando sobre una tumba es lo más caliente que he visto en mi puta vida. Y eso que he visto a una diosa sin ropa.

Esto es la hostia.

Paso mis dedos por sus bragas mojadas. Ella se arquea gimoteando incoherencias. Me río de su locura, tocándola un poco más mientras lucha bajo el agua y… ya no puedo aguantar más. Enredo los dedos en los finos elásticos de color rosa de sus bragas y las rompo de un tirón. Sofía gimotea que me odia, que soy un hijo de puta, pero yo arrojo sus bragas bien lejos.

—No me odias ni de coña, neska.

Entierro la cara entre las piernas de la mujer de mis sueños mientras ella tira con fuerza de las cadenas y grita que me detenga.

Sofía

—Herio, no, ah, dios, aaah.

Mierda. Mierda. Su lengua me quema. Toca mis partes más íntimas y aunque estoy tensa por la lluvia, por la gente que nos mira, por el dios que nos mira, empiezo a ceder. La oscuridad se alza sobre mí y todo lo que veo es la luna con un halo fantasmal en lo alto del cielo sobre nosotros.

—No, por favor, no.

Creo que ya no estoy pidiendo que pare. Creo que estoy rogando porque me siga tocando, porque siga chupando. Me han hecho sexo oral antes, pero esto es diferente. Dios, sí que sabe hacerlo y me muero por tener su pelo entre mis manos mientras sigue jugando con su lengua entre mis piernas. Jadeo, es demasiado intenso. No entiendo cómo puedo estar luchando contra él y en un instante derritiéndome sobre su boca. Tiro de las cadenas, porque es desesperante estar atada, porque quiero tocarlo. Necesito, aaah, ah, necesito tocarlo.

Él sigue chupando, succionando, lamiendo y la lluvia nos golpea sin piedad. Y me sigue quemando. Me agito contra él, lucho contra él.

No. Me froto contra él.

Una carcajada retumba junto a los truenos. Akerbeltz. No solo observa, disfruta toda esta mierda.

Y, oh, conchasumadre que weá más rica.[195] No me importa. Me arqueo y abro más las piernas y no me importa si nos miran, no me importa que todo lo que sienta Herio lo sientan las almas que vociferan furiosas, lujuriosas a nuestro alrededor.

Intento no gemir. O no gemir tan fuerte. Hay gente, aunque lo haya olvidado por unos momentos, hay gente, mierda.

Es un caos. Ellos son un caos. La tormenta es un caos. Yo soy un caos. Entre mi visión borrosa por la lluvia los hombros de Herio se alzan musculosos, abren más mis piernas, se tensan, las venas se marcan y, aaah, dios, esa lengua. Ya no me importa nada. Todo lo que él siente lo siento yo también. Su propio placer pasa como corriente por mi clítoris, hasta mi vientre, hasta mi pecho, hasta mi puta alma.

Y Herio me amarra. Ese lazo mágico que ya nos unía desde que me revivió esta noche se tensa, se enreda, nos acerca cada vez más. Más. Quiero más.

—Tu coño —susurra y su voz grave y deliciosa vibra contra mi vagina— es un puto sueño. Es mío.

Chupa, succiona como si yo fuera una de esas gomitas rojas que tanto le gustan. Esta weá es tan buena, dios, se siente tan bien, que casi me olvido de la lluvia y de que me revuelco sin ropa sobre una puta tumba.

—¡Herio, dios!

—Soy tu dios, ¿eh?

Quiero agarrar su pelo, tirarlo, pero estas putas cadenas no me dejan mover las manos.

—¡Por favor, termina esto, por favor!

Que no termine. Ojalá no termine nunca.

—Júrame —introduce un dedo dentro de mí y un espasmo me recorre. ¿Qué dice? Ah, ah, no le entiendo—. Que lo jures.

—Qué, ¿que jure qué? —Me retuerzo, empujo como puedo para que sus dedos entren más.

Putas cadenas que no me permiten arrastrarme más hacia él.

—Que vas a ser mía, muñequita. —Desliza su lengua por mi clítoris mientras me penetra con los dedos y jadeo desesperada. Dios, estoy desesperada—. Solo mía.

—No, no.

No sé si el sonido líquido que oigo es del agua que se escurre entre nosotros o son sus dedos empapados con mis fluidos. No entiendo lo qué pasa, no entiendo lo que dice, me nubla el placer de sus dedos, de su lengua.

—Júralo. —Apoya su boca en la parte más dolorosa y placentera. Gimo porque la presión de sus labios en mi clítoris hinchado me está enloqueciendo—. Júralo y terminaremos esto.

Respiro agitada. ¿Por qué quiere eso? Sabe que no puedo, tengo que volver a mi país. Oh, mierda, pero su boca. Su boca succiona y el lazo tira, tira, cada vez más. Va a romperme. Va a matarme. El agua se me cuela por el antifaz y me ahoga. Dios, su lengua. Le daría lo que fuera para que siga haciendo lo que sea que está haciendo.

¡No puedo respirar!

—Lo juro —miento—. Solo tuya.

Herio levanta el rostro entre mis piernas y sonríe. Sus ojos se encienden, plateados detrás del antifaz. El vapor de la lluvia se alza como un aura brillante desde su piel. No. No es vapor. Realmente es un aura plateada, que se torna esmeralda, que crece con cada uno de mis gemidos.

Y sé que he hecho un pacto. Le mentí.

Pero aun así me he condenado.

BERROGEI

Búscame

CUARENTA

Herio

♀

No aguanto más. Sofía murmura mi nombre entre gemidos contenidos y oír sus malditos quejidos es una tortura. Está mojadísima y no por la lluvia. Mis dedos resbalan con una facilidad terrible dentro de las paredes de su coño. Si sigo así, tal vez pierda su valiosa virginidad con mis dedos.

Así que me levanto, me quito los bóxeres y ella me mira a través del antifaz. Los diamantes incrustados reflejan la luz de la luna. Apenas puede respirar. El pelo celeste empapa su frente, se pasa la lengua por los labios.

Hostia. Creí que muerta era hermosa, pero nada es comparable con esto.

Quiero ver su cara. Quiero quitarle ese puto antifaz.

El viento golpea mi espalda y las almas me gritan, me piden que acabe el ritual. Pero yo no quiero acabarlo, quiero alargarlo, que sea infinito. Las sorginak danzan una danza negra a nuestro alrededor, al ritmo de los tambores. Debajo del altar, la gente folla entre la hierba mojada y las tumbas. Percibo su energía sexual, cómo fluye hasta unirse con la nuestra. Y la energía tira desde Sofía hacia mí. Me

exige más. Esto le dará poder también a ella. De alguna forma, estoy seguro.

Y no me importa hacerla poderosa. Ya lo es, aunque ella no lo supiera antes.

Esta chica tiene el poder de destruirme.

Akerbeltz se ríe. Lo sabe. No solo porque puede leer mis pensamientos, sino porque mientras me recuesto desnudo sobre ella, es evidente. Es evidente que yo moriría por ella.

Sus tetas frías entran en contacto con mi pecho caliente y el vapor emana entre nosotros. Le acaricio la barbilla, aparto su pelo mojado que se le pega al antifaz, como si me importara.

Como si la quisiera.

—En realidad, soy idiota —murmuro, pasando los dedos por su boca.

—¿Ah? —parpadea sorprendida y gotitas de agua saltan desde sus pestañas.

Quisiera quedarme así, desnudo sobre ella, disfrutando del calor de nuestros cuerpos que hacen bullir el agua que se atreve a tocarnos.

—Creo que sí me enamorado de ti en una noche, neska.

Y sé que es mentira. Llevo toda la vida enamorado de ella. Un amor absurdo, ilusorio. Pero tan intenso que ya ni siquiera siento culpa.

—Herio. —Eleva su cara y me besa, suave—. Gracias.

Sé por qué lo dice. Y en este momento, solo somos ella y yo. Ella, yo y el rugido del viento. Abro sus piernas y Sofía me mira abrumada, sus mejillas ardiendo. Introduzco mis dedos en su interior y sigue mojada, caliente. Se frota contra mí y sé que debería ir con

cuidado, pero no puedo. Cuando acomodo mi polla en la entrada de su coño debo hacer un esfuerzo terrible por no hundirme con violencia.

Joder, voy a follar con Sofía Ochoa. Esto debe ser un puto sueño y voy a despertar.

—Herio —repite y tiembla debajo de mí—. No quiero olvidar esto.

Se me escapa una risa. ¿Qué cojones está diciendo? No voy a dejar que regrese a Chile ni se olvide de nada. La beso de nuevo y mientras separa los labios y encuentro su lengua, con una mano aprieto sus tetas. Suelta un quejido de dolor cuando pellizco uno de sus pezones para distraerla de lo que estoy a punto de hacer.

Bum. Bum. Los tambores retumban. Lo saben.

Me hundo dentro de ella.

Solo un poco, despacio, para que no le duela y… hostia, no puedo. Su coño excitado succiona mi polla y la penetro de golpe.

Ella abre mucho los ojos y gime de dolor, los ojos se le ponen llorosos. Pero ya estoy dentro así que me hundo un poco más, hasta el fondo y ella vuelve a gemir.

Al fin estoy dentro de ella. Caliente, delicioso.

Gime de nuevo y sus gemidos se confunden con el viento y con el gemido de los otros y de las almas. Con el lazo que nos une, una energía desde el pecho de ella al mío y que se torna roja, más roja, intentando amarrarnos.

Joder.

—Hossstiiia —gruño y ella se arquea y gime más cuando me hundo más. Se muerde los labios, intenta sofocar sus gemidos—. Qué tía más buena, joder.

—¡Aaah! —Se agita debajo de mí y tira de los grilletes. La sangre se escurre desde sus muñecas mezclándose con el agua de la lluvia —. Aaah, Herio, ¡dios!

Me muevo más, un poco más. Ella se derrite debajo de mí y se contonea, pidiendo más. Más. Empujo. Bum, bum, la embisto lento, como los tambores incansables bajo la lluvia. La energía roja ya no es visible, pero la siento arder entre los dos. El placer empieza a arrastrarme, nubla mis oídos, mis sentidos. Es demasiado, siempre la he querido a ella. He soñado con esto y jamás lo creí posible.

Estoy follando con Sofía. Es Sofía Ochoa. No me lo creo, no acabo de creérmelo, joder. Es mía. Mi sorgina.

Las cadenas de Sofía chocan y ella se queja y me hundo por completo otra vez. Sus ojos se ponen llorosos de dolor.

—Sigue —gimotea porque me detengo al ver sus ojos inundados de lágrimas—, mesedez,[196] sigue.

Sus palabras en euskera solo consiguen ponerme todavía más y sigo. La penetro, con ganas. Con fuerza. Las cadenas de sus manos chocan contra la piedra del sarcófago cuando se agita debajo de mí. Le hacen daño, pero ella me ruega que continúe.

—Hostia puta. —Disminuyo el ritmo, esto es demasiado bueno y me voy a correr—. Voy a quitarte esto.

Deslizo mis dedos por el antifaz para quitárselo, pero ella me ruega que no. Que la verá la gente. No tiene ningún puto sentido, le digo, la mayoría está en su propio ritual sexual, follando ahí abajo. Y además ya han visto todo de ella.

—Quiero apreciar tu cara de muñeca mientras te follo.

Arranco el antifaz y lo arrojo lejos. Hago lo mismo con mi máscara, para que sea justo.

—Herio —jadea Sofía—. Herio —susurra—, ¿te has puesto condón?

La penetro lento, muy lento.

—No.

¿Cree que iba a arruinar esto, mi primera vez dentro de ella, con un jodido condón?

Gimotea.

—Pero…

—Ni de coña, neska.

Se muerde los labios enrojecidos, no opone más resistencia. Acaricio su nariz con la mía, el agua escurre de mi mentón hacia su boca y la sigo penetrando, despacio pero sin parar. Empujo dentro de ella, suave, profundo. Está tan caliente. Separa sus labios, como si quisiera decir algo pero lo único que sale de ellos es otro gemido. Joder, joder. Me inclino y la beso. Beso sus mejillas sonrojadas. Disfruto de su boca deliciosa, de su cuello, de sus tetas y ella gime, gime olvidándose de la gente.

Las almas aúllan en una espiral de niebla a nuestro alrededor. Y entre sus aullidos… una carcajada. Ese puto dios. Está gozando lo que debería ser solo nuestro. Y, aun así, esto es lo mejor de mi vida. Hostia, apenas puedo moverme dentro de Sofía sin correrme. Es ella. Ella. Sofía.

Es mía. Mía. Para siempre.

El viento me trae la risa de Akerbeltz de nuevo y me pregunto qué cojones le parece tan divertido a ese dios de mierda. Pienso en eso, en cómo voy a arrancarle los ojos cuando termine esto. Pensar en eso me ayuda a no perderme entre los gemidos de Sofía y no correrme todavía.

Sofía



—Hostia puta, neska. —Herio hunde su rostro en mi cuello y quisiera aferrarme a él, abrazarlo, pasar mis manos por los músculos de sus hombros, de su espalda.

Ya no me importa gemir frente a toda esta gente. Es imposible no gemir, ah, dios, es tanto dentro de mí. Mierda, sabía que era grueso, pero no pensé que fuera a sentirse así. Repleta. Y el cuerpo de Herio, sus brazos musculosos, su piel caliente, me envuelve y me cobija de la lluvia.

Qué rico huele. Qué delicia todo con él conchasumadre. Ni siquiera me importa si no se puso un condón.

—Suave —sollozo—. No. No, sigue.

No solo ahora, quiero que siga después. Quiero volver a estar así con él. Quiero más de estas caricias, de estos besos. Es tan rico y… Mierda. Akerbeltz se ríe, y la lluvia cae y entre el placer y el calor, la certeza de algo terrible se abre paso entre toda esta confusión.

—Herio, espera.

No puedo pensar con él moviéndose de esta forma tan deliciosa.

Se me escapa otro gemido, pero él disminuye el ritmo.

—¿Hummm? ¿Qué pasa, estás bien?

No estoy bien. Voy a olvidarme de esto. No volverá a ocurrir. Hice ese ritual de mierda con mis amigas y no recordaré nada, nada de lo que he hecho hoy.

Júrame que no hará ningún otro ritual.

¡Mierda! ¡Por eso no quería hacerlo conmigo! Creyó que Akerbeltz me obligaría a hacer el ritual de invitados. Por eso le hizo jurarlo.

Él piensa que no he hecho.

—Herio, quédate quieto. —El placer no me deja pensar. Cada movimiento de su polla en mi interior me causa espasmos caóticos.

No puedo empujarlo, encadenada como estoy.

—¿Qué ocurre? —dice despacio, besando mi cuello entre el agua y el viento.

Él no lo sabía. Y cuando le mentí fue porque no pensé que acabaríamos viniendo al akelarre.

Las lágrimas corren por mi mejilla y se confunden con la lluvia. Me odio tanto. ¿Cómo pude ser tan tonta? ¿Cómo pude dejar que esto pasara?

Hoy estuve muerta. Quería estar muerta.

Y él me trajo de regreso. Y aun así le mentí.

Etorri nirekin.[197]

Aunque no podría haber hecho otra cosa si quería salvar a Charlie.

Herio deja de moverse y me agarra la cara con las dos manos.

—Ey, ey, ¿por qué lloras, panpina?

—No quiero olvidarte —sollozo y detesto la corriente de placer que me recorre tenerlo dentro, aunque ya no se está moviendo.

—Lasai, no dejaré que te vayas a tu país ni que me olvides.

Herio me besa el cuello y empuja de nuevo dentro de mí. Dios, cuánto placer, me cuesta pensar. ¡Bum! Un relámpago recorre el cielo e ilumina todo durante instante eterno. A las brujas alrededor, bailando encapuchadas, a la gente debajo, sus gemidos y gritos en su propio rito sexual. Y no me importa, mis sentidos están colapsados por la polla dura con el deseo de un semidiós que

empuja, empuja. Levanta el rostro y el placer se condensa en mi vientre al ver esa cara divina. Esa nariz filosa, esos ojos felinos y plateados. Plata líquida, rasgados de placer mientras se hunde dentro de mí.

No, no. Piensa. El rito, debo decirle lo del rito.

Otro trueno y Akerbeltz se ríe a carcajadas. Y ahora entiendo de qué se burlaba. Herio le pidió que yo no hiciera ningún otro ritual y Akerbeltz ya sabía que no era necesario.

—Hice el ritual de invitados.

—¿Cómo? —Herio abre mucho los ojos, detiene los movimientos de sus caderas y me mira sin comprender—. ¡Él ha jurado que no harías otro ritual!

Mierda. Mierda. No puedo parar de llorar.

¿Voy a olvidar también a Charlie? No importa. Al menos Charlie va a vivir, va a ser libre. Y Herio también. Pero…

—Hostia, no puede ser. —Hace ademán de levantarse, pero las cadenas tiran de él, grilletes ajustados alrededor de una de sus muñecas brillan a la luz de la luna.

Grilletes que antes no tenía.

—¿Qué es esto? —Herio jadea y tira de la mano encadenada, unida a la piedra del sarcófago cerca de los mismos grilletes que me atan a mí. Tiene una mano libre todavía, pero…

—¡Aker! —Grita furioso y mira hacia el costado—. ¡Qué coño haces!

El dios carnero se alza junto a nosotros. Herio intenta cubrirme con el brazo libre, como si le molestara que Akerbeltz me vea desnuda tan de cerca. Contengo un gemido porque aunque se haya dejado de contonear, tenerlo dentro de mí, su calor abrazándome, su

polla grande palpitando en mi interior, provocan corrientes eléctricas por todo mi interior.

Y no quiero retorcerme, no quiero gemir mientras Akerbeltz se inclina sobre nosotros, tan cerca.

—Ya os dejo, lasai —dice el dios carnero con una sonrisa horrible.

—Voy a matarte, joder. —Herio respira agitado, mirándolo furioso —. ¿Qué cojones te pasa? ¿Qué has hecho? ¡Prometiste que ella no haría ningún otro ritual! ¡Sabías que me refería a ese ritual!

Herio

♀

—¡Me he emocionado tanto con este ritual, principito, que me he olvidado de advertirte! —Akerbeltz se ríe y hago un esfuerzo por concentrarme en él y no en el coño de Sofía que palpita caliente alrededor de mi polla—. ¡Tu chica ya había hecho el ritual! He cumplido mi palabra, no ha hecho ningún otro ritual —añade y me dan ganas de matarlo porque se atreve a poner sus ojos asqueroso en ella, que tiembla asustada debajo de mí—. Cuando acabéis de follar ¡se olvidará de ti!

—¿Cómo que ya lo había hecho?

¿Cuándo? Si ella ni siquiera venía al akelarre antes de que yo me llevara a Charlie.

No. No puede ser. Bajo los ojos hacia ella.

¿Me ha mentido?

El viento nos golpea y la lluvia se calma, como si hiciera una pausa dramática para los juegos retorcidos de Akerbeltz. Sofía respira sofocada y con los ojos anegados de lágrimas.

—No me jodas, neska. Tienes que estar de coña.

—No sabía que pasaría esto —solloza—. Me iba a quedar contigo en tu casa. Si te lo decía, ibas a desconfiar. Ibas a volver con esa tontería de que soy un espía. —Solloza más fuerte y eso solo consigue que su coño se mueva y me recorra una oleada horrible de placer, joder.

—¡Pudiste decírmelo! ¡Hablamos ahí dentro!

—¡Me había olvidado! Cuando hablamos antes, no he pensado en eso y…

No sigue hablando. Su voz se ahoga y las lágrimas resbalan por sus mejillas.

Algo frío, como una estaca de hielo, me atraviesa el pecho.

—Eres un puto tramposo —jadeo y miro a Akerbeltz que todavía se alza a nuestro lado, observando nuestros cuerpos desnudos, mojados y agitados—. ¡Eres un cabrón asqueroso!

—¡On egin, Herio![198] —Akerbeltz retrocede un paso, las sombras se lo tragan, pero su voz retumba por todas partes, acompañada de los truenos y el viento furioso de la tormenta—. ¡Aprovecha, porque mañana, tu adorada muñequita se habrá olvidado de tu existencia!

—¿Qué? ¿Me olvidaré de ti? —Solloza y niega con la cabeza—. Creí que solo me olvidaría de esta noche…

No. El ritual es absoluto: Olvidará todo lo relacionado con los dioses…

Me cuesta procesar esto. ¿Con quién debería enfadarme? Yo mismo debí suponerlo.

Claro que será un sacrificio para ti.

Las palabras de Akerbeltz me queman por dentro. Por eso quería que yo hiciera el ritual. Para arrebatarme lo más imposible y maravilloso que me ha ocurrido jamás.

Cierro los ojos. La piel mojada de Sofía huele delicioso. Un aroma dulce con el que podría caer borracho de placer.

—¿Estás enfadado? —Llora con más fuerza y sus espasmos hacen que su coño me apriete la maldita polla—. ¡No quiero olvidarme de ti, no quiero!

Hostia. Estoy furioso y cachondo a la vez. ¡Es una puta tortura!

La lluvia cae sobre nosotros como un suave rocío y los tambores rituales continúan, invitándonos a regresar a nuestra letanía sexual.

—Creo que nunca podría enfadarme contigo, neska.

—Pero…

—No había otra opción. ¿Acaso habríamos sacrificado a Charlie?

—No pero…

—Lo habríamos tenido que hacer de todas maneras.

Va a olvidar todo, joder. Va a olvidar que nos conocimos, que nos besamos. Va a olvidar que ella me cambió.

Pero yo no.

—Volveré a por ti, neska.

Veo la duda en sus ojos. Me la merezco. La he traicionado esta noche y ha visto cómo he traicionado a Egu por ella. ¿Por qué me creería?

—Promételo, júralo —solloza.

El imbécil de Akerbeltz se ríe a carcajadas fuera de esta burbuja mágica que nos protege. No me importa. Me inclino más hacia Sofía y la beso, lento. Ella suspira y se deja, me rodea el cuello con los

brazos. ¿Desde cuándo no tiene grilletes? Yo sigo encadenado a una mano.

Gruño de placer, no puedo evitarlo. La aprieto contra mí, con mí único brazo libre.

—Te lo juro. Volveré a por ti. Puede —murmuro contra su boca— que incluso te secuestre otra vez.

Ella se ríe y llora al mismo tiempo. Pestañea y le seco los ojos, anegados de lágrimas y lluvia, con cuidado. Sofía empuja mi pecho y yo me dejo y caigo recostado a un lado. ¿Se va a ir? ¿Esto era suficiente para Akerbeltz? ¿Por eso la ha dejado libre?

Sofía se aleja de mi cuerpo y mi polla se resiste un momento a dejarla ir, pero finalmente queda libre y fría.

Ni siquiera me atrevo a mirar fuera de la burbuja que nos rodea. Sofía me observa sentada a mi lado, desnuda. Parece que ya no le importa que haya más personas. Su melena celeste se revuelve con el viento y un montón de emociones que no logro identificar pasan por sus ojos. El lazo que nos une tira para que nos revolquemos de nuevo como animales. La gente sigue de fiesta, siguen follando y chillando ahí abajo, ajenos a la trampa que Akerbeltz nos ha tendido.

Sofía se mueve y el corazón se me contrae cuando la veo medio levantarse.

No la voy a detener. Si quiere irse, si quiere dejar esto así… Quizá Akerbeltz ha tenido energía suficiente ya. Quizá…

Sofía se sube encima de mí. Vuelve a empujarme del pecho y yo no opongo ninguna resistencia cuando me tumba de espaldas y se encarama sobre mis caderas. Me mira a los ojos, con el pelo celeste

volando alrededor de su rostro, coge mi polla entre las manos y se la mete dentro.

Fácil, resbala y se introduce hasta el fondo.

¡Ah, hostia puta! No logro acostumbrarme a esta mierda. Me arqueo ligeramente, intentando contener el placer mientras me fundo con su interior caliente de nuevo y la mano atada a los grilletes me duele contra el metal. Ella se muerde los labios y se sienta empujando un poco más, metiéndosela más y más dentro.

—Kontuz[199] —murmuro, pero lo único que quiero es que se la meta del todo.

—Búscame. —Suelta un gemido cuando se sienta por completo sobre mí y sus muslos aprietan mis caderas—. Si te olvido, búscame.

No es una petición. Es una orden.

El corazón que al inicio de esta noche tenía muerto, que tenía muerto desde hacía dos años, se sacude en mi pecho ante esas palabras.

Con la mano libre, agarro a Sofía de la cadera y ella se mueve ligeramente, como si no estuviera segura de cómo hacer esto. O puede que haya recordado que nos miran, que nos vigilan y se siente tímida otra vez. Deslizo la mano, aprieto su muslo y empujo suavemente y ella sigue el ritmo que le enseño, o tal vez solo sigue sus instintos.

Y, joder, que instintos más buenos tiene. El contoneo de sus caderas me vuelve loco de inmediato.

La bruma se arremolina a nuestro alrededor otra vez y las almas se alzan hacia el cielo, rodeando la burbuja que nos protege. Se me acalambra el vientre, el abdomen y jadeo excitado mientras ella se mueve más y más. Las almas chillan con mi placer. Sofía empuja

contra mí y levanta el rostro hacia la luna, hacia la lluvia. El agua corre por sus hombros, por sus tetas de diosa que tiemblan con el vaivén mientras me folla y es demasiado para mí.

De verdad, trato, trato de no correrme.

—Promételo —repite Sofía y baja los ojos; me mira sin dejar de moverse.

Hostia. No puedo más.

—¡No lo has prometido! Promete que vas a buscarme, Herio.

Joder. La lluvia cae como una cascada y Sofía se contonea más rápido y más adentro. ¡No puedo pensar con su coño apretándome así la polla!

—¡Lo prometo! Aargh. —El placer escapa de mis labios.

—Antes que a ella. —Los ojos de Sofía chispean mientras el viento nos empuja, los árboles susurran palabras lascivas y oscuras—. Vas a buscarme antes que a ella. ¡Júralo!

La mirada posesiva de Sofía sobre mí me aplasta, me excita tanto que le diría que sí a lo que fuera. Gime encima de mí, gime y me ordena que se lo jure.

—Lo juro, Sofía Ochoa —murmuro entre gruñidos de placer—. Iré a buscarte antes que a ella.

Sofía cierra los ojos y se mueve con más fuerza a un ritmo infernal. El pelo celeste le golpea las mejillas sonrojadas. Se muerde los labios y murmura mi nombre entre gemidos y no puedo soportarlo más. Lleva el ritmo que quiere, el ritmo para su propio deleite. Me observa entre las pestañas de sus ojos entornados.

Me somete.

Bajo la lluvia y los truenos, como si yo, un futuro dios, no fuera más que un objeto para su placer. Gime y su coño me aprieta con

fuerza la polla en espasmos infames.

No puedo más. En serio, no puedo. Estallo. Y estallan las almas en lo alto y caen como chispas de lluvia sobre nosotros y sobre todo el akelarre. Son como un txirimiri de espíritus, eterno. Se funde como lluvia con la tierra, penetra el suelo hasta los abismos del infierno.

Me corro dentro de Sofía, gimiendo y ella no se detiene, no le importa. Como si se tratara de ella y no de mí. Y el placer me hace temblar debajo de su cuerpo. El lazo rojo que nos unía da un tirón que me asfixia por un instante y nos amarra para siempre. Aprieto sus piernas mojadas mientras ella se sigue moviendo, sigue gimiendo hasta que se corre de nuevo y su coño vuelve a apretar mi polla otra vez, y otra vez.

Hasta que cae rendida y cansada sobre mi pecho. Nuestros corazones laten, atados. Estamos vinculados.

Esta vez por completo.

Sofía



Herio respira cansado a mi lado. Nuestras piernas enredadas, su pene todavía dentro de mí. Inspiro profundo y me retuerzo. Oleadas de placer me recorren mientras restos de las almas que nos rodeaban todavía caen como una llovizna de espíritus y vuelven a la tierra, cientos, miles.

Herio me abraza. No me importa ya que haya gente, solo me importa la respiración de él contra mi mejilla y me quedo quieta. Porque aunque hayamos acabado, cada movimiento que hace, hasta

el más mínimo, todavía me hace sentirlo dentro y me causa nuevas oleadas de placer.

Y el placer me nubla. El placer de este chico que me besa en los labios, en la mejilla. Es hermoso. Todavía llueve un poco pero él emite tanto calor que no tengo frío. Acaricio su mentón, los dos ya libres de las cadenas. Creería que no existieron nunca si no fuera por las marcas en mi piel, por las suaves líneas de sangre que han manchado hasta mis codos.

Enredo mis dedos en su pelo y él se apoya en los codos, mirándome. Qué ojos tan hermosos. Sus ojos que brillan como la luna se vuelven rasgados y felinos cuando ha sentido placer.

¿Cómo he terminado en brazos de un hombre así? Es como un sueño.

Es como un dios.

Me río y él frunce el ceño. Me río porque esto obviamente es un sueño. No existe en el mundo alguien así, con esos ojos de plata.

Me recuerdan a alguien.

—¿Sofía?

Cierro los ojos, disfrutando de ese olor tan delicioso.

—¡Sofía! ¡Panpina!

Sí, ahora me acuerdo. El viento sopla y trae hacia mí una música en un idioma que no entiendo. Estamos desnudos bajo la lluvia, sobre una tumba y no me importa porque en los sueños no importa nada.

Un lobo aúlla en la oscuridad. Quizá un perro.

Y esos ojos de plata buscan los míos, me gritan que no me vaya.

Qué ojos tan lindos.

Me recuerdan a alguien que conocí en un sueño.

Epílogo

Gaueko[200]



—Muy bien, tienes tres minutos para explicarme por qué debería no solo perdonarte tu miserable vida, sino además, dejarte a mi perro.

Herio me observa con odio en sus ojos grises. Jo, es graciosísimo lo enfadado que está este chaval. Está tan cabreado, que no le importa estar frente al dios más poderoso de Euskal Herria, yo, por supuesto. No le importa que sea de noche, y estemos en mi territorio y dominio. No le importa que cada sombra de los árboles que nos rodean puedan devorarlo a una sola orden de mi mano.

Gaba corretea alrededor de él, moviendo la cola.

—Venga, Herio, tik, tak. Han pasado veinte segundos. Si me pierdo este partido del Athletic, de verdad, kume,[201] no acabaremos bien.

Le tiembla una ceja. ¿Qué? ¿Piensa que sus problemas son más importantes que un derbi contra la Real Sociedad? Menuda personalidad tiene.

—Le he cogido cariño —dice sin más.

—Ah, vaya.

Parece que dice la verdad. Según mis informantes, se peleó en el bosque con Akerbeltz e impidió que ese trastornado sacrificara a mi cachorro. Si él no lo salva, yo no me habría enterado, andaba varios mundos lejos de aquí, en Arimeterria.

Además, puedo leer la mente de toda mi manada, incluido el cachorro, y definitivamente Gaba está contento con él.

¡Cachorro traicionero!

Me apoyo en el grueso tronco del árbol que tengo detrás y me cruzo de brazos. Hoy no llueve. Debe ser un milagro debido al partido épico que está por empezar.

—Ez dakit,[202] chaval, ¿qué me darás a cambio? No esperarás que te entregue la custodia temporal de un perro mágico así como así.

—¿Mágico? Tu perro es tonto de cojones. Te estoy haciendo un maldito favor.

Gaba comienza a morderle el dobladillo de los vaqueros y Herio se agacha para quitárselo de encima. Al hacerlo, Gaba le da un lametazo en la cara.

—¡Qué puto asco! —Herio lo empuja lejos y se pone de pie otra vez—. ¡No obedece a las instrucciones!

—Está bien, te rebajo el precio. En vez de tu alma, solo me deberás un favor.

A decir verdad, Gaba es un caso perdido, siempre se escapa de la manada y no se queda en ningún sitio.

—¿Qué favor?

Y, al parecer, Herio no sabe que ya no puedo cobrarle con el alma. No es un dios completo, pero el ritual que ha hecho lo ha dejado a medio camino a la ascensión. No es mortal del todo.

Gaba se aleja y empieza a saltar intentando cazar una mosca.

—Mi pequeño Haize está lejos y, como sabes, no puedo salir de Euskal Herria. Necesito comunicarme con mi hijo, serás mi recadero.

La cara de Herio se descompone, más de lo que ya está.

—¿Sabes que existen los móviles, verdad?

—No puedo usarlos con él, por una maldita barrera que le puso su ama para protegerlo de mí.

Cierra los ojos un momento y se pellizca el puente de la nariz. El viento le revuelve el pelo marrón y alborotado y por un momento siento lástima, me acuerdo de mi cachorro Haize. ¿Cuántas noches lleva sin dormir este chico? Debajo de sus ojos se marcan unas ojeras terribles, más púrpuras que el crepúsculo. Han pasado días desde Gau Beltza, pero por lo que me ha dicho su amuma, está como un loco, lidiando con la novia medio revivida, además de un drama con una chavala que usó para el ritual, que al parecer se ha olvidado de él.

Está en la fase emo de la juventud, pobre de su amuma que tendrá que aguantarlo. Pues casi mejor si se lo envío lejos.

—¿Dónde está ahora Haize? —Me mira ceñudo y desconfiado—. No puedo irme a Japón.

—¿Por qué no?

—No es tu puto asunto, Gaueko.

El viento sopla más fuerte y las sombras se vuelven más oscuras. Herio nota el cambio, la amenaza de la noche a su alrededor.

—Barkatu[203] —masculla malhumorado por tener que someterse ante mí—, estoy de los nervios, tío. Ayúdame, ¿quieres?

—Vale, vale. —Levanto las manos, rendido ante su miseria. Yo también fui joven como él—. Lasai, lasai. Herio ya no está en Japón,

está en algún país perdido de Latinoamérica. Chile, creo, o Argentina.

Los ojos de Herio se iluminan. Hostia, cobran vida y los días de cansancio se disipan de sus pupilas.

—Acepto —suelta rápido—. Seré tu recadero.

¿Esto lo hace feliz? ¡Tendría que haberle cobrado más! No debí negociar hasta tener toda la información. Joder, eso me pasa por ser tan misericordioso.

Pero ya es tarde. Herio da un paso hacia delante y extiende la mano.

—Haré de recadero hasta que Haize regrese a Euskal Herria. Tú costearás los pasajes y los hoteles. Cinco comidas al día. Además de las del perro.

—Tres comidas y una merienda —digo, tajante—. Y las del perro.

—Y la birra.

Acepto su mano y la aprieto, Gaba ladra de felicidad y corretea alrededor de nosotros.

—Trato hecho —digo y no puedo evitar sonreír ante la suerte que tengo.

Y así es como yo, señor de la noche y las tinieblas, sumo a mis empleados a Herio, casi dios de la muerte. La mejor adquisición que he hecho en mucho tiempo.

Sofía

Irme de Euskadi se siente muy raro. Llevo tres años aquí, tres años increíbles. En parte, me siento derrotada por tener que volver a

Chile.

—No llores, Sofi. —Amaia me abraza y los altavoces del aeropuerto anuncian que ya tengo que embarcar.

—No estoy llorando. —La empujo y me río—. Pero no pasa nada si tú lloras.

—Las vascas no lloramos —dice mientras se pasa la mano por debajo de los ojos.

—¡Escríbenos, Sofi! —Olatz me da un abrazo fuerte también.

—Ya, tranquilas. Si voy a volver pronto.

Eso creen ellas, pero no tienen idea de lo que me espera allá. No saben que Vicente lleva días acosándome, furioso por una foto entre un chico de TikTok y yo. Me mandó una captura, porque en mi Instagram no hay registro de nada. Es superfalsa la foto. Por más que le insistí que la habían hecho con inteligencia artificial, porque al idiota ese de Herio yo no lo conozco, Vicente no me cree. Además quiere que asista a una reunión de vascos en Chile. Debe ser algo de la mafia donde no pueden infiltrar a cualquiera.

—Haremos videollamadas, promételo, Sofi. —Olatz me mira ilusionada.

Amaia se hace la dura, pero sé que quiere hacer videollamada también.

—Haremos videollamadas, lo prometo.

Miro a mis amigas un momento más y las dos sonríen. Los altavoces suenan otra vez y un grupo de turistas pasa junto a nosotras mientras nos miramos calladas. Desde la fiesta de Gau Beltza estos silencios incómodos se han vuelto constantes. Es una mierda, antes nunca habían silencios incómodos entre nosotras.

Pero claro. Nunca antes habíamos despertado inconscientes, drogadas y borrachas en el bosque. Sin que ninguna recordara nada. Nada de nada.

—¿No estás enfadada, verdad? —Olatz me mira con pena.

—No, Oli. Te lo juro. Nos vemos en verano.

No fue culpa de ellas, tampoco mía.

—Sofi… —Amaia me agarra la mano y me entrega algo—. Llévate esto, es un recuerdo.

Abro la mano y… ¡Qué bonito! Es un collar de plata con un Eguzkilore colgando. Había visto este tipo de collares con el amuleto vasco muchas veces y nunca me había animado a comprar uno.

—Es una reliquia familiar —explica Amaia.

Sonríe y algo más me quiere decir, estoy segura.

—Oye, pero en ese caso… Si es algo importante para ti…

—Cállate y úsalo. —Me da un golpe cariñoso en el hombro con el puño—. Te protegerá de los malos espíritus.

—Y de los chicos malos —añade Olatz.

Las tres nos reímos, nos abrazamos una última vez y corro hacia la fila para pasar a la zona de embarque. Trato de no pensar en mis amigas mientras paso por Policía Internacional, ni cuando revisan mi mochila. Tengo mucha pena. Siento que dejo algo importante aquí. No solo a mis amigas, sino una parte de mí.

Lo peor es que no sé qué es. No es lo de mi hermana, hace mucho que perdí ese rastro. Es otra cosa. Me pongo supernerviosa, mirando por el cristal las turbinas y el metal de los aviones que destellan con los rayos de la tarde. Siempre me emociona volar en avión. Es hermoso, ver el mundo desde lo más alto. Pero no consigo ponerme feliz…

¿Cómo voy a volver a Chile y hacer como que sigo siendo la misma que cuando me fui?

Llego pensativa al mesón donde revisan los documentos por última vez antes de embarcar, casi ni me fijo en la gente que me rodea, turistas y chilenos que regresan a nuestro país. No quiero hablar con ellos.

No quiero volver, no quiero. Me pongo las gafas de sol, porque siento demasiadas ganas de llorar y no quiero que nadie lo note.

—Hay un problema con su billete. —La azafata me devuelve mis documentos.

—¿Qué? ¡No!

La angustia se apodera rápido de mí. Tengo que ir a Chile aunque no quiera. Si no asisto a esa reunión de vascos en Valparaíso, Vicente es capaz de venir hasta aquí y arrastrarme y…

—Revise bien, por favor —ruego a la azafata.

—He revisado bien. Su asiento no es el que señala aquí, le han asignado un billete en clase business.

¿Qué? ¿En el área VIP?

—Debe haber un error.

Yo no gastaría mi dinero en algo tan absurdo.

—No hay ningún error, es todo correcto. —La azafata me imprime una nueva tarjeta de embarque—. No se preocupe, no se le harán recargos adicionales.

Bueno, mejor, ¿o no? En realidad no sé por qué me estoy quejando de ir en clase business, siempre que no me lo cobren a mí.

Pero mientras cruzo el puente del avión me pongo todavía más nerviosa. ¿Y si es una trampa? ¿Y si alguien ha descubierto mi

conexión con la mafia de Valparaíso? No. Eso es imposible. Estoy siendo paranoica.

Para mi alivio, una azafata me sonríe al entrar al avión y me guía hacia mi asiento en la zona VIP. Y aunque sea mucho mejor que la clase turista, tanta suerte no he tenido. Es en la misma cabina, simplemente son más espaciosos y van de a dos en vez de a tres.

Me acerco y se me aprieta el estómago de la emoción porque ya vibran los motores del avión. Después de años volveré a mi hogar. Tal vez no sea tan malo. Al menos podré a ver a mi familia. Lo que queda de ella.

Reviso mi tarjeta, mientras los últimos rayos del sol se cuelan por las ventanas y roban destellos de las piezas metálicas del avión. No logro entender si me tocó el asiento de ventana o de pasillo, pero me acomodo en el asiento del pasillo, porque en la ventanilla me agobio, es muy encerrado. Además, hay mucho espacio en el avión, no creo que justo esté ocupado el asiento a mi lado.

Dejo mi mochila arriba y, recién cuando me recuesto en el asiento, suspiro, me quito las gafas de sol y abro una novela para distraerme.

No lo consigo. Volveré a mi país. Ojalá me hiciera ilusión. Veré a mi familia, pero también tendré que ver a Vicente. ¡No logro dejar de pensar en eso!

Miro al atardecer y me estremezco. El avión está por partir. Pero cuando ya han cerrado la puerta de la cabina, vuelven a abrirla y se oyen voces molestas.

—Por algo os pedí un asiento solo.

—Señor, en estos aviones no hay área business separada. Tendrá asientos en cabina aparte en el siguiente vuelo, en la escala de Madrid.

—¿Y para esto he pagado tanto? ¿Llamais business a esto? —La voz de un joven se alza sobre el zumbido del avión—. Menuda mierda de compañía aérea estáis hechos.

Me inclino para mirar entre los asientos, pero justo él se gira hacia este lado, así que me hago la tonta y abro mi novela.

Que no venga hacia acá, que no venga hacia acá. Que no…

—Estás en mi asiento.

Claro que ha venido hacia acá.

Cierro el libro, que no estaba leyendo, y levanto el rostro. Un chico me observa evidentemente molesto. Lleva una mochila negra, camiseta ceñida negra que se ajusta a unos bíceps bastante trabajados, debo decirlo. Vaqueros negros también, gafas de sol. Lo único de otro color es su cabello marrón, desordenado. No desordenado de verdad sino peinado desordenado, los costados rapados.

Genial, me tendré que ir todo el viaje con un maldito borroka.

—No, este es mi asiento.

Aunque no estoy nada segura porque en realidad yo debería ir en la clase turista. Y ahora que me he sentado en estos asientos enormes, me da una pereza horrible irme a los minúsculos de los pobres.

—No iré en la ventana, neska. —Ladea el rostro y en su oreja una cruz de acero resplandece con el sol—. Necesito espacio.

Apunta a sus piernas y creo que se refiere a lo largas que son, pero entonces noto que habla de su maleta.

—¿Eso no debería ir abajo? —Es demasiado grande.

—Métete en tus asuntos.

Pfff, menudo imbécil. Debe ser gay, los hombres heterosexuales no me hablan así. Y en su mayoría me reconocen. Sin embargo, no quiero problemas, así que me levanto y me muevo al asiento de la ventana, apegándome lo más posible al cristal, lejos de este idiota.

Él murmura algo sobre que le han jodido el viaje, acomoda su maleta delante de sus piernas y se sienta.

—¿Qué llevas ahí? ¿Un cuerpo?

Él se gira hacia mí. No se ha quitado las gafas de sol, solo veo su boca. Los labios alargados se inclinan en una sonrisa depravada.

Se me aprieta el estómago.

—Bai,[204] ¿acaso eres una bruja? Es el cadáver de mi ex.

¡Loco de mierda! No me parece para nada gracioso. Además, obvio que es mentira, a nadie le dejarían abordar con un maldito cadáver al avión. Qué ridículo. Le doy la espalda lo máximo posible y miro por la ventana.

El avión vibra y empieza a avanzar por la pista. Incluso la idea de ir con este weón parece menos terrible cuando me embarga la emoción de volar. Amo volar. ¡Aunque sea para ir al infierno! Se me pasa la angustia, se me pasa la pena. Meto la mano en el bolsillo y agarro con fuerza el collar que me dio Amaia.

Volveré pronto, lo prometo.

El avión toma velocidad, rápido, cada vez más rápido y el sol rojo brilla con fuerza en el horizonte. Las alas despliegan los dispositivos de despegue y el zumbido de la cabina es cada vez más fuerte. Más rápido. Más fuerte. Aprieto el libro con la otra mano y… Despegamos. Con una ligera sacudida, el avión se separa del suelo y el sol se ve cada vez más abajo.

Bilbao es una masa verde de montes. Desde aquí, parecen islas en un mar de neblina.

Apoyo la cabeza en la ventanilla. Debería cerrarla para que el sol no dañe mi piel, pero me quedo así un rato, disfrutando de la vista hermosa de Euskadi por última vez.

Hasta que un sonido de envase plástico llama mi atención.

Me giro y el chico del asiento del lado ha estirado las piernas sobre su maleta y abre un paquete de golosinas. Huele a manzanas. Y no sé por qué me quedo mirando sus dedos largos, la manera en que los mete en la bolsa y los remueve dentro, buscando. No saca una al alzar como la mayoría de la gente. Cuando tiene una roja, se la mete en la boca.

Se gira hacia mí y arquea una ceja, apenas visible sobre las gafas de sol.

—¿Nahi dozu?[205] —Levanta la bolsa.

Abro la boca para decirle que no. ¿Gomitas, en serio? Ni que fuéramos niños.

El avión toma la velocidad crucero y un último rayo de sol se refleja en los lentes del chico y brilla en la bolsa de gomitas que tiene levantada.

—Bueno, ya.

No me ofrece la bolsa. ¡Qué grosero! Mete el mismo la mano y luego estira el brazo hacia mí.

—¿Vas a cogerla?

Ufff, que pesado. Abro la palma y pone en mi mano una gomita roja. Al hacerlo, roza un instante con sus dedos mi piel.

—¡Auch! —Retiro la mano, porque me dio corriente estática.

Él levanta una ceja y yo me llevo la gomita a la boca. Humm, está deliciosa.

Me apoyo en el respaldo y lo miro con curiosidad.

—¿Vas a Chile? —No sé por qué le meto conversación.

Soy como un perro. Me ofrecen comida y me entrego.

Él me observa, los ojos ocultos detrás de los cristales negros.

—Voy a Argentina. —Sonríe, una media sonrisa taimada que forma un hoyuelo en su mejilla—. Aunque tengo un pequeño asunto que resolver primero en Chile.

—Ah, mira tú. —Sonrío también—. Yo también voy a Chile.

—Guay. —Estira la bolsa de gomitas hacia mí—. ¿Otra?

Meto la mano, esta vez me deja escoger a mí. Sale una amarilla.

—Uh. —Tuerce esos labios perversos que tiene—. Yo que tú la cambiaría.

Me río. Qué tonto es.

—¿No te da asco?

—Qué va.

Qué weón más raro. Devuelvo la gomita y saco otra, esta vez es roja. ¿Serán de manzana? Huele mucho a manzana, bien dulce. Me la llevo a la boca y él mira mis labios mientras la mastico. A pesar de las gafas, sé que los está mirando.

Quizá no es tan gay.

—Sofía. —Estiro mi mano hacia él—. Sofía Ochoa.

Ladea el rostro y tarda un instante. Un instante en el que mi corazón se acelera, sin razón alguna. Tal vez es por las turbulencias, el avión ha dado más de una sacudida al pasar sobre los montes vascos.

El chico toma mi mano y cierra sus dedos alrededor de los míos. Ya casi no queda luz del sol.

—Un placer, *Sofía* —dice marcando mucho mi nombre, como si le causara gracia. Me aprieta fuerte la mano. La suya está tibia—. Mi nombre es Grisa.

Mmm, ¿Grisa?

Qué nombre tan raro.

FIN

Glosario

Palabras frecuentes

Agur: adiós
Amuma: abuela
Bai: sí
Barkatu: perdón
Eskerrik asko: muchas gracias
Etorri hona: ven aquí
Ez: no
Hori da: eso es
Lasai: tranquila/o
Neska: chica, muchacha
Panpina: muñeca
Prest: listo
Txakurre: perro
Txakurtxu: cachorro
Txirimiri: llovizna muy ligera

Personajes, objetos, festividades

Aideko: semidiós del viento, también conocido como Haize. Hijo natural de Gaueko y la Euria (diosa de la lluvia), aunque fue

adoptado por Aitor Lantzer desde pequeño, archi enemigo de Gaueko. Aitor crió a Haize como heredero de su imperio de la mafia vasca.

Akerbeltz: antiguo genio, ascendido actualmente como dios. Señor de los bosques y los animales. De su forma humana puede pasar a su forma de cabra negra.

Eguzki: diosa del sol y novia (o exnovia) muerta de Herio.

Gau Beltza: Noche Negra (también conocida como Arimen Gaua, Noche de las Almas). Es la fiesta ancestral en que en Euskal Herria se celebraba la muerte. Sería el equivalente a la celebración celta de Samhain, lo que hoy en día se celebra popularmente como Halloween.

Gaueko: dios de la noche y las tinieblas. Antes de que los dioses le robaran el poder a Mari, solo era un genio. Dicen que adopta la forma de un lobo o un toro. Yo solo lo he visto como un lobo o con la apariencia de un hombre apuesto. Es el padre de Haize (Aideko).

Izaro: periódico popular de Bizkaia que se enfoca principalmente en difundir noticias sobre sus dioses.

Lamiak: criaturas mitológicas que habitan en los ríos. Mujeres hermosas que cautivaban a los humanos para llevárselos a las profundidades. La mayoría tenía patas de pato u otro animal acuático. Son raras de ver, pero en noches como Gau Beltza es más fácil encontrarlas.

Mari: única diosa verdadera de Euskal Herria. Se encuentra desaparecida desde hace siglos. Solo su consorte Sugaar sabe dónde está.

Mikelatz: semidiós de las tormentas. Hijo de Sugaar y la diosa Mari, aunque ella no lo recuerda.

Sorgina: mujeres creadoras de magia y poder, vinculadas a un espíritu, genio o dios. Los cristianos les llamaron brujas, aunque no lo son.

Sugaar: dios de las tormentas, la calamidad y los cielos. Consorte de la diosa principal del panteón vasco, Mari. Es padre de Mikelatz y Atarrabi.

Agradecimientos

Este libro ha sido el primer libro que he escrito «a puertas cerradas». Es decir, sin exponerlo antes en ninguna plataforma en línea, sin ir publicándolo capítulo a capítulo de forma online. Nadie lo leyó hasta que lo terminé y eso ha sido todo un esfuerzo para mí. Me costó confiar en el proceso sin tener la validación de mis lectoras durante el camino, como otras veces.

Por eso, quiero partir este agradecimiento dedicándolo a ellas. A mis lectoras tormentosas, que siempre me apoyan. Incluso sin haber mostrado este libro, mientras lo escribía, imaginaba sus comentarios y las cosas que dirían y eso me daba fuerzas. Gracias a vosotras, neskak, puedo soñar con esto. Eskerrik asko por confiar en mis historias, por amar a mis personajes imbéciles y por comentar mis promociones que repito una y otra vez hasta el cansancio y gracias por comprar mis libros aunque ya los hayáis leído.

También quiero agradecer a mi novio, Aritz, que me corrigió el lenguaje de los personajes vascos, como siempre.

A mi amiga por cartas, Meera Kean, porque ella me obligó a escribir este libro. Sin ella, esta historia no habría existido. Me dijo, Sabi, escribe un libro corto. Y aquí está. ¡Es cortísimo! Gracias Meera por tu paciencia con mis dudas y por soportar mis crisis existenciales en audios eternos.

También agradezco a editorial Montena por darme esta oportunidad. A Gemma por haberme elegido entre tantas historias hermosas. A Alexia por su paciencia con todas mis dudas e inseguridades. A Julia, Marta, Nuria, Ana (que se preocupó de saber palabras chilenas) y a todas las que participaron del proceso de corrección de este libro que era bastante más caótico de lo que todavía es. También gracias por aceptar mis propuestas sobre uso del euskera y del castellano de Latam. Gracias por respetar mi escritura mestiza y por hacerme sentir tan libre en este proceso. Gracias, Ainoa, por tu paciencia y por ayudarme a hacer llegar mi libro más lejos.

Finalmente, gracias a mi familia, por estar siempre pendientes desde el otro lado del mundo, alentando que persiga mi sueño de dedicar cada día que me quede en esta vida a escribir historias.

Eskerrik asko.

Sofía no creía que su vida podía cambiar en una sola noche.



Durante la fiesta de Gau Beltza, cae en la ría de Bilbao y muere. La corriente la arrastra y el único que la ha visto caer es Herio, un semidiós maligno con prisa por llegar al akelarre para realizar el rito de ascensión y convertirse al fin en un dios.

A Herio no le importan los humanos. No pretende rescatar a ninguna chica. Hasta que en el último momento la reconoce: es Sofía Ochoa, una influencer famosa y objeto de sus más oscuros deseos.

Dicen que el beso de un príncipe puede traer a una doncella a la vida. Pero… ¿Qué pasa cuando no eres una doncella y él es el príncipe de la muerte?

Sabiñe Maitane Susaeta Herrera (1987) nació en Santiago de Chile y ahora vive en Euskadi, hogar de su familia paterna. Abogada de profesión, lleva escribiendo y soñando con la mitología vasca desde que era niña. Es amante de la fantasía y adora escribir sobre gente intensa. En sus novelas no existen ni el bien ni el mal; el único enemigo es la propia locura de sus personajes.



Primera edición: mayo de 2026

© 2026, Sabiñe Susaeta
Todos los derechos reservados
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Ariadna Oliver Belmonte
Ilustración de portada: © Lulybot

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87924-32-4

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: somosinfinitos
X: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

[1] Noche negra. Así es como llamamos en Euskal Herria a la noche en que se junta el mundo de los vivos y de los muertos. También conocida como Arimen Gaua, o Noche de las almas, tiene lugar el 31 de octubre.

[2] Eso es mentira.

[3] ¿Listas?

[4] Sí.

[5] Bien.

[6] Dios vasco del cielo y las tormentas. Culpable de que yo esté ahora en el más allá.

[7] Grupo de amigos que forman los vascos desde la adolescencia y con el que mantienen un vínculo más inamovible que el matrimonio hasta morir.

[8] Abuela.

[9] Perro.

[10] Mujeres creadoras de magia y poder, vinculadas a un espíritu, genio o dios. Los cristianos las llamaron brujas, aunque no lo son.

[11] Y es así. Si vuelve aquí no la dejaré ir, especialmente sabiendo lo que ahora sé. Fue en ese momento en que sentí a esta chica por primera vez, cuando hizo el Ritual de Invitados. ¿O acaba de ocurrir ahora? No lo sé. El tiempo transcurre de forma extraña cuando estás muerta.

¿Por qué estoy viendo lo que hace esta chica? En realidad sí lo sé, pero es confuso. Lo sabía hace un instante y ahora no.

Se aleja, me cuesta seguirla. Un hilo de plata me une a ella, pero se pierde en la oscuridad.

[12] Está hecho.

[13] Chicas.

[14] Instrumento de viento tradicional vasco similar a una flauta pero de sonido generalmente más fino y agudo.

[15] Herio y yo en el pasado tuvimos encuentros desagradables con estas criaturas marinas, que aparentan ser mujeres hermosas y habitan los ríos. Por eso actúa tan precavido.

[16] El dios y señor de los bosques de Euskal Herria, actual amo de Herio. No solo se queda con todo su dinero, sino que tiene empeñada su alma.

[17] ¡Sí, señoras y señores! ¡Ese es Herio! ¡Mi novio!

La emoción de volver a verlo me nubla. Me hace olvidar que debería odiar este momento. El momento en que ellos se conocieron.

[18] Es verdad, siempre acierta. Su amuma es una antigua sorgina de Mari. Una bruja capaz de ver el futuro. Ella anunció mi muerte y Herio hizo lo posible por impedirla. Y ya veis, aquí estamos. Mirando desde el más allá como mi novio intenta convertirse en un dios y rescatarme del infierno.

[19] Por primera vez esta noche, estoy de acuerdo con esta chavala.

[20] Tranquila, chica.

[21] Sí, solo fuimos novios un año. Pero fue un año intenso y el mejor de su vida, os lo aseguro.

[22] Adiós.

[23] Herio no siempre fue tan gilipollas. Juro que el duelo y dolor de haberme perdido le ha hecho mal. Se ha distanciado de la gente y de cualquier empatía humana. Salvo Gorka y algunos de su cuadrilla, ya no se junta con mortales.

[24] ¡Quieto!

[25] No todos los dioses pensamos así, ¡lo juro! Herio se ha juntado demasiado con Akerbeltz y le ha retorcido el cerebro. Pero todavía lo quiero. Nuestro amor es eterno.

[26] ¿Lo veis? Amor eterno.

[27] Es cierto, no lo haría.

[28] Perro.

[29] Odio a esta mujer. Ojalá Herio no la hubiera reconocido. Sufría a diario por celos de ella estando viva y ahora los celos me persiguen en el más allá.

Y encima tengo que presenciarlo porque alguna fuerza del destino me está amarrando a este momento.

[30] Perro.

[31] Es cierto, ufff, el sexo con este tío era la hostia.

[32] Tú también, gilipollas. No se extrañen, este nunca ha entendido sus poderes. Y me da igual, ojalá se ahogue por haberse lanzado a salvar a esa chavala tonta y por estar mirándole las tetas.

[33] Te lo mereces.

[34] En serio lo detesto en este momento.

[35] Déjala.

[36] Desde que los dioses despertaron en Euskadi es más común ver este tipo de criaturas. Por suerte para Herio, las crías de lamiak no son tan poderosas ni malignas como las adultas.

Y aunque una parte de mí quiere que se ahogue por traidor, en realidad, no soportaría que le ocurra algo malo.

[37] Sí. Es mía.

[38] No le creáis. Lo mismo decía de mí cuando yo estaba viva.

[39] ¡Ven aquí!

[40] Esto es asqueroso y no hablo desde los celos.

[41] ¿Qué tal, chica?

[42] También conocido como Aideko, semidiós del viento. Un semidiós arrogante que se cree la hostia. Nunca me cayó demasiado bien, trata a Herio como si fuera un crío.

[43] ¿Listo? (O preparado).

[44] ¡Listo!

[45] Vaya, conque todavía se acuerda de mí. Pondría los ojos en blanco si pudiera.

[46] Por favor, ven conmigo.

[47] Muñeca.

[48] ¿Estás bien?

[49] Lo hecho, hecho está.

[50] Aunque no lo creáis, aceptar mi muerte le costó todavía más. Esto no es nada.

[51] Sí.

[52] Os dije que entraría en razón. Esto le ha afectado porque, bueno, mi novio no es un psicópata. No tanto. Por supuesto que la muerte de una chavala le afecta.

[53] ¿Qué? No me jodáis.

[54] Tranquilo.

[55] Chica.

[56] Ahora entiendo por qué estoy viendo a esta chica. Ahora comprendo por qué nos encontramos por un instante. Herio nos ha unido y no quiero seguir viendo. No seguiré viendo, sé lo que está por venir.

Tal vez, después de todo, si estoy en el infierno y los dioses me castigan, se han puesto creativos.

[57] Centro de atención de salud de Euskadi.

[58] Claro.

[59] Perdona.

[60] No.

[61] Si no llegamos a tiempo y Akerbeltz no alcanza a matar al perro en el ritual, podemos darnos por muertos.

[62] Tranquilo, perro.

[63] Por favor.

[64] Aunque antiguamente muchas sorginak estaban consagradas a Mari, ahora la mayoría trabaja para Akerbeltz.

La abuela de Herio viene de una antigua familia de nigromantes.

[65] Sí.

[66] ¡Por eso lo amo! Sabía que no me ha traicionado del todo. He intentado no mirar todo lo que está ocurriendo, me duele verlo junto a esa chica. Pero es difícil alejarme, observar a mi novio es tentador. ¡Soy masoquista!

[67] ¡Herio te odio! Eres un maldito traidor. Ahora sí que no seguiré mirando. Si te cruzas con una lamia no estaré para ayudarte y espero que mueras lentamente.

[68] ¿Quieres?

[69] Quieta, chica.

[70] Sí.

[71] ¿Qué?

[72] Como quieras.

[73] Ya lo sé.

[74] Quieta.

[75] Tranquila.

[76] Perdona.

[77] Expresión vasca que se dice cuando alguien dice una obviedad. En plan: Y ahora te enteras. Y estoy de acuerdo con ella. Es un asqueroso. ¿Hay alguna forma de que pueda dejar de ver todo lo que hacen estos dos?

[78] Tranquila.

[79] Creo.

[80] Sí.

[81] Pfff.

[82] Sí.

[83] Arriba.

[84] Sentado.

[85] Túmbate.

[86] Es un cachorro.

[87] No es que la odie, pero ¿en serio está preocupada por las malditas arañas?

[88] No está preocupado por ti. Solo es hombre, patético, y lleva mucho tiempo sin sexo. Vale, me he enfadado, ¿y qué? Estoy muerta y ver esto es desesperante.

[89] Muñeca.

[90] Sí.

[91] Yo ni en mil años tocaría a otro que no fuera él.

[92] No lo sé.

[93] No puedo creer que esté después de esa promesa esté haciendo esto. Yo lo sigo amando en el más allá. No quiero seguir mirando. ¿Qué he hecho para que me castigaran y me obliguen a mirar? ¡Mari! ¡Sácame de aquí!

[94] Claro.

[95] Sí.

[96] Muchas gracias.

[97] No.

[98] No

[99] Ven aquí, muñeca.

[100] Flauta vasca de solo tres agujeros que se toca con una mano, mientras con la otra se toca un tambor pequeño.

[101] Quieto.

[102] Por favor.

[103] Voy a seguir.

[104] ¡Lo siento!

[105] Hola, muñeca.

[106] Tranquila.

[107] No quiero mirar esto, pero cada vez que Herio piensa en mí me arrastra hacia él. Trato de mirar hacia otro lado, de alejarme. Esto me duele. ¡No quiero verlo! ¡No pienses en mí mientras tocas a otra! Lo odio. Lo odio. Quiero odiarlo, de verdad.

[108] Eso es.

[109] Por favor.

[110] ¡Ahora!

[111] Muñeca, por favor, cógela.

[112] Vamos, chica.

[113] Eso es.

[114] Tranquila.

[115] Perdón.

[116] ¿A quién intenta convencer? ¿A mí o a él? Menudo hipócrita. Yo tengo claro que solo se ha dejado llevar por la intensidad sexual de la magia. Siempre es así cuando hay magia de por medio. A quien ama es a mí. Esta chavala es una distracción momentánea.

[117] No.

[118] Porfa. (Abreviatura de Mesedez, por favor).

[119] Son casas antiguas vascas, que muchas familias actuales han heredado y remodelado. La de Herio no está remodelada, sigue tal y como la construyeron hace siglos. Es muy fría en invierno, pero yo nunca tenía frío con él. Los semidioses siempre están calentitos.

[120] Herio no ha comprendido todavía el alcance de lo que hizo en ese altar. Su vínculo con Sofía se ha vuelto más intenso al darle su sangre. Solo falta un paso para que sea su sorgina. Y yo no quiero ver ese paso. ¡Antes prefiero morir! Pero ya estoy muerta. Y aunque intento alejarme de ellos, no mirar, las mareas de la muerte me arrastran de regreso hacia él.

Intento aferrarme a otras cosas, alejarme hacia otros senderos, pero de nuevo tiran de mí.

[121] Muy bien.

[122] Oye, perro.

[123] Deja eso.

[124] Vamos.

[125] En realidad sí tiene una. Está en el granero. Detesto compartir fetiches con esta chica, pero a mí también me pone mucho la guadaña de Herio.

[126] ¿En serio?

[127] ¡Pórtate bien!

[128] Me alegro que se dé cuenta. Casi me da un poco de pena. Casi. Herio la está usando porque su vínculo le da poder. Y puede que le perdone su infidelidad, supongo que tal como ha dicho antes, se ha embriagado con la magia y se ha dejado llevar.

[129] Porque lo eres. No quiero seguir mirándote ni ayudándote. A ratos consigo alejarme. ¿Por qué regreso a ver esto una y otra vez?

[130] ¡Ven aquí, muñeca!

[131] Tranquila.

[132] Por favor.

[133] Hipócrita. Si quisiera irse se levanta y se va. Y no voy a seguir viendo esto. Me iré al infierno si es necesario pero no pienso seguir siendo testigo de esta mierda. Sabe que lo estoy viendo. ¡Lo sabe y no le importa!

[134] Chica, déjalo.

[135] Tuyo.

[136] Continúa.

[137] Eso es.

[138] Mía.

[139] Ven aquí, muñeca.

[140] Mamá.

[141] Sí.

[142] Claro.

[143] Sí, Oli. Bien. Tranquila. ¿Y tú?

[144] Bien.

[145] Perdonad.

[146] Es mía.

[147] No.

[148] Sí.

[149] ¡No! En la cama no…

[150] No gratis, bebé.

[151] No.

[152] Bienvenido, cachorro.

[153] Muchas gracias.
[154] Sí.
[155] Sí, lo sé.
[156] ¡Espera!
[157] Ayúdame. Por favor, ayúdame.
[158] ¡Quieto!
[159] Déjala.
[160] Perdona.
[161] Perdona.
[162] Perdona.
[163] Perro.
[164] Ven aquí.
[165] Ay, mamá.
[166] Tranquila, niña.
[167] Tranquila.
[168] Un acordeón pequeño.
[169] Ayúdame.
[170] Gilipollas, en chileno.
[171] Tranquila, tranquila.
[172] Un tipo de vino blanco vasco.
[173] Pregúntale a ella.
[174] Eso es.
[175] Chicas.
[176] Sí, ya lo sé.
[177] No.
[178] No sé.
[179] No, para ti.

[180] Aideko, también conocido como Haize, semidiós del viento. Mikelatz y él son amigos, Mikelatz es el dios de las tormentas. Yo nunca me llevé bien con ellos.

[181] Expresión chilena para indicar que algo no importa y lo dejes estar.

[182] Colega, compañero.

[183] Cachorra, cría.

[184] No. No lo haré.

[185] Déjala.

[186] Claro.

[187] Ven.

[188] Bienvenido, Herio, a tu noche negra.

[189] Querida, cariño.

[190] Tu turno.

[191] Tranquila, muñeca.

[192] Tranquila, cariño.

[193] Perdona.

[194] Claro

[195] Qué cosa más buena.

[196] Por favor.

[197] Ven conmigo.

[198] Buen provecho.

[199] Con cuidado.

[200] Para el que no me conoce: Dios de la noche y las tinieblas. El más temido y poderoso de todo Euskal Herria.

[201] Cría, cachorro.

[202] No lo sé.

[203] Lo lamento.

[204] Sí.
[205] ¿Quieres?

Índice

Nuestra noche negra

Advertencia de contenido

Antes de empezar

Prefacio

Primera parte

- Bat. Semidioses. Uno
- Bi. Cacería. Dos
- Hiru. El Rito. Tres
- Lau. La chica, el perro y el chico. Cuatro
- Bost. Los imbéciles merecen morir. Cinco
- Sei. La muerte. Seis
- Zazpi. Hermanas. Siete
- Zortzi. Etorri nirekin. Ocho
- Bederatzi. En el más allá. Nueve
- Hamar. El dios. Diez
- Hamaika. Tratos con la muerte. Once
- Hamabi. Mentiras. Doce
- Hama hiru. Desnúdate. Trece
- Hama lau. Mutuals. Catorce
- Hama bost. Secretos. Quince

Hama sei. Panpina. Dieciséis

Hama zazpi. Traición. Diecisiete

Hama zortzi. El semidiós de la muerte. Dieciocho

Hemeretzi. Cazadores. Diecinueve

Hogei. Sangre para los dioses. Veinte

Hogeita bat. Vínculo. Veintiuno

Hogeita bi. Sorgina. Veintidós

Segunda parte

Hogeita hiru. Confesiones oscuras. Veintitrés

Hogeita lau. La casa en el bosque. Veinticuatro

Hogeita bost. ¿Qué es el amor? Veinticinco

Hogeita sei. Ríndete. Veintiséis

Hogeita zazpi. Zurea. Veintisiete

Hogeita zortzi. Nirea. Veintiocho

Hogeita bederatzi. Opciones. Veintinueve

Hogeita hamar. Destino. Treinta

Hogeita hamaika. Muerta. Treinta y uno

Hogeita hamabi. Odio. Treinta y dos

Tercera parte

Interludio. Dos años y medio antes

Hogeita hamahiru. Sorginak. Treinta y tres

Hogeita hamalau. Akerbeltz. Treinta y cuatro

Hogeita hamabost. Cobarde. Treinta y cinco

Hogeita hamasei. Infiltrados. Treinta y seis

Hogeita hamazazpi. Promesa. Treinta y siete

Hogeita hamazortzi. Akelarre. Treinta y ocho

Hogeita hemeretzi. Fusión de almas. Treinta y nueve

Berrogei. Búscame. Cuarenta

Epílogo

Glosario

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Sabiñe Susaeta

Créditos

Notas